Biblioteca de Patrística

GREGORIO MAGNO

regla pastoral

Ciudad Nueva

Gregorio Magno
REGLA PASTORAL

Aunque nos separan quince siglos de la vida de Gregorio Magno (540-604), es mucho lo que este maestro de síntesis de la patrística occidental nos puede enseñar a los cristianos del siglo XXI.

Gregorio, el de familia senatorial, el prefecto de Roma, el monje, el diácono legado papal, el Papa, tuvo que dar respuesta a interrogantes ineludibles que le presentaba su tiempo: el del nacimiento de Europa.

Su pastoral se distinguió siempre por su equilibrio, fidelidad, discernimiento prudente, espíritu desprendido, sentido de la responsabilidad y oportunidad, amor al orden y a la justicia. Se le ha llamado «el Papa de la caridad» llegando a convertir los bienes de la Iglesia en los bienes de los pobres. Su humildad, nacida de una profunda armonía entre contemplación y acción, le hizo tomar el apelativo de «siervo de los siervos de Dios».

La *Regla Pastoral*, escrita entre 591-592 como respuesta al obispo de Rávena, se inserta en la misma línea que la *Oratio secunda ad fugam* de Gregorio de Nacianzo o el *De sacerdotio* de Juan Crisóstomo, que ante la responsabilidad pastoral optaron por la huida.

Desde su composición ha servido como libro de formación pastoral para sacerdotes. Así lo aconsejaron los concilios de Reims, Maguncia, Tours y Chalon-sur-Saone (813). Juan XXIII confesaba que «este libro es el más precioso código de la acción pastoral, después del Evangelio y de las Cartas de los Apóstoles, para la santificación de las almas sacerdotales y la dirección de los fieles».

Juan Pablo II nos ha recordado la perenne actualidad de esta obra: «Será sumamente útil y oportuno tomar de nuevo en la mano este libro verdaderamente áureo, para sacar del mismo enseñanzas todavía válidas e indicaciones prácticas de experiencia pastoral y, diría, los secretos mismos de un arte que es indispensable aprender para poder ejercerlo después».

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

22

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Gregorio Magno

REGLA PASTORAL

Introducción, traducción y notas de
Alejandro Holgado Ramírez y José Rico Pavés

Segunda edición corregida y adaptada

UNIVERSIDAD COMILLAS
RESIDENCIA DE PROFESORES
MADRID

Ciudad Nueva
Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

Segunda edición: diciembre 2001

© Alejandro Holgado Ramírez y
José Rico Pavés

© 1993, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid

ISBN: 84-9715-002-3
Depósito Legal: M-52156-2001

Impreso en España - Printed in Spain

Preimpresión: MCF Textos. Madrid
Imprime: Artes Gráficas Cuesta. Madrid

A cuantos han formado parte del
Seminario Mayor Santa Leocadia de Toledo.

PRESENTACIÓN

Tiene el lector en sus manos la segunda edición de la *Regla Pastoral* llevada a cabo por la Editorial Ciudad Nueva. Agotada la primera edición en algo menos de seis años, se publica ahora de nuevo esta obra clásica de la literatura cristiana primitiva. Respecto a la primera edición, la presente viene calificada con dos adjetivos («corregida» y «adaptada») que merecen una aclaración.

Ante todo, esta nueva edición es, ciertamente una edición *corregida*. La primera edición se realizó a partir del texto latino de la «Patrologia Latina» de Migne. Texto, que sin ser crítico, era el único disponible cuando emprendimos la tarea de traducción. Cuando nuestra versión se encontraba ya en la imprenta, la Colección *Sources Chrétiennes* publicaba en dos volúmenes una edición bilingüe con un texto latino críticamente fijado, establecido a partir del manuscrito más antiguo que se conserva de nuestra obra. La segunda edición de la *Regla pastoral* debía, necesariamente, hacerse a partir de ese texto, adoptando las variaciones respecto al texto de Migne y asumiendo la nueva numeración y distribución. El lector paciente podrá, no obstante, comprobar cómo estas variaciones son mínimas.

Esta segunda edición es, además, una edición *adaptada*. Desde que apareció la primera edición de la obra gregoriana hasta hoy, la colección «Biblioteca de Patrística» ha recorrido un importante trecho en el que los volúmenes que la conforman han ido adquiriendo una fisonomía cada vez

más definida: introducciones proporcionadas a la obra traducida, índices más completos, notas más precisas... Pues bien, hemos considerado oportuno adaptar la segunda edición de la *Regla pastoral* al estilo de toda la Colección. En consecuencia, se ha reducido sensiblemente la Introducción, omitiendo aquellas consideraciones que pertenecen más a otro ámbito de estudios; se han simplificado las notas, suprimiendo aquellas alusiones que sólo pueden interesar al especialista; se han ampliado, en fin, los índices, ofreciendo así un instrumento de lectura útil a cualquier tipo de lector.

Felicitamos, una vez más a la Editorial Ciudad Nueva por su valentía al promover el conocimiento y la lectura de la literatura cristiana primitiva, y por impulsar esta segunda edición, *corregida y adaptada*, de una obra que esperamos siga entusiasmando a cuantos se acerquen a ella: la *Regla pastoral* de Gregorio Magno.

Alejandro Holgado Ramírez - José Rico Pavés
Roma - Toledo, 3 de septiembre de 2000
Festividad de san Gregorio Magno

ABREVIATURAS Y SIGLAS*

Obras de Gregorio Magno

Dial	*Diálogos*
Ep	*Registro epistolar*
Ex Cant	*Exposición sobre el Cantar de los Cantares*
Hm Ev	*Homilías sobre los Evangelios*
Hm Ez	*Homilías sobre Ezequiel*
In I Reg	*Exposición sobre el Libro I de los Reyes*
Mor	*Libros morales*
Reg Past	*Regla pastoral*

Fuentes generales

Acoll	*Grégoire le Grand*, Actes des Colloques Internationaux du CNRS (Chantilly, 15-19 septembre 1982), Paris 1986
BAC	Biblioteca de Autores Cristianos (Madrid)
BPa	Biblioteca de Patrística, Ed. Ciudad Nueva (Madrid)
CCL	Corpus Christianorum series Latina, Ed. Brepols (Turnhout)
CSEL	Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum (Wien)
FuP	Fuentes Patrísticas, Ed. Ciudad Nueva (Madrid)

* La Sagrada Escritura se cita según las abreviaturas de la Biblia de Jerusalén.

PG	Patrologia Graeca, J. P. MIGNE (Paris)
PL	Patrologia Latina, J. P. MIGNE (Paris)
PLS	Patrologiae Latinae Supplementum, ed. A. Hamman, Paris 1957-1971
SC	Sources Chrétiennes, Les Éditions du Cerf (Paris)
TS	Teología del Sacerdocio, Colección publicada por la Facultad de Teología del Norte de España, sede en Burgos

INTRODUCCIÓN

I. VIDA Y ÉPOCA DE GREGORIO MAGNO

1. *Primeros años y contexto histórico*

Gregorio nació en Roma hacia el año 540, en el seno de una familia patricia, cercana a los anicios[1]. Del linaje de los

1. Para el estudio de la vida de san Gregorio Magno contamos con fuentes diversas. Las principales las constituyen sus escritos, especialmente el *Registro de cartas*. Existen también *Vidas*, algunas de ellas con carácter legendario: biografía de un monje anónimo de Whitby, escrita hacia el 713 (es la biografía conocida más antigua), existe edición de A. GASQUET, *A life of Pope Gregory the Great*, Westminster 1904 y otra más reciente de B. COLGRAVE, *The earliest life of Gregory the Great, by an anonymus monk of Whitby*, Cambridge 1985; biografía de Pablo Diácono, escrita hacia el 770-780, (cf. PL 75, 41-60); otra de Juan Diácono escrita en Roma entre el 872-82 (cf. PL 75, 59-242); breves datos sobre Gregorio se han recogido en la *Historia francorum*, de Gregorio de Tours (cf. PL 71, 527-529), en el *De viris illustribus* de Isidoro de Sevilla (cf. PL 83, 1102-1103) y en el propio de Ildefonso de Toledo (cf. PL 96, 197-199), así como en la *Historia ecclesiatica gentis anglorum*, de Beda el Venerable (cf. PL 95). Entre las biografías generales modernas, citamos: H. Dudden, *Gregory the Great, his place in history and thought*, 2 vols., London 1905, 1967; H. H. Howorth, *St. Gregory the Great*, London 1912; W. Stullfath, *Gregor I. Leben bis zur Wahl zum Papste...*, Heidelberg 1913; H. Grisar, *San Gregorio Magno*, traducción del alemán al italiano de A. de Santi, Roma

anicios fue también Boecio, y con él otros miembros de la nobleza y senado romanos. Entre sus antepasados se encuentran el papa Félix III, el presbítero Gordiano, y el papa san Agapito (535-536). Sus padres, Gordiano y Silvia, son venerados en la Iglesia como santos, junto con dos tías paternas que ejercieron sobre él un decisivo influjo de cara a su conversión, Társila y Emiliana. Siendo Pontífice, Gregorio hablará de su conversión y de su inicial resistencia a la gracia de Dios[2]. Sin embargo, podemos estar seguros de que ya en el ambiente familiar encontró un ejemplo vivo de seguimiento a Jesucristo.

Cuando apenas contaba seis años, Gregorio tuvo que asistir al asedio y destrucción de Roma por parte de las tropas del rey godo Totila. Roma no era lugar pacífico y así lo recordaría en el futuro. Entre guerras, se iba formando en Gregorio un corazón tan pacífico, como amante de Roma, *su* Roma. Siendo ya Papa hará frente a los brutales asedios longobardos. A la destrucción respondió con paz y amor; el resultado fue la formación de una verdadera *societas* entre bárbaros y romanos.

El siglo VI es de singular importancia para la historia de Europa. Con la deposición de Rómulo Augústulo (476) de-

1928; P. Batiffol, *Grégoire le Grand*, Paris 1928; E. M. Marin, *Gregorio I Papa della carità*, Roma 1951; Ch. Chazottes, *Grégoire le Grand*, Paris 1958; C. Dagens, *Grégoire le Grand. Culture et expérience chrétiennes*, Paris 1977; E. Gandolfo, *Gregorio Magno, servo dei servi di Dio*, Milano 1980; reeditada con pequeñas variaciones con el título *Gregorio Magno. Papa in un'epoca travagliata e di transizione*, Roma 1994; J. Richards, *Consul of God. The Life and Times of Gregory the Great*, London 1980; V. Paronetto, *Gregorio Magno. Un maestro alle origini cristiane d'Europa*, Roma 1985; G.R. Evans, *The thought of Gregory the Great*, Cambridge 1986; cf. R. GODDING, *Bibliografia di Gregorio Magno (1890-1989)*, Roma 1990, 18-21.

2. Cf. Mor, *Carta dedicatoria* 1 (BPa 42, 67).

saparecía para siempre el Imperio Romano de Occidente. Occidente se gobernará entonces desde Oriente. Los godos se habían extendido por los países mediterráneos, uniendo a su cultura las grandes aportaciones de la decadente Roma. Vándalos en el norte de África, visigodos en Hispania, ostrogodos en Italia... pretendieron *romanizar* su cultura. Roma seguía ejerciendo su influjo, pero ahora, sin tener la iniciativa.

Con Justiniano las aspiraciones imperiales renacieron. Desde Oriente quiso reconstruir el Imperio; la unidad religiosa sería uno de los medios empleados. Pero los tiempos habían cambiado, ya no eran los de Constantino, y menos aún los de Teodosio. Los pueblos godos iban siendo cada vez más fuertes; en ellos iba naciendo una idea que encontrará su plasmación en el Renacimiento, y que halló su primicia en España: la idea de nación, presupuesto del Estado moderno renacentista.

En el III Concilio de Toledo (589), la unidad religiosa llevó a la unidad *nacional*. La conversión de Recaredo al catolicismo no significaba sólo el final de las controversias arrianas en Hispania, sino que supuso, ante todo, el triunfo de un proyecto común, nacional. El proyecto, asumido como vocación, fue la Cristiandad; el resultado, el nacimiento de un estado, la España visigoda, primicia de los estados europeos. El fruto se frustró con la invasión musulmana; el proyecto permaneció como principio motor de la Reconquista y de la unidad lograda por los Reyes Católicos[3]. En Toledo, en efecto, se gestó Europa.

3. «El Concilio de Toledo ha creado futuro; ha construido Europa, produciendo la unidad a partir de la fuerza del espíritu»: J. RATZINGER, *Perspectivas y tareas del Catolicismo en la actualidad y de cara al futuro*, ponencia presentada en el Encuentro de intelectuales sobre *Catolicismo y Cultura*, celebrado en Madrid durante los días 24 y 25 de febrero de 1990; recogida en *Catolicismo y Cultura*, EDICE, Madrid 1990, 90.

En Occidente se estaba operando una unidad que no pasaba ya por los cauces del Imperio, ni se reducía a lo romanizado. La Cristiandad nacía como proyecto occidental; los pilares de Europa se estaban poniendo, y como constructor perito aparecía la figura de Gregorio Magno, cabeza de la Cristiandad[4].

2. *Formación y estudios*

Gregorio fue educado en el clima de la renovación cultural promovida en Italia por Justiniano. El emperador bizantino, deseando la unidad del Imperio, había emprendido una magna labor renovadora. Conocemos las iniciativas emprendidas en materia religiosa (lucha contra las herejías y controversias teológicas) y en política militar. Las reformas culturales son, quizás, mayores que las anteriores, y son las que le han valido más fama para la posteridad, sobre todo en el campo jurídico.

En efecto, Justiniano queriendo resucitar la Roma antigua, mandó codificar el antiguo derecho romano. La antigua legislación romana se había formado por acumulación de elementos muy diversos. Como núcleo tenía la ley de las Doce Tablas, arcaica, imposible, pero todavía mirada con veneración. A ésta hay que añadir las leyes aprobadas por el pueblo en los comicios republicanos; los *senatus-consultus* o decisiones del Senado, las ordenanzas municipales o edictos de los pretores, que cambiaban cada año; las decisiones de jurisconsultos célebres, y por fin, los rescriptos

4. «Por su acción de gobernante responsable, este *cónsul de Dios* logró dar en catorce años un impulso eficaz al devenir de un Occidente empeñado en su metamorfosis europeizante»: J. FONTAINE, *Un fondateur de l'Europe: Grégoire le Grand (590-604)*, Helmántica 34 (1983), 173.

de los emperadores. Todo tenía fuerza de ley. Es sorprendente que esta masa legislativa no fuese organizada y codificada hasta el siglo VI por Justiniano, cuando ya casi no hacía falta. El emperador nombró una comisión encargada de hacer una primera compilación. Después de catorce meses apareció el llamado *Código Justiniano*. Satisfecho de este primer fruto, Justiniano nombró una segunda comisión para codificar la legislación civil romana; esta comisión tardó tres años en redactar lo que hoy llamamos el *Digesto*, o las *Pandectas*. Por fin, Justiniano hizo ordenar un tratadito sumamente práctico, resumen del *Digesto*, llamado *Instituta*, y fundó escuelas de derecho en Roma, Constantinopla y Berito.

Es probable que Gregorio visitara durante sus años de estudiante alguna de estas escuelas. Los cargos y misiones, civiles y como legado pontificio, que años más tarde desempeñó invitan a pensar en ello. En cualquier caso no tenemos ningún testimonio *directo* que lo asegure. Sí sabemos, por el testimonio de Pablo Diácono, que Gregorio «de niño se educó en las disciplinas liberales: gramática, retórica y dialéctica; de modo que, aunque en aquel tiempo florecían en Roma los estudios literarios, sin embargo, ninguno tenía el prestigio de éstos»[5], y que desde joven dio muestras de inteligencia preclara[6].

5. *Vita Gregorii*, 2: PL 75, 42.

6. «Siendo de corta edad, realizaba ya estudios superiores; se unía a las enseñanzas de los mayores, y si escuchaba algo digno de ser aprendido, no lo entregaba al olvido, sino que lo conservaba con tenaz memoria. Apuraba, ya entonces, en su sediento pecho, los torrentes de la doctrina, los cuales, después de haberlos asimilado en un tiempo proporcionado, salían de su garganta proferidos como dulce miel»: PABLO DIÁCONO, *Vita Gregorii*, 2: PL 75, 42-43; en la misma línea se sitúa Juan Diácono, el cual afirma de Gregorio que, a una edad prematura (*cum acerba aetate*) ya realizaba estudios superiores; cf. *Vita Gregorii*, 3: PL 75, 64.

3. *Prefecto en Roma*

El año 565 Justino II sucedió a Justiniano al frente del Imperio. Con Justiniano terminaba una época; después de él, el Imperio de Bizancio empezará a correr la misma suerte que el Imperio Romano. Las reformas que emprendió, sobre todo la jurídica, los esfuerzos por lograr la unidad territorial del Imperio y su vigilancia por la cuestión religiosa serán todavía las líneas de fuerza que seguirán sus sucesores en el gobierno y dirección del Imperio.

En un ambiente de amenaza longobarda, Gregorio ingresa en los funcionarios del gobierno bizantino de Roma, recibiendo hacia el 572 la suprema magistratura civil: fue nombrado *Praefectus urbi*, cargo en el que adquirió y demostró las actitudes desplegadas más tarde en la reorganización del Patrimonio de san Pedro y en la mediación frente a los lombardos.

En este tiempo pasado en la administración imperial aprendió a tener elevado concepto del orden, la disciplina, el respeto a la ley, etc. De hecho, siendo Papa, recomienda a sus obispos que tengan como modelo en las gestiones eclesiásticas el orden, la diligencia y el respeto a la ley de los buenos funcionarios civiles[7].

En el campo eclesiástico, tuvo que ocuparse del conflicto originado por el cisma de los Tres Capítulos, al que se habían adherido algunos obispos de Italia septentrional. Además, gracias a su gestión, en el año 574, suscribió con otros representantes de la nobleza romana, el acta con la que el arzobispo de Milán, Lorenzo, reconocía los *deliberata* del Concilio de Constantinopla del 553 y la condena de los Tres Capítulos, reconciliándose con la Sede Apostólica[8].

7. Cf. Ep II, 48 (CCL 140, 139-140).

8. Cf. Ep IV, 2 (CCL 140, 218-219).

A pesar de asumir estas responsabilidades, hacia el año 570 había empezado ya Gregorio a sentir deseos de una vida más perfecta y de una entrega del todo a la oración y contemplación de Dios. Estos deseos fueron aprovechados por algunos monjes que, arrastrados por las invasiones, llegaron a Roma procedentes de Montecasino. Al monje Constancio (†560), de la generación siguiente a san Benito, debió conocerle cuando Gregorio era bastante joven; y a Simplicio (†575) debió tratarle cuando ya ocupaba altos cargos en la sociedad romana. También parece que influyó en él el monje Valentiniano, también de Montecasino y abad del Monasterio de San Pancracio de Letrán[9]. Sin embargo, no quiso precipitar su cambio de vida y, después de reflexionarlo con tiempo, decidió continuar su vida de seglar.

4. *Conversión. Vida monástica*

Gregorio experimentaba que en su interior se iba aquilatando una vocación realmente contemplativa; y aunque al principio no se atrevió a dar el paso definitivo, al fin un día cambió las vestimentas púrpuras de gobernante por el saco humilde de monje[10]. Hacia el año 574 se produce su definitiva conversión a la vida contemplativa, tras una madura reflexión y un largo titubeo.

Transformó la casa paterna –situada en el *Clivus Scauri*– en el monasterio de San Andrés, donde ya el Papa Agapito había instituido la Biblioteca de exégesis bíblica, proyectada por Casiodoro y él, cuya realización fue impedida por la guerra gótica.

9. Cf. Dial II, Prol., 2 (SC 260, 128).

10. Cf. GREGORIO DE TOURS, *Historia francorum* X, 1 (PL 71, 527).

Este cambio de vida, sin ser consecuencia de la moda de entonces, sí que se vio favorecido de algún modo por la desgraciada condición de aquellos días. Frente a las tensiones y amenazas provocadas por las continuas invasiones, la interiorización de la vida cristiana se presentaba como una tarea capaz de poner paz en medio de la turbación. Además del monasterio de San Andrés, sobre el monte Celio, instituyó y dotó otros seis monasterios más en los terrenos que él poseía en Sicilia, heredados de su madre.

Esta etapa es decisiva en la vida de Gregorio; a la luz de ella podemos comprender mejor su obra literaria y espiritual. Formado en el Derecho y enamorado de su tarea, sólo tras una madura reflexión abandona los afanes mundanos, inspirado por un deseo de eternidad. La vida monacal se llamaba *servicio de Dios*, y el monasterio era el lugar del servicio del Señor. Tres objetivos llevaba Gregorio en su corazón cuando ingresó en San Andrés: dejar a un lado las tareas exclusivamente mundanas, seguir un proceso de purificación y mortificación de sus pasiones y gozar de la contemplación de Dios. «Me esforzaba por ver espiritualmente los supremos gozos y, anhelando la visión de Dios, decía no sólo con mis palabras, sino con todo mi corazón: *Te ha dicho mi corazón: "He buscado tu rostro"; tu rostro buscaré, Señor* (Sal 27, 8)»[11].

Esta fundación de San Andrés adquirió muy pronto una gran fama entre los monasterios romanos. Con el pasar del tiempo fue creciendo su influencia, hasta el punto de que algún autor lo compara con el mismo Montecasino, uno de los baluartes de la civilización occidental[12].

11. Cf. Ep I, 5 (CCL 140, 5).

12. Cf. H. Grisar, *Il monastero primitivo di S. Gregorio Magno al Celio*, La Civiltà Cattolica XVIII, vol. VI (1902), 711.

No se sabe con seguridad si Gregorio había asumido la dirección de la comunidad de Roma; lo cierto es que en los primeros momentos de su fundación era abad el monje Valencio (574-584) –que ya lo había sido en la provincia Valeria[13]– y, durante la estancia de Gregorio en Constantinopla fue elegido abad Maximiano (584-589) –que después fue obispo de Siracusa[14]–; del 590 al 595 lo fue Mariniano.

Tampoco se puede afirmar con certeza que Gregorio y sus monjes hubieran profesado la *Regula Benedicti*. Aún se duda acerca de la consonancia de fondo entre el ideal monástico de Benito y el de Gregorio, e incluso, si esto no implica necesariamente un preciso vínculo jurídico de la comunidad del Celio con los monasterios benedictinos[15]. En cualquier caso, el aprecio de Gregorio por la *Regla* de san Benito sí parece suficientemente probado[16].

Los años vividos como monje en San Andrés marcarán definitivamente la espiritualidad de Gregorio y su solicitud posterior por la reforma monástica. Gregorio, que podía haberse retirado a un monasterio ya existente, quiso, sin embargo, transformar la casa paterna en uno nuevo. No se trataba, pues, de renunciar a lo anterior despreciándolo, sino de asumirlo y transformarlo orientándolo definitivamente hacia Dios. Lo que hizo con el hogar familiar, lo había hecho previamente con su propia vida, de ahí que Gregorio pueda hablar de verdadera conversión al abrazar la vida de monje[17].

13. Cf. Dial IV, 22 (SC 265, 78).

14. Cf. JUAN DIÁCONO, *Vita Gregorii*, I, 6 (PL 75, 65).

15. Cf. O. PORCEL, *La doctrina monástica de san Gregorio Magno y la «Regula monachorum»*, Madrid 1951.

16. Cf. Dial II, 36 (SC 260, 242).

17. Para las reformas monásticas emprendidas por Gregorio y el ambiente monástico de su tiempo, cf. G. JENAL, *Grégoire le Grand et la vie monastique dans l'Italie de son temps*, en AColl, 147-155.

5. *Legado del papa Pelagio II*

Benito I[18], pero más probablemente Pelagio II, ordenó diácono a Gregorio y lo envió, en el 579, como legado suyo a la corte imperial de Constantinopla, donde permaneció hasta fines del 585 o principios del 586. No cabe la menor duda de que, estando allí, echaba de menos el sosiego y el silencio de sus años de vida monástica[19]. Por eso, pidió que vinieran a Constantinopla un grupo de hermanos que le permitieron reconstruir, en el Palacio de Galla Placidia, un clima de recogimiento similar al del Celio.

A partir de las piadosas conversaciones mantenidas aquí con estos monjes y con todo prelado que se acercaba al grupo[20], nació la *Expositio in Iob* o *Moralia in Iob*, la obra exegética más grande de nuestro autor, que revisó y concluyó durante su pontificado.

En Bizancio mantuvo cordiales relaciones con el emperador Mauricio, su esposa Constantina y una larga lista de personajes: Teoctisa, Teodoro –médico de la corte–, Rusticiana, etc. Por otra parte, conoció a fondo el esplendor de la liturgia y canto bizantinos. De hecho, la reorganización de la *schola cantorum* de Roma, el *Kyrie eleison* y otras innovaciones llevadas a cabo durante su pontificado son elementos que recuerdan las celebraciones y los coros de Bizancio.

Allí se ocupó también de cuestiones teológicas defendiendo la tesis tradicional acerca de la resurrección de los cuerpos contra el Patriarca bizantino Eutiquio, que apli-

18. Cf. JUAN DIÁCONO, *Vita Gregorii*, I, 25 (PL 75, 72).

19. Cf. Ep V, 53 (CCL 140, 348).

20. Como Leandro de Sevilla, presente en la capital para implorar ayuda en favor de la Iglesia de España, perseguida por los godos arrianos. Para el origen y etapas de composición de los *Libros morales*, cf. BPa 42, 11-31.

caba el principio del hilemorfismo aristotélico al dogma católico.

Hacia el 586, Gregorio abandonó la corte imperial de Constantinopla y volvió a Roma, donde desempeñó las funciones de consejero y secretario del papa Pelagio II hasta principios del 588. Siguiendo la inclinación natural de su espíritu, se retiró al monasterio de San Andrés. Allí pasó entonces algunos años de vida tranquila y de profunda meditación. En este tiempo inició algunos de sus comentarios bíblicos, como la *Exposición sobre el Cantar de los Cantares*, *Homilias sobre Ezequiel* y *Exposición sobre el Libro I de los Reyes*. Posiblemente se refiera también a este tiempo una tradición antigua que presenta a Gregorio recorriendo las calles de Roma y encontrándose con unos esclavos anglosajones, de ruda cabellera y talle esbelto; se informó sobre su procedencia y prometió hacer todo lo posible por su conversión. De hecho, consta que pidió a Pelagio II permiso para consagrarse a la conversión de los anglosajones y partir a la Gran Bretaña para evangelizarla. Había obtenido ya licencia para emprender esta empresa; pero, habiéndose enterado el clero y el pueblo romanos, obtuvieron del Papa la revocación del permiso. Gregorio permaneció, entonces en Roma como consejero de Pelagio II. El prestigio de Gregorio se iba extendiendo.

Durante este tiempo residió en San Andrés; hay datos suficientes como para pensar que fue abad de dicho monasterio desde el 589. Como secretario del Papa y en su nombre, redactó la *Epístola III* de Pelagio sobre la cuestión de los Tres Capítulos[21]. En ella sostiene la legitimidad de la condena de los Tres Capítulos emitida por el Concilio de Constantinopla del 553, por iniciativa de Justiniano. Para él,

21. Cf. Pablo Diácono, *De gestis Langobardorum*, III, 20 (PL 95, 522).

era aún una cuestión de derecho y no de ortodoxia, que venía siendo sostenida por la Sede Romana, por coherencia y uniformidad disciplinar una vez que ésta había dado su asentimiento.

6. *Gregorio, Papa*

A comienzos del año 590, Gregorio disfrutaba de la paz del monasterio de San Andrés. Acontecimientos insospechados iban a cambiar la trayectoria biográfica de este monje, consejero y secretario de Pelagio II, y en él de toda la Iglesia. En el otoño del año 589, unas lluvias torrenciales provocaron varias inundaciones en diversas campiñas italianas. La mayoría de las casas y graneros quedaron inservibles. Para colmo de males, además de las guerras y el hambre, surgió un brote de peste (*quam inguinariam vocant*)[22], que se extendió por toda Roma, provocando millares de muertos. Una de las primeras víctimas fue el papa Pelagio II, que murió el 7 de febrero. La situación era crítica: la cátedra de Pedro no podía permanecer vacante largo tiempo. Con voz unánime, clero, senado y pueblo romanos aclamaron al abad de San Andrés Sumo Pontífice.

La noticia sorprendió abrumadoramente a Gregorio: él era indigno de tal puesto de santidad. ¿Iba a renunciar a la tranquilidad tantas veces buscada en el monasterio? Gimió, protestó, rechazó la idea, pero sus razones no fueron atendidas[23]. Sólo había una esperanza: que el empera-

22. Cf. PABLO DIÁCONO, *Vita Gregorii*, 10 (PL 75, 46).

23. Resuenan en Gregorio las palabras del Nacianceno, que al igual que él quiso rehuir la carga de la solicitud pastoral: «Sentí, además, el noble deseo de una vida tranquila y apartada, que siempre

dor Mauricio no confirmara el *consensus* del pueblo. Sabemos que desde Justiniano se necesitaba la *praeceptio* o *iusio* del emperador para ser consagrado Papa. Gregorio, que conocía esta norma, escribió a su antiguo amigo, el emperador, pidiéndole que no confirmara la elección. Pero éste no aceptó su petición. Los historiadores, Pablo Diácono y Gregorio de Tours, nos hablan de los numerosos intentos de Gregorio por esconderse en las montañas más cercanas a Roma; todos fueron inútiles. El pueblo lo cogió y llevado *a la fuerza* fue consagrado Papa el 3 de septiembre del 590[24].

La elevación al Pontificado fue para Gregorio un duro golpe; el mundo se le venía encima. En octubre del mismo año escribe a su amigo Narsés de Constantinopla: «Sabed que mi dolor es tan grande que apenas puedo expresarlo. Triste es todo lo que veo, y todo lo que se cree consolador resulta lamentable en mi corazón»[25]. Y en otra carta a Teoctisa, hermana del emperador, con la que había entablado amistad durante su estancia en Constantinopla, escribe: «He perdido el alto gozo de mi tranquilidad y tengo la impresión de andar disperso interiormente al haber sido elevado externamente. No deseando ni temiendo nada de este

me había parecido atractiva, cosa poco común entre los dedicados a la oratoria. Añádase a esto que cierta vez que me vi en grandes y gravísimos aprietos, prometí a Dios retirarme a la soledad. Como consecuencia de lo cual probé esa vida y, aunque lo hice durante muy poco tiempo, sentí un muy grande deseo de ella y ya no soportaba que se me hiciera violencia ni que, arrancado del sagrado refugio de esa vida, se me lanzara en medio de las complejidades del mundo»: GREGORIO NACIANCENO, *Oratio ad fugam* (PG 35, 410: BPa 35, 38).

24. «Y mientras preparaba el refugio donde esconderse, fue descubierto, cogido y a la Basílica de san Pedro conducido»: GREGORIO DE TOURS, *Historia francorum*, X, 1 (PL 71, 529).

25. Ep I, 6 (CCL 140, 7).

mundo, me pareció que estaba como en la cúspide de un alto monte; pero ahora el torbellino de esta prueba me ha derrumbado. Me veo arrastrado por la corriente de los negocios y batido por la tempestad»[26].

Abierto, sin embargo, a seguir los deseos del Buen Pastor, fue asumiendo con paz la responsabilidad de la misión que tenía que realizar en la Iglesia y en el mundo de su época. Así, en una carta dirigida a Leandro, obispo de Sevilla, en abril de 591, se muestra más esperanzado y optimista.

La voz de Gregorio era escuchada y buscada en toda la cristiandad. El 12 de marzo del 604 concluyó sus días en esta vida. Por fin colmó sus ansias de eternidad y amor de Dios. Su obra fue la de consolar, socorrer, ayudar, enseñar, curar las heridas de una sociedad en ruinas. No tuvo que luchar, principalmente, contra desviaciones dogmáticas; pero sí con la desesperación de los vencidos y la soberbia de los vencedores.

Su epitafio canta con acierto la herencia de un Papa Grande:

Reciba la tierra el cuerpo que de la tierra tomaste, y devuelva un día lo que el Dios de la Vida habrá de robustecer.
Tu espíritu se dirija a las alturas, donde el juicio ningún mal te produzca.
Pues la muerte de esta vida es el camino de la otra.
Que este sepulcro cubra los miembros del Sumo Pontífice que innumerables bienes hizo mientras vivió.
Venció el hambre procurando alimentos, el frío dando vestidos y a las almas protegió del Enemigo con sus sagrados consejos.

26. Ep I, 5 (CCL 140, 5-6).

Satisfizo con sus obras lo que de palabra enseñó, convirtiéndose en locuaz ejemplo de místicas palabras.
Con magistral piedad, convirtió a los anglos a Cristo, adquiriendo para la fe multitudes de gentes nuevas.
Este trabajo, este esfuerzo, estos cuidados como pastor los hacías, para ofrecer al Señor los múltiples beneficios de la grey.
Alegren estos triunfos al convertido en cónsul de Dios, pues el premio de tus obras ya sin fe lo posees.
Aquí descansa el papa Gregorio, que murió el año XIII, mes VI, día X de su Pontificado.
Enterrado el IV día después del idus de marzo[27].

II. LA *REGLA PASTORAL*

1. *Ocasión y fecha de composición*

Cuando el obispo de Rávena, Juan, supo que Gregorio había querido rehuir el Pontificado, le hizo llegar una *humilde y benigna* desaprobación. No podía imaginar entonces que el nuevo Papa le contestaría de la forma que lo hizo: escribiendo la *Regla pastoral*. Con ello, quería Gregorio dar a entender que las responsabilidades recién asumidas no eran de poca monta, que acceder a las sagradas *órdenes* no se ha de hacer si no es buscando decididamente la santidad. ¡Dichosa reprensión, que dio tan buen fruto! No era la primera vez en la Historia de la Iglesia que una obra nacía en condiciones parecidas.

En efecto, en el siglo IV, Gregorio de Nacianzo, sabiendo que iba a ser ordenado obispo, huyó, temiendo las santas responsabilidades que le venían encima. Después de unos

27. Es decir, enterrado el 19 de marzo.

meses de retiro en el desierto, regresó, explicando por escrito cuáles habían sido las causas que le habían movido a huir; nació entonces la *Oratio secunda, ad fugam*[28]. Circunstancias parecidas vieron nacer el *De sacerdotio* de san Juan Crisóstomo[29].

Gregorio Magno se sitúa, pues, con su vida en una línea de tradición patrística que teme acercarse a las sagradas órdenes, con el santo temor del que conoce la grandeza del don y la pequeñez del que lo recibe. En Gregorio nos encontramos, sin embargo, con una obra que tiene acentos propios y personales. Las circunstancias han cambiado. La Iglesia ejerce un influjo decisivo en la sociedad; las constantes invasiones bárbaras hacen que se viva en un ambiente de profunda tensión escatológica; el sentimiento religioso marca incluso el nacimiento de pueblos enteros a la fe; el monacato posee ya en Occidente formas propias, estables, decisivas para la configuración de la Edad Media; el Patrimonio de Pedro es administrado y regido con planteamientos que servirán de referencia obligada en su desarrollo posterior; la Cristiandad, en definitiva, va a configurar –amalgamando bajo la enseña de la fe cristiana la tradición clásica grecolatina y las costumbres de los pueblos bárbaros (germánicos, sobre todo)– esto que hoy llamamos Europa.

La obra de san Gregorio participa de este latir de la Historia. El mismo título, *Regla pastoral*, apunta en este sentido[30]. Ha habido autores que han querido ver un para-

28. PG 35, 407-514; BPa 35.

29. PG 48, 623-692; SC 272.

30. Manuel Guerra ha estudiado el origen, uso y significado de los términos *regula* y *canon* en los tres primeros siglos de la Historia de la Iglesia, notando en su uso disciplinar (*regula disciplinae*) que la regla «sirve para saber cuando uno se desvía, se descamina, o sea, se sale del camino y de la vía, que llevan a la consecución del destino eterno de Dios»: *Significados y notas específicas de «kanon»*

lelismo entre las *Reglas monásticas* (*Regla de san Benito*, por ejemplo) y ésta de san Gregorio Magno[31]. Existiendo coincidencia en el título creemos, sin embargo, que en el uso de Gregorio *regla* está significando otra cosa. La *Regla de san Benito* está destinada a la formación personal de los monjes; su ámbito se circunscribe a la comunidad que se rige por esa regla. Cuando un cristiano entra en un monasterio, sabe que ha de atenerse al estilo de vida específico de una familia religiosa, significado en unas formulaciones bien determinadas. El uso de *regla* en las reglas monásticas se asemeja más al sentido jurídico de *canon*, aun superando su alcance.

Cuando Gregorio habla de *regla pastoral*, teniendo en cuenta la vida monástica que conoció por haberla vivido, está ofreciendo en primer lugar un contenido[32], un modelo, que se expresa según un *orden* propio. Gregorio es consciente de que el *ordenado*, el que ha recibido el sacramento del orden, recibe una *configuración* nueva. El pastor posee ya un ser nuevo que le hace vivir según un *orden* (una *regla*) nuevo. Por eso, la *regla pastoral* antes que normativa, antes que dar normas de conducta, es des-

y «regula» en los documentos no cristianos y en los cristianos de los tres primeros siglos de la Iglesia, en TS 21 (1990), 239.

31. Cf. la intervención de C. Dagens tras la ponencia de B. Judic en el Congreso Internacional sobre san Gregorio Magno, publicado en AColl, 417. Cf. también la Introducción de Melquíades de Andrés a las *Obras de san Gregorio Magno*, BAC, Madrid 1958, 38: «La *Regla pastoral* es un código de santidad sacerdotal tanto como un tratado de pastoral. Fue acogida favorablemente y pronto llegó a ser el código de los obispos, lo mismo que la Regla de san Benito era el código de los monjes». Cf. B. ALTANER - A. STUIBER, *Patrologie*, Freiburg 1978 (8ª ed.), 468: «[la *Regla pastoral*) representaba para el clero secular lo que la Regla de san Benito para los monjes».

32. «Yo pintor feo he pintado al hombre bello»: Reg Past IV (SC 382, 540).

criptiva. En ella se delinea la figura del Buen Pastor; quien ha sido configurado a Él, debe vivir como vivió Él. Pero esto, primeramente, como dinamismo interior que se recibe, y no como norma de vida sacerdotal. Es claro que esto comporta también precisiones normativas de conducta; pero éstas se ven como criterio por el cual el ordenado examina su fidelidad al don recibido y no como medio para obtener ese don. Se puede decir que en la formulación *regla pastoral* lo adjetivo (pastoral) queda sustantivado hasta el punto de *informar* (dar forma) a lo sustantivo. Y es que, el Buen Pastor es el Don que se ofrece a Sí mismo en el sacramento del orden, configurando un nuevo ser, de cuyo dinamismo brotarán formas *regladas* de conducta.

Gregorio fue consagrado obispo de Roma el 3 de septiembre de 590. Poco después recibió la *reprensión* del obispo de Rávena. A raíz de la misma, el nuevo Papa escribió la *Regla pastoral.* La obra está dedicada al mismo obispo que le reprendió haber intentado huir; sabemos que este obispo murió el año 595. Por otro lado, a finales del año 593 Gregorio estaba predicando sus *Homilías sobre Ezequiel*, las cuales tuvo que interrumpir ante el asedio de Roma por parte de las tropas de Aguilulfo. La *Regla pastoral* no pudo, por tanto, ser escrita después del año 593.

Sabemos, además, que los primeros meses de Pontificado fueron para Gregorio de tremendo desasosiego interior. Sus primeras cartas como Pontífice revelan un alma apenada, que ha perdido la serenidad exterior que tanto amaba para la contemplación. Las tareas gravan sobre él, haciéndole añorar los tranquilos años dedicados a la oración en el monasterio[33]. La *Regla pastoral* refleja la sere-

33. Ep I, 5 (CCL 140, 5-7).

nidad de juicio de quien ha experimentado en sus propias espaldas los pesos de la solicitud pastoral pero ha encontrado ya en la atención a lo interior la fortaleza para cargarlos sobre sí. Creemos, por tanto, que no pudo ser escrita antes de la primera mitad del año 591. Es decir, la *Regla pastoral* fue escrita entre el año 591 (finales) y el año 592[34].

Cuando uno se acerca a esta obra descubre en ella una exposición ordenada y completa. A diferencia de las demás obras de Gregorio, el autor cumple en ella el proyecto inicialmente presentado. Puede uno entonces preguntarse ¿cómo es posible escribir un libro tan bien trabado, fruto de una reprensión? ¿No ha precedido ningún escrito previo del autor que preparase la *Regla pastoral*?

La *ocasión*, en efecto, de la *Regla pastoral* fue la intervención del obispo de Rávena; sin embargo, Gregorio, antes de ser nombrado papa había expresado su intención de escribir una obra sobre el ministerio pastoral. En los *Libros morales*, cuya «primera edición» es anterior a la *Regla pastoral*, el monje Gregorio había escrito: «Deseo en otra obra tratar sobre los que, por gracia de Dios, han sido elevados al orden de exhortar»[35]. Tal deseo lo cumple en la Tercera Parte de nuestra obra.

No se trata, por tanto, de una obra que haya surgido *espontáneamente* tras una reprensión; Gregorio ya la había concebido con detalle tiempo antes. La ocasión surge al ser elevado al Pontificado, pero el contenido ya había sido pensado y meditado por Gregorio, que al escribir demuestra tener ideas bien claras y definidas.

34. Para B. Judic, las dos primeras partes, al menos, tuvieron que estar terminadas antes de febrero del 591; cf. SC 381, 22.

35. Mor 30, 13 (CCL 143B, 1500).

2. *Estructura y contenido*[36]

La *Regla pastoral* está enmarcada en dos referencias personales al obispo de Rávena, con las que comienza y termina Gregorio su obra. Aparte de estas referencias de estilo epistolar, no encontramos en toda la obra otras semejantes. Al igual que había hecho con los *Libros morales*, el Pontífice abre su obra con una escueta presentación redactada a modo de *carta dedicatoria*. Sin ser propiamente una carta, el recurso al género epistolar le permite al autor entablar un diálogo más personalizado con el lector, situándose desde el principio en el ámbito concreto de la vida misma y abandonando la abstracción. La estructura de la obra bien se asemeja a un tratado, en el que los contenidos se presentan de forma bien ordenada «para que penetre, paso a paso, en el ánimo del lector por medio de razonamientos ordenados»[37].

La obra está dividida en cuatro partes. La primera, la segunda y la cuarta consideran la persona del pastor *en sí*, su

36. Para este apartado, cf. B. JUDIC, *Structure et fonction de la «Regula Pastoralis»*, en AColl, 409-417; J. ZABALETA, *El ministerio y la vida sacerdotal en san Gregorio Magno*, Claretianum 13 (1973) 81-186; CH. CHAZOTTES, *Sacerdoce et ministère pastoral d' après la correspondance de saint Grégoire le Grand*, Lyon 1955; B. FISCHER, *Der niedere Klerus bei Gregor dem Grossen*, Zeitschrift für Katolische Theologie 62 (1938) 37-75; L. D. HEMPLEMANN, *The concept of ministry in Gregory the Great*, St. Louis 1984; J. HERNANDO, *El arte de gobernar las almas según san Gregorio Magno*, en TS 3 (1971) 45-76; ID., *El sacerdote y su ministerio en San Gregorio Magno*, en TS 4 (1972) 223-252; ID., *La potestad del orden en san Gregorio Magno*, en TS 8 (1976) 129-180; ID., *La pneumatología en la ordenación y predicación según el papa san Gregorio Magno*, en TS 17 (1983) 154-190; V. PARONETTO, *Connotazione del «pastor» nell'opera di Gregorio Magno. Teoria e prassi*, Benedictina 31 (1984) 325-343; L. LA PIANA, *Teologia e ministero della parola in san Gregorio Magno*, Palermo 1987.

37. Reg Past, *Carta dedicatoria* (SC 381, 124).

vocación, su vida de santidad y su humildad. La tercera, que ocupa dos tercios del total de la obra, trata de los diversos modos de exhortar a los fieles según su condición. Esta tercera parte que versa sobre el ministerio del pastor, no se puede comprender sin las dos primeras y sin la cuarta. El ser y el obrar del pastor constituyen una sola realidad. San Gregorio se esfuerza en exponer en las dos primeras partes las características del nuevo ser del pastor, para cargar luego de sentido la actividad del mismo[38].

La primera parte (Vocación del pastor) presenta la grandeza del sacerdocio, la altura de su misión y la santidad de vida que requiere en el candidato. El que desee acercarse a las sagradas órdenes ha de medir sus propias fuerzas, ha de conocerse a sí mismo, para discernir si posee las cualidades y actitudes que tan alto ministerio requieren. En esta parte, Gregorio expone las *señales de idoneidad* atendiendo a las cuales puede uno ser admitido al orden sacerdotal. Concluye Gregorio esta parte analizando las *señales de no-idoneidad*, tomando como base para su argumentación el pasaje del Levítico, donde se enumeran las imperfecciones naturales de que debía estar exento en la Ley mosaica el sacerdote del Altísimo.

La segunda parte (Vida del Pastor) la articula Gregorio en torno al conocimiento que el pastor debe tener de la santidad del ministerio para llevar una vida santa. Es necesario que el pastor «sea puro de pensamiento, sobresaliente en el

38. Creemos un error presentar aisladamente la Tercera Parte de la *Regla pastoral*, como ha hecho la edición alemana preparada por G. Kubis (GREGOR DER GROSSE, *Regula pastoralis*, Verlag Styria, Graz-Wien-Köln 1986). De una lectura aislada de esta parte se puede sacar un elenco de *obligaciones* que el pastor debe cumplir al amonestar a los fieles, con el peligro de que éstas sean consideradas como normas externas y no como explicitaciones de un dinamismo interior.

actuar, discreto con su silencio, útil al hablar, cercano por la compasión con cada uno, ante todos entregado a la contemplación, compañero por su humildad de los que hacen el bien, firme por el celo de la justicia contra los vicios de los pecadores, sin que la ocupación exterior debilite su atención a lo interior, y sin que la solicitud por lo interior le haga abandonar la atención a lo exterior»[39]. La segunda parte termina con una exhortación a leer continuamente la Sagrada Escritura. Las virtudes enumeradas se mantendrán prontas y firmes, sólo si el pastor lleva en su seno, por la meditación, las divinas Palabras como si se tratase del Arca de la Alianza.

La tercera parte (Ministerio Pastoral) es como el desarrollo de las potencialidades del pastor descritas en las anteriores. Con una sutilísima penetración psicológica, Gregorio describe los diversos tipos de fieles a los que debe acomodar el pastor su exhortación. Esta tercera parte es un canto a la dignidad de la persona, única e irrepetible, que merece por parte del pastor un trato personalizado, al modo como Dios trata con ella. El primer capítulo de esta parte recoge toda una larga serie de situaciones espirituales que requieren una forma de amonestación propia. Los casos se tratan dos a dos, según la relación de oposición que existe entre ellos; así, es distinta la exhortación que se debe dirigir a pobres y a ricos, a tristes y a alegres, a sabios y a incultos, a los humildes y a los orgullosos, etc. Dentro de los tipos indicados, se pueden hacer diversos grupos: un primer grupo que refleja la condición natural (capítulos 1 y 12) y la condición sociológica (cap. 2 y 4 al 6); un segundo grupo en el que se incluye toda una serie de caracteres psicológicos (cap. 3, 7 al 11 y 13 al 19); sigue un tercer grupo en el cual el carácter se examina más explícitamente bajo el aspecto de

39. Reg Past II, 1 (SC 381, 174).

las relaciones con el prójimo (cap. 20 al 23); el cuarto grupo considera a un grupo de destinatarios más especializados, en cuanto se dirige a los que han seguido una vocación específica (cap. 24 y 25); por último, un quinto grupo que comprende un tipo de situaciones humanas que evocan la calificación de *sabiduría de la carne* (cap. 26 al 36). Continúa esta parte considerando no ya la diversidad de hombres, sino la diversidad de pasiones en el mismo hombre (cap 37). En los tres últimos capítulos de esta parte, Gregorio nos sorprende con consejos que revelan una magnanimidad propia sólo del hombre de Dios y del pastor santo: hay ocasiones en que se han de permitir vicios menores en los fieles para evitar los mayores (cap. 38), de poco sirve predicar cosas elevadísimas a las mentes débiles (cap. 39), se ha de predicar tanto con obras como con palabras (cap. 40).

En la cuarta parte (Humildad del Pastor), después de haber propuesto la grandeza del sacerdocio y la solicitud del pastor por cada uno de los fieles, previene Gregorio al que llegare al *magisterio de humildad* que es el sacerdocio, contra el grave peligro de la soberbia.

La actividad y espiritualidad del pastor de almas se encuentran en una zona media de lo que es propio de los seglares y de lo de los monjes; es decir, entre la dedicación a las ocupaciones profanas y la pura contemplación. Aunque participen de unas y otra, no se confunden con ellas. Comentando Gregorio el versículo de Ezequiel 44, 22 (*Los sacerdotes no se raparán la cabeza ni dejarán crecer su cabello*), concluye: «Los cabellos en la cabeza equivalen a los pensamientos exteriores en la mente. Los que se producen sobre el cráneo insensiblemente designan los cuidados de la vida presente; pues, al surgir inoportunamente, por falta de advertencia, es como si crecieran sin nosotros sentirlo... El cuidado de la solicitud temporal debe ser atendido tanto como sea necesario y, a un tiempo, ser cortado para que no crezca inmoderadamente. Y es que los cabellos se conservan en

la cabeza del sacerdote para cubrir su piel y se cortan para no tapar sus ojos, cuando la vida de los cuerpos se protege con un providente cuidado de lo exterior, que no resulta impedido gracias a una moderada vigilancia del corazón»[40]. Estas mismas ideas las expone Gregorio en otros lugares[41].

Gregorio, pues, considera normal que el sacerdote, a diferencia de los monjes, se encuentre inmerso en las preocupaciones del mundo, participando de ellas al estilo sacerdotal, no seglar. Sin embargo, la verdadera morada del sacerdote está en la cumbre de la contemplación. Por ello, también él puede y debe orientar a los monjes[42]. De esa cumbre baja al llano para enseñar a los fieles. Este subir y bajar es lo propio del sacerdote[43].

La pastoral tiene para Gregorio, como para los Padres precedentes, mucho de arte. Requiere un esmerado aprendizaje y un tacto equilibrado para llevarlo a la práctica. San Gregorio recoge del Nacianceno la frase «el gobierno de almas es el arte de las artes»[44]. Al hablar de este arte sagrado, los Pa-

40. Reg Past II, 7 (SC 381, 230).

41. Cf. Ep VII, 5 (CCL 140, 450).

42. I Reg 3, 170 (CCL 144, 292).

43. Igualmente, cuando Gregorio da consejos a los obispos para que seleccionen acertadamente a los candidatos al sacerdocio, recalca la idea de que el candidato debe haber superado de antemano la inclinación a dedicarse, como lo hace rectamente cualquier seglar, a los negocios seculares: «Es letal y mortífero, cuando, o ciegos por la ignorancia o arrojados a los negocios del siglo, se les permite llegar al primado de los demás. Éstos, por la ignorancia, aquéllos sabiendo y no haciendo, pierden las almas de los súbditos: menospreciando también las cosas espirituales y siguiendo las carnales y terrenas [...] De todos estos afanes de una mente desviada, puede nacer la negligencia por las almas de los súbditos, el desprecio de Cristo y la lapidación de las posibilidades de la Iglesia»: I Reg 6, 85 (CCL 144, 597-598).

44. Reg Past I, 1 (381, 128); GREGORIO NACIANCENO, *Oratio ad fugam*, 16 (BPa 35, 46).

dres demuestran gran veneración. El sacerdote se embarca en una delicadísima misión, transcendental como ninguna otra, cuya aceptación tiene mucho de temeridad[45]. Por eso, Gregorio afirma: «Quien está libre de ellas [las cargas pastorales] no las desee imprudentemente; y quien imprudentemente ya las deseó, tema mucho haberlas conseguido»[46].

3. *Influencia posterior*

La *Regla pastoral* dirigida inicialmente al obispo de Rávena, alcanzó pronto gran difusión[47]. El año 594 enviaba Gregorio otro ejemplar de su obra al obispo Venancio de Luni, precisando que iba dirigida al sacerdote Columbus, de forma que el obispo no debía guardársela para sí, pues pronto le enviaría otro ejemplar[48]. Aún en vida de Gregorio, el emperador de Bizancio, Mauricio, encargó la traducción al griego, asignando la tarea a Anastasio, Patriarca de Antioquía. No fue muy larga la historia de la versión griega; en el siglo IX ya había desaparecido.

No ocurrió lo mismo con el texto latino. Gregorio envió, también en el año 594, la *Regla pastoral* a san Leandro de Sevilla, quien pronto la distribuyó entre los obispos de la península[49]. Liciniano de Cartagena, amigo de san Le-

45. Juan Crisóstomo empleaba esta comparación: «Si el capitán de un navío mercante, lleno de remeros y cargado de preciosas mercancías, me hiciera sentar junto al timón y me mandara atravesar el mar Egeo o Tirreno, inmediatamente saltaría negándome, y, si alguno me preguntara por qué, en seguida respondería: porque no quiero echar a pique el navío»: *De Sacerdotio*, III, 8 (SC 272, 160).

46. Reg Past, *Carta dedicatoria* (SC 381, 124).

47. Cf. Introducción de B. Judic a GRÉGOIRE LE GRAND, *Règle pastorale*, I, Paris 1992 (SC 381, 88-102).

48. Cf. Ep V, 17 (CCL 140, 284-285).

49. Cf. Ep. V, 53 (CCL 140, 348; BPa 42, 25-26).

andro, escribía al Papa expresándole su admiración por la obra y su preocupación de quedarse sin clero si aplicaba el contenido de la misma[50]. El hermano y sucesor de san Leandro en la sede de Sevilla, san Isidoro, se la remitió a san Braulio, aún arcediano de Zaragoza, y la recuerda en su *De viris illustribus* como obra singularmente apreciable entre las del santo Pontífice[51]. De esta obra extractó sus mejores documentos Tajón, sucesor de san Braulio, en sus cinco libros de las *Sentencias* dedicados a san Quirico de Barcelona y remitidos también a san Eugenio de Toledo[52].

Agustín, monje de San Andrés, la llevó a Inglaterra, a donde había sido enviado por el Papa en el año 596. Fue allí donde a fines del siglo IX el rey Alfredo el Grande hizo que se tradujera, junto con los *Diálogos*, al anglosajón, entregando un ejemplar a cada obispo[53].

En el año 813, un año antes de la muerte de Carlomagno, se celebraron, por mandato del emperador, los concilios de Reims, Maguncia, Tours y Chalon-sur-Saone. Estos cuatro concilios aconsejan con unanimidad a monjes, clérigos y pastores de la Iglesia, la meditación y la práctica de la *Regla pastoral*. De los 44 cánones decretados después de un ayuno de tres días, por los padres y hermanos reunidos a mediados de mayo en Reims, decía el canon décimo: «Se leyeron trozos del libro *Pastoral* del bienaventurado Grego-

50. Cf. J. MADOZ, *Liciniano de Cartagena y sus cartas. Edición crítica y estudio histórico*, Madrid 1948.

51. Cf. ISIDORO DE SEVILLA, *De viris illustribus*, 40, 53 (PL 83, 1102).

52. Cf. La Introducción de R. ARCONADA a *Regla Pastoral de san Gregorio Magno*, Barcelona 1930, XXI.

53. El mismo rey Alfredo, en los versos con los que prologa la traducción anglosajona, afirma: «Este escrito trajo Agustín del mediodía, del lado de allá del salado mar a los habitantes de la isla, según se lo mandó el heraldo de Dios, el papa de Roma, el sabio Gregorio, versado en la ciencia y de admirable sabiduría»: citado por R. Arconada, ibid., XIX.

rio, para que los pastores de la Iglesia entendiesen cuál debe ser su vida y cómo deben amonestar a los súbditos»[54]. El 9 de junio, después de otros tres días de ayuno, tuvo su apertura el Concilio de Maguncia, dividiéndose sus miembros en tres secciones: la primera, la de los obispos, leyó y discutió el Evangelio, las Epístolas y los Hechos de los Apóstoles, los cánones y la *Pastoral* de san Gregorio. Cincuenta cánones aprobó el Concilio de Tours, y sesenta y seis el de Chalon-sur-Saone, de los cuales el tercero y primero, respectivamente, ordenan que ningún obispo ignore el libro *Pastoral* del bienaventurado papa Gregorio, en donde cada cual debe mirarse como en un espejo y vivir y predicar según la forma allí descrita[55]. Todavía más calurosas y encarecidas son las recomendaciones de otro Concilio reunido en Aquisgrán en febrero de 836, por Luis el Bondadoso. Los obispos congregados, respondiendo a las varias cuestiones de reforma propuestas por el emperador, declaran en la introducción de las actas, su propósito de sujetarse en sus respuestas a las enseñanzas de los Padres, especialmente de san Gregorio. Según Hincmaro, obispo de Reims (806-882), se solía poner en las manos del obispo que iba a ser consagrado, el libro de las Sagradas Escrituras y la *Regla pastoral*, recomendándole que en su vida procediese tal como allí se describía. En la Edad Media, pues, la *Regla pastoral* fue uno de los libros más estimados por los pastores de la Iglesia; fuente en la que se formó el clero durante siglos.

Hoy, sigue siendo un libro de perenne actualidad. El *hombre bello* delineado por Gregorio en su obra sigue sirviendo a los pastores de hoy. Su enseñanza brilla todavía con

54. Cf. R. ARCONADA, o. c. XXIII.

55. «No se ha de permitir –en la medida de lo posible– que haya algún obispo que ignore los Cánones o el *Libro Pastoral* del Papa Gregorio. En estos libros se han de mirar como en un espejo»: canon 3º del III Concilio Turonense (813), citado en PL 77, 10.

el esplendor que en siglos pasados; pues, alimentándose en la Escritura, no hace sino ofrecer doctrina siempre viva sobre la vida y actitudes del Buen Pastor. Juan XXIII confesaba que «este pequeño libro ha hecho a Nos compañía durante casi medio siglo procurando a Nos alegrías inefables al releerlo en todas las circunstancias de la vida (...) es el más precioso código de la acción pastoral después del Evangelio y de las Cartas de los Apóstoles para la santificación de las almas sacerdotales y la dirección de los fieles»[56]. Juan Pablo I, en los cortos días de su Pontificado, tuvo también palabras conmovedoras sobre la *Regla pastoral*: «Quisiera tratar –dice el Papa– de imitar al segundo [a san Gregorio Magno], que dedica todo el libro tercero de su *Regula pastoralis* al tema *qualiter doceat*, es decir, cómo el pastor debe enseñar. A lo largo de 40 capítulos, Gregorio indica concretamente varias formas de instrucción, según las diversas circunstancias de condición social, edad, salud y temperamento moral de los oyentes. Pobres y ricos, alegres y tristes, superiores y súbditos, doctos e ignorantes, descarados y tímidos, etc... todos están en ese libro». Y en la misma homilía, afirma: «En Roma, estudiaré en la escuela de san Gregorio Magno»[57].

Por último, Juan Pablo II, sucesor de Pedro como Gregorio, con motivo del XIV Centenario de su elevación al Pontificado, nos ha recordado la perenne actualidad de esta obra: «Transcurridos veinticinco años desde la clausura del Concilio Vaticano II, que no ya por un juicio reductivo ni superficial, sino por una concreta opción operativa en respuesta a las instancias de los tiempos modernos, ha sido de-

56. *Discurso a la 3ª Sesión del Sínodo Romano*, 27 de enero de 1960 en *Acta Apostolicae Sedis* 52 (1960) 246. Cf. también PABLO VI, *Audiencia general*, 8 de julio de 1970, en L'Osservatore Romano (ed. esp.) 12 de julio de 1970.

57. *Homilía en San Juan de Letrán*, 23 de septiembre de 1978.

finido *pastoral* y, por tanto, dirigido propiamente al servicio del Evangelio de la salvación, será sumamente útil y oportuno tomar de nuevo en la mano este libro verdaderamente áureo, para sacar del mismo enseñanzas todavía válidas e indicaciones prácticas de experiencia pastoral y, diría, los secretos mismos de un arte que es indispensable aprender para poder ejercerlo después»[58].

4. *La presente edición*

La aparición de un texto crítico latino de la *Regla pastoral* es un hecho reciente. La prestigiosa colección francesa *Sources Chrétiennes*, de «Les Éditions du Cerf», publicaba en 1992 la primera edición crítica de la *Regula pastoralis*, acompañada, como es habitual, de la traducción francesa. Existen más de quinientos manuscritos latinos catalogados de nuestra obra[59]. Para la colección francesa los editores se han conformado con fijar un texto definitivo que se apoya en el manuscrito más antiguo[60], incorporando un reducido aparato crítico. Los mismos editores anuncian, para un futuro indeterminado, una edición crítica completa que incorpore las referencias a toda la traducción manuscrita[61].

58. JUAN PABLO II, *Carta con motivo del XIV Centenario de la elevación de san Gregorio Magno al Pontificado*, en L'Osservatore Romano (ed. esp.), 4 de julio de 1990.

59. Cf. R. W. CLEMENT, *A Handlist of Manuscripts Containing Gregory's Regula Pastoralis*, Manuscripta 28 (1984), 33-44.

60. Se trata del manuscrito *ms. 504*, de la Biblioteca Municipal de Troyes, cuya fecha se sitúa a finales del siglo VI y principios del VII. Se trata, por tanto, de un manuscrito contemporáneo a Gregorio Magno, que pudo incluso ser modificado por él mismo; cf. R. W. CLEMENT, *Two Contemporary Gregorian editions of Pope Gregory the Great's «Regula pastoralis» in Troyes ms. 504*, Scriptorium 39 (1985), 89-97.

61. Cf. SC 381, 103.

Nuestra traducción se ha realizado a partir del texto latino publicado en 1992: GRÉGOIRE LE GRAND, *Régle pastorale*, Introduction, notes et index par B. Judic; Texte critique par F. Rommel; Traduction par Ch. Morel, «Sources Chrétiennes» 381-382, Les Éditios du Cerf, Paris 1992. Se ha respetado la división de la obra y la numeración de esta edición. Hemos, sin embargo, alterado los títulos que preceden a cada una de las cuatro partes, simplificándolos, pues, como advierte el editor francés, no pertenecen a la tradición manuscrita. Se han tenido también a la vista las traducciones castellanas anteriores a nuestra edición[62], así como las más recientes traducciones a otras lenguas modernas[63].

62. *Treynta y seys amonestaciones del Pastoral de beatissimo padre el Grande Gregorio Papa*, trad. del Licenciado Moya de Contreras, Zaragoza 1547, 89 fols.; *Pastoral de san Gregorio Papa*, trad. P. Fr. Gregorio de Alfaro, Madrid 1604; *Gobierno eclesiástico y seglar que contiene el Pastoral del glorioísísimo...*, trad. P. Fr. Gregorio de Alfaro, Valencia 1769; *Pastoral de san Gregorio Papa*, trad. Fr. Gregorio Alfaro, Apostolado de la Prensa, Madrid 1944; *Regla Pastoral de San Gregorio Magno*, trad. Gonzalo San Martín, Introd. P. Ricardo de Arconada, Barcelona 1930; *Obras de san Gregorio Magno*, incluye «Regla pastoral», «Homilías sobre la profecía de Ezequiel», «Cuarenta homilías sobre los Evangelios», trad. Paulino Gallardo, Introd. notas e índices Melquiades Andrés, BAC, Madrid 1958.

63. GREGOR DER GROSSE, *Regula pastoralis*, übers. u. mit e. Einl. vers. von G. Kubis, Graz-Wien-Köln, Styria 1986 [Sólo incluye la Tercera Parte]; GREGORIO MAGNO, *Regola pastorale*, tr. intr. e note a cura di A. Candelarasi, Edizioni Paoline, 1978; GREGORIO MAGNO, *La Regola pastorale*, tr. intr. e note a cura di Maria Teresa Lovato, Roma, Città Nuova, 1981; GREGORY THE GREAT, *Pastoral Care*, Trans. with introd., notes and indices by Henry Davis, Westminster-Maryland, The New Press, 1950; GREGORY THE GREAT, *The book of pastoral rule and selected epistles*, Trans. with introd., notes and indices by James Barmby, Grand Rapids-Michigan, Eerdmans, 1983; GRÉGOIRE LE GRAND, *Règle pastorale*, Introduction, notes et index par B. Judic; Texte critique par F. Rommel; Traduction par Ch. Morel, «Sources Chrétiennes» 381-382, Les Éditios du Cerf, Paris 1992.

Gregorio Magno

REGLA PASTORAL

SAN GREGORIO MAGNO, PONTÍFICE ROMANO

LIBRO DE LA REGLA PASTORAL[1]

A JUAN[2], OBISPO DE LA CIUDAD DE RÁVENA

CARTA DEDICATORIA

Gregorio, al reverendísimo y santísimo hermano Juan, compañero en el episcopado

Querido hermano, con benigna y humilde intención desapruebas el que, ocultándome, haya querido rehuir las car-

1. Tal es el título que encontramos en los más antiguos códices de nuestro libro (*Codex Corbeiensis, Sancti Petri Belvacensis*, etc.).; por lo demás, el mismo Gregorio emplea este título refiriéndose a su libro en cartas posteriores a su aparición. Así, en Ep V, 53 (CCL 140, 348) se lee: *ut librum regulae pastoralis, quem in episcopatus mei exordio scripsi* (para la traducción completa al castellano de esta carta, cf. BPa 42, 25-26). En códices posteriores se lee: *Liber curae pastoralis*, título que se apoya en la lectura del comienzo de la obra: *Pastoralis curae me pondera...*

2. Isidoro de Sevilla (*De viris illustribus*, 40, 53: PL 83, 1102) e Ildefonso de Toledo (*De viris illustribus*, 1: PL 96, 198) identifican este Juan con Juan el Ayunador, Patriarca de Constantinopla (582-595). La primera biografía de san Gregorio, compuesta por un monje inglés de Whitby hacia el 713, es la primera fuente en la que se indica que la *Regula pastoralis* se dedica al obispo de Rávena (cf. B. COLGRAVE, *The earliest life of Gregory the Great, by an anonymous monk of Whitby*, Text, translation and notes, Cambridge 1985).

gas de la solicitud pastoral. A fin de que éstas no parezcan a algunos que son livianas, expongo por escrito en el presente libro todo lo que considero sobre su importancia. De modo que quien está libre de ellas, no las desee imprudentemente; y quien imprudentemente ya las deseó, tema mucho haberlas conseguido[3].

Este libro se divide en cuatro partes, para que penetre, paso a paso, en el ánimo del lector por medio de razonamientos ordenados. Pues, cuando lo pide la necesidad, hay que pensar mucho con qué cualidades[4] debe uno llegar a la cima de este gobierno[5]; y habiéndola alcanzado debidamente, cómo debe enseñar. De forma que enseñando rectamente, reconozca día a día su propia flaqueza, para que ni

3. Ya en el primer párrafo notamos una apertura de intencionalidad por parte de Gregorio: dirigido el libro al obispo de Rávena, expondrá Gregorio una doctrina válida no sólo para el de Rávena sino para todo el que se acerque a las sagradas órdenes. La ocasión de este libro surge, pues, de una puntual reprensión; la amplitud de la respuesta invita a pensar en una obra previamente concebida por el autor. Cf. Mor 30, 13 (CCL 143B, 1500).

4. Hemos traducido *qualiter* por *qué cualidades* siempre que el texto lo ha permitido, y no por *cómo*. Esta conjunción contiene un matiz cualitativo que lo diferencia del *quomodo*, que no existe en castellano. En general, Gregorio utiliza *qualiter* y *quomodo* indistintamente, si bien hay textos que invitan a puntualizar en la dirección que nosotros lo hacemos; cf. por ejemplo, para el uso de *qualiter*: In I Reg I, 55 (SC 351, 272), Dial IV, 56 (SC 265, 182), Mor XVI, 54 (SC 221, 220); para el uso de *quomodo*, cf. Dial IV, 47 (SC 265, 166), Ex Cant 11 (SC 314, 88), In I Reg I, 41 (SC 351, 238).

5. *Culmen regiminis*: es frecuente en Gregorio esta expresión para designar el sacerdocio como cura de almas. Que se trate del máximo gobierno que un hombre pueda ejercer sobre la tierra es algo que más adelante desarrollará. Juan Crisóstomo, hablando de los sacerdotes ya afirmó: «Han recibido una potestad, que ni Dios mismo dió a los ángeles ni a los arcángeles» (*De sacerdotio*, III, 5: SC 272, 148).

la humildad le impida llegar a ella, ni la vida contradiga el haberla alcanzado, ni la enseñanza descalifique su vida, ni la presunción ensoberbezca su enseñanza.

Por tanto, lo primero es que el temor modere el apetito. Después que la vida acredite el magisterio, aceptado sin haberlo buscado. Luego, es necesario que el bien que manifiesta el pastor con su vida, lo proclame también con su palabra. Queda, por último, que la consideración de la propia flaqueza rebaje la posible perfección de sus obras, para que la hinchazón del orgullo no la apague ante los ojos del Juez invisible.

Como son muchos los que, faltos de sabiduría –al igual que yo–, sin conocerse todavía, pretenden enseñar lo que no han aprendido, y consideran la carga de este magisterio tanto más liviana cuanto más ignoran la fuerza de su grandeza, desde la misma Introducción de este libro queden reprendidos. Al inicio mismo de nuestro discurso sean ya rechazados por la osadía de su precipitación aquellos indoctos e imprudentes que apetecen poseer la cumbre protegida de la doctrina[6].

6. Con *arx doctrinae* designa Gregorio la dignidad episcopal. Como más adelante dirá, el pastor es como el Arca de la Alianza, que porta dentro de sí la presencia de Dios para su Pueblo, principalmente por la Sagrada Escritura (cf. Reg Past II, 11). Ya otros autores habían empleado el término *arx* para designar la sede episcopal; cf. p.ej. Honorio Clemenciano Venancio Fortunato, obispo de Poitiers contemporáneo de san Gregorio (530-600), en *Vita s. Martini* I, 210 (PL 88, 372); y Ennodio, obispo de Pavía (muerto en el 521), en *Dictiones* 1 (cf. PL 63, 267).

Primera Parte
VOCACIÓN DEL PASTOR

1. *El que no sepa, que no enseñe*

Ningún arte se asume para ser enseñado, si antes no se ha aprendido con atenta reflexión. Puesto que la dirección de almas es el arte de las artes[1], ¡qué grande es la temeridad de los que reciben el magisterio pastoral carentes de sabiduría! Pues, ¿quién no sabe que las heridas del alma están más ocultas que las de la carne? Los que no conocen la fuerza curativa de los medicamentos se avergüenzan de ser tenidos por médicos del cuerpo, en cambio, los que no han conocido en absoluto las leyes del espíritu, no temen hacer de médicos del alma[2].

Dentro de la Santa Iglesia hay algunos que codician la gloria de este honor[3], bajo apariencia de ministerio, ahora

1. «Ars est artium regimen animarum» (arte de las artes es el gobierno de almas). Gregorio Nacianceno expresó el mismo pensamiento al escribir: «Tengo para mí que el gobierno de almas es el arte de las artes, y la ciencia de las ciencias» (*Oratio ad fugam*, 16: BPa 35, 46).

2. La comparación entre el médico del cuerpo y el del alma es usada a menudo por el Nacianceno; cf. *Oratio ad fugam* 16-34 (BPa 35, 46-61).

3. Conviene notar cómo Gregorio distingue entre la gloria (temporal) que conlleva asumir el gobierno pastoral, y el servicio –como don de Dios recibido– que supone. Aceptar lo primero bajo pretexto de realizar lo segundo, es lo que Gregorio recrimina.

que los grandes de este mundo[4] –por iniciativa de Dios– tienden a reverenciar la religión. Desean ser tenidos por doctores, anhelan sobresalir por encima de los demás y, poniendo por testigo a la Verdad, quieren el primer puesto en los banquetes, los primeros asientos en las sinagogas y que se les salude en primer lugar en la plaza[5].

En la medida en que éstos llegaron sólo por orgullo a esta cátedra de humildad, en esa misma medida, son incapaces de desempeñar dignamente el ministerio de la solicitud pastoral que han recibido. Se cae en contradicción en este magisterio cuando se enseña una cosa y se vive otra. El Señor se queja mucho contra ellos, diciendo por el profeta: *Reinaron sin contar conmigo; han establecido príncipes ignorándolo yo*[6]. Estos, pues, que no se apoyan en virtud alguna –de ningún modo llamados por Dios– reinan por su cuenta y no según la voluntad del Rey Supremo. Movidos por su pasión arrebatan, más que alcanzan, la cima de este gobierno. Con todo, el Juez interior los eleva, pero los ignora. Porque aunque los tolera permitiendo que sean elevados, ciertamente los ignora por un juicio de reprobación[7].

4. Gregorio piensa especialmente en el emperador y los miembros de la corte bizantina, a los cuales había conocido personalmente siendo apocrisario del Papa en Constantinopla.

5. Cf. Mt 23, 6-7.

6. Os 8, 4.

7. La expresión es fuerte y apunta al secreto juicio de Dios sobre la historia y sobre los hombres. «¿Cómo es posible que Dios permita que lleguen al episcopado quiénes sólo buscan alimentar su ambición?», parece ser la pregunta a la que Gregorio desea responder. La respuesta no deja de ser misteriosa: Dios lo permite, sí, pero en el mismo hecho de permitir que sean elevados tales hombres, son ya juzgados, pues, Dios mismo los ignora. Espantoso drama el del hombre que guiado por su egoísmo es ignorado por Dios, según las palabras que el amo dice, en la parábola, a las vírgenes necias: *amen dico vobis nescio vos* (Mt 25, 12). Comentando un texto que más adelante cita (Lc 13, 27), Gregorio afirma: «para

Por eso, a algunos que acudían a Él, incluso después de realizar milagros, les dijo: *Apartaos de mí, los que obráis la iniquidad; no sé quiénes sois*[8].

La voz misma de la Verdad echa en cara la ineptitud de los pastores, al decir por el Profeta: *Los mismos pastores están faltos de inteligencia*[9]. Una vez más el Señor los detesta, diciendo: *Ni los depositarios de la Ley me conocieron*[10]. La Verdad se lamenta de que por culpa de éstos no le hayan conocido y da fe de que no reconoce la autoridad de los faltos de inteligencia. De lo cual da testimonio san Pablo diciendo: *Si alguien la ignora, será ignorado*[11]. Porque, ciertamente, esos que ignoran lo que es del Señor, son ignorados por el Señor.

Por lo demás, la ineptitud de los pastores está en proporción con los méritos de los fieles: porque, en rigor, aunque carecen de la luz de la ciencia –sin total culpa propia– sin embargo, sucede que por la ignorancia de aquéllos, también pecan éstos[12]. De ahí, que la misma Verdad diga en el

Dios «ignorar» es reprobar» (Mor 2, 6: SC 32bis, 262; BPa 42, 132). Obsérvese la relación de esa doctrina con la de san Agustín cuando afirma: «¿Qué significa, por tanto, *no os conozco*? Os desapruebo, os repruebo. No os conozco en mi arte; mi arte desconoce los vicios. Cosa grande ésta: desconoce los vicios y, sin embargo, los juzga. Los desconoce porque no los hace; lo juzga cuando los reprueba. Así, pues, *no os conozco*» (*Sermo* 93, 16: PL 38, 579; BAC 441, 620).

8. Lc 13, 27. Probablemente, Gregorio cita de memoria o ha manejado en la elaboración de sus escritos diversas versiones de la Biblia, pues en otros escritos suyos, al citar este texto, difiere de la versión que aquí emplea; cf. p. ej. Mor 2, 6 (SC 32bis, 262: BPa 42, 132).

9. Is 56, 11.

10. Jr 2, 8.

11. 1 Cor 14, 38.

12. «Quien vive malamente en presencia de aquellos a cuyo frente está, en cuanto de él depende, dio muerte también a los fuertes. Quien le imita muere; quien no le imita sigue viviendo. Sin embargo, en cuanto depende de él, ha dado muerte a ambos»: AGUSTÍN, *Sermo* 46, 9 (CCL 41, 536).

Evangelio: *Si un ciego guía a otro ciego, los dos caen en el hoyo*[13]. Por eso, también el salmista –no por capricho, sino por su ministerio profético– anuncia: *oscurézcanse sus ojos para que no vean, y dóblense siempre sus espaldas*[14]. En verdad, *ojos* son los que puestos en lo más honorable del propio rostro han asumido el ministerio de atisbar el camino. Y *espaldas* se llama a los que de algún modo los siguen. Así pues, cegados los ojos se dobla la espalda; porque, cuando los que van delante pierden la luz de la ciencia, entonces sus seguidores se encorvan para llevar las cargas de sus pecados.

2. *Para enseñar, hay que vivir lo que se predica*

Hay también algunos que, con mucha curiosidad, sondean las leyes del espíritu, pero desprecian con su vida lo que penetran con el entendimiento. Enseñan a la ligera lo que aprendieron no con sus obras sino sólo con el estudio; y lo que predican con sus palabras lo contradicen con sus acciones.

De ahí se sigue que, cuando el pastor se encamina por despeñaderos, el rebaño lo sigue al precipicio. Por eso, el Señor se lamenta de la despreciable ciencia de los pastores, diciendo contra ellos por el profeta: *Vosotros mismos, cuando bebéis agua limpísima, enturbiáis el resto con los pies; mis ovejas han de pastar lo que vuestros pies han pisoteado y beber lo que vuestros pies han enturbiado*[15]. En verdad, los pastores sí que beben agua limpísima cuando se sacian de los manantiales de la Verdad y la entienden correctamente; pero enturbian con sus pies esta misma agua cuando corrompen con su mala vida lo estudiado en la santa meditación. Y, por supuesto, las ovejas beben agua ensuciada por

13. Mt 15, 14.
14. Sal 68, 24.
15. Ez 34, 18-19.

sus pies cuando algunos fieles no siguen las palabras que oyen, sino que sólo imitan los malos ejemplos que ven. Éstos, cuando sienten sed de la Palabra, al beber toman lodo –como si bebieran de fuentes corruptas–, porque con sus obras se pervierten[16]. Por eso, también está escrito por el profeta: *Lazo de la ruina de mi pueblo, sacerdotes malos*[17]. De ahí que el Señor diga de nuevo: *Han sido para la casa de Israel ocasión de culpa*[18].

En realidad, nadie hace más daño a la Iglesia que quien, teniendo nombre y puesto de santidad, actúa perversamente[19]. Porque a éste, cuando obra mal, nadie se atreve a reprenderlo; y así, cuando se honra al pecador por respeto a la jerarquía, ese pecado se extiende con vehemencia convirtiéndose en ejemplo[20]. En cambio, todos estos indignos evitarían el peso de un castigo tan grande si meditaran en su corazón con oído atento la frase de la Verdad que dice: *Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una piedra de molino, de asno, y le hundan en lo profundo del mar*[21].

16. «Ya veis... cuán obligado está el pastor de almas a poner de manifiesto los manantiales ocultos para darles a sus sedientas ovejas un agua pura e innocua»: AGUSTÍN, *Sermo* 128, 5, 7 (PL 38, 716).

17. Cfr. Os 5, 1; 9, 8.

18. Ez 44, 12.

19. Gregorio comienza esta frase con la fórmula *Nemo quippe* («En realidad, nadie»). En el *Decretum Gratiani* (293 Friedberg), el recopilador atribuye esta sentencia a san Agustín, añadiendo «Y así, el obispo que tales delitos no corrige, mejor que obispo ha de ser llamado «perro impúdico»». También en c.2, q.7, c.32: *Qui nec regiminis* (493 Friedberg) repite la adscripción a san Agustín del término *canis impudicus*.

20. «Cuando una oveja, aunque sea de las fuertes, ve frecuentemente a su superior que vive mal, aparta los ojos de las normas del Señor y mira al hombre, comienza a decir en su corazón: «Si mi superior vive de esta forma, ¿quién soy yo para no hacer lo que él hace?»»: AGUSTÍN, *Sermo* 46, 9 (CCL 41, 535).

21. Mt 18, 6.

Con *piedra de molino* se expresa muy bien el ajetreo y la fatiga de una vida mundana. Y con *lo profundo del mar* se designa el castigo definitivo. Por consiguiente, si quien ha llegado a este puesto de santidad escandaliza a los demás con su palabra o con su ejemplo, preferible le hubiera sido que las acciones mundanas las realizara como seglar hasta la muerte, antes que mover a los demás a imitarle en la culpa a causa de su sagrado ministerio. Porque si sólo cae él, la pena del infierno –sea como fuese– le atormentará de modo más soportable[22].

3. *Soportar las adversidades, temer las prosperidades*

Hemos dicho todo esto brevemente, para poner de manifiesto la importancia que tiene la responsabilidad de este ministerio[23]; de modo que quien no esté preparado, no se

22. «Dios reclama sus ovejas de los pastores, y reclama su muerte de las manos de ellos»: AGUSTÍN, *Sermo* 46, 20 (CCL 41, 546).

23. Traducimos *pondus* por «responsabilidad». El término latino *pondus* es mucho más rico de lo que pueda traducir una sola palabra castellana. Gregorio desarrolla una verdadera *Theologia ponderis*. En palabras de Hans Urs von Balthasar: «Extraño y ciertamente único en la historia del espíritu cristiano es, como en el caso de Gregorio, el empleo de un término predilecto, *pondus* (peso, gravitación), radicalmente nutrido por su experiencia existencial y sólo periféricamente ajustado al uso augustiniano (*pondus amoris*: gravitar del eros de la criatura cristiana hacia Dios), junto con otras acepciones (como peso de la carne, de la corrupción, de los golpes del destino, de la virtud, y especialmente de la autoridad: *pondus auctoritatis*), un aspecto recuperado de la gloriosa revelación del Antiguo Testamento: *kabod* es originariamente la importancia o peso de una persona; Yahvé descarga su *kabod* sobre los profetas, sobre Israel, sobre el mundo»: *Gloria*, IV, Madrid 1986, 307-308. Sobre este mismo punto cf. M. WALTHER, *Pondus, Dispensatio, Dispositio, Werthistorische Untersuchungen zur Frömmigkeit Papst Gregor des Grossen*, Diss., Bern 1941.

atreva a recibir los sagrados ministerios; y no acepte, por el deseo de esta dignidad, ser llevado a la perdición. De ahí que Santiago piadosamente lo prohiba, diciendo: *No queráis muchos ser hechos maestros, hermanos míos*[24].

Por eso, el mismo Mediador entre Dios y los hombres, que excede en conocimiento y comprensión de lo humano y de lo divino a los mismos espíritus celestiales, y reina en los Cielos desde toda la eternidad, evitó que le nombraran rey en la tierra. Ciertamente está escrito: *Dándose cuenta Jesús de que iban a ir a prenderlo por la fuerza y hacerle rey, huyó de nuevo al monte Él solo*[25]. Pues, ¿quién hubiera gobernado tan libre de culpa como Él, que hubiera regido a los que Él mismo había creado? Para eso, precisamente, había venido en carne: no sólo para redimirnos por su pasión, sino también para enseñarnos con su predicación dando ejemplo a los que le siguen. No quiso que le hicieran rey, sino que voluntariamente fue llevado al patíbulo de la cruz. Rechazó la gloria del poder que se le ofrecía y prefirió la pena de una muerte vergonzosa. Y esto, claro está, para que sus miembros aprendieran a rechazar los halagos del mundo, a no temer en absoluto sus amenazas, a amar las adversidades por causa de la Verdad; a no confiar -temerosos- en las prosperidades, porque éstas, con frecuencia, manchan el corazón con la vanagloria, mientras que las adversidades lo purifican con el dolor[26].

En las prosperidades el alma se engríe; en cambio, en las otras, aun cuando estuviera engreída, se humilla. En aquéllas, el hombre se olvida de quién es; pero en éstas, aunque

24. St 3, 1.

25. Jn 6, 15.

26. «En su pasión, nuestro Señor Jesucristo pone ante nuestros ojos las fatigas y los dolores del mundo presente; en su resurrección, la vida eterna y feliz del mundo futuro. Toleremos lo presente y esperemos lo futuro»: AGUSTÍN, *Sermo*, 211A (PL 47, 1177; BAC 447, 142).

no lo quiera, se ve obligado a recapacitar sobre sí mismo. En las primeras frecuentemente se pierden las buenas obras hechas en el pasado; en las segundas, por el contrario, se corrigen las malas costumbres admitidas desde hace mucho tiempo[27].

Y es que, generalmente, en la escuela de las contrariedades de la vida, el corazón se somete a esta disciplina; y cuando alguien alcanza la dignidad de este estado, por la rápida costumbre que genera la gloria, se llena de soberbia[28]. Del mismo modo que Saúl: al principio, considerándose indigno, huyó; pero tan pronto como aceptó el gobierno del reino, se ensoberbeció[29]. Por su deseo de honor ante el pueblo, no quiso ser reprendido públicamente y apartó de sí al que lo había ungido rey[30]. Así también David, que en casi todos sus actos agradaba al juicio del Creador, tan pronto como careció del peso de sus obligaciones, manifestó violentamente la hinchazón de su herida[31]. Y por su debilidad se volvió disoluto, por el deseo de una mujer y, con crueldad, se hizo inflexible en la muerte de aquel varón[32]. El que antes sabía perdonar con piedad a los malvados, después aprendió, sin retractarse, a desear incluso la muerte de los

27. Nos encontramos ante un claro ejemplo de *contraste* o *antítesis*: dos ideas contrarias (prosperidad y adversidad) se alternan en el discurso del autor por medio de la fórmula *in istis... in illis*. Con ello, se da mayor realce a lo que se quiere decir, guiando al lector al párrafo que sigue como conclusión de lo que se ha ido exponiendo. No se trata de un caso aislado en la obra de Gregorio. Educado en la cultura clásica, sabe Gregorio hacer uso de los recursos de la lengua para mejor exponer el mensaje cristiano.

28. «¡Ojalá que nosotros pudiéramos ser deudores dignos para poder pagar todo lo que hemos recibido, sin que nos ensoberbezca el don del sacerdocio o del ministerio!»: AMBROSIO DE MILÁN, *Expositio evangelii secundum Lucam*, VII, 83 (CCL 14, 241; BAC 257, 384).

29. Cf. 1 S 10, 1; 15, 30-35.

30. Cf. Hch 13, 20-22.

31. Cf. 2 S 11, 2.

32. Cf. 2 S 11, 15.

buenos. Al principio, ciertamente, no quiso herir al perseguidor que tuvo en sus manos; pero luego, aun con daño del extenuado ejército, acabó con la vida de su obediente capitán. Su culpa le habría llevado muy lejos del número de los elegidos, si sus penitencias no le hubiesen devuelto el perdón.

4. *Gobierno y serenidad de juicio*

Con frecuencia, cuando se acepta un puesto de gobierno, el corazón se agita con diversas tareas; y como la mente confusa se dispersa en muchas cosas, el que gobierna se encuentra incapacitado para atender a cada una de ellas. Por eso, cierto sabio lo prohibe previsoramente, diciendo: *Hijo, no te metas en múltiples asuntos*[33]. Porque está claro que nunca se puede uno concentrar plenamente en el sentido de cada una de las tareas, si la mente se dispersa en muchas de ellas. Siempre que la mente es atraída al exterior por la curiosidad, se vacía de la solidez de su temor interior; se entrega a los trabajos externos con solícita disposición y pensando sólo de sí cosas ignotas, se desconoce a sí mismo[34]. Pues, como se complica más de lo necesario en lo exterior, y se distrae en el camino, se olvida de aquello a lo que tendía. De tal manera que, enajenada por la afición de su curiosidad, ni siquiera ella misma considera los daños que sufre, y desconoce en cuántas obras peca.

Tampoco Ezequías creyó pecar cuando mostró la cámara de los perfumes a los extranjeros que vinieron a él. Pero

33. Si 11, 10.

34. «Toda curiosidad ilícita no es otra cosa que una pestilente carencia de la verdad»: AGUSTÍN, *Sermo*, 112A, 3 (PLS 2, 428; BAC 441, 806).

cayó bajo la ira del Juez en el castigo de su futura descendencia, porque pensó que había actuado lícitamente[35].

A menudo, mientras tienen por delante muchas tareas y pueden llevarlas a cabo, por el hecho de hacerlas –cosa que admiran los fieles– el alma se engríe en el pensamiento y provoca totalmente la ira del Juez, aunque ésta no se muestre externamente por medio de acciones desfavorables. En verdad, el que juzga está en lo interior y es lo interior lo que se juzga. Por tanto, cuando pecamos en el corazón, lo que hacemos se esconde a los hombres; sin embargo, tenemos al mismo Juez como testigo de nuestro pecado.

De hecho, tampoco el rey de Babilonia se mostró entonces culpable de soberbia, cuando dijo palabras orgullosas[36]. Éste, ciertamente, cuando acabó de decirlas, oyó de la boca del profeta una sentencia de reprobación. Y es que, el que predicó al Dios omnipotente a todas las gentes, al cual se dió cuenta que había ofendido, ya había antes limpiado la culpa cometida por soberbia. Pero, después de esto, ensoberbecido por el éxito de su poder, cuando se alegraba de haber realizado grandes hazañas, primero se prefirió a sí mismo antes que a los demás, y después, aún engreído, dijo: *¿No es ésta la gran Babilonia que yo he edificado como mi residencia real, con el poder de mi fuerza y para la gloria de mi majestad?*[37]. Evidentemente, esta expresión puso de manifiesto la venganza de aquella ira que la oculta soberbia encendió.

El Juez severo ve primero invisiblemente lo que después reprende con un castigo público. Por eso, lo convirtió en un animal irracional, lo separó de la comunidad humana y, transtornada su razón, lo asoció a las bestias del campo; para que, por estricto y justo juicio, el que se había

35. Cf. Is 39, 4; 2 R 20, 13.
36. Cf. Dn 4, 16ss.
37. Dn 4, 27.

estimado por encima de los demás hombres, perdiera incluso el ser hombre.

Así pues, al decir esto, no reprendemos la potestad, sino que fortalecemos la flaqueza del corazón ante la codicia de aquélla; a fin de que cualquier imperfecto no se atreva a alcanzar por empeño la dignidad de este estado, y los que titubean, mientras están en camino llano, no pongan su pie en el precipicio.

5. *No rehusar el gobierno por propia comodidad si se puede dar buen testimonio*

Hay algunos que recibieron excelentes virtudes y están enriquecidos con grandes cualidades para la formación de los demás. Éstos, en su celo por la castidad ante el mundo, fuertes en la constancia de su abstinencia, colmados de abundante doctrina, humildes en la entereza de su paciencia, levantados en la fortaleza de la autoridad, son buenos en la gracia de la piedad y estrictos en la rectitud de su justicia.

Si llamasen a éstos a la dignidad de este estado, renunciarían aceptarla, perdiendo para sí la mayoría de los dones que habían recibido no sólo para ellos mismos sino en favor de los demás. Mientras piensan en sus cosas y no en el bien de los otros, ellos mismos, que desean conservar tales bienes para sí, se privan del Bien. Por eso, dijo la Verdad a sus discípulos: *No puede ocultarse una ciudad puesta en la cima de un monte, ni tampoco encienden una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa*[38]. Y también a Pedro: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*[39]. Pedro, cuando respondió

38. Mt 5, 14-15. 39. Jn 21, 16.

inmediatamente que le amaba, oyó: *Si me amas, apacienta mis ovejas*[40].

Por consiguiente, si el apacentar es un testimonio de amor, el que teniendo abundancia de virtudes rehusa apacentar el rebaño de Dios, convénzase de que no ama al supremo Pastor. Por eso dice Pablo: *Si Cristo ha muerto por todos, entonces todos han muerto. Y si ha muerto por todos, no queda más que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*[41].

También Moisés dice que el hermano vivo reciba a la mujer sin hijos del hermano difunto y engendre hijos en nombre de su hermano. Si él rechaza recibirla, que ella le escupa a la cara, le descalce un pie y que su casa se llame *casa del descalzado*[42]. El hermano difunto es el que, después de su resurrección, aparece en gloria diciendo: *Id, avisad a mis hermanos*[43]. Él murió, en un sentido, sin hijos porque no había completado el número de sus elegidos. Es decir, que el hermano vivo ha de aceptar a la mujer del otro porque es necesario que se le imponga el cuidado de la Santa Iglesia de Dios a quien más vale para regirla bien. Si él no quiere aceptarla, que la mujer le escupa a la cara; porque a quien no procura aprovechar a los demás con los dones que ha recibido, la Santa Iglesia le reprocha por los dones que tiene, como si le escupiera en la cara. Y a éste se le quita un calzado para que su casa se llame *casa del descalzado*, pues está escrito: *calzados los pies en preparación del Evan-*

40. Jn 21, 16.

41. 2 Co 5, 14-15.

42. Cf. Dt 25, 5; cf. historia de Noemí y Boz: Rt 4, 1-11. En el tiempo de vigencia de la ley mosaica, el zapato era símbolo de dominio y posesión, cf. Sal 60, 10 donde se arroja el calzado para tomar posesión; el texto de Rut atestigua, sin embargo, que ya en tiempos de su composición el rito de descalzarse había sido sustituido por el testimonio escrito.

43. Mt 28, 10.

gelio de la paz[44]. Por tanto, si estamos atentos al prójimo como a nosotros mismos, protegemos nuestro pie con el calzado. Pero quien desatiende a sus prójimos, pensando en su propio beneficio, es como el que pierde desgraciadamente el calzado de un pie[45].

Así pues, hay algunos –como dijimos– que, dotados de grandes dones, mientras están entusiasmados mirándose a sí mismos, rechazan poner sus dones al servicio del prójimo por medio de la predicación. Aman el ensimismarse en la quietud y desean la soledad para su meditación. Pues bien, si por esto se les juzga estrictamente, sin duda, son culpables de la perdición de todos aquellos a los que pudieron aprovechar apareciendo ante el pueblo. El que puede beneficiar notablemente a sus prójimos, ¿con qué razón antepone su soledad al beneficio de los demás, cuando el mismo Unigénito del eterno Padre descendió desde el seno del Padre hasta nosotros a fin de aprovechar a muchos?

6. *Son humildes los que no se oponen a los juicios de Dios*

Hay algunos que rehuyen esta responsabilidad sólo por humildad, para no ser preferidos a los demás, pues se con-

44. Ef 6, 15.

45. Cf. AGUSTÍN, *Contra Faustum Manichaeum*, 32, 10 (CSEL 251, 769). Nos sorprende en este párrafo Gregorio con un ejemplo claro de lectura alegórica de la Escritura. Entrelazando textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, con la sabiduría propia del que lee más allá de la letra, nos ha presentado una sugerente lección: no aceptar la solicitud pastoral, poseyendo los dones que Dios otorga para ello, es rechazar lo más íntimo de la relación nupcial a la que Dios llama entre el pastor y la Iglesia. Rechazar dicha relación es, consecuentemente, quedar infecundo, echando a perder los dones que Dios otorgó a uno en favor de los demás. Dada la lección, Gregorio saca la consecuencia moral en el párrafo que sigue. De esta forma, al sentido alegórico sigue el moral.

sideran inferiores. Su humildad es verdadera ante los ojos de Dios si se rodea también de las demás virtudes; es decir, cuando no se obstina en rechazar lo que se le manda aceptar. Pues, no es verdaderamente humilde el que sabe que debe asumir el gobierno por un juicio de Dios y, sin embargo, lo rechaza.

Ahora bien, el que es fiel a las disposiciones divinas y es ajeno al vicio de la obstinación, cuando se le impone la dignidad de este gobierno, si ya está provisto de dones con los que puede aprovechar a los demás, debe huir de su inclinación y obedecer contra su deseo.

7. *Unos desean rectamente el ministerio de la predicación, otros rectamente son obligados a él*

A veces, algunos desean laudablemente el ministerio de la predicación, mientras otros, no menos laudablemente son llevados a él a la fuerza. Esto se ve claramente si pensamos en la conducta de dos profetas: uno de ellos se presentó voluntariamente para ser enviado a predicar, mientras el otro rechazó llevar a cabo este ministerio por miedo. En efecto, Isaías se ofreció voluntariamente al Señor que se preguntaba a quién enviaría, cuando le dijo: *heme aquí, envíame*[46]. En cambio, Jeremías fue enviado y, no obstante, como si no debiera ser enviado, se resistió humildemente diciendo: *Ah Señor Dios, mira que no sé hablar, que soy un niño*[47]. La voz de cada uno de ellos se expresó externamente de distinta forma, pero no procedía de una fuente de amor distinta. Dos son los preceptos de la caridad: el amor a Dios y el amor al prójimo. Isaías deseó la vida activa en el ministerio de la predicación a fin de aprovechar a los próji-

46. Is 6, 8. 47. Jr 1, 6.

mos. En cambio, Jeremías, deseando la vida contemplativa, unido exclusivamente al amor de su Creador, se resiste a ser enviado a predicar. Por tanto, uno laudablemente deseó que le enviaran, mientras el otro se espantó de ello. Éste, para no perder los beneficios de la contemplación silenciosa cuando hablara; el otro para no sentir los prejuicios del trabajo del contemplativo cuando callara.

Ahora bien, esto hay que considerarlo con agudeza en cada caso, porque el que se resistió, no lo hizo totalmente, y el que quiso ser enviado se vió antes purificado por un carbón del altar. De modo que quien no esté purificado no se atreva a aceptar los sagrados ministerios, y a quien haya elegido la gracia de lo alto no se oponga orgullosamente bajo apariencia de humildad. Pero como es muy difícil reconocer si se está purificado, en principio, niéguese a todos el ministerio de la predicación, si bien –como hemos dicho– no se niegue cuando se sabe que la voluntad de Dios es que lo reciba.

Moisés admirablemente puso en práctica ambas tareas: no quiso ponerse al frente de aquella enorme muchedumbre y, sin embargo, obedeció. Pudo haber sido soberbio si hubiese aceptado sin temor el gobierno de un pueblo innumerable. Y, además, se hubiese mostrado soberbio si se hubiese negado a obedecer el mandato del Creador. En ambas ocasiones fue humilde y dócil, pues temiéndose a sí mismo no quiso ponerse al frente del pueblo y, sin embargo, consintió confiando en quien le dió el mandato.

Deduzcan de estos ejemplos los imprudentes lo grande que es su culpa si por amor propio no temen ser preferidos a los demás, viendo que aquellos santos varones temieron aceptar el gobierno, incluso habiendo sido mandado por Dios. Moisés, alentado por Dios, tembló. ¡Y todavía estos imprudentes desean recibir el mismo honor! Se disponen con ello a ser aplastados por poner sus hombros bajo las cargas ajenas. ¡No pueden con su propia carga y aumentan la que llevan!

8. *No hay que desear este gobierno*

Ocurre con frecuencia que los que apetecen estar al frente del pueblo de Dios por capricho, toman como argumento las palabras del apóstol, cuando dice: *Si alguno desea el episcopado, buena cosa desea*[48]. Pero él, a pesar de alabar tal deseo, en seguida convirtió en motivo de temor lo que acababa de elogiar, añadiendo a continuación: *es, pues, necesario que el obispo sea irreprensible*[49]. Y enumerando a renglón seguido las virtudes que le son necesarias, pone en claro en qué consiste el ser irreprensible. Aprueba el deseo, pero hace temer con su precepto, como si dijera claramente: «alabo que lo busquéis, pero antes, sabed bien qué es lo que buscáis; no sea que descuidando el conocimiento de vosotros mismos, lleguéis a ser más dignos de corrección, cuanta más prisa os deis para que los demás os vean en la cumbre de este honor».

El gran maestro en el arte de regir les urge con su elogio, pero les advierte con precauciones a fin de alejar a sus oyentes de la soberbia. Y, alabando el ministerio que se busca, los dispone para tal clase de vida. No obstante, debemos observar que esto lo dijo en aquel tiempo, en el que quien presidía al pueblo de Dios, era el primero en ser llevado a los tormentos del martirio. Consiguientemente, entonces fue elogiable buscar el episcopado, cuando por ejercer este ministerio, no había duda en encontrarse con los más graves sufrimientos. De ahí que el mismo ministerio del episcopado se defina con la expresión *buena cosa*, cuando dijo: *Si alguno desea el episcopado, buena cosa desea*[50]. Por tanto, quien busca el episcopado, no por ser *buena cosa* este ministerio, sino por la gloria terrena de este cargo, da tes-

48. 1 Tm 3, 1.
49. 1 Tm 3, 2.
50. 1 Tm 3, 1.

timonio contra sí mismo de que no lo desea. Pues, aquel que anhela la dignidad de este estado, deleitándose en la oculta meditación de pensar en el dominio de los demás, alegrándose en su propia alabanza, apoyando su corazón en los honores y regocijándose en la abundancia de bienes, no sólo no ama en absoluto el ministerio sagrado, sino que no lo conoce. Se busca el lucro mundano bajo la apariencia de este honor cuando debieron haber destruido dicho mundano lucro. Y así, cuando el alma piensa en alcanzar lo más alto de la humildad, por ensoberbecerse, mezcla en su interior lo que deseó en apariencia.

9. *No se ha de desear presidir, prometiéndose en su imaginación realizar buenas obras*

Generalmente, los que anhelan alcanzar el ministerio pastoral, también proponen a su alma algunas obras buenas; y aunque las apetezcan con la intención de vanagloriarse, sin embargo, se creen que tienen que hacer grandes obras. Por eso, una cosa es la intención escondida en lo interior, y otra lo que tiene lugar en la superficie de su mente, pues, frecuentemente, el alma se engaña a sí misma acerca de sí. Finge amar las buenas obras que en realidad no ama y no amar la gloria mundana que de hecho sí que ama. Entusiasmada por un puesto de gobierno, se hace tímida cuando lo busca, pero audaz cuando lo encuentra.

Buscando este ministerio, el alma está temerosa, pero cuando lo alcanza, de repente piensa que lo que ha conseguido lo merecía en justicia. Entonces, una vez recibido el puesto de gobierno, comienza a disfrutarlo mundanamente, olvidándose de los pensamientos religiosos que tenía. Por eso es necesario que en cuanto el pensamiento se salga de su camino, el ojo del alma reflexione acerca de los hechos pasados, mirando cada uno qué hizo cuando era un simple

fiel. Así, sabrá al instante si podrá realizar como superior lo que se había propuesto. Porque de nada le vale a uno aprender humildad en un puesto de superioridad, si no dejó de ensoberbecerse en un puesto de sumisión. Quien aprendió a desear el elogio cuando no lo tenía, no sabe rehuirlo cuando lo tiene a mano. El que no ha podido bastarse por sí mismo, no puede de ningún modo vencer la avaricia cuando pretende sustentar a muchos. Por consiguiente, descubra cada uno, desde su vida pasada, qué clase de hombre es, a fin de que el apetito de un puesto de gobierno no le engañe con un falso propósito.

Muy a menudo, cuando se acepta esta responsabilidad, se renuncia a la práctica de las buenas obras que se hacían cuando la vida era tranquila; porque mientras el mar está en calma, hasta el inexperto maneja bien una barca, pero turbado por las olas de la tempestad, incluso el marinero experto se confunde. ¿Qué es, pues, el poder en un puesto de gobierno, sino una tempestad para el alma? En ella, la barca del corazón se conmueve siempre por las tormentas de los pensamientos y es zarandeada de aquí para allá, de modo que, por repentinos excesos del hablar y del actuar, se resquebraja con las rocas que le salen al paso[51].

En medio de estas adversidades, ¿qué se ha de seguir?, ¿a qué hay que atenerse sino a que acceda al gobierno –incluso a la fuerza– quien es apreciado por sus virtudes, y no acceda –ni siquiera coaccionado– quien no tenga virtudes? El primero, si se resiste del todo, tema que por guardar el talento recibido en su pañuelo, sea juzgado por su omisión[52]. Guardar el talento en el pañuelo significa esconder los dones recibidos bajo un perezosa y persistente desidia. El otro,

51. Por propia experiencia sabe Gregorio que un puesto de gobierno es como una tempestad para el alma.

52. Cf. Mt 25, 18ss.

por el contrario, como era costumbre de los fariseos, si apetece el gobierno, tenga cuidado de que aquello que desea no sea obstáculo para entrar en el Reino, a causa del ejemplo de sus malas acciones. Pues, según la palabra del Maestro[53], ni ellos mismos entran, ni dejan entrar a los demás. Además, éste debe considerar que, cuando el obispo elegido aceptó el cuidado del pueblo, vino a ser como el médico que se acerca al enfermo. Por tanto, si en su actuar están aún vivas las pasiones, ¿con qué derecho se apresura a curar, mientras él lleva una herida abierta en la cara?

10. *Señales de idoneidad*

Aquel que haya muerto a todas las pasiones de la carne, que viva ya espiritualmente, que haya pospuesto los bienes de este mundo, que no tema ninguna adversidad, y que sólo desee los bienes interiores, debe ser puesto, por todos los medios, como ejemplo de vida. Uno tal, siendo coherente con su buena intención, no se resiste ni por una debilidad total de su cuerpo, ni por una excesiva contumacia de su espíritu. No se deja llevar por el deseo de lo ajeno, sino que da generosamente de lo suyo. Con entrañas de ternura, pronto se ablanda para perdonar, pero nunca tolerando más de lo necesario, para encaminarse hacia la perfección de la rectitud. No comete nada ilícito, sino que deplora como si fuese propio lo cometido por otros. Desde el fondo de su corazón, se compadece de la enfermedad ajena y se alegra con el bien del prójimo como con el suyo propio. Se muestra a los demás en todo lo que hace de tal modo que no tiene que avergonzarse ante ellos por nada del pasado. Desea vivir de tal manera que sea capaz de

53. Cf. Mt 25, 13.

regar los corazones áridos de los demás con abundancia de doctrina.

Sí, el que así vive, por la práctica y la experiencia de oración, ya ha aprendido que puede obtener de Dios lo que le pida. De él dijo precisamente el profeta: *Hasta en el momento que hables, diré «he aquí que te ayudo»*[54]. Si alguien quisiese llevarnos a interceder en favor suyo ante algún hombre poderoso que estuviese enfadado con él y éste nos fuera desconocido, en seguida responderíamos: «no podemos ir a interceder porque no tenemos amistad íntima con él». Por tanto, si un hombre se avergüenza de que le hagan intercesor ante otro en quien no confía de ninguna manera, ¿con qué razón se arroga el papel de intercesor del pueblo ante Dios quien no está familiarizado con su gracia en la conducta de su vida? O, ¿cómo pide perdón a Dios en favor de los demás, quien no sabe si está reconciliado con Él?

En esto hay además que atender seriamente otra cuestión: el que se cree capaz de aplazar la ira de Dios, él mismo se hace merecedor de ésta por su propio pecado. Todos sabemos muy bien que, cuando se envía para interceder a alguien que desagrada, se provoca al irritado a resoluciones peores. Por tanto, el que aún está atado a los deseos terrenos, tenga cuidado de no encender más gravemente la ira del Juez justo, no sea que por complacerse en el puesto de gobierno se convierta en el autor de la ruina de sus fieles.

11. *Señales de no-idoneidad*

Por tanto, que cada uno se conozca diligentemente a sí mismo, de modo que no se atreva a aceptar el ministerio

54. Is 58, 9.

de pastor, si en sí mismo el vicio reina aún vergonzosamente; y no desee hacerse intercesor de las culpas ajenas, aquel a quien su propia culpa le afea. Por eso, la voz de lo alto dijo a Moisés: *Di a Aarón: descendiente tuyo por generaciones, que tenga mancha, no ofrezca los panes a Dios su Señor, ni acceda a su ministerio*[55]. Y, a renglón seguido, añade: *Ni ciego, ni cojo, ni de nariz grande, pequeña o torcida; ni que tenga roto el pie o la mano; ni jorobado, ni legañoso, ni el que tenga una nube en el ojo, ni una sarna incurable, ni infección cutánea en el cuerpo, ni sea de peso extremo*[56].

Está ciego el que no ve la luz de la contemplación divina. Envuelto en las tinieblas de la vida presente, cuando mira la luz venidera, no la ama y, por tanto, no sabe hacia dónde dirigir los pasos de su conducta. Por eso, se dice en la profecía de Ana: *Guarda los pies de sus fieles, y los malos perecen en las tinieblas*[57].

Está cojo quien ve el camino que debe seguir, pero a causa de la debilidad de su ánimo, es incapaz de seguir el camino de la vida que ve. Porque mientras no levante su costumbre debilitada –en la que se apoya su deseo– hasta una actitud virtuosa, no se sigue el camino del obrar eficazmente. Consecuentemente, dice Pablo: *Levantad las manos caídas y las rodillas entumecidas y enderezad para vuestros pies los caminos tortuosos, para que el cojo no se descoyunte, sino que más bien se cure*[58].

Es de nariz pequeña el que no es idóneo para discernir. Por la nariz distinguimos los buenos olores de los malos. Por eso, la nariz simboliza directamente el buen juicio; ya que por él elegimos las virtudes y reprobamos los vicios. De ahí que en alabanza de la Esposa se diga: *Tu*

55. Lv 21, 17.
56. Lv 21, 18-20.
57. 1 S 2, 9.
58. Hb 12,12-13.

nariz como la torre que está en el Líbano[59]. Porque, en verdad, la Santa Iglesia, que avanza sobre las tentaciones de cada caso singular, percibe por su discernimiento y divisa, desde lo alto, las guerras de vicios que han de venir. Sin embargo, hay algunos que, disgustándoles ser tenidos por torpes, a menudo se dejan engañar por excesivas sutilezas, y se meten, más de lo necesario, en ciertas disquisiciones. Por eso también se añade: *Ni de nariz grande o torcida*. La nariz es grande y está torcida debido a la inmoderada sutileza de sus distinciones, de modo que, cuando crece más de lo que conviene, le distorsiona la rectitud de su propio obrar.

Tiene roto el pie o la mano el que de ningún modo puede seguir el camino de Dios y es totalmente ajeno a las buenas acciones. Pero en esto, él no es como el cojo, que las hace aunque con dificultad, sino que éste está totalmente desprovisto de ellas.

Además, está jorobado aquel a quien oprime el peso de las preocupaciones terrenas de tal modo que nunca tiene en consideración las del cielo, sino que sólo atiende a las cosas que aquí abajo se pisotean[60]. Si en algún momento, él oye algo bueno de la patria del cielo, de hecho, no lo lleva a la presencia del alma, porque está sobrecargado con el peso de los malos hábitos; y no puede levantar la actitud de su pensamiento, quien está encorvado por el hábito de la preocupación mundana. En verdad, acerca de estos tipos, dice el salmista: *estoy encorvado, humillado en toda ocasión*[61]. Y la Verdad, por sí misma, también reprueba su culpa, diciendo: *La semilla que cayó entre espinos, son los que oyeron la palabra, pero al caminar son sofocados por las preo-*

59. Ct 7, 5.

60. Sobre el sacerdocio y las ocupaciones mundanas, Gregorio volverá a hablar más detenidamente en la parte II, capítulo 7°.

61. Sal 37, 7.

cupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no producen fruto[62].

Es legañoso aquel cuyo ingenio brilla para el conocimiento de la Verdad y, no obstante, le oscurecen las obras de la carne[63]. En los ojos legañosos, las pupilas están sanas pero, puesto que no se ha echado ningún líquido, los párpados se entumecen; y al frotar fuertemente con alguna infusión, se daña hasta la superficie de las pupilas. Así, hay algunos cuya percepción está debilitada por las obras de una vida carnal. Habrían podido discernir con agudeza y corrección, sin embargo, están cegados por el hábito de sus malas acciones. Por tanto, es legañoso aquel a quien la naturaleza le afinó el sentido, pero lo pervirtió el camino de una vida depravada. Con razón se le dice a éste por medio del ángel: *Unge tus ojos con colirio para que veas*[64]. Ungimos nuestros ojos con colirio para ver, cuando asistimos a los ojos de nuestro entendimiento con los medicamentos de las buenas acciones a fin de poder percibir la claridad de la luz de la Verdad.

Tiene una nube en el ojo el que no puede ver la luz de la Verdad, porque está cegado a causa de la arrogancia de su sabiduría o justicia. La pupila del ojo, si es negra, ve; pero si tiene una nube, entonces no ve nada. Cuando un hombre reconoce que es necio y pecador, su facultad de entendimiento percibe el conocimiento de la luz interior. En cambio, si se atribuye a sí mismo el esplendor de su sabiduría o justicia, se priva de la luz del conocimiento divino y no llega jamás a alcanzar la claridad de la luz verdadera. Pues se exalta a sí mismo con su arrogancia, como se dijo acerca de algunos: *jactándose de sabios, se volvieron estúpidos*[65].

62. Lc 8, 14.

63. «¡Elimina la vanidad si quieres escuchar la verdad!»: AGUSTÍN, *Sermo*, 113, 6 (PL 38, 651; BAC 441, 825).

64. Ap 3, 18.

65. Rm 1, 22.

Un hombre tiene una sarna incurable cuando constantemente es dominado por los desenfrenos de la carne. En efecto, en la sarna el ardor de las vísceras brota hasta la piel; con ello se está expresando claramente la lujuria, porque así como el ardor interno hace que brote la sarna hasta la piel hiriendo al cuerpo exteriormente, así también la tentación brota siempre desde el corazón hasta las obras, de modo que cuando el placer no se domina en el entendimiento, tampoco se domina en la acción. Pablo, en cierta manera, procuraba hacer desaparecer el picor de la piel, cuando dijo: *No habéis sufrido tentación que no sea humana*[66]. Como si dijese claramente: «es propio del ser humano sentir la tentación en el corazón y es diabólico si en la batalla con la tentación uno es vencido en el intento».

Tiene una infección cutánea en el cuerpo quien en su alma es devastado por la avaricia. Si ésta no se domina en detalles pequeños, crece desmesuradamente. En verdad, la infección, invade el cuerpo sin dolor y se extiende en el afectado sin producir molestias, mientras afea la belleza de los miembros. Así, la avaricia, una vez cautivada el alma, forma úlceras, mientras parece deleitar. Del mismo modo, cuando uno llena el pensamiento con la adquisición de una cosa tras otra, enciende enemistades sin provocar dolor en la llaga, ya que el alma con fiebre le promete la abundancia como pago por su pecado. La belleza de los miembros se pierde porque por la avaricia, también se afea la belleza de las demás virtudes. Y casi todo el cuerpo se irrita, porque todos los vicios arraigan en el alma, como afirma Pablo, diciendo: *La raíz de todos los males es la avaricia*[67].

66. 1 Co 10, 13.

67. 1 Tm 6, 10. San Agustín comenta: «La avaricia es en efecto la raíz de todos los males. La avaricia consiste no en ser rico, sino en querer serlo»: *Sermo*, 85, 6 (PL 38, 523; BAC 441, 502).

Por último, es de peso excesivo el que no realiza obras vergonzosas y, sin embargo, sobrecarga el alma con el continuo e inmoderado pensamiento de aquéllas. Este de ningún modo se lanza a las obras malvadas, pero su alma se deleita sin ninguna repugnancia en el deseo de la lujuria. El defecto de la pesadez es causado por el descenso del humor de las vísceras hacia las zonas genitales. Lo cual produce un fastidioso y feo bulto[68]. Pues bien, es de peso excesivo quien deja fluir en sí mismo todos los pensamientos lascivos, de modo que lleva en su corazón una carga de torpeza, pues aunque no realice obras malas, no aparta su pensamiento de ellas. Y no puede remontarse hacia la realización de obras buenas porque, ocultamente, carga con peso tan torpe.

Por tanto, se ha de prohibir a quien esté sometido a alguno de estos defectos que ofrezca panes al Señor. Pues, ciertamente, no puede expiar los pecados ajenos quien aún está dominado por los suyos propios.

Hemos puesto de manifiesto, en pocas palabras, con qué cualidades se debe uno acercar dignamente al ministerio pastoral, y cómo el indigno debe temer mucho llegar a él. Ahora hablaremos de cómo debe vivir en este ministerio el que dignamente ha llegado a él.

68. Es decir, una gruesa y fea panza.

Segunda Parte
LA VIDA DEL PASTOR

1. *Cualidades del pastor*

La vida del prelado debe superar a la del pueblo en la misma medida que la vida de un pastor dista de la de su grey. Es conveniente, pues, que aquel por el cual el pueblo es llamado grey, se esfuerce en considerar atentamente lo obligado que está por la circunstancia de llevar una vida santa.

Por consiguiente, es necesario que sea puro de pensamiento, sobresaliente en el actuar, discreto con su silencio, útil al hablar, cercano por la compasión con cada uno, ante todos entregado a la contemplación, compañero por su humildad de los que hacen el bien, firme por el celo de la justicia contra los vicios de los pecadores, sin que la ocupación exterior debilite su atención a lo interior, y sin que la solicitud por lo interior le haga abandonar la atención a lo exterior.

Esto, no obstante, que al enumerar hemos tocado de pasada, lo trataremos con un desarrollo algo más extenso.

2. *Pureza de pensamiento*

El pastor[1] debe ser siempre puro de pensamiento. Y en

1. El término empleado por Gregorio es *rector*. Como observa B. Judic (SC 381, 176; n. 1), a un latino esa palabra le evoca la tarea

tal grado que no haya inmundicia alguna que manche a quien asumió tal oficio, y pueda así limpiar en los demás corazones las manchas de la impureza. Y es que, es necesario que quien se dedica a limpiar impurezas procure tener las manos limpias, no sea que teniendo lodo, al limpiar y estar sucias, manchen más. Por esto se dice por el profeta: *Limpiaos los que lleváis los vasos del Señor*[2]. Llevan, en efecto, los vasos del Señor aquellos a los que se les encarga conducir, en la fe de su trato, las almas de sus prójimos a las moradas eternas.

Mediten, pues, dentro de sí mismo, con cuánta pureza deben vivir los que portan en el corazón de su compromiso, los vasos vivos hacia el Templo de la eternidad.

La Palabra de Dios ordena que se coloque, atado con cordones, el pectoral del juicio sobre el pecho de Aarón[3], a fin de que pensamientos vanos no ocupen nunca un corazón sacerdotal, sino que éste se sujete sólo a la razón[4]. No

de dirigir (*regere*) una Iglesia, de mantener su gobierno (*regimen*), o simplemente, la *rectitudo* que se debe exigir a la tarea pastoral.

2. Is 52, 11.

3. Cf. Ex 28, 15. *Rationale iudicii* (en hebreo *hsn mspt* = «bolsa para el oráculo»): era una bolsa rectangular, semejante al *efod*, con anverso y reverso que colgaba por dos cadenas de oro, abrochada a los ónices del *efod*. De los ángulos inferiores salían dos cintas que los sujetaban a dos anillos. En el anverso llevaba doce piedras preciosas colocadas en cuatro filas, con los nombres de las doce tribus grabadas en oro. Dentro del pectoral estaban lo *ûrîm* y *tummîn* (doctrina y verdad). Eran suertes sagradas, varillas o piedras, que servían para averiguar la voluntad de Dios y descubrir la verdad de las cosas. Consultar la *doctrina* y la *verdad* era lo mismo que consultar a Dios. Dios había prometido revelar su voluntad por este medio al sumo sacerdote en asuntos de importancia.

4. Gregorio hace aquí un juego de palabras entre *rationale iudicii* (que nosotros hemos traducido como «pectoral del juicio») y *ratio*, para afirmar que el corazón sacerdotal, vacío de vanos pensamientos, debe procurar en todo hallar la voluntad de Dios.

ocurra que quien ha sido constituido para ejemplo de otros, piense algo indiscreto o inútil, debiendo manifestar, por el contrario, con la gravedad de su vida, cuánta razón lleva en su pecho.

Cuidadosamente se añade que en este pectoral se escriban los nombres de los doce patriarcas. Llevar siempre inscritos en el pecho a los padres, es meditar ininterrumpidamente en la vida de los antiguos. El sacerdote, por tanto, camina irreprensiblemente cuando contempla continuamente los ejemplos de los padres que le precedieron, escruta sin cesar las huellas de los santos y abate así los pensamientos ilícitos, no dando un paso al actuar que esté fuera del límite del orden.

Con razón se llama racional *del juicio*, porque con un examen agudo debe discernir lo bueno y lo malo, y pensar, además, con gran celo, qué y a quién, cuándo y cómo tal cosa conviene. No ha de buscar nada propio sino que juzgará como su provecho el bien ajeno. Por eso, encontramos allí escrito: *Pondrás también en el pectoral del juicio la Doctrina y la Verdad, las cuales estarán en el pecho de Aarón cuando entre en la presencia del Señor, y así llevará siempre el juicio de los hijos de Israel en la presencia del Señor*[5].

Llevar en el pecho el juicio de los hijos de Israel a la presencia de Dios, significa para el sacerdote analizar las causas de sus fieles de acuerdo sólo con la intención del Juez interior, de modo que nada de su condición humana se mezcle en aquello que administra haciendo las veces de Dios[6]. No vaya a ocurrir que el dolor personal haga ásperos los esfuerzos de la corrección. Así, siempre que se deba en-

5. Ex 28, 30.

6. «Vosotros, hermanos, como dijo él, sois el pueblo de Dios y las ovejas de sus pastos. Tenéis pastores que hacen las veces de Dios, siervos ellos también y miembros del Pastor»: AGUSTÍN, *Sermo*, 24, 5 (CCL 41, 330).

frentar a los vicios ajenos, persígalos como si fueran propios, para que ni una oculta envidia ni una ira precipitada perturben la tranquilidad del juicio.

No obstante, cuando se considera el temor producido por quien todo lo gobierna, esto es, el temor del Juez interior, se corrige a los fieles no sin gran sobrecogimiento[7]. Sobrecogimiento que al humillar la mente del pastor, la purifica, haciendo que su espíritu no se ensoberbezca por la presunción, no se mancille por el placer carnal, ni por la inoportunidad de un sucio pensamiento se oscurezca deseando lo terrenal.

Deseo de lo terrenal, sí, que aunque no incite al alma del pastor, es necesario vencer con prontitud oponiéndole resistencia, no sea que el vicio que tienta cautivando, le domine a causa de la molicie que engendra el placer, y cada vez que con pereza lo rechace el alma, sucumba juzgado por la espada.

3. *Sobresaliente actuar*

El pastor debe destacar en su acción, a fin de que, con su vida, dé a conocer a los fieles el camino de la Vida; y la grey, que sigue la voz y las costumbres del pastor, camine movido por el ejemplo más que por las palabras. Pues, quien está obligado por la necesidad de su cargo a exponer con su palabra los misterios supremos, está impelido, por la misma necesidad, a monstrarlos con su vida. Aquí, cuando la vida del que predica lo acredita, su voz penetra en el corazón de

7. «Tú quieres errar, tú quieres perderte; yo no quiero. En última instancia, no quiere aquel que me atemoriza... ¿Tengo que temerte a ti más que a él? No te tengo miedo a ti. No puedes derribar el tribunal de Cristo y constituir el tribunal de Donato»: AGUSTÍN, *Sermo*, 46, 14 (41, 541).

los oyentes con mayor agrado, ya que al enseñarlo hablando, ayuda a que se cumpla monstrándolo.

Por esto, ciertamente, se dice por el profeta: *Súbete a un alto monte, tú que anuncias buenas nuevas a Sión*[8]. Es decir, quien se ocupa de la predicación del cielo, dejando al punto las obras terrenas, ha de manifestar que se mantiene por encima de ellas. Y tanto más fácilmente conducirá a los fieles hacia los bienes mejores cuanto más los proclame con el mérito de su vida.

Por eso, el sacerdote, según la ley divina, para que su acción además de útil sea singular, toma la pierna derecha, apartándola para el sacrificio[9]. Por tanto, quien es superior a los fieles, en virtud de la dignidad recibida en la ordenación, debe también superarlos por la santidad de sus costumbres; de modo que no haga lo que es bueno sólo según los pecadores, sino según los fieles que viven santamente.

Además, se otorga al sacerdote como alimento el pecho y la pierna, para que aprenda a inmolar en sí mismo al Creador lo que se le manda tomar del sacrificio. No se limite, por tanto, a considerar en su pecho lo que es bueno; atraiga también hacia los bienes supremos a los que le observan por su santidad de vida. No desee, pues, prosperidad alguna de este mundo; no tema la adversidad. Atendiendo en lo más íntimo al temor de Dios, menosprecie las seducciones del mundo; y al considerar el encanto de la dulzura interior, tenga en poco sus temores.

La Suprema Palabra ordena también que el sacerdote se sujete el velo del superhumeral en cada uno de sus hombros[10], para que así el ornato de sus virtudes le proteja siempre contra la adversidad y la prosperidad. De modo que, al apoyarse sólo en lo interior, avanzando a derecha e iz-

8. Is 40, 9.
9. Cf. Ex 29, 22.
10. Cf. Ex 29, 5.

quierda con las armas de la justicia[11], como dice san Pablo, el pastor no vacile en ninguno de los extremos a que invita la más pequeña seducción. No le envanezcan, pues, las prosperidades, no le perturben las adversidades. Las alabanzas no le ablanden nunca la voluntad, las asperezas no le hundan en la desesperación. De este modo, al no rebajar la intención de la mente con ninguna pasión, manifestará cuánta es la belleza del superhumeral con el que se cubre los hombros.

En cuanto al humeral, se prescribe incluso, con acierto, que sea de oro, jacinto y púrpura, dos veces teñido de color escarlata, y de lino fino retorcido, para dar a entender la diversidad de virtudes que debe brillar en el sacerdote.

Ante todo, brille de verdad, en el hábito de los sacerdotes, el oro, de modo que resplandezca en él, principalmente, la comprensión de la sabiduría. Se añade el jacinto, que resplandece con el color dorado, para que todo lo que penetre con su inteligencia no le lleve a buscar ínfimos aplausos, sino que le conduzca al amor de los bienes del cielo; no ocurra que al dejarse atrapar por las alabanzas se pierda en él la comprensión misma de la Verdad.

Al oro y al jacinto se agrega la púrpura. Sin duda, con el fin de que el corazón sacerdotal, al esperar las grandezas que predica, reprima en sí mismo las sugerencias de los vicios y se oponga a ellas como con poder regio, de modo que siempre examine la nobleza de una regeneración interior y defienda, con sus costumbres, el hábito del Reino de los Cielos.

Sobre esta nobleza de espíritu se dice por Pedro: *Sin embargo, vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real*[12]. A su vez, Juan nos confirma la existencia de esta potestad (potestad, sí, pues sometemos los vicios) al decir: *Pero a todos los que*

11. Cf. 2 Co 6, 7.

12. 1 P 2, 9.

le recibieron, les dio la potestad de ser hechos hijos de Dios[13]. Asimismo, el salmista considera esta dignidad de la fortaleza cuando dice: *Para mí, sin embargo, tus amigos han sido honrados en exceso, Dios, en exceso ha sido consolidado su principado*[14]. Y es que, la mente de los santos, cuando manifiesta en lo exterior sufrir vilezas, se levanta, como un príncipe, en los bienes supremos.

Al oro, al jacinto y a la púrpura, se incorpora una doble tintura escarlata, para que el bien que producen las virtudes se realce ante los ojos del Juez interior por la caridad; y, así, todas las virtudes que brillan ante los hombres, enardezcan, en la presencia del Juez oculto, la llama del amor interior. La caridad, porque ama a un tiempo a Dios y al prójimo, resplandece como con doble tintura. Por consiguiente, quien, anhelando la belleza del Creador descuida la atención a los prójimos, o, quien, ocupándose en atender al prójimo, lo hace de tal forma que paraliza su amor a Dios –porque en cualquier caso descuida uno de los dos–, no sabe tener en el ornamento del superhumeral la doble tintura escarlata.

Aun cuando la mente tienda a los preceptos de la caridad, queda todavía que se mortifique en la carne por la abstinencia. Por eso, a la doble tintura escarlata se añade el lino fino retorcido. La belleza nítida del lino nace de la tierra. ¿Qué se designa, pues, con el lino sino la castidad, que brilla con la belleza de la pureza corporal? Por otro lado, el lino se une retorcido a la belleza del superhumeral, sin duda porque, al castigar la carne con la abstinencia, la templanza conduce al perfecto candor de la pureza. Y es que, siempre que entre las demás virtudes camina el mérito de una carne abatida, parece que brilla de forma especial el lino retorcido del superhumeral.

13. Jn 1, 12. 14. Sal 138, 17.

4. *Discreto en el silencio, útil al hablar*

El pastor debe ser discreto en el silencio y útil al hablar, a fin de que no diga lo que debe callar, ni calle lo que debe decir. Pues, así como hablar incautamente conduce al error, así también un silencio indiscreto deja en el error a quienes podían ser instruidos. Ocurre con frecuencia que los pastores imprudentes, temiendo perder el aplauso de los hombres, tienen mucho miedo de decir con libertad lo que es recto[15]. Éstos, conforme a la voz de la Verdad[16], en modo alguno sirven ya con el celo que los pastores tienen por la custodia de la grey, sino que, al contrario, lo hacen con el de los asalariados; pues, al esconderse en su silencio, huyen cuando llega el lobo.

El Señor los amonesta por el profeta diciendo: *Son perros mudos que no sirven para ladrar*[17]. Y en otro lugar: *No os elevasteis desde lo adverso, ni construisteis un muro en defensa de la casa de Israel para que resistierais en la batalla el día del Señor*[18]. Elevarse desde lo adverso es ir contra los poderes de este mundo hablando libremente en defensa de la grey. Y estar en la batalla el día del Señor es resistir a los perversos combatientes desde el amor de la justicia. Por tanto, que el pastor tema decir lo que es recto ¿qué es sino dar la espalda callándose? Por el contrario, opone un muro para la casa de Israel en contra de los enemigos quien sale al paso en defensa de la grey. De ahí que, al pecar el pueblo, se diga en otro lugar: *Tus profetas vieron para ti false-*

15. «¿Cómo decir que son aquellos que, temiendo herir a los que hablan, no sólo no les preparan para las tentaciones inminentes, sino que hasta les prometen la felicidad de este mundo, que Dios no prometió ni al mismo mundo?... ¡Oh pastor que buscas tus intereses, no los de Jesucristo!»: AGUSTÍN, *Sermo*, 46, 11 (CCL 41, 537).

16. Cf. Jn 10, 12.

17. Is 56, 10.

18. Ez 13, 5.

dad y estupidez, y no pusieron al descubierto tu iniquidad para inducirte a la penitencia[19].

En la Sagrada Escritura, alguna vez, se llama a los profetas «doctores», pues, al indicar que es fugaz lo presente, anuncian lo que ha de suceder. Sin embargo, la Palabra divina los refuta de ver falsedades porque cuando temen denunciar los pecados, favorecen en vano a los pecadores prometiéndoles tranquilidad. Éstos no ponen, en absoluto, al descubierto la iniquidad de sus pecados, puesto que callan la palabra de imprecación. En verdad, la llave para descubrirla es la palabra de corrección, porque con la increpación se patentiza el pecado, el cual, a menudo, el mismo que lo comete lo ignora. Por eso dijo Pablo: *Para que sea capaz de exhortar conforme a la sana doctrina y de rebatir a los que contradicen*[20]. Por lo mismo se dice por Malaquías: *Los labios del sacerdote custodien la ciencia y busque la Ley en su boca, porque es mensajero del Señor de los ejércitos*[21]. De ahí que el Señor amoneste, por medio del profeta Isaías, diciendo: *Clama, no ceses, alza tu voz como una trompeta*[22]. Y es que todo aquel que accede al sacerdocio recibe el oficio de pregonero, a fin de que él mismo, claro está, marche clamando antes de la venida del Juez que llega terriblemente. Por tanto, si el sacerdote no sabe predicar, el pregonero mudo ¿qué voz de clamor habrá de dar? Por esto, el Espíritu Santo se posó sobre los primeros pastores en forma de lenguas[23]: porque a los que llena, los hace ininterrumpidamente elocuentes de Sí. También por esto se ordena a Moisés que el sacerdote, al entrar en el tabernáculo, se rodee de campanillas[24]; sin duda, para que entre con voces de predicación y no ofenda con su silencio el juicio del Supremo

19. Lm 2, 14.
20. Tt 1, 9.
21. Ml 2, 7.
22. Is 58, 1.
23. Cf. Hch 2, 3.
24. Cf. Ex 28, 33.

Espectador. Está escrito: *Para que se oiga el sonido cuando entre y salga en el santuario en presencia del Señor, y no muera*[25]. Muere el sacerdote que entra o sale si no se oye su sonido, porque, al penetrar sin el sonido de la predicación, hace salir la ira del Juez oculto contra sí.

Por otro lado, muy oportunamente, se indica que las campanillas están insertas en su vestido. En efecto, ¿qué otra cosa debemos entender por los vestidos del sacerdote sino sus buenas obras? Lo atestigua el profeta que dijo: *Tus sacerdotes se vistan de la justicia*[26]. Las campanillas van pegadas a sus vestidos con el fin de que las mismas obras del sacerdote anuncien también, junto al sonido de la lengua, el camino de la Vida.

Ahora bien, el pastor, cuando se disponga a hablar, atienda a la gran cautela con que lo ha de hacer, no ocurra que, lanzándose desordenadamente a hablar, hiera los corazones de sus fieles con el golpe del error. Atienda también a ella para no romper tontamente los lazos de la unidad cuando quiera acaso aparecer como un sabio. Por eso dice la Verdad: *Tened en vosotros sal y tened paz entre vosotros*[27]. Con *sal* se designa la sabiduría de la palabra. Por tanto, quien se esfuerce por hablar sabiamente tenga gran temor, para que por su elocuencia no se vaya a alterar la unidad de sus oyentes. De ahí que Pablo dijera: *no saber más de lo que conviene saber, sino saber tendiendo a la sobriedad*[28].

Por lo mismo, conforme a la Palabra divina, se unen granadas al vestido del sacerdote. ¿Qué se designa con las granadas sino la unidad de la fe? Porque del mismo modo que en una granada, con una sola corteza exterior, se protegen muchos granos en su interior, así también la unidad de la fe guarda a muchos pueblos de la Santa Iglesia conteniendo

25. Ex 28, 35.
26. Sal 132, 9.
27. Mc 9, 49.
28. Rm 12, 3.

dentro de sí diversidad de méritos. Por tanto, para que el pastor no se lance a hablar como un incauto, la Verdad, por sí misma, clama a sus discípulos esto que ya hemos dicho: *Tened en vosotros sal y tened paz entre vosotros*[29]. Como si figuradamente dijera refiriéndose al hábito del sacerdote: «unid granadas a las campanillas, para que, con cauta observancia, se mantenga la unidad de la fe por todo lo que decís».

Se ha de advertir con solícita intención a los pastores que, además de no predicar el mal bajo ningún concepto, tampoco anuncien lo recto presuntuosa y desordenadamente. Y es que ocurre con frecuencia que las palabras pierden su fuerza cuando inoportunamente se quiere agradar a los corazones de los oyentes con la imprudencia de la locuacidad. Tal locuacidad deshonra a su mismo autor, pues ignora que se ha de servir a los fieles para su provecho. Por eso se dice correctamente por Moisés: *El hombre que padece flujo de semen, será inmundo*[30]. En verdad, la calidad del discurso proferido es semen del pensamiento que se produce en la mente de los fieles; pues, cuando se concibe el sermón por el oído, se genera el pensamiento en la mente[31]. Por eso, incluso los sabios de este mundo, llaman al predicador egregio «sembrador de palabras»[32]. Se declara inmundo al que sufre flujo de semen, porque dedicado a la palabrería se deshonra por ella, ya que si la expusiera ordenadamente podría engendrar una prole de buenos pensamientos en los corazones de sus oyentes. Por el contrario, cuando el incauto se desmanda con su locuacidad, derrama

29. Mc 9, 49.

30. Lv 15, 2.

31. La imagen de Gregorio es de gran expresividad: del mismo modo que por el semen se concibe un nuevo ser, así por la palabra que entra por el oído del interlocutor, se engendra en el que escucha el pensamiento. Esta imagen es la que le permite interpretar alegóricamente el texto del Levítico.

32. Cf. Hch 17, 18.

semen, no para engendrar, sino para la inmundicia. Por eso Pablo, cuando amonesta a su discípulo sobre la insistencia de la predicación, dijo: *Te conjuro en la presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, por su venida y por su reino: predica la palabra, insta a tiempo y a destiempo*[33]. Al decir *a destiempo*, antepuso *a tiempo*, pues si la inoportunidad ignora ser oportuna, vilmente se destruye a sí misma la predicación en la mente de su oyente.

5. *Cercano por la compasión, entregado a la contemplación*

El pastor debe ser cercano por la compasión con cada uno y destacado sobre todos en la contemplación, para que por sus entrañas de piedad asuma las debilidades de los demás y, a un tiempo, por la misma altura de su contemplación, penetre los bienes invisibles apeteciéndolos. De modo que ni por apetecer los bienes eternos desprecie las debilidades de sus prójimos, ni uniéndose a estas debilidades lo haga de tal forma que abandone el deseo de los bienes supremos[34].

Pablo, conducido al Paraíso y sondeando los secretos del tercer cielo, después de estar suspendido en la contemplación de lo invisible, vuelve, sin embargo, al lecho de lo carnal y dispone cómo han de relacionarse en la intimidad conyugal, diciendo: *Sin embargo, por razón de la fornicación, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido. El marido devuelva a su mujer lo que le es debido, e igualmente la mujer al marido*[35]. Y poco después: *No os defraudéis el uno al otro, a no ser de común acuerdo por un tiempo, con el fin de dedicaros a la oración y luego tornéis a juntaros no sea que os tiente Satanás*[36]. Y es que, pene-

33. 2 Tm 4, 1-2.
34. Cf. 2 Co 12, 1-6.
35. 1 Co 7, 2-3.
36. 1 Co 7, 5.

trando ya los secretos celestiales, examina, sin embargo, el lecho de lo carnal debido a sus entrañas de misericordia. A la vez, estando elevado, lo levanta a lo invisible, y siendo misericordioso, inclina la mirada de su corazón a los secretos de las flaquezas. Traspasó el cielo con su contemplación, y sin embargo, no menospreció el estrato de las cosas carnales; ya que unido por el lazo de la caridad a lo más alto y a lo más bajo a un mismo tiempo, también en sí mismo es arrebatado con poder a las alturas por la fuerza del Espíritu y, por su piedad con los otros, él mismo enferma ecuánimemente. Por eso dice: *¿Quién enferma que yo no enferme? ¿quién se escandaliza que yo no me abrase?*[37]. Y en otro lugar: *me hice judío como los judíos*[38]. Evidentemente, no lo hacía abandonando su fe, sino dilatando su piedad, con el fin de que, al tomar la forma de los infieles, él mismo aprendiera en sí cómo había que tener misericordia de los demás y cómo ofrecer a los demás lo que él hubiera querido que le ofrecieran. Por esto, se dice también: *si hemos perdido el juicio, ha sido por Dios; si somos sensatos, lo es por vosotros*[39]. Y es que, sabía con la contemplación trascenderse a sí mismo y, a la vez, moderarse condescendiendo con sus oyentes.

Jacob, estando el Señor arriba, sobre la escalera, y la piedra ungida abajo, vio a sus ángeles subiendo y bajando[40]. Lo cual significa que los buenos predicadores además de anhelar con la contemplación al Señor –Cabeza ya elevada de la Iglesia–, descienden también por su misericordia a los miembros que están en lo bajo.

Por lo mismo, Moisés entra y sale con frecuencia del Tabernáculo, significando con ello que quien es arrebatado a lo interior de la contemplación, es también urgido a lo ex-

37. 2 Co 11, 29.
38. 1 Co 9, 20.
39. 2 Co 5, 13.
40. Cf. Gn 28, 11-18.

terior por las fatigas de los débiles. Por dentro, considera los misterios escondidos de Dios, por fuera soporta las pesadas cargas de los carnales[41]. El mismo Moisés, ante las dudas, recurre siempre al Tabernáculo y consulta al Señor ante el Arca de la Alianza. Con ello daba ejemplo a los pastores, para que al discutir por fuera lo que han de disponer, vuelvan siempre a su mente –como si fuera el Tabernáculo– y, revolviendo dentro de sí las páginas de la Sagrada Escritura, consulten al Señor, por decirlo así, ante el Arca de la Alianza aquello que dudan.

También la misma Verdad, manifestada a nosotros al cargar con nuestra humanidad, permanece en el monte en oración y realiza milagros en las ciudades[42]. Así ofrecía a los buenos pastores el camino de la imitación; de modo que si por la contemplación apetecen ya los bienes eternos, se unan a los necesitados compartiendo sus enfermedades. Cuando uno se abaja a lo más bajo de sus prójimos, entonces se eleva admirablemente a la más alta caridad, ya que si con benignidad desciende a lo inferior, valerosamente retorna a lo superior.

Ahora bien, los pastores deben presentarse ante los fieles de tal forma que éstos no se avergüencen de mostrarles sus secretos[43]; con el fin de que los pequeñuelos, cuando su-

41. Preciosa formulación de la vida del pastor: *Intus Dei arcana considerat, foris onera carnalium portat.*

42. Cf. Lc 6, 12.

43. Aquí parece que san Gregorio se está refiriendo al sacramento de la penitencia. En la época de san Gregorio (s. VI), la disciplina penitencial de la Iglesia fue sustancialmente la misma que en los siglos anteriores. Desde finales del siglo IV sabemos que se fue formando la práctica de que cada uno, para la confesión de pecados secretos y ocultos, se escogía un sacerdote y ejecutaba también en privado la penitencia que se le imponía. Tal práctica, iniciada en Oriente, pasó pronto a Occidente. En el siglo V, se fue generalizando la costumbre de dejar ordinariamente a los monjes la administración de la penitencia. La administración de la penitencia correspondía al obispo, que actuaba

fran las sacudidas de las tentaciones, puedan recurrir a la mente del pastor como al seno de su madre, y el pastor pueda además lavar, con el consuelo de su palabra y con las lágrimas de su oración, aquello que les haya manchado por los sucios impulsos del pecado.

Delante de las puertas del Templo doce bueyes sujetan un Mar de bronce, esto es, una gran bañera para las purificaciones de los que entren[44]. Estos bueyes, además, muestran al exterior sus rostros, pero ocultan sus partes traseras. ¿Qué se designa con los doce bueyes sino el orden universal de los pastores? Pablo dice sobre ellos, citando la Ley: *No taparás la boca al buey que trilla*[45]. Podemos reconocer las obras que manifiestan los pastores, pero ignoramos las que quedan para el futuro, en la retribución oculta ante el Juez severo. Estos pastores, al disponerse condescendientes a borrar con paciencia los pecados confesados de sus prójimos, es como si sujetaran la bañera que está ante las puertas del Templo, indicando que todo el que desee entrar por la puerta de la eternidad, ha de descubrir sus tentaciones a la mente del pastor y lavar sus manos, de pensamiento u obra, en la bañera de los bueyes.

también por sus presbíteros. En cuanto a penitencia pública o privada, el principio seguido era éste: a pecados públicos, penitencia pública. Había casos excepcionales, como el caso de los clérigos. San Gregorio Magno sólo permitía aplicar a los clérigos penitencia privada, nunca la pública. En cualquier caso, de esta época sabemos con certeza que la penitencia privada ya estaba en uso junto con la pública, que correspondía al obispo (o a delegados por él) la administración del sacramento y que, en ningún caso se dudaba del poder de la Iglesia para perdonar los pecados. Para una exposición más detallada del problema de la penitencia pública y privada, y sobre la absolución sacramental en tiempos de san Gregorio, cf. E. GOELLER, *Papsttum und Bussgewalt in spätromischer und frühmittelalterlicher Zeit*, Freiburg 1933.

44. Cf. 1 R 7, 23.

45. 1 Co 9, 9.

Sucede con frecuencia que el ánimo del pastor, conociendo por su condescendencia las tentaciones ajenas, se siente tentado. El agua de la bañera, con la cual se limpia todo el pueblo, también se mancha. Al recibir las impurezas de los que se purifican, es como si ella misma perdiera la serenidad de su pureza. Por lo demás, estas cosas no deben asustar al pastor, pues Dios, que lo ha pensado todo sutilmente, aparta de las tentaciones con más facilidad a los que más misericordiosamente se entregan a combatir las tentaciones ajenas.

6. *Compañero de los que hacen el bien, firme frente a los vicios de los pecadores*

El pastor debe ser, por su humildad, compañero de los que hacen el bien y, al mismo tiempo, ha de permanecer firme, por el celo de la justicia, frente a los vicios de los pecadores; de modo que no se considere en nada superior a los buenos y pueda, a su vez, reconocer sin dilación la potestad de su preeminencia cuando lo exijan las culpas de los malhechores. Por tanto, callando su dignidad, debe considerarse igual a los fieles que viven rectamente, y no ha de temer que se practiquen las leyes de la rectitud con los perversos. Y es que, como recuerdo haber dicho en los *Libros Morales*[46], es evidente que la naturaleza ha hecho a todos los hombres iguales, pero, según el diverso orden de sus méritos, la culpa pospone unos a otros. Esta misma diversidad que procede del vicio, está regulada por el juicio divino, a fin de que unos rijan a otros, pues no todos pueden permanecer igualmente firmes[47]. Por eso, los pastores no han

46. Cf. Mor 21, 22-24 (CCL 143A, 1082); 26, 44-46 (CCL 143B, 1298-1302).

47. «Nosotros, a quienes el Señor nos puso, porque así lo quiso Él, no por nuestros méritos,

de considerar en sí la potestad del orden sino la igualdad de condición, y no alegrarse de estar al frente de los hombres sino de servirles[48].

También nuestros antiguos padres recuerdan haber sido, no reyes de hombres, sino pastores de rebaños. De modo que al decir el Señor a Noé y a sus hijos: *Creced y multiplicaos, y llenad la tierra*[49], añadió enseguida: *y vuestro temor y miedo sea sobre todos los animales de la tierra*[50]. Temor y miedo que al ordenar que sea sobre los animales de la tierra, se prohibe recaiga sobre los hombres. El hombre adelanta, por su naturaleza, a los animales salvajes, pero no a los demás hombres. Por eso mismo, se dice que sea temido por los animales y no por los hombres, porque querer ser temido por un igual es ensoberbecerse contra la naturaleza.

Y, sin embargo, es necesario que los pastores, cuando descubran que sus fieles no temen a Dios, sean temidos por ellos, para que los que no temen los juicios divinos, al menos teman pecar por miedo a los hombres. Los pastores no se han de

en este puesto del que hemos de dar cuenta estrechísima, tenemos que distinguir dos cosas: que somos cristianos y que somos superiores vuestros. El ser cristianos es en beneficio nuestro; el ser superiores es en el vuestro»: AGUSTÍN, *Sermo*, 46, 2 (CCL 41, 529-530).

48. Dignidad y servicio se abrazan en la figura del pastor. La dignidad no puede entenderse como distinta del servicio para el que el pastor ha sido elevado; en esto reside precisamente la dignidad del pastor: en haber sido sacado de entre los hombres, por el sacramento del orden, para servirlos (encontramos reminiscencias de la *Regla* de san Benito, c. 64). No es la primera vez que Gregorio se refiere a la dignidad del pastor para explicar en qué consiste. En su época, a la dignidad sacramental, se había añadido una de orden social: el pastor (obispo o sacerdote) poseía ya un *status* social elevado. No extraña por ello que Gregorio se opusiera con todas sus fuerzas a ser elevado a esta dignidad. Negándose a ser Obispo de Roma, rehusaba la dignidad social que conllevaba, no el sacramento del orden.

49. Gn 9, 1.

50. Gn 9, 2.

ensoberbecer en modo alguno a causa de este temor necesario, ya que en él no han de buscar su gloria sino la santidad de sus fieles. En esto, es como si dominaran a animales y no a hombres, porque, claro está, en aquello en que los fieles son como bestias deben también ser sometidos por el miedo.

Sucede muchas veces que el pastor se ensoberbece arrogantemente pensando que está al frente de los demás. Como todos están sujetos a su servicio, como sus órdenes se cumplen prontamente según sus deseos, como los fieles le llenan de alabanzas en aquello que hizo bien y no le reprochan lo que hace mal por no tener autoridad, como además le alaban incluso aquello que debieran reprochar, su ánimo se engríe porque tales cosas se le rinden. Y así, mientras por fuera anda rodeado de una gran estima, por dentro está vacío de la Verdad. Olvidado de sí, anda disipado en la palabrería ajena y llega a creerse tal como lo pintan por fuera y no tal como debiera descubrirse por dentro. Se considera superior en sabiduría a aquellos que de forma manifiesta le aventajan en autoridad. Se coloca a sí mismo en cierta altura y rehusa tratar a los demás como a iguales, él que está unido a los demás por una misma condición de naturaleza. De esta forma, se asemeja a aquel del que está escrito: *Mira todo lo elevado, y él mismo es rey sobre todos los hijos de la soberbia*[51]. El cual, deseando la cumbre extraordinaria y despreciando vivir en común con los ángeles, dijo: *Pondré mi trono hacia el Norte y seré semejante al Altísimo*[52]. Sin embargo, mientras por fuera se levantaba en el culmen del poder, en su interior se precipitaba a la fosa de la ignominia debido a ese razonamiento tan espantoso. Sí, el pastor que siendo hombre rehusa ser semejante a los hombres se asemeja al ángel de la apostasía.

51. Jb 41, 25; está hablando del Leviatán.

52. Is 14, 13-14; se refiere a Lucifer.

Lo mismo ocurrió a Saúl, que tras el mérito de su humildad, se hinchó de soberbia por el culmen del poder. El Señor lo puso al frente por su humildad y lo reprobó por su soberbia. Él mismo lo atestigua al decir: *Siendo pequeño a tus ojos, ¿no te he constituido cabeza de las tribus de Israel?*[53]. Primero se veía pequeño ante sus propios ojos, pero luego, afianzándose en su poder temporal, no se consideró tal. Se consideraba mayor a todos, pues al compararse con los demás, tenía más poder que ellos. Y, sin embargo, de modo admirable, cuando para sí era pequeño, fue grande ante Dios; mas cuando se creyó grande, fue pequeño para Dios[54].

Y es que, sucede a menudo que el alma del pastor, engreída por la cantidad de fieles que tiene, se corrompe por la soberbia que engendra la altura del poder. Poder éste que sabe administrar bien quien, manteniendo la cantidad de fieles, lucha contra la soberbia. Gobierna bien el que sabe cómo mantenerse firme frente a las culpas, gracias a su poder y, a un tiempo, usa de éste para tratar a los demás como a iguales. Pues si la mente humana se engríe muchas veces incluso cuando no se apoya en ningún poder, ¿cuánto más se hinchará si además se le suma éste? Por tanto, administra correctamente el poder quien con gran cuidado sabe tomar de él lo que ayuda y rechazar lo que tienta y, al mismo tiempo, sabe considerarse con él igual a los demás y anteponerse a los pecadores por el celo de la retribución[55].

53. 1 S 15, 17.

54. «En las cosas visibles, para alcanzar lo que está en lo alto hay que erguirse; a Dios, sin embargo, aunque es lo más alto de todo, se le alcanza no ensalzándose, sino humillándose»: AGUSTÍN, *Sermo*, 351, 1 (PL 39, 1536; BAC 461, 174).

55. «Pertenecéis a una familia y nosotros [los obispos] somos los administradores de esa misma familia; todos pertenecemos a un único Señor. Lo que doy no lo doy de mi propia cosecha, sino de la despensa de Aquel de quien también yo recibo»: AGUSTÍN, *Sermo*, 101, 4 (PL 38, 607; BAC 441, 687-688).

Reconoceremos más plenamente tal moderación si examinamos los ejemplos de los primeros pastores.

Pedro, que recibió de Dios el Primado de la Santa Iglesia, rehusó la excesiva veneración por parte de Cornelio que creía actuar bien al postrarse humildemente ante él. Pedro se reconoció igual a él al decir: *Levántate y no lo hagas, que también yo soy hombre*[56]. Sin embargo, manifestó con cuánto poder había sido puesto al frente de los demás cuando descubrió el pecado de Ananías y Safira[57]. Con su palabra quitó la vida a éstos; vida que puso al descubierto escudriñando con su espíritu. Así, se reconoció el mayor dentro de la Iglesia contra los pecados, lo cual no consideró cuando le rendían honor vivamente los hermanos que obraban bien. Aquí, la santidad de vida mereció la comunión en igualdad; allí, el celo de la retribución descubrió el derecho de la potestad.

Pablo mostró no tener conciencia de su preeminencia sobre los que obraban bien cuando decía: *No es que vayamos a dominar vuestra fe, sino que somos colaboradores de vuestro gozo*[58]. Y añadió a continuación: *pues estáis firmes en la fe*[59]. Como si abiertamente diera a conocer que revelaba esto: «Nosotros no dominamos sobre vuestra fe porque estáis firme en ella, y sabemos que somos iguales a vosotros en aquello que estáis firmes». Y es como si ignorase estar al frente de los hermanos cuando decía: *Nos hicimos pequeños en medio de vosotros*[60]. Y en otro lugar: *Nos hicimos siervos vuestros por Cristo*[61]. Sin embargo, cuando encontró un pecado que debía ser corregido, al instante se reconoció magistrado, diciendo: *¿Qué queréis, que vaya a vosotros con el palo?*[62]

56. Hch 10, 26.
57. Hch 5, 3-5.
58. 2 Co 1, 24.
59. 2 Co 1, 24.
60. 1 Ts 2, 7.
61. 2 Co 4, 5.
62. 1 Co 4, 21.

Por tanto, la máxima dignidad es bien administrada cuando el que preside domina más sus vicios que a sus hermanos. Tras corregir a los fieles que pecan, es necesario todavía que los que presiden atiendan cuidadosamente a lo siguiente: por guardar la humildad, deben los pastores reconocerse iguales a aquellos què corrigen, y esto, en la misma medida que castiguen las culpas con la debida disciplina haciendo uso de su derecho potestativo. Aunque muchas veces, también es muy digno que, en nuestro callado pensamiento, prefiramos más a aquellos que corregimos que a nosotros mismos. Y es que, nosotros ya castigamos sus vicios con el rigor de la disciplina, pero nadie reprende con palabras de censura lo que nosotros mismos cometemos. Por ello, estamos tanto más obligados ante el Señor, cuanto más impunemente pecamos ante los hombres. Por otro lado, nuestra disciplina deja a nuestros fieles tanto más libres en el juicio divino cuanto aquí no deja sin castigo sus culpas.

Por consiguiente, se debe conservar la humildad en el corazón y la disciplina en las obras. Pero de tal forma que no vayan a desvanecerse los derechos del cargo por custodiar sin moderación la virtud de la humildad; no sea que, habiéndose humillado el pastor más de lo conveniente, la vida de los fieles no pueda estar sometida bajo el lazo de la disciplina. Los pastores, pues, deben mantener por fuera lo que recibieron para provecho de los demás, y conservar en su interior gran temor de ser estimados. Los fieles, por su parte, deben descubrir por ciertos signos que se manifiestan oportunamente, que sus pastores son humildes, de forma que puedan descubrir en ellos lo que deben mantener de su autoridad y lo que han de imitar de su humildad.

Así pues, esfuércense los pastores sin descanso en humillar su autoridad exteriormente, para que no venza a la reflexión, ni arrastre al alma a complacerse en sí misma, no sea que no pudiéndola administrar ya con la mente, se apodere de ella el placer de dominar. Por eso, para que el ánimo del

pastor no se engría complaciéndose en su poder, se dice acertadamente por el sabio: *Te han nombrado jefe, no te engrías, sino sé entre los demás como uno de ellos*[63]. Por lo mismo dijo Pedro: *No dominando a lo asignado, sino hechos forma del rebaño*[64]. También la Verdad, llamándonos a las más altas cumbres de la virtud, dice por Sí misma: *Sabéis que los príncipes de las gentes, las dominan, y los que son grandes ejercen su poder en ellos. No será así entre vosotros, si alguno quiere ser hecho grande entre vosotros, sea vuestro servidor; y quien quiera ser el primero, será vuestro esclavo; porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir*[65]. De ahí que indique los suplicios que le quedan para después al esclavo que se había engreído por el cargo recibido, diciendo: *Pero si aquel siervo malo dijera en su corazón: «Mi Señor tarda en venir», y se pusiera a golpear a sus compañeros, y se pusiera a comer y a beber con los borrachos; y viene el Señor de aquel siervo, el día que no espera y a la hora que ignora, lo separará y pondrá su suerte entre los hipócritas*[66]. En verdad, el que use el ministerio pastoral para dominar simulando disciplina será justamente considerado entre los hipócritas.

Y, sin embargo, a veces se peca más gravemente si con los malhechores se procura más igualdad que disciplina. Por eso, el estricto Juez castigó a Elí y a sus hijos con una rigurosa sentencia, porque llevado de una falsa piedad no quiso herir a sus hijos pecadores[67]. De ahí que la palabra divina le diga: *Honraste a tus hijos más que a mí*[68]. Por esto mismo increpa a los pastores, por medio del profeta, diciendo: *Lo que está quebrado no lo soldáis, y lo que está descarriado no lo recogéis*[69]. Se recoge lo descarriado cuan-

63. Si 32, 1.
64. 1 P 5, 3.
65. Mt 20, 25-28.
66. Mt 24, 48-51.
67. Cf. 1 S 4, 17-18.
68. 1 S 2, 29.
69. Ez 34, 4.

do el que cae en el pecado es reconducido con fuerza al estado de justicia gracias a la solicitud pastoral. Y un vendaje suelda lo quebrado cuando el pecado es abatido por la disciplina, a fin de que la herida, si no la coarta la severidad del castigo, no lleve a la muerte.

Con frecuencia, la fractura se quiebra más gravemente si se venda sin precaución, pues más se resiente si las vendas aprietan inmoderadamente. Por eso, es necesario que al oprimir con la corrección la herida del pecado en los fieles, se aplique moderadamente la prohibición; de manera que se ejerzan de tal modo los derechos de la disciplina contra los pecadores, que no se pierdan las entrañas de piedad. En verdad, el pastor ha de procurar ser para sus fieles como una madre por su piedad y como un padre por su disciplina. Y, en ambos casos, prever con solícita atención que su severidad no sea rígida, ni su piedad remisa. Pues, como ya dijimos en los *Libros Morales*[70], disciplina y misericordia pierden mucho si no va la una con la otra. Por tanto, en los pastores debe hallarse, respecto a sus fieles, tal misericordia que castigue justamente y tal disciplina que repruebe con piedad. Por eso, como enseña la Verdad[71], el samaritano llevó al que estaba medio muerto a la posada, y le aplicó vino y óleo a sus heridas, para que, claro está, se cauterizaran por el vino y se calmara su dolor por el óleo. Es necesario que todo el que esté al frente para sanar heridas añada al vino el escozor del dolor, y al óleo la ternura de la piedad; de modo que por el vino se purifique lo pútrido y, por el óleo se defienda lo que debe sanar.

Por consiguiente, dulzura y severidad han de ir juntas, mezclándolas proporcionadamente para que ni por la mucha

70. Mor 20, 14 (CCL 143A, 1012).

71. Cf. Lc 10, 33.

aspereza se exasperen los fieles, ni por la excesiva benignidad se hagan disolutos. El Arca del Tabernáculo es para san Pablo muy buen signo de esto[72]. En ella, a un tiempo, se encuentran junto a las Tablas la vara y el maná. Así también, en el pecho del buen pastor, junto a la ciencia de la Sagrada Escritura, han de ir la vara del castigo y el maná de la dulzura. Por eso dijo David: *Tu vara y tu cayado me sosiegan*[73]; la vara nos golpea y el cayado nos sostiene. Por tanto, si se da el castigo con la vara que hiere, debe darse también el consuelo con el cayado que sostiene.

En conclusión, haya amor, pero que no ablande; haya rigor, pero que no exaspere; haya celo, pero que no se exalte sin moderación; haya piedad, pero que no tenga más consideración de la que conviene. Y así, el que está al frente, al temer con justicia y clemencia estar en la cumbre del ministerio, pueda cautivar, atemorizando, los corazones de sus fieles, y pueda moderarlos, cautivándolos, por el respeto que produce el temor.

7. *Atención a lo interior, solicitud por lo exterior*

El pastor no debe disminuir su atención a lo interior por las ocupaciones exteriores, ni debe abandonar el cuidado de lo exterior por la solicitud de lo interior; de modo que no se derrumbe interiormente al entregarse a lo exterior, ni impida aquello que por fuera debe a sus prójimos ocupándose sólo en lo interior.

A menudo, algunos, olvidándose de que son prelados en la causa de sus hermanos, se entregan con todo el esfuerzo de su corazón a los cuidados seculares: cuando están presentes, se ensoberbecen realizándolos y cuando faltan, los

72. Cf. Hb 9, 4.

73. Sal 23, 4.

anhelan día y noche con la agitación de una mente desordenada. Cuando hallan un respiro, quizás porque haya desaparecido una oportunidad, se sienten más cansados por su misma quietud. Consideran una satisfacción estar oprimidos por las ocupaciones, y un infortunio el no trabajar en asuntos terrenales. Sucede entonces que mientras se alegran de estar agobiados por vanos esfuerzos mundanos, ignoran aquellos secretos interiores que debieran enseñar a otros. A causa de esto, claro está, la vida de los fieles se debilita, porque cuando pretenden progresar espiritualmente, tropiezan en su camino con el obstáculo que es para ellos el ejemplo de su prelado. Y es que, languideciendo la cabeza, en vano crecen los miembros; e inútilmente avanza un ejército para explorar al enemigo, si se equivoca el mismo guía del camino. Ninguna exhortación eleva ya la mente de los fieles, ninguna amonestación castiga sus pecados. Porque cuando el pastor de las almas se dedica a ejercer el oficio de juez terreno, el cuidado pastoral por la custodia de la grey se debilita. Con ello, los fieles no desean ya alcanzar la luz de la Verdad, pues, al estar ocupada la mente del pastor en los afanes terrenos, el polvo provocado por el viento de la tentación, ciega los ojos de la Iglesia.

El Redentor del género humano, reprimiendo en nosotros la voracidad del vientre, dice contra esto: *Atended a vosotros mismos, para que no se os emboten vuestros corazones en la glotonería y la borrachera*[74], añadiendo enseguida: *o en las preocupaciones de esta vida*[75]. E insistiendo, agrega más adelante el temor: *para que no venga* –dijo– *aquel día de improviso sobre vosotros*[76]. Anuncia, además, cómo será la venida de aquel día, diciendo: *como un lazo, pues vendrá sobre todos los que habitan la faz de la tierra*[77].

74. Lc 21, 34.
75. Ibid.
76. Ibid.
77. Lc 21, 35.

Por eso dice en otro sitio: *Nadie puede servir a dos señores*[78].

Por lo mismo, Pablo, convenciendo más que forzando, aparta la mente de las personas religiosas del trato con el mundo, al decir: *Ninguno que milita las filas de Dios, se enreda en los negocios de la vida, para complacer al que le ha alistado*[79]. De ahí que se ordene a los pastores de la Iglesia estar libres de afanes y se les enseñen remedios para gobernar, diciendo: *Si tuviereis tribunales para asuntos cotidianos, poned por jueces a los que no representan nada en la Iglesia*[80]. Es decir, que los que no están adornados de dones espirituales se dediquen a las tareas terrenas. O dicho más claramente: puesto que son incapaces de escrutar los misterios íntimos, trabajen al menos por fuera en lo que sea necesario.

También Jetró, siendo extranjero, reprende a Moisés –que hablaba con Dios– pues se ocupaba con un esfuerzo vano de los asuntos terrenos del pueblo. Y le ofrece a continuación un consejo, para que nombre a otros que diriman los pleitos en su lugar, y él mismo, más libre, conozca los misterios espirituales para instruir a los pueblos.

Por consiguiente, los fieles deben encargarse de los asuntos inferiores y los pastores han de meditar los bienes supremos, a fin de que el que está al frente para prever no nuble su mirada atendiendo al polvo. Los que están al frente son cabeza de los fieles, y para que los pies puedan recorrer rectos caminos debe la cabeza preverlos desde lo alto,

78. Lc 16, 13.

79. 2 Tm 2, 4. Cipriano de Cartago, comentando este texto, afirma: «Y si esta recomendación está dicha para todos, ¿cuánto más deben alejarse de tales implicaciones y embarazos profanos, los que, destinados a las ocupaciones religiosas, no pueden apartarse de la Iglesia y dedicarse a los negocios del siglo?»: *Epistula* 1, 1 (CCL 3B, 1-2; BAC 241, 364-365).

80. 1 Co 6, 4.

no sea que la cabeza, doblado el cuerpo, se incline hacia tierra y tropiecen los pies al avanzar en su camino[81].

Si el director de almas está ocupado en los asuntos terrenos que él mismo debía reprender en los otros ¿cómo puede arrogarse entre los demás el honor de pastor? Por esto, el Señor amenaza con la ira de una justa retribución diciendo por el profeta: *El sacerdote será tal como sea el pueblo*[82]. En efecto, el sacerdote es como el pueblo cuando, debiendo desempeñar un oficio espiritual, se dedica a hacer lo mismo que los que andan todavía entregados a los afanes carnales. El profeta Jeremías contempló y deploró esto mismo, con gran dolor de su corazón, bajo la imagen de la destrucción del templo, cuando dijo: *Cómo se ha oscurecido el oro, cambiado su color supremo; las piedras del santuario están esparcidas por las esquinas de todas las plazas*[83]. Por *oro*, que sobresale sobre los demás metales, ¿qué hay que entender sino la excelencia de la santidad? ¿Qué se expresa con *color supremo* sino es la reverencia de la religión, amable para todos? ¿Qué se designa con *piedras del santuario*, sino es a las personas del orden sagrado? ¿Qué se simboliza con el nombre de *plazas*, sino la anchura de la vida presente? En griego, anchura se dice *platos*; de ahí que, por su anchura, se llamen *plazas*. La Verdad dice por Sí misma: *Ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición*[84].

81. No quiere esto decir que los fieles seglares no deban meditar los bienes supremos de cara a la santidad. Lo que se afirma claramente es que a los pastores (obispos y sacerdotes) no les toca desempeñar tareas seculares; realizarlas sería privar a los fieles seglares del don del sacerdocio ministerial que es *propter homines*. Sacerdotes y fieles están llamados a la misma santidad, pero no de la misma forma. Recordemos que la Iglesia venera como santos a los padres de san Gregorio, Gordiano y Silvia, que santamente vivieron en matrimonio. Sobre esto mismo, cf. infra III, 4.

82. Os 4, 9.

83. Lm 4, 1.

84. Mt 7, 13.

Por tanto, el oro se oscurece cuando la santidad de vida se mancha con obras terrenales. El color supremo se muda cuando disminuye la estima de aquellos sobre los cuales se creía llevaban una vida religiosa. Pues aquel que después de llevar una vida de santidad se mete en obras terrenales, palidece ante los ojos humanos, y se olvida su reverencia como si cambiara de color.

Se dispersan, también, las piedras del santuario en las plazas, cuando los que debían dedicarse a los misterios internos para adorno de la Iglesia vagan por fuera, en los anchos caminos de las causas seculares. Para esto, ciertamente, fueron hechos piedras del santuario: para aparecer dentro del *Sancta Sanctorum* con vestido de Sumo Sacerdote. Los ministros de la religión, cuando por el mérito de su vida son incapaces de hacer brotar de los fieles alabanzas a su Redentor, aunque tengan ornamento de Pontífice, no son piedras del santuario. Las piedras del santuario yacen dispersas por las plazas cuando las personas del orden sagrado se entregan a la anchura de sus placeres y se apegan a los asuntos terrenales.

Hay que notar, además, que no se dice que estén dispersos en las plazas, sino *en las esquinas de las plazas*; porque incluso cuando se entregan a los asuntos terrenales desean que se les consideren sobresalientes para mantenerse, por la complacencia en sus placeres, en el camino ancho, y estar, sin embargo, en las esquinas de las plazas gracias a la dignidad de su cargo.

Nada impide tampoco que tomemos por *piedras del santuario* a las mismas piedras con las cuales estaba construido. Éstas yacen dispersas en las esquinas de las plazas cuando los que han recibido las sagradas órdenes, en cuyo ministerio santo parecía antes encontrarse la gloria, se entregan a las obras terrenales movidos por el deseo. A veces se deben soportar por compasión ciertos asuntos temporales. Nunca, sin embargo, se han de solicitar por amor a los mis-

mos; no sea que la mente del que se ocupa de ellos, sobrecargada y vencida por su peso, se precipite desde los cielos a lo profundo.

Hay otros a los que se les encarga el cuidado de la grey, pero desean entregarse de tal modo a los asuntos espirituales, para su propio provecho, que bajo ningún concepto atienden los asuntos exteriores. Despreciando por completo los asuntos materiales, no socorren las necesidades de sus fieles. No debe asombrar que su predicación sea despreciada, pues, al corregir los hechos de los pecadores sin ofrecer lo necesario para la vida presente, no son escuchados con agrado. Y es que, la doctrina predicada no penetra en la mente del indigente, si junto a su ánimo no la recomienda una mano misericordiosa. La semilla de la palabra germina fácilmente cuando la piedad del que predica la riega en el pecho del oyente. Por eso, es necesario que el pastor sea capaz de infundir bienes interiores y alertar de las impurezas exteriores.

Los pastores deben, además, arder respecto a los afanes interiores de sus fieles, pero de tal modo que no dejen el cuidado de sus vidas en las ocupaciones exteriores. Pues, como ya hemos dicho, el ánimo de la grey se debilita casi con razón para recibir la predicación, si el pastor desprecia atender ayudas externas. Por eso, el primer pastor amonesta con solicitud diciendo: *A los presbíteros que están entre vosotros, vivamente os pido, yo copresbítero y testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que se ha de manifestar en el futuro: apacentad la grey de Dios que os está encomendada*[85]. Él mismo esclarece si lo que aconseja es alimento para el corazón o para el cuerpo, al añadir enseguida: *Gobernando no por fuerza, sino generosamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino volun-*

85. 1 P 5, 1-2.

tariamente[86]. Con estas palabras advierte fielmente a los pastores para que al satisfacer las necesidades de los fieles no se hieran con el aguijón de la ambición, y para que al recuperarse los fieles gracias a sus ayudas materiales, no se queden ellos en ayunas del pan de la justicia. Pablo exhorta, además, a esta solicitud pastoral cuando dice: *Quien no se preocupa por los suyos y, especialmente, por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un infiel*[87]. Por tanto, se debe tener siempre un santo temor y estar con atenta vigilancia, para que al dedicarse al cuidado de lo exterior, no se debilite la atención a lo interior. Y es que, como ya hemos dicho, sucede muchas veces que los corazones de los pastores entregados incautamente a la solicitud temporal, se enfrían en el amor interior, y, sumergidos en los asuntos de fuera, no temen olvidarse de haber recibido como misión la dirección de almas.

Por consiguiente, es necesario que la solicitud exterior en favor de los fieles se mantenga bajo cierta medida. De ahí que se diga por el profeta Ezequiel: *Los sacerdotes no se raparán la cabeza, ni dejarán crecer libremente su cabello, sino que se cortarán cuidadosamente el pelo*[88]. Los que están al frente son llamados «sacerdotes», pues están para administrar un mando sagrado[89]. Pues bien, los cabellos en la cabeza equivalen a los pensamientos exteriores en la mente. Los que se producen sobre el cráneo insensiblemente designan los cuidados de la vida presente,

86. 1 P 5, 2.

87. 1 Tm 5, 8.

88. Ez 44, 20. Raparse la cabeza era signo de luto; dejar crecer el cabello era signo de lujuria y barbarie; ninguna de estas cosas debía aparecer en el sacerdote. Cf. JERÓNIMO, *Commentariorum in Ezechielem libri XVI*, 13, 44 (CCL 75, 658).

89. Gregorio hace aquí un juego de palabras entre *sacerdotes* y *sacrum ducatum*: *sacerdotes namque iure vocati sunt, qui ut sacrum ducatum praebeant, fidelibus praesunt.*

pues, al surgir inoportunamente, por falta de advertencia, es como si crecieran sin nosotros sentirlo. Rectamente se prohibe a los sacerdotes raparse la cabeza y dejarse crecer el pelo, ya que los pastores, aunque deben tener ciertas solicitudes exteriores, no deben, sin embargo, dedicarse a ellas con vehemencia. De modo que no aparten de sí totalmente los pensamientos carnales de la vida de sus fieles, ni se relajen dejándolos crecer en exceso. Por eso, se dice bien: *se cortarán cuidadosamente el pelo*[90]. Es decir, el cuidado de la solicitud temporal debe ser atendido tanto como sea necesario y, a un tiempo, ser cortado para que no crezca inmoderadamente. Los cabellos se conservan en la cabeza del sacerdote para cubrir su piel y se cortan para no tapar sus ojos, cuando la vida de los cuerpos se protege con un providente cuidado de lo exterior, que no resulta impedido gracias a una moderada vigilancia del corazón.

8. *Buscando agradar a Dios y no a los hombres*

Junto a todo lo dicho, es necesario que el pastor esté alerta para que no busque, impulsado por sus pasiones, agradar a los hombres más que a Dios, ni desee que le amen más a él que a la Verdad cuando profundice los bienes interiores movido por el celo y atienda próvidamente las tareas exteriores. No ocurra que pareciendo ajeno al mundo por sus buenas obras, se haga extraño a su Autor debido a su amor propio.

Quien por las obras buenas que hace desea ardientemente que la Iglesia le ame a él en lugar de a su Redentor, es enemigo de éste. El joven por medio del cual el esposo

90. Ez 44, 20.

transmite regalos es reo de pensamientos adúlteros si con esos regalos busca agradar a la esposa.

Cuando el amor propio se apodera de la mente del pastor, unas veces le conduce a la blandura y otras a la aspereza. La mente del pastor se vuelca por su amor propio a la blandura cuando no se atreve a corregir a los fieles que pecan para evitar que el amor que éstos le tienen se debilite; llegando incluso en ocasiones a alabar con adulaciones los errores de los fieles que debiera reprender. Se dice muy bien por el profeta: *Ay de aquellos que cosen almohadillas para ponerlas debajo de todo codo, y hacen almohadas para ponerlas debajo de las cabezas de toda edad, para atrapar a las almas*[91]. Poner almohadillas bajo todo codo es, ciertamente, adobar con persuasivas adulaciones las almas que decaen de su rectitud y se inclinan al placer de este mundo. Cuando se suprime la aspereza de la corrección y se ofrece la blandura del halago al pecador, al cual para que permanezca blandamente en el error ninguna aspereza de contradicción le acusa, es como si se pusiera al abrigo el codo y la cabeza de uno que yace con almohadilla y almohada. Claro, que los pastores que se aman a sí mismo sólo tienen tal actitud con aquellos que piensan pueden dañar su deseo de gloria temporal.

Sin embargo, se fijan en aquellos que nada les pueden hacer, los oprimen con la aspereza de una rígida mordacidad, nunca los amonestan con clemencia, sino que, olvidando toda mansedumbre, los aterran con su derecho de dominación. La Palabra divina increpa rectamente a estos pastores por el profeta, diciendo: *Vosotros, sin embargo, los habéis dominado con violencia y dureza*[92]. Los que se aman más a sí que a su Creador se erigen jactanciosamente sobre sus fieles, atendiendo no a lo que debieran sino a lo que es

91. Ez 13, 18.

92. Ez 34, 4.

para su provecho. No temen nada del juicio que ha de venir, y se glorían malvadamente de su poder temporal. Les gusta hacer libertinamente lo ilícito y que ninguno de los fieles le contradiga. Al afanarse en hacer el mal y querer que ante esto callen los demás, él mismo se convierte en testigo que va en su contra, porque al no querer que defiendan la Verdad contra sí, está deseando que le amen más a él que a Ella.

También es cierto que no hay nadie que viva de tal modo que nunca peque. Sin embargo, quien desea que se ame más intensamente a la Verdad que a él no quiere que en favor suyo haya quien escatime algo a la Verdad. Por eso Pedro recibió de buena gana la increpación de Pablo[93], y David escuchó humildemente la corrección de su súbdito[94]. Y es que, los buenos pastores, al no tener amor propio, consideran como un obsequio de humildad la palabra de franca pureza de sus fieles.

Junto a esto, es necesario que se gobierne con tanto arte que los fieles, movidos por rectos sentimientos, puedan acudir al pastor con libertad de palabra. Libertad que no se debe convertir en soberbia, no sea que al conceder una desmedida libertad de palabra, se pierda en los fieles la humildad de vida.

Es necesario saber también que los buenos pastores, sin buscar agradar a los hombres, deben atraer a los prójimos al amor a la Verdad gracias a la dulzura de su trato. No para desear ser amado por ellos, sino para hacer de ese amor como un camino por el cual los corazones de sus oyentes se introduzcan en el amor al Creador. Es ciertamente difícil que se escuche de buena gana al predicador que no se ama, aunque enseñe cosas subidísimas.

Por consiguiente, el pastor debe procurar que sus fieles le amen lo suficiente para que le escuchen, no buscando, sin

93. Cf. Ga 2, 11. 94. Cf. 2 S 12, 7.

embargo, su amor por sí mismo; no sea que descubra estar enfrentándose en la oculta tiranía de su pensamiento a Aquel a quien le corresponde servir por oficio. Bien lo insinúa Pablo cuando nos manifiesta lo oculto de su afán, diciendo: *Como también yo en todo complazco a todos*[95]. Y en otro lugar: *Si todavía tratase de complacer a los hombres, no sería siervo de Cristo*[96]. Por tanto, Pablo complace y no complace; porque en aquello que desea complacer, busca, no a sí, sino por medio suyo que la Verdad complazca a los hombres.

9. *Distinguiendo los vicios de las virtudes*

El pastor también debe saber que los vicios muchas veces fingen ser virtudes. Y así, bajo el nombre de moderación se disimula la avaricia, y el derroche se oculta bajo la apelación de generosidad. Al perdón desordenado se le llama piedad y a la ira sin freno se la considera virtud de celo espiritual. Se llama eficaz prontitud a la acción precipitada y deliberación de peso a la tardanza en el actuar. Por eso, es necesario que el director de almas discierna, con vigilante cuidado, las virtudes de los vicios. De modo que la avaricia no ocupe su corazón ni se ensoberbezca creyéndose parco en donaciones. No se gloríe al derrochar abundantemente como si fuera misericordiosamente generoso. No conduzca a sus fieles al suplicio eterno perdonando lo que debiera castigar, ni castigue los pecados tan brutalmente que él mismo peque con mayor gravedad. No se anticipe precipitadamente, debilitando lo que podía haberse hecho con rectitud y gravedad, ni aplace el premio de la obra buena convirtiéndola en mala.

95. 1 Co 10, 33. 96. Ga 1, 10.

10. *Discreto al corregir*

También hay que saber que en algunas ocasiones se deben disimular prudentemente los vicios de los fieles, pero dando a entender que se disimulan. Y así, unas veces se deberán tolerar oportunamente los vicios manifiestos y otras indagar agudamente incluso los ocultos. Unas habrá que acusar con suavidad y otras increpar con vehemencia.

En efecto, hay vicios que, como hemos dicho, se deben disimular prudentemente, pero dando a entender que se disimulan; de modo que el pecador al descubrir que ha sido sorprendido pero no corregido, se avergüence de aumentar pecados que considera en él calladamente tolerados y él mismo, que ha sido excusado con clemencia por la paciencia del pastor, se corrija justamente. Con el mismo disimulo corrige el Señor a Judea cuando dice por el profeta: *Eres embustera y de mí no te has acordado, y no has reflexionado en tu corazón, porque yo, callando, hago como que no veo*[97]. Disimuló sus pecados y a un tiempo los indicó, ya que aunque los silenció, sin embargo, dijo por qué los callaba.

Por otro lado, cuando el momento no sea oportuno para que se corrijan abiertamente, los vicios claramente manifiestos se deben tolerar oportunamente. Si se sajan inoportunamente las heridas, se irritan mucho más, y si los medicamentos no se aplican a su tiempo, es evidente que pierden su eficacia. Mientras se busca el momento oportuno para corregir a los fieles, la paciencia del pastor se pone a prueba bajo el peso de sus pecados. Por eso se dice rectamente por el salmista: *Sobre mis espaldas construyeron los pecadores*[98]. Y es que, ciertamente, sostenemos sus cargas sobre nuestras espaldas, de ahí que se queje de que los pecadores hayan construido sobre ella. Es como si claramen-

97. Is 57, 11.

98. Sal 129, 3.

te dijera: «A los que no puedo corregir, los sostengo como a una carga sobre mí».

Se deben también indagar algunos pecados que están sutilmente ocultos, de forma que el pastor, guiado por ciertas señales que aparecen, descubra todo lo que late escondidamente en la mente de sus fieles y pueda así, cuando llegue el momento de corregir, conocer lo mayor por lo pequeño. Por esto se dice rectamente a Ezequiel: *Hijo de hombre, atraviesa la pared*[99]. Y el mismo profeta añade enseguida: *Y habiendo atravesado la pared, apareció allí una puerta. Y me dijo: «Entra y ve las terribles abominaciones que éstos hacen ahí». Y entrando vi toda clase de reptiles y animales repugnantes, y todos los ídolos de la Casa de Israel estaban pintados en la pared*[100]. Se está designando aquí por «Ezequiel» a la persona de los pastores, por «pared» la dureza de los fieles. Atravesar la pared, ¿qué es sino abrir la dureza del corazón con agudas indagaciones? Después de atravesar la pared, a Ezequiel le apareció una puerta. Y es que, cuando la dureza del corazón se quiebra, ya sea con afanosas indagaciones ya con oportunas correcciones, es como si se presentara cierta puerta desde la cual se ven los pensamientos interiores en aquel a quien se corrige. Por eso, añade enseguida: *Entra y ve las terribles abominaciones que éstos hacen ahí*[101]. Entra como para contemplar las abominaciones el que, después de considerar ciertos signos exteriores que se muestran, penetra de tal modo en los corazones de sus fieles que es capaz de descubrir todos los pensamientos ilícitos que en ellos hay. De ahí que añada: *Y entrando vi toda clase de reptiles y animales repugnantes*[102]. Con «reptiles» se designan plenamente los pensamientos terrenos, con «animales» los que ya están un poco elevados

99. Ez 8, 8.
100. Ez 8, 9-10.
101. Ez 8, 9-10.
102. Ez 8, 9-10.

sobre la tierra pero anhelan todavía como premio el halago terreno. Los reptiles están pegados con todo su cuerpo a la tierra y los animales, aun teniendo gran parte de su cuerpo elevada sobre ella, se inclinan siempre por su deseo de gula a la tierra. Y así, cuando se revuelven en la mente pensamientos que nunca se elevan sobre los deseos terrenos es como los reptiles que están entre las paredes. De igual forma, es como si los animales estuvieran entre las paredes cuando, teniendo pensamientos justos u honestos, se desean sin embargo ganancias y honores temporales. Por aquéllos, ya se estaba sobre la tierra, por éstos, se sumen en lo profundo como por deseo de gula. De ahí que se añada acertadamente: *Y todos los ídolos de la Casa de Israel estaban pintados en la pared*[103]. Ciertamente está escrito: *Y la avaricia, que es una esclavitud de ídolos*[104]. Se describen los ídolos después de los animales porque algunos, aunque ya casi se levantan de la tierra, se precipitan a ella debido a su deshonesta ambición. Acertadamente se dice: *Estaban pintados*, porque cuando las figuras exteriores atraen interiormente es como si se pintara en el corazón todo lo que se piensa al reflexionar con falsas imágenes. Hay que notar además que primero está la abertura de la pared, luego se presenta la puerta y sólo entonces se manifiestan las abominaciones ocultas. Y es que, ciertamente, primero se presentan exteriormente los signos de cada pecado, luego la puerta de la iniquidad descubierta, y sólo entonces aparece todo lo malo que late en el interior.

Hay también pecados que deben ser acusados con suavidad, pues, cuando se peca, no por malicia sino sólo por ignorancia o debilidad, es necesario atemperar con gran moderación la corrección al pecador. Todos estamos sometidos a las debilidades de nuestra corrupción mientras permane-

103. Ez 8, 10. 104. Col 3, 5.

cemos en esta carne mortal. Por eso, cada uno debe juzgar por sí mismo con qué misericordia se debe presentar ante la debilidad ajena, no sea que, lanzándose con enardecida increpación contra la debilidad ajena, parezca que se olvida de sí. Por esto Pablo amonesta acertadamente, diciendo: *Si fuere sorprendido un hombre en algún delito, vosotros que sois espirituales, instruidle en espíritu de mansedumbre de tal manera, que considerándote a ti mismo, no seas tentado tú también*[105]. Como si claramente dijera: «Cuando te desagrada la debilidad ajena que observas, piensa lo que tú eres, para que se tempere tu espíritu en el celo de la increpación al temer también para ti aquello que increpas».

Otros pecados, sin embargo, deben ser increpados vehementemente para que el autor, cuando no reconozca su culpa, descubra por boca del que increpa su gravedad y para que, si hay alguno que suavice el mal cometido por la dureza de la corrección, tema seriamente que ésta misma se vuelva contra él. Es deber del pastor manifestar a sus fieles la gloria de la patria celestial con la palabra de su predicación, exponer cuántas tentaciones del viejo enemigo laten en el camino de sus vidas y corregir con gran aspereza, nacida del celo, los males que no se deben tolerar con suavidad; de modo que no sea tenido por reo de todas las culpas que no se atreve a atacar. Por eso, se dice acertadamente al profeta Ezequiel: *Toma para ti un ladrillo, y ponlo delante de ti, y traza en él la ciudad de Jerusalén*[106]. Y añade enseguida: *Y ordenarás contra ella un asedio, y edificarás trincheras, levantarás terraplenes, darás contra ella campamentos y pondrás arietes a su alrededor*[107]. Agregando inmediatamente después para su defensa: *Toma una sartén de hierro y colócala como muro entre ti y la ciudad*[108].

105. Ga 6, 1.
106. Ez 4, 1.
107. Ez 4, 2-3.
108. Ez 4, 3.

Cuando se dice: *Toma para ti un ladrillo y ponlo delante de ti, y traza en él la ciudad de Jerusalén*, ¿de quién es figura el profeta Ezequiel sino de los magistrados? Los santos doctores toman para sí un ladrillo cuando captan el corazón terreno de sus oyentes con el fin de instruirles. Ponen el ladrillo delante de sí porque custodian dicho corazón con toda la intención de su mente. Se ordena, además, trazar en él la ciudad de Jerusalén porque cuando se predica a los corazones terrenos se procura con el mayor cuidado mostrar la visión de la paz suprema. Sin embargo, añade oportunamente: *Y ordenarás contra ella un asedio, y edificarás trincheras*, ya que se reconocería en vano la gloria de la patria celestial si no se admitiera la cantidad de tentaciones que el astuto enemigo pone aquí. Los santos predicadores ordenan un asedio contra el ladrillo en el que está trazada la ciudad de Jerusalén, cuando muestran a la mente terrena, que desea ya la patria celestial, cuántas dificultades ofrecen los vicios para alcanzarla durante su vida. Pues cuando se pone al descubierto cómo cada pecado acecha a los que progresan es como si, con la palabra del predicador, se organizara un cerco alrededor de la ciudad de Jerusalén.

El pastor no sólo debe dar a conocer cómo acechan los vicios, sino también cómo nos robustecen las virtudes que guardamos, por eso se añade rectamente: *Edificarás trincheras*. En verdad, el santo predicador construye trincheras cuando pone de manifiesto aquellas virtudes con las que se resiste a los vicios.

Como sucede también que muchas veces, al crecer la virtud, aumentan los ataques de la tentación, se agrega ahora: *Levantarás terraplenes, darás contra ella campamentos y pondrás arietes a su alrededor*. Se levanta un terraplén cuando el predicador denuncia el peso abrumador de la tentación que crece. Se emplaza un campamento contra Jerusalén cuando el predicador previene la recta intención de sus oyentes de las ocultas y casi incomprensibles asechanzas del astuto

enemigo. Instala arietes a su alrededor cuando nos da a conocer las sutilezas de una tentación que nos rodea por todas partes en esta vida y atraviesa, incluso, el muro de la virtud.

Sin embargo, si el predicador no arde con un espíritu de combate contra los pecados de cada uno, aunque explique todo esto con habilidad, no adquirirá para sí absolución alguna para la eternidad.

De ahí que rectamente se añada: *Toma una sartén de hierro y colócala como muro entre ti y la ciudad.* Con «sartén» se designa el fervor de la mente, con «de hierro» la fortaleza de la corrección. Pues ¿qué enfervoriza y hace sufrir con más ardor la mente del doctor que el celo de Dios? Por eso Pablo se abrasaba con el ardor de su sartén cuando decía: *¿Quién enferma que yo no enferme? ¿quién se escandaliza que yo no me abrase?*[109]. Rectamente se dice: *Colócala como muro entre ti y la ciudad*, ya que quien se enciende en el celo de Dios se defiende con fuerte custodia, no sea que se le condene por negligente. Se pone una sartén de hierro como muro férreo entre el profeta y la ciudad, porque los pastores, al manifestar ahora un fuerte celo, pueden luego conservar ese mismo celo como si fuera una fuerte trinchera entre sí y sus oyentes, no ocurra que siendo ahora disolutos en la corrección, sean luego arrojados al castigo.

Junto a esto, se debe saber que la mente del doctor, cuando se exaspera al corregir, es muy difícil que no se le escape decir algo indebido. Sucede a menudo que la lengua del maestro se desliza con palabras exageradas cuando corrige mordazmente los pecados de los fieles. Y así, cuando la corrección se enciende sin moderación, los corazones de los

109. 2 Co 11, 29. Este mismo texto ha sido citado por Gregorio en el capítulo V de esta misma parte para demostrar la cercanía del pastor. Aquí sin embargo, se aduce para expresar el celo de Dios que en el pastor debe haber.

pecadores se abaten en la desesperación. Por eso, es necesario que el pastor exasperado recurra siempre dentro de sí a la penitencia cuando crea haber golpeado la mente de sus fieles más de lo debido, para que obtenga por sus lamentos, en presencia de la Verdad, el perdón en aquello que pecó movido por el afán de su celo.

Esto mismo preveyó el Señor figuradamente por Moisés al decir: *Si uno se introduce en la selva con un amigo para cortar leña, y se le escapa el hacha de la mano por el árbol y salta el hierro del mango y le da a su amigo y lo mata, éste huirá a una de las ciudades citadas y vivirá. No sea que algún pariente de aquel cuya sangre fue derramada, arrebatado de dolor, le persiga, le dé alcance y acabe con su vida*[110]. Vamos al bosque con un amigo siempre que nos volvemos a considerar las faltas de los fieles. Derribamos árboles, cuando con piadosa intención atajamos los vicios de los que pecan. Pero se nos va el hacha de la mano cuando corregimos con más aspereza de la necesaria. Salta el hierro del mango cuando las palabras de la corrección se exceden en dureza. Y da y mata al amigo porque con la afrenta mostrada hace morir en su oyente el espíritu de amor. Y así, si la corrección proferida golpea más de lo debido la mente del corregido, ésta se hunde al momento en el odio. Ahora bien, es necesario que quien ha golpeado el árbol incautamente y ha matado a su prójimo huya a las tres ciudades, para que viva protegido en una de ellas; porque si, entregado en la unidad del sacramento al llanto de la penitencia, se refugia en la esperanza y la caridad, no será considerado reo del homicidio perpetrado. Y el pariente del fallecido no le matará, pues el estricto Juez, que se unió a nosotros al tomar nuestra naturaleza, cuando venga, no reclamará la responsabilidad de una culpa protegida, por su perdón, con la fe, la esperanza y la caridad.

110. Dt 19, 5-6.

11. *Atento a la Sagrada Ley*

El pastor podrá llevar a cabo debidamente todo lo que hemos dicho si, inspirado por el espíritu de dilección y temor sagrado, medita todos los días la Sagrada Escritura con verdadero celo. De modo que las palabras de amonestación divina restauren en él el vigor de la solicitud pastoral y de la providente consideración de la vida celestial. Vigor que se destruye constantemente en el habitual trato humano[111]. Así también, el que simpatizando con el mundo se conduce a la antigua vida, se renovará siempre en el amor a la patria espiritual gracias al aliento de la compunción. Y es que, el corazón se disipa mucho cuando anda entre palabras humanas.

Por tanto, cuando conste sin duda, el pastor que cae por sí mismo ante el impulso que produce el ajetreo de las ocupaciones exteriores, debe procurar resurgir incesantemente por el deseo de instrucción. De ahí que Pablo amoneste a su discípulo y prelado de la grey, diciendo: *Mientras llego, aplícate a la lección*[112]. Por lo mismo dijo David: *Cuánto amo tu Ley, Señor, todo el día es mi meditación*[113]. Y, por eso, el Señor dio órdenes a Moisés sobre el modo de llevar el Arca, diciendo: *Harás cuatro círculos de oro que pondrás en los cuatro ángulos del Arca, y harás unas barras de madera de acacia y las cubrirás de oro, y las meterás por los cuatro círculos que están en los ángulos del Arca, para que pueda ser llevada por ellas que están en los círculos y nunca se extraigan de ellos*[114]. ¿De qué es figura el Arca sino de la

111. Afirmaciones de este tipo son frecuentes en la Literatura cristiana primitiva. Recordemos únicamente la exhortación de san Jerónimo a Nepociano: «Lee muy a menudo las Divinas Escrituras, o mejor, nunca el texto sagrado se te caiga de las manos»: *Epistula* 52, 7 (PL 22, 533; BAC 530, 473).

112. 1 Tm 4, 13.

113. Sal 118, 97.

114. Ex 25, 12-15.

Santa Iglesia? Se manda poner cuatro anillos de oro en los cuatro ángulos precisamente porque la Iglesia, extendida por las cuatro partes del mundo, declara estar sostenida por los cuatro Libros del Santo Evangelio. Y se hacen barras de madera de acacia que se introducen en los anillos para llevarla, porque se han de buscar doctores fuertes y perseverantes como barras incorruptibles, de modo que siendo siempre fieles a la enseñanza de los Libros Sagrados, proclamen la unidad de la Santa Iglesia y lleven el Arca como introducidos en los anillos.

Llevar el Arca con las barras es llevar la Santa Iglesia con la predicación de los buenos doctores a las rudas mentes de los infieles. Se ordena también que las barras se cubran de oro, para que los pastores, al hacer vibrar a los que están entregados al oficio de la predicación no abandonen el estudio de la Sagrada Escritura. Para esto, pues, se ordena que estén siempre las barras en los anillos: para que no se produzca ninguna tardanza al introducir las barras cuando la ocasión exija llevar el Arca. Es ignominioso que el pastor, cuando es requerido por los fieles en algo espiritual, se ponga entonces a estudiar debiendo ya saber aclarar la cuestión. Por tanto, deben introducir las barras en los anillos, para que los doctores, meditando siempre en su corazón las Sagradas Palabras, alcen el Arca de la Alianza sin demora cuando sea necesario enseñar algo repentinamente. El primer pastor de la Iglesia amonesta correctamente a los demás pastores, diciendo: *Estad siempre preparados para dar satisfacción a todo el que os pida razón de aquello que en vosotros es esperanza*[115]. Como si claramente dijera: «no se retiren nunca las barras de los anillos, para que ninguna demora impida llevar el Arca».

115. 1 P 3, 15.

Tercera Parte
MINISTERIO DEL PASTOR
MODO DE EXHORTAR Y ENSEÑAR A LOS FIELES

Prólogo

Ya que hemos expuesto cómo debe ser el pastor, expondremos ahora cómo debe enseñar. Pues, como ya enseñó mucho antes que nosotros Gregorio Nacianceno –de venerable memoria–, no es conveniente una misma exhortación para todos, puesto que no todos están sujetos al mismo modo de vida[1]. Porque, con frecuencia, lo que aprovecha a uno, perjudica a otros. Y así, generalmente, las hierbas que alimentan a unos animales causan la muerte a otros; el suave silbido que amansa a los caballos, excita a los cachorros; la medicina que a unos alivia la enfermedad, a otros se la agrava; y el pan que robustece la vida de los fuertes, estropea la de los recién nacidos.

Por consiguiente, la palabra de un maestro debe adaptarse a la condición de los oyentes, de modo que a cada uno le venga bien; y, sin embargo, no deje de ejercer el arte de la edificación de la comunidad. ¿Qué son las almas atentas de los oyentes, sino –por así decir– unas cuerdas de arpa, tensadas de distinta manera, que el artista toca de modo diferente, para que no produzcan sonidos disonantes? Las cuerdas

1. Cf. *Oratio ad fugam* 15 (BPa 35, 45-46).

emiten una melodía armoniosa porque son tocadas con una misma púa, pero no con un mismo tipo de pulsación. Por tanto, un maestro, a fin de edificar a todos en una misma virtud de caridad, debe tocar los corazones de sus oyentes con la misma doctrina, pero no con la misma y única exhortación.

1. *Diversos modos de exhortar*

De un modo hay que exhortar a los hombres y de otro a las mujeres[2]; de un modo a los jóvenes y de otro a los ancianos; de un modo a los pobres y de otro a los ricos; de un modo a los alegres y de otro a los tristes; de un modo a los ficles seglares y de otro al clero; de un modo a los siervos y de otro a los señores; de un modo a los sabios de este mundo y de otro a los torpes; de un modo a los imprudentes y de otro a los tímidos; de un modo a los impetuosos y de otro a los cobardes; de un modo a los impacientes y de otro a los pacientes; de un modo a los bondadosos y de otro a los envidiosos; de un modo a los sinceros y de otro a los mentirosos; de un modo a los fuertes y de otro a los débiles; de un modo a los que viven inocentemente por temor al castigo y de otro a los que no se corrigen ni con castigos; de un modo a los que son muy callados, y de otro a los que son muy charlatanes; de un modo a los perezosos y de otro a los precipitados; de un modo a los mansos y de otro a los coléricos; de un modo a los humildes y de otro a los soberbios; de un modo a los testarudos y de otro a los inconstantes; de un modo a los golosos y de otro a los abstinentes; de un modo a los que reparten lo suyo misericordiosamente, y de otro a los que intentan robar lo ajeno; de un modo a los que ni se quedan con lo ajeno, ni reparten lo

2. Cf. Mor 30, 13 (CCL 143B, 1499).

suyo, y de otro a los que reparten lo que tienen sin renunciar a robar lo ajeno; de un modo a los que viven en discordia y de otro a los que viven en paz; de un modo a los sembradores de discordia y de otro a los pacificadores; de un modo a los que no comprenden bien la Ley santa, y de otro a los que la entienden, pero la enseñan sin humildad; de un modo a los que no predican por humildad, y de otro a los que se precipitan para predicar; de un modo a los que prosperan y de otro a los que fracasan; de un modo a los esposos y de otro a los célibes; de un modo a los que tienen experiencia de pecados carnales, y de otro a los que no la tienen; de un modo a los que deploran los pecados de obra, y de otro a los que deploran sólo los de pensamiento; de un modo a los que no se abstienen de los pecados que deploran, y de otro a los que no los deploran cuando se abstienen; de un modo a los que aprueban lo ilícito deliberadamente, y de otro a los que lo condenan pero no lo evitan; de un modo a los que son vencidos por una concupiscencia repentina, y de otro a los que se entregan a la culpa deliberadamente; de un modo a los que pecan impulsivamente, y de otro a los que lo hacen deliberadamente; de un modo a los que repetidas veces caen en pequeños pecados, y de otro a los que librándose de estos, alguna vez caen en los graves; de un modo a los que ni siquiera comienzan obras buenas, y de otro a los que empezándolas no las terminan; de un modo a los que hacen el mal ocultamente y el bien a la vista de todos, y de otro a los que actúan al contrario.

Pero ¿de qué sirve haber enumerado toda esta serie de formas de exhortación, si no las desarrollamos una a una, con la brevedad que nos sea posible?.

1a. *A los hombres y a las mujeres*

De un modo hay que exhortar a los hombres y de otro a las mujeres. Porque a ellos hay que proponerles las tareas

más difíciles, y a ellas las más leves[3]; de modo que los hombres puedan realizar obras grandes, y ellas, en cambio, se conviertan tratando con dulzura las tareas más sencillas.

1b. *A los jóvenes y a los ancianos*

De un modo hay que exhortar a los jóvenes y de otro a los ancianos. Pues, por lo general, una advertencia seria dispone a aquéllos para que avancen, mientras que una petición cariñosa induce a éstos a obrar mejor. Pues, está escrito: *No reprendas al más anciano, sino exhórtale como a tu padre*[4].

2. *A los pobres y a los ricos*

De un modo hay que exhortar a los pobres y de otro a los ricos. A los pobres tenemos que ofrecerles el alivio de un consuelo a su tribulación; mientras que a los ricos debemos infundirles miedo a su soberbia. En efecto, el Señor le dice al pobre por medio del profeta: *No temas porque no te avergonzarás*[5]. Y, más abajo, le dice con cariño: *Pobrecilla, azotada por los vientos*[6]. Y además, le consuela, diciendo: *Te he recogido en el camino de tu pobreza*[7].

3. Gregorio participa de la concepción social de su época, finales del siglo VI. Por tanto, sólo conoce mujeres que no acostumbran a trabajar fuera de casa, sino que se dedican habitualmente a las faenas del hogar. Por otro lado, hay que indicar que él sólo dedica estas breves líneas al tema de cómo hablar a los hombres y a las mujeres; por eso, podemos suponer que en aquella época no se hacía problema de esta cuestión.

4. 1 Tm 5, 1.

5. Is 54, 4.

6. Is 54, 11.

7. Is 48, 10.

Por el contrario, Pablo le dice a su discípulo acerca de las riquezas: *A los ricos de este mundo mándales que no sean soberbios, ni pongan su esperanza en lo pasajero de sus riquezas*[8]. Aquí hay que notar que el maestro de la humildad, refiriéndose a los ricos, no dijo a su discípulo «ruega», sino *manda*; porque si la compasión hacia la debilidad tiene que ser inminente, no debe ser así la atención a la soberbia. Por tanto, se les dice que, en la medida en que se ensoberbecen por la altanería de sus pensamientos acerca de los bienes pasajeros, en esa misma medida, se les *manda* estrictamente aquella rectitud. De ahí que el Señor les diga en el Evangelio: *¡Ay de vosotros, los ricos!, que ya tenéis vuestro consuelo*[9]. Estos, como no saben qué son los gozos eternos, se consuelan con la abundancia de los bienes de la vida presente.

Hay que ofrecer consuelo a los que atormenta el camino de la pobreza; y hay que infundirles temor a los que adorna el consuelo de la gloria temporal; a fin de que los pobres caigan en la cuenta de que poseen las riquezas que no ven, y los ricos sepan que no pueden tener por siempre las riquezas que ven. Sin embargo, suele pasar que, la cualidad moral de la gente afecta a su actitud personal, cuando el rico es humilde y el pobre soberbio. De ahí que el lenguaje del predicador deba amoldarse con inmediatez al oyente, de tal modo, que corrija la soberbia del pobre con el mismo rigor que no le doblega su misma pobreza, y halague la humildad del rico con la misma suavidad con que él no se exalta apoyado en su abundancia.

No obstante, a veces, al rico soberbio también hay que aplacarle con una amable exhortación; pues, frecuentemente, las penas y las heridas se atenúan por medio de un suave consuelo, lo mismo que por el halago del médico se calma

8. 1 Tm 6, 13. 9. Lc 6, 24.

el furor de los dementes. Así, cuando se condesciende con dulzura, se mitiga la enfermedad.

No hay que olvidar, por negligencia, que, cuando el mal espíritu invadía a Saúl, David tocaba al arpa y calmaba su delirio[10]. ¿Qué se quiere significar por medio de Saúl, sino la soberbia de los poderosos?, y ¿qué, por David, sino la vida humilde de los santos? Cuando a Saúl le atacaba un espíritu inmundo, David templaba su delirio entonando un canto. Pues, cuando la disposición de los poderosos –por su soberbia– se convierte en delirio, es necesario que se restablezca la salud de su alma con palabras amables, como si fuera con la suavidad de un arpa.

Cuando los poderosos de este mundo se resisten, primero hay que persuadirles por medio de algunas comparaciones, como si se tratase de un caso ajeno al suyo. Y así, cuando hayan dado a conocer su recto juicio contra este otro, entonces hacerles reconocer de modo convincente su propio pecado. Y esto, a fin de que su alma, hinchada por el poder temporal, no se levante contra quien le corrige; ya que, por su propio juicio ha pisado la cabeza de la soberbia, y no puede hacer nada en su defensa, pues a esto le compromete la sentencia que ha salido de su boca.

El profeta Natán, fue a denunciar al rey, procurando que pronunciase su juicio en el caso de un pobre contra un rico[11]; para que, antes que nada, el rey pronunciase su sentencia y, después, oyera su delito. De modo que no contradijese la justa sentencia que él mismo había pronunciado antes. El santo varón, considerando al rey como pecador, con un asombroso orden, quiso primero atarle con su confesión –como a un reo audaz– y después, herirle con su acusación. Brevemente, mantuvo en secreto lo que pretendía, pero de repente hirió a quien tenía delante. Pues, si hubie-

10. Cf. 1 S 18, 10ss.

11. Cf. 2 S 12, 1ss.

se querido denunciarle su culpa claramente desde el principio de su discurso, quizás habría ido más lento; pero, empezando por una comparación, expuso inmediatamente la acusación que mantenía en secreto.

Al igual que un médico cuando va a operar la herida de un enfermo, y duda de la paciencia de éste. Esconde el cuchillo bajo el vestido y, de repente, lo saca y le opera la herida. De modo que el enfermo sienta que el cuchillo le corta, antes de verlo; no sea que si lo ve antes, no se deje operar.

3. *A los alegres y a los tristes*

De un modo hay que exhortar a los alegres y de otro a los tristes. A los alegres hay que presentarles las penas que acompañan al castigo[12]; en cambio a los tristes hay que hacerles caer en la cuenta de las alegrías que están prometidas con el Reino. Los alegres deberían aprender, por la severidad de las amenazas, lo que deben temer; y los tristes deberían escuchar los gozos de los premios que confían alcanzar. A los alegres se les dice: *¡Ay de vosotros, que ahora reís!, porque lloraréis*[13]; y los tristes oigan al mismo Maestro que dice: *Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar*[14].

Algunos están alegres o tristes, no por las circunstancias mismas, sino por el temperamento[15]. Tanto a unos como a

12. Por el contexto se deduce que se está refiriendo no a la alegría cristiana, sino a un modo alegre (superficial e irresponsable) de tomarse la vida cristiana.

13. Lc 6, 25.

14. Jn 16, 22.

15. Gregorio utiliza el término *conspersio*, que suele significar «acción de desparramar»; pero aquí tiene el significado de «temperamento o carácter»; cf. A. BLAISE, *Dictionnaire Latin-Français des Auteurs Chrétiens*, Turnhout 1958, 208. Vuelve a aparecer con el mismo sentido en el capítulo XXXVII.

otros debemos decirles que, en efecto, ciertos vicios están en relación con ciertos temperamentos. Los alegres son propensos a la lujuria y los tristes a la ira. Por tanto, cada uno debe considerar no sólo lo que soporta a causa de su temperamento, sino también los males peores a los que se aproxima; no sea que por no luchar contra el vicio, caiga en él, al ceder ante el mal contra el cual se cree inmune.

4. *A los fieles seglares y al clero*

De un modo hay que exhortar a los fieles seglares y de otro al clero[16]. A los primeros, para que la sumisión no les agobie; a los otros, para que no se ensoberbezcan en su puesto superior. A aquéllos, para que cumplan no menos de lo que se les manda; a éstos, para que no manden más que lo justo. Los fieles, que obedezcan con humildad; los clérigos, que presidan con moderación.

Así, puede entenderse metafóricamente que se les diga a los seglares: *Hijos, obedeced en todo a vuestros padres en el Señor*[17]; en cambio, a los otros les manda: *Y los padres no provoquéis con ira a vuestros hijos*[18]. Los fieles aprendan cómo mantener en orden sus disposiciones interiores ante la mirada del Juez interior; y el clero, cómo ofrecer exteriormente a sus encomendados el testimonio de una vida santa.

Sepan los clérigos que si alguna vez hacen algo que está mal son responsables de tantas muertes como ejemplos de

16. Podía haber dicho, siguiendo el ritmo habitual de antítesis, «los fieles» y «los clérigos». Sin embargo, éstos aparecen casi siempre nombrados o bien en su conjunto «el clero» (los «elegidos», llamados a prolongar el ministerio de los apóstoles...), o bien, para significar cada uno de ellos, «pastor/es».

17. Col 3, 20.

18. Col 3, 21.

perdición dieron a sus fieles. De ahí que sea necesario que se guarden de dar antitestimonios, con tanto más cuidado, cuanto que –por los que den– no sólo mueren ellos, sino también se hacen responsables de la muerte de las demás almas a las que mataron con sus malos ejemplos.

De manera que hay que amonestar: a los fieles, para que al menos no sean castigados más severamente si en su conciencia se ven como culpables; y a los clérigos, para que no sean juzgados por los errores de los fieles, aunque ellos se encuentren ya seguros. A los primeros, para que vivan tanto más pendientes de sí mismos, cuanto más libres están de atender a los demás; y los otros, para que lleven a cabo su solicitud por los demás, sin olvidar cuidarse también a sí mismos. De este modo sean tan fervorosos en el cuidado de sí mismos, que nunca descuiden lo más mínimo atender a los que se les ha encomendado. Pues, al que no se trabaja a sí mismo, se le dice: *Vete donde la hormiga, perezoso, considera sus caminos y aprenderás sabiduría*[19]. En cambio, al otro se le amonesta, cuando se dice: *Hijo mío, si has salido fiador de tu amigo, si has ligado tu mano con un extraño, si te has comprometido por las palabras de tu boca y por ellas te has dejado prender*[20]. Salir fiador del prójimo significa cargar con el alma de otro obligándose a salvarla. Su mano queda ligada con un extraño, porque el alma queda obligada a soportar la carga de una responsabilidad que antes no tenía. Y comprometerse por las palabras de su boca, dejándose prender por ellas, significa que, cuando piense dar buenos consejos a sus fieles, antes, es necesario que él mismo viva lo que ha dicho. Por tanto, se compromete por las palabras de su boca, cuando por exigencia de la recta razón, se reprime para que el camino de su vida no se desvíe a otro que no sea el de su enseñanza. En presencia del Juez justo,

19. Pr 6, 6.

20. Pr 6, 1-2.

él se ha comprometido a cumplir, en su propia conducta, lo que prescribe a los demás con su palabra.

De ahí que en seguida se añada oportunamente la exhortación que dice: *Haz esto que digo, hijo mío, y quedarás libre, pues has caído en manos de tu prójimo: corre deprisa, importuna a tu amigo; no concedas sueño a tus ojos, ni duerman tus párpados*[21]. A todo el que está puesto al frente de los demás para darles ejemplo, hay que exhortarle no sólo a que él mismo se cuide, sino también a que importune a su prójimo. No es suficiente que se cuide él, viviendo santamente, si no despierta de la torpeza del pecado a aquel a quien preside. Se le dice con razón: *No concedas sueño a tus ojos, ni duerman tus párpados*[22]. Conceder sueño a los ojos significa que, una vez cesada la atención, se desentiende uno totalmente de sus fieles. Duermen los párpados cuando nuestros pensamientos, oprimidos por la pereza, hacen la vista gorda a lo que saben que tienen que decir a los fieles. Estar dormido profundamente es no conocer ni corregir las acciones de los que le han sido encomendados. No estar dormido, sino desentendido, es saber lo que hay que reprender y, sin embargo, no enmendarles –por desidia– con las merecidas amonestaciones. Y, al descuidarlos, se apodera de los ojos un sueño total que, de ordinario, cuando el que preside no ataja el mal que conoce, por su negligencia, llega incluso a ignorar los pecados de sus fieles.

Así pues, hay que exhortar a los que presiden, para que mirando a su alrededor tengan los ojos despiertos por dentro y por fuera; y procuren hacerse como los animales del cielo[23], que son presentados y descritos como llenos de ojos por dentro y por fuera[24]. Es necesario que todos los que presiden tengan ojos por dentro y por fuera; puesto que de-

21. Pr 6, 3-4.
22. Pr 6, 3-4.
23. Cf. Ez 1, 18; 10, 12.
24. Cf. Ap 4, 6.

sean agradar en sí mismo al Juez interior, presentando al exterior ejemplos de vida, deberían descubrir lo que hay que corregir a los demás.

Y a los fieles hay que exhortarles para que no juzguen temerariamente la vida de sus pastores, si ven que éstos tal vez actúan reprensiblemente. De modo que no hablen de sus defectos, aun con buena intención; no sea que, por eso mismo, caigan en males mayores, a causa de la precipitación de su soberbia.

Hay que exhortarles a que, cuando consideren las faltas de sus pastores, no sean tan mordaces contra ellos; antes bien, si algunas cosas de ellos son demasiado malas, sepan juzgar en su interior, de tal modo que, movidos por el temor de Dios, no rechacen obedecerles con reverencia.

Esto se aclara más si recordamos lo que hizo David[25]. Cuando Saúl, su perseguidor, entró en la cueva a evacuar su vientre, estaba allí David con sus hombres. Éste ya hacía mucho tiempo que aguantaba aquella persecución. Sus hombres le habían incitado para que hiriese a Saúl; pero él los reprendió, diciéndoles que no debía levantar su mano contra el ungido del Señor. No obstante, se levantó sigilosamente y le cortó el borde del manto. ¿A quién representa Saúl sino a los malos pastores? y ¿a quién David sino a los buenos fieles? Que Saúl evacue su vientre significa que los malos pastores extienden la maldad concebida en su corazón hasta obras de mal olor, mostrando en sus actos externos el mal que hay en sus pensamientos.

David temió herirle, porque los corazones piadosos de los fieles, absteniéndose de todo pecado de murmuración, no hieren, con una lengua que es como espada, la vida de sus pastores, aun cuando los atrapen en alguna imperfección. Y si estos fieles, apenas pueden, por flaqueza, abste-

25. Cf. 1 S 24, 4ss.

nerse de criticar, aunque sea débilmente, ciertos excesos de sus pastores, es como si cortaran sigilosamente el borde de sus mantos. Mientras tiran por tierra la dignidad del pastor, sin daño y ocultamente, es como si cortaran la vestidura superior del rey. Sin embargo, reflexionan y se reprenden a sí mismos muy severamente, aun por la palabra más leve con que han murmurado contra ellos. Por eso, también está escrito allí, sabiamente: *Después de esto, a David le latía su corazón fuertemente, porque cortó el borde del manto de Saúl*[26].

No se debe herir la conducta de los pastores con la espada de la lengua; aun cuando se juzgue, con buena intención, que deben ser reprendidos. Y si, alguna vez, la lengua resbala criticándoles aun en lo más mínimo, es necesario que el corazón sea dominado por medio de una fuerte penitencia. Debería reflexionar sobre sí mismo y, después de haber faltado a la dignidad de un pastor, tema mucho el juicio de Aquel que le ha puesto como pastor. Pues, cuando faltamos contra los pastores, nos oponemos a Aquel que nos los da para que vayan delante. Por eso mismo, también Moisés, cuando supo que el pueblo había murmurado contra él y contra Aarón, dijo: *Pues, ¿qué somos nosotros? No van contra nosotros vuestras murmuraciones, sino contra el Señor*[27].

5. *A los siervos y a los señores*

De un modo hay que exhortar a los siervos y de otro a los señores. A los siervos, por supuesto, para que vean siempre en sí mismos la humildad de su condición; en cambio, a los señores, para que no se olviden de su propia naturaleza, por la que han sido creados iguales a los siervos.

26. 1 S 24, 6. 27. Ex 16, 8.

Hay que exhortar a los siervos para que no desprecien a los señores, ni ofendan a Dios por su orgullosa oposición a lo que Él ha dispuesto. Y hay que amonestar a los señores cuando no reconozcan que la naturaleza de aquellos a los que por la circunstancia mantienen como siervos, es igual a la suya; porque por culpa de sus riquezas se ensoberbecen contra Dios.

A los siervos hay que decirles que sepan ser verdaderos siervos de sus señores; y a los señores, que caigan en la cuenta de que ellos son «co-siervos» de sus siervos. De hecho, se les dice: *Siervos, obedeced a vuestros señores de este mundo*[28]. Y de nuevo: *Todos los que estén como siervos bajo el yugo de la servidumbre, consideren a sus señores como dignos de honor*[29]. En cambio, a los señores se les dice: *Y a vosotros, señores, obrad de la misma manera con ellos, dejando a un lado las amenazas, sabiendo que está en los cielos vuestro Señor y el de ellos*[30].

6. *A los sabios de este mundo y a los torpes*

De un modo hay que exhortar a los sabios según este mundo, y de otro a los torpes. A los sabios hay que ha-

28. Col 3, 22.

29. 1 Tm 6, 1.

30. Ef 6, 9. En tiempos de Gregorio, los esclavos seguían siendo la columna vertebral de la economía, agrícola e industrial, del mundo romano. También trabajaban las tierras pertenecientes al Patrimonio de la Iglesia. Ahora bien, desde sus orígenes, la Iglesia inculcó el respeto a los esclavos y facilitó en lo posible su liberación. Gregorio, al defender la igualdad de todos los hombres (*aequaliter conditi, aequales per naturae consortium*), es sólo heredero de una tradición que se remonta al mismo Jesucristo. Para una visión sintética del papel de la Iglesia en la cuestión social de los primeros siglos de nuestra era, cf. H. JEDIN, *Manual de Historia de la Iglesia*, II, Barcelona 1980, 547-574.

cerles saber que deben prescindir de saber lo que saben; y a los torpes, que deben desear saber lo que ignoran. Lo primero que hay que eliminar en los sabios es que se crean que son sabios; y a los torpes, hay que formarlos en lo que se conoce de la sabiduría divina; pues, ya que no se ensoberbecen, sus corazones están bien preparados para recibir esta formación.

En los sabios, hay que trabajar para que se hagan más sabiamente necios, abandonen la sabiduría tonta y aprendan la sabia necedad de Dios. En cambio, a los torpes, hay que predicarles para que pasen más prontamente de lo que se considera necedad a la verdadera sabiduría. A los primeros se les dice: *Si alguno entre vosotros se cree sabio en este mundo, hágase necio, para que sea sabio*[31]. Y a los otros: *No hay muchos sabios según la carne*[32]. Y de nuevo: *Ha escogido Dios a lo necio del mundo para confundir a lo sabio*[33].

Lo sabios, normalmente, se convierten por argumentos racionales. Los torpes, sin embargo, se convierten mejor por los buenos testimonios. A aquéllos, más les aprovecha verse vencidos en sus razonamientos; mientras que a éstos, les basta con que alguna vez conozcan las acciones encomiables de alguien.

Por eso, el gran maestro decía: *Soy deudor de sabios y de ignorantes*[34], cuando exhortaba a algunos sabios hebreos y también a algunos más lentos en comprender, acerca del cumplimiento del Antiguo Testamento, superando con su argumentación la sabiduría de aquellos sabios, al decirles: *Lo que está anticuado y viejo está a punto de cesar*[35]. Pero veía que a algunos sólo les podía atraer con ejemplos, y entonces añadió en la misma carta: *Los santos soportaron bur-*

31. 1 Co 3, 18.
32. 1 Co 1, 26.
33. 1 Co 3, 27.
34. Rm 1, 14.
35. Hb 8, 13.

las y azotes, y hasta cadenas y prisiones; son apedreados, torturados, mutilados, muertos a espada[36]. Y de nuevo: *Acordaos de vuestros dirigentes, que os anunciaron la palabra de Dios y contemplando el final de su vida aquí, imitad su fe*[37]. Así, el razonamiento victorioso convierte a los sabios, y la influencia de un buen testimonio levanta a los torpes hasta los bienes más elevados.

7. *A los imprudentes y a los tímidos*

De un modo hay que exhortar a los imprudentes y de otro a los tímidos. Los primeros, por su vicio de imprudencia, no se contienen si no es por una firme increpación; y los otros, se disponen para lo mejor con una modesta exhortación. Los imprudentes no saben que obran mal hasta que muchos les increpan; mientras que a los tímidos suele ser suficiente para su conversión que el maestro les haga recordar sus errores con suavidad.

Al imprudente se le corrige mejor si se le reprende directamente. Al tímido se le convence más provechosamente si se le habla de aquello que se le reprende como incidentalmente. De hecho el Señor claramente increpó la imprudencia del pueblo judío, diciendo: *Tú tenías rostro de mujer meretriz, no quisiste avergonzarte*[38]. Y, por otro lado, reanima al pueblo tímido, al decirle: *De la confusión de tu mocedad te olvidarás, y los oprobios de tu viudez no recordarás, porque el que te hizo te poseerá*[39]. También Pablo increpa claramente a los gálatas que obran descaradamente: *¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó?*[40]. Y de nuevo:

36. Hb 11, 36-37.
37. Hb 13, 7.
38. Jr 3, 3.
39. Is 54, 4.
40. Ga 3, 1.

¿Así de insensatos sois que comenzando por el espíritu terminái ahora en la carne?[41]. Sin embargo, las culpas de los tímidos las reprende como compadeciéndose de ellos: *Me alegré mucho en el Señor, porque ya al fin hayan florecido vuestros buenos sentimientos para conmigo, como ya los teníais; sólo que estabais ocupados*[42]. De este modo, puso de manifiesto las culpas de los imprudentes con una firme increpación, y advirtió la negligencia de los tímidos con un lenguaje más suave.

8. *A los insolentes y a los cobardes*

De un modo hay que exhortar a los insolentes y de otro a los cobardes. Pues, aquéllos, mientras presumen mucho de sí mismos, desprecian a los demás; y éstos, al ser demasiado conscientes de su flaqueza suelen caer en el desaliento.

Los insolentes estiman muchísimo todo lo que hacen, mientras que los otros piensan convencidos que lo que hacen es despreciable y, por eso mismo, caen en el desánimo. Hay que discutir con los insolentes por medio de sutiles argumentos, para que comprendan que desagradan a Dios en aquello en que se agradan a sí mismos. Les corregimos mejor cuando les mostramos que, lo que creen que hicieron bien, está mal; a fin de que, en lo que creen conseguir la gloria, encuentren una provechosa confusión. Algunas veces, cuando no se dan cuenta en absoluto de que han caído en el vicio de la insolencia, llegan antes a corregirse si indirectamente se les presenta una culpa ajena mucho más grave. Así, puesto que eso no pueden aprobarlo, reconocen que sostienen sin razón lo que defienden.

41. Ga 3, 3. 42. Flp 4, 10.

Pablo, cuando vio que los corintios estaban enaltecidos por la insolencia, en contra unos de otros, de tal modo que uno se decía de Pablo, otro de Apolo, otro de Cefas, otro de Cristo[43], declaró abiertamente el pecado de incesto que entre ellos se había cometido y aún no se había corregido, diciéndoles: *No se oye hablar entre vosotros de otra cosa más que de inmoralidad, y una inmoralidad tal, que no se da ni entre los gentiles, hasta el punto de que uno de vosotros vive con la mujer de su padre. Y ¡vosotros andáis tan hinchados! Y no habéis hecho más bien duelo para que fuese expulsado de entre vosotros quien hizo tal acción*[44]. En otras palabras: «¿por qué en vuestra insolencia decís que sois de éste o de aquel, cuando demostráis en vuestra negligencia que no sois de ninguno?».

Por el contrario, a los cobardes les hacemos entrar más fácilmente en el camino del bien, si les referimos indirectamente algunas obras buenas que hayan hecho. Corrigiendo y desaprobando unas, alabando y aprobando otras, se palia su sensibilidad por el elogio que han oído; aunque su falta sea reprendida con una suave exhortación. Pues, generalmente, nosotros conseguimos un progreso mejor con ellos, si les hablamos también de sus buenas acciones. Si hicieron algunas desordenadas, corrijámoslas, desaprobando que en adelante se lleguen a cometer. El elogio que les hacemos les estimulará su celo por lo que aprobamos, y la exhortación amable será más eficaz, en los cobardes, contra lo que reprendemos.

El mismo Pablo, al enterarse que los tesalonicenses, que permanecían fieles a la predicación recibida, estaban turbados por la cobardía, pues creían que el fin del mundo estaba muy cerca, los alaba primero por la fortaleza que ve en ellos y, después, exhortándolos con prudencia, robustece su

43. Cf. 1 Co 1, 12; 3, 4.

44. 1 Co 5, 1-2.

debilidad, diciéndoles: *Debemos dar gracias a Dios en todo tiempo por vosotros, hermanos, como es justo, porque vuestra fe progresa mucho, y abunda la mutua caridad de todos y cada uno de vosotros; hasta tal punto que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe*[45].

También Pablo, después de pronunciar las palabras que halagaban sus vidas, añade: *Os rogamos, hermanos, por la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión en Él, que no os dejéis alterar tan fácilmente en vuestros ánimos, ni os amedrentéis ni por algún espíritu, ni por alguna palabra, ni por alguna carta presentada como nuestra, como si os instasen que está presente el día del Señor*[46].

Como verdadero maestro, hizo que primero oyeran en su elogio lo que debían recordar y, después, en su exhortación, lo que debían hacer. De modo que el elogio primero les robusteciera el corazón y no le dominara la maldad de la que habló después. Y aunque él sabía que estaban inquietos por la sospecha de un fin cercano, no los reprendió por haberse inquietado, sino que, como ignorando dicha inquietud, les prohibió inquietarse de ahora en adelante. Así, al sentirse conocidos por el predicador mediante aquella suave exhortación, se consideran más dignos de reprensión cuanto más temen ser conocidos por él.

9. *A los impacientes y a los pacientes*

De un modo hay que hablar a los impacientes y de otro a los pacientes. A los primeros hay que decirles que si se niegan a refrenar sus ímpetus, se verán arrastrados a otros muchos abismos de maldad que no desean. Porque, cierta-

45. 2 Ts 1, 3-4.

46. 2 Ts 2, 1-2.

mente, la impetuosidad empuja al pensamiento a donde no quiere la voluntad; y ésta, perturbada, actúa sin saber qué está haciendo, lamentándose sólo después de darse cuenta de lo que ha hecho.

Hay que decirles también a los impacientes que, cuando andan precipitados bajo el impulso de sus pasiones, actúan como si fuesen otros distintos a ellos mismos, y apenas reconocen el mal que han hecho. Cuando no resisten su perturbación, desfiguran el bien que con la mente serena podían haber hecho; y por un impulso repentino destruyen todo lo que habían construido con gran esfuerzo, durante mucho tiempo. Por el vicio de la impaciencia se pierde la virtud de la caridad, que es la misma madre y protectora de las virtudes. Pues, está escrito: *La caridad es paciente*[47]. Por tanto, cuando no hay nada de paciencia, no hay nada de caridad.

Por otra parte, este vicio de la impaciencia, también disipa la doctrina, que sustenta a las virtudes. Como dice la Escritura: *La doctrina de un hombre se conoce por su paciencia*[48]. Consiguientemente, uno demuestra ser menos docto en la medida en que es más impaciente. En verdad, éste no puede impartir la enseñanza de lo que es bueno, si en su propia vida no sabe cómo soportar con ecuanimidad los males ajenos.

También el vicio de la impaciencia suele traspasar el alma con el pecado de la arrogancia. Porque, cuando alguien no soporta ser despreciado en este mundo, intenta mostrar que tiene buenas cualidades; y así, por su impaciencia, llega hasta la arrogancia. Y, ya que no puede soportar el desprecio, se gloría en la ostentación, poniéndose a sí mismo de manifiesto. Por eso, está escrito: *Es mejor el paciente que el soberbio*[49]. El paciente prefiere sufrir cualquier mal, antes que

47. 1 Co 13, 4.
48. Pr 19, 11.
49. Qo 7, 8.

sean conocidas sus buenas obras interiores por el vicio de la ostentación. Por el contrario, el arrogante, prefiere presumir de buenas acciones, aunque sean falsas; de tal modo que no puede sufrir la más mínima contrariedad. De ahí que cuando se pierde la paciencia, también se estropean las demás obras buenas que se hayan hecho.

Sabiamente se manda a Ezequiel que abra una fosa en el altar de Dios, para que en ella se guarden los holocaustos colocados sobre el altar[50]. Porque si en el altar no hubiera una fosa[51], el viento esparciría toda la ofrenda que hubiera allí. ¿Qué entendemos por el altar de Dios, sino el alma del justo, que pone ante los ojos de Dios todas las buenas acciones que ha realizado, como un sacrificio? Y ¿qué significa la fosa del altar, sino la paciencia de los buenos que, humillando el alma para soportar las adversidades, la muestran como si fuese una fosa colocada en lo bajo? Por tanto, que se haga una fosa en el altar para que el viento no disperse la ofrenda colocada sobre él, significa que el alma de los elegidos conserve la paciencia para que, cuando sea agitada por el viento de la impaciencia, no pierda el bien que había realizado.

Acertadamente se prescribe que esta fosa tenga un codo de ancho[52]; porque si no falta la paciencia se conserva la medida de la unidad. Por lo que dijo Pablo: *Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cris-*

50. Cf. Ez 43, 13.

51. Esta «fosa» es un hueco o cavidad, de un codo por un codo de ancha, que había en el altar, para que el viento no esparciera las ofrendas, según Ez 43, 13.

52. Cf. Ez 43, 14. Un codo es la medida patrón entre los hebreos, de la misma forma que el metro o el pie en los sistemas modernos de medida. Gregorio aprovecha este sentido para afirmar que, así como el codo es la unidad patrón entre las diversas medidas, así también la paciencia es el elemento patrón y unificador de todas las virtudes. Cf. también Hm Ez II, 9, 14 (SC 360, 457).

to[53]. La ley de Cristo es la caridad en unidad; y ésta sólo la alcanzan quienes no la quebrantan, ni siquiera cuando se les ataca.

Oigan los impacientes lo que está escrito: *Mejor es el hombre paciente que el hombre fuerte, el dueño de sí que el conquistador de ciudades*[54]. La victoria sobre ciudades es algo de menos importancia, porque lo que se somete es algo externo. En cambio, es mucho mejor que el alma se conquiste y se someta a sí misma, cuando la paciencia la lleva a dominarse en su interior. Oigan los impacientes lo que dice la Verdad a sus elegidos: *En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas*[55]. En verdad, hemos sido creados de tal modo que, la razón posee al alma y el alma al cuerpo. Pero el alma no posee al cuerpo, si antes no se posee ella por la razón. Por eso, el Señor puso de manifiesto que la paciencia es el guardián de nuestra naturaleza, pues nos enseñó a poseernos a nosotros mismos mediante ella. Por consiguiente, sabemos qué culpa tan grande es la impaciencia, por la cual perdemos incluso la posesión de lo que somos.

Oigan los impacientes lo que dijo Salomón: *El necio da salida a todo su espíritu, el que es sabio lo apacigua y reserva para después*[56]. Ciertamente, bajo el impulso de la impaciencia se dispersa todo el espíritu y saca a fuera su perturbación lo más rápidamente posible, porque no hay ninguna disciplina de la sabiduría interior que la reserve. El sabio, por el contrario, la apacigua y reserva para otro momento. De esta manera, cuando él está herido, no desea vengarse inmediatamente; porque tolerando prefiere perdonar,

53. Ga 6, 2.
54. Pr 16, 32.
55. Lc 21, 19.
56. Pr 29, 11. El término *spiritum* tiene aquí un sentido muy amplio, predominando el aspecto psicológico (soplo vital, pasión,...) sobre el religioso.

aunque no por eso ignora que todo tendrá su compensación en el juicio final.

Por otro lado, hay que exhortar a los pacientes, a que no se quejen en su interior por lo que sufren externamente, ni desvirtúen, por la infección de una malicia interior, el sacrificio de tan gran valor que ofrecen íntegramente. Pues, aunque esto no lo sepan los hombres, se peca delante de Dios; y llegará a ser peor, en proporción a la fama de virtud que quieran aparentar ante los hombres.

Hay que decir a los pacientes que procuren amar a los que tienen que soportar, no sea que si el amor no sigue a la paciencia la virtud manifestada se convierta en un pecado peor, de odio. Por eso, dijo Pablo: *La caridad es paciente*, y a renglón seguido añadió: *Es benigna*[57]. Con lo que demuestra, efectivamente, que no cesa de amar, por la benignidad, a los que soporta por la paciencia. De ahí que el mismo maestro aconsejara la paciencia a sus discípulos diciendo: *Toda amargura, ira, enojo, gritos, blasfemia desaparezca de vosotros*[58]. Como si ya estuviese todo bien dispuesto hacia lo exterior, se dirige a lo interior, cuando añade: *Toda maldad*[59]; porque en vano se quitan del exterior el enojo, los gritos, la blasfemia, si en el interior está dominado por la maldad, madre de los vicios. Como también en vano se corta por fuera la enfermedad de las ramas; ya que si ésta perdura dentro de la raíz, brotará de nuevo, incluso con más fuerza.

La misma Verdad dice: *Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odien, y orad por los que os maldigan y por los que os calumnien*[60]. Si ante los hombres es virtuoso soportar a los adversarios, ante Dios, la virtud está en amarlos. Ya que Dios sólo acepta este sacrificio, que ante sus ojos

57. 1 Co 13, 4.
58. Ef 4, 31.
59. Ibid. Se sobrentiende *desaparezca de vosotros.*
60. Lc 6, 27-28.

es quemado por la llama de la caridad, en el altar de las buenas obras. A quienes tienen paciencia y, sin embargo, no aman, de nuevo les dice: *¿Cómo es que ves la mota que hay en el ojo de tu hermano, y no ves la viga que hay en tu ojo?*[61]. La perturbación de la impaciencia es como una mota, pero la maldad en el corazón es como una viga en el ojo. El viento de la tentación agita la mota, pero la maldad consumada hace tener fijamente la viga en el ojo. Por eso, ahí se añade con razón: *Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la mota del ojo de tu hermano*[62]. Como si dijera al alma débil que se queja interiormente y que se muestra al exterior santa por su paciencia: «antes que nada, arroja de ti la viga de la maldad, y después, reprende a los demás la ligereza de su impaciencia; no sea que no te dediques con afán a vencer tu hipocresía y, entonces, sea peor para ti soportar los males ajenos».

También, es experiencia común entre los pacientes que, en el momento en que sufren la adversidad o reciben injurias o no sienten ningún dolor y muestran su paciencia, de modo que no olvidan salvaguardar la inocencia de su corazón; pero cuando recuerdan, poco después, estas mismas cosas que han soportado, se enardecen con el fuego del dolor, buscan excusas para vengarse y, arrepintiéndose de la mansedumbre que tuvieron antes, la convierten en maldad. A éstos, pronto se les remedia por la predicación, si se les demuestra cuál es la causa de su cambio.

Aquí, de hecho, el astuto enemigo provoca una guerra contra dos personas. A una la incita para que sea la primera en proferir injurias; y a la otra para que, sintiéndose ofendida, se las devuelva. Pero, con frecuencia, mientras que el enemigo vence al que persuadió para que lanzase el insulto, es vencido por el que tolera el insulto con ecuanimidad.

61. Mt 7, 3; Lc 6, 41. 62. Mt 7, 5.

Después, el vencedor del primero, al que sometió incitándole, se levanta con todo su poder contra el otro y se requema contra el que le ha resistido valientemente y le ha vencido. Y, ya que no pudo incitarle cuando le lanzaba el insulto para que lo devolviera, cesa entonces de luchar abiertamente contra él. Acosando su pensamiento por medio de secretas sugestiones[63], busca el momento oportuno para en-

63. El mecanismo de la tentación, cuyos momentos se concatenan unos a otros, ha sido muy bien analizado por los padres espirituales orientales, sobre todo por aquellos de la espiritualidad «sinaítica», como Evagrio, Nilo, Juan Clímaco, Esiquio, Filoteo... Estudiaron los momentos que se suceden antes de consentir al pecado y de los cambios psicológicos que siguen a esta decisión voluntaria: primero, la sugestión (*prosbolê*, una simple idea o imagen sugerida al espíritu o al corazón por el enemigo); después, la aproximación para conversar (*sündiasmós*, conversación con el objeto sugerido, ¿lo hago o no?); le sigue el consentimiento (*sügkatáthesis*, consentir al placer prohibido propuesto al pensamiento, esto constituye el pecado). Se habla también de la lucha interior (*palê*, es el momento decisivo, inmediato al consentimiento). Y como consecuencia, el aprisionamiento, la esclavitud, o también, la pasión (*aichmalôsía*, *páthos*, la atracción violenta del corazón, un hábito vicioso como una segunda naturaleza, producido por una larga serie de consentimientos puntuales); cf. T. SPIDLIK, *La Spiritualitá dell'Oriente Cristiano*, Roma, 1985, 211ss. Gregorio, por su parte, fiel exponente de la patrística occidental, distingue tres momentos o dimensiones de la tentación y lo expresa, respecto de Jesucristo y de nosotros, de la siguiente manera: «Debemos, pues, saber que la tentación se produce de tres maneras: por sugestión, por delectación, por consentimiento. Nosotros, cuando somos tentados, comúnmente nos deslizamos en la delectación y también hasta el consentimiento; porque, engendrados en el pecado, llevamos además en nosotros el campo donde soportar los combates. Pero Dios, que, hecho carne en el seno de la Virgen, había venido al mundo sin pecado, nada contrario soportaba en sí mismo. Pudo, por tanto, ser tentado por sugestión, pero la delectación del pecado ni rozó su alma; y así, toda aquella tentación diabólica fue exterior, no de dentro»: Hm Ev 16, 1 (CCL 141, 110-111). En nosotros, por tanto, la facilidad de in-

gañarle. Y, en algún momento tranquilo, vuelve al alma del que le venció y, o bien le recuerda los daños sufridos, o bien los dardos de las injurias y, exagerando mucho lo que soportó le presenta todo esto como intolerable. Y perturba su alma con tan gran aflicción que, muchas veces, el hombre de paciencia cautivado ya se avergüenza, después de su victoria, de lo que había soportado pacíficamente; y se arrepiente de no haber devuelto los insultos que recibió, y busca ocasión oportuna para devolver daños mayores. ¿A quién, pues, se parecen éstos, sino a los que quedaron como valientes vencedores en el campo de batalla, pero después, por descuido, son apresados dentro de los muros de la ciudad? ¿A quién se asemejan, sino a los que, invadidos por una grave enfermedad, no pierden la vida y, sin embargo, les mata una persistente fiebrecilla que les acomete suavemente?.

Por tanto, hay que aconsejar a los que tienen paciencia que, después de la victoria, fortifiquen su corazón; de modo que, desde las altas torres del pensamiento, procuren vigilar al enemigo vencido en la batalla abierta. Y teman más a la enfermedad que se insinúa, no sea que el astuto enemigo se regocije con mayor exultación, cuando por una trampa subsiguiente pise el cuello de los que antes, durante mucho tiempo, habían sido inflexibles ante él.

10. *A los bondadosos y a los envidiosos*

De un modo hay que exhortar a los bondadosos y de otro a los envidiosos. Hay que aconsejar a los primeros que

clinación hacia la delectación, y por ahí, al consentimiento, nace de la huella que nos dejó el pecado original. Por él, en nosotros mismos está el campo de batalla. Y vivir descuidados, como si esto fuera algo sin importancia en nuestra vida, es plantear dicha batalla sin esperanza de vencer.

se gocen en las virtudes ajenas, de modo que las consideren como propias. Deberían aplaudir con afecto las acciones de los demás, de suerte que las multipliquen imitándolas. Del mismo modo, si en este estadio de la vida presente no asisten al combate ajeno como entusiastas defensores, sino como espectadores aburridos, permanecerán sin premio divino después del combate; porque no lo trabajaron con afán. Entonces, contemplarán afligidos las palmas de victoria de aquéllos, en cuyos trabajos, ellos no participan perezosos. Pues, efectivamente, nosotros pecamos mucho si no nos complacemos en las buenas acciones de los demás; y nada merecemos, si no las imitamos, en la medida de lo posible.

Así pues, hay que decirles que si no se apresuran en imitar las buenas acciones que aprueban con su complacencia, el gozo que sienten por la santidad de las virtudes es igual que el de los necios espectadores por la vana destreza de los juegos públicos. Éstos ensalzan con aplausos las actuaciones de aurigas y actores, pero no desean ser como aquéllos a los que aplauden. Se admiran de que hayan realizado actuaciones bonitas y, no obstante, evitan agradar igual que éstos. Hay que decirles que cuando contemplan las acciones de los demás, deberían examinar su propio corazón y no presuman de las acciones de los otros, ni alaben lo que está bien, mientras se niegan a hacer lo mismo. Serán más severamente sancionados los que no quisieron imitar aquello que tanto les agradó.

Por otro lado, hay que exhortar a los envidiosos, para que consideren qué grande es la ceguera de aquellos a los que les duele la prosperidad de los demás y se mueren de pena por el gozo ajeno. ¡Qué infelices, los que empeoran con la mejora del prójimo y se afligen amargamente dejándose matar por la maldad de su corazón, al ver cómo crece la prosperidad del otro! ¿Quién puede ser mas desgraciado que estas personas que, cuando ven la felicidad, sufren y llegan a ser más desdichados a causa de este tormento que padecen?

Si se complacieran en los bienes de los demás, que ellos no pueden tener, los harían suyos. Pues, todos los que están unánimes en la misma fe son como miembros de un mismo cuerpo que, aunque tienen diferentes funciones, se hacen una misma cosa en aquello que concuerdan mutuamente. Sucede que el pie ve gracias al ojo y los ojos andan gracias a los pies. La función de oír de las orejas sirve a la boca y la lengua coopera en la función de las orejas. El estómago mantiene a las manos y las manos trabajan para el estómago. Consiguientemente, en la misma composición del cuerpo vemos lo que debemos hacer. Es totalmente vergonzoso no imitar lo que somos nosotros mismos. De hecho, lo que amamos en los demás es nuestro, incluso si no podemos imitarlo; y lo que en nosotros es amado, llega a ser posesión de los que lo aman. Por eso, piensen los envidiosos qué eficaz es la caridad, que hace nuestras, sin trabajarlas, las obras del esfuerzo ajeno.

Por tanto, hay que decir a los envidiosos que, si no se guardan de la envidia, se hunden en la antigua maldad del astuto enemigo. Acerca del cual está escrito: *Por envidia del diablo entró la muerte en el orbe de la tierra*[64]. Como éste perdió el cielo, tiene envidia del hombre, que está creado para el cielo; y ya que se ve perdido, quiere extender su condena perdiendo a los demás.

Hay que exhortar a los envidiosos a que sepan a cuántas caídas y mayores daños se someten, ya que, cuando no arrojan del corazón la envidia, se precipitan abiertamente hacia obras malvadas. Si Caín no hubiese tenido envidia de que la ofrenda de su hermano fuese agradable a Dios, de ninguna manera hubiera llegado a darle muerte. Por eso está escrito: *El Señor miró propicio a Abel y sus dones, pero no miró propicio a Caín y sus dones; por lo que se irritó Caín*

64. Sb 2, 24.

en gran manera y se abatió su rostro[65]. La envidia al sacrificio del otro fue la semilla del fratricidio. Le dolió que Abel fuese mejor que él y, para que no lo fuera, lo mató.

También hay que decirles que, mientras se consumen con este vicio interior, matan en sí mismos cualquier otra cosa buena que parecen tener. Por lo que está escrito: *Vida de los cuerpos es la salud del corazón, podredumbre de los huesos es la envidia*[66]. ¿Qué se entiende por el cuerpo, sino las obras débiles y frágiles, y qué por los huesos, sino las acciones valientes? Con frecuencia, sucede que, unos, con inocencia de corazón, parecen débiles en algunas de sus obras; mientras otros, aunque realizan acciones valientes a los ojos de los hombres, sin embargo, se mueren de pena interiormente por el vicio de la envidia que sienten hacia las buenas obras de los demás. Por lo que se dice con razón: *Vida de los cuerpos es la salud del corazón.* Si se mantiene la inocencia del corazón, incluso las acciones que externamente son endebles, alguna vez se robustecerán. Y también se añade con razón: *Podredumbre de los huesos es la envidia.* Porque, debido al vicio de la envidia, incluso aquello que, a los ojos de los hombres, aparece como eficaz es nulo a los ojos de Dios. Que los huesos tengan la podredumbre de la envidia significa que, incluso ciertas obras buenas, se echan a perder.

11. *A los sinceros y a los mentirosos*

De un modo hay que exhortar a los sinceros y de otro a los mentirosos. Hay que alabar a los sinceros, porque se esfuerzan en no decir nunca falsedades; pero hay que amonestarles para que sepan ocultar la verdad en algunas ocasiones. Lo mismo que siempre es perjudicial decir cosas fal-

65. Gn 4, 4-5. 66. Pr 14, 30.

sas, a veces, también hace daño a algunos oír la verdad. Por eso, el Señor, moderando con el silencio su discurso, dijo a sus discípulos: *Muchas cosas tengo que deciros, pero ahora no podéis con ellas*[67].

Por tanto, hay que exhortarles a que, así como siempre les aprovecha evitar la falsedad, del mismo modo, también decir la verdad oportunamente. Hay que decirles que añadan a la virtud de la sinceridad, la de la prudencia; a fin de que puedan tener esa seguridad que viene de la sinceridad, sin perder la salvaguarda de la prudencia. Por eso, dice el apóstol de los gentiles: *Quiero que seáis sabios para el bien e ingenuos para el mal*[68]. Y la Verdad misma aconseja a sus elegidos: *Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas*[69]. En verdad, en los corazones de los elegidos, la prudencia de la serpiente debe afinar la sencillez de la paloma, y la sencillez de la paloma debe moderar la prudencia de la serpiente; con el fin de que, ni caigan en la astucia seducidos por la prudencia, ni se hagan perezosos en el ejercicio de aprender a causa de la sencillez.

Por otro lado, hay que exhortar a los mentirosos, para que sepan lo grave que es el negocio de la doblez, que ellos llevan culpablemente; ya que, temiendo que les sorprendan, buscan siempre argumentos engañosos y están inquietos con temerosas sospechas. Nada es más defendido que la sinceridad, ni nada es más fácil de decir que la verdad. Pero, cuando un hombre se esfuerza por defender su mentira, fatiga su corazón con un trabajo muy duro. Por eso, está escrito: *Ahóguelos la labor de sus mismos labios*[70]. Pues, la maldad que ahora les satisface, después, les descarga su peso; porque al alma de la que brota ahora con una suave inquietud, la oprime después con un suave castigo. Por lo cual,

67. Jn 16, 12.
68. Rm 16, 19.
69. Mt 10, 16.
70. Sal 139, 10.

dice Jeremías: *Enseñaron a su lengua a hablar la mentira, trabajaron en hacer el mal*[71]. Como si dijese claramente: «los que sin esfuerzo alguno podían haber sido amigos de la verdad, se esfuerzan por pecar y, rehusando vivir en sinceridad, se cargan de trabajos para morir».

Normalmente, aunque sean descubiertos en su falta, huyen de ser conocidos por lo que realmente son, se esconden bajo un velo de falsedad y se esfuerzan por disimular el mal que cometen. De modo que, aun cuando se ve con toda claridad su falsedad, a veces, el que intenta corregir sus faltas, engañado por la niebla de la falsedad expuesta, casi llega a creer que no es verdad la convicción que tenía acerca de éstos. Por eso, dice el profeta, bajo la figura de Judea, contra el alma que peca y se excusa a sí misma: *Allí tendrá su cueva el erizo*[72]. El nombre del erizo designa la doblez del alma mentirosa que se excusa sagazmente. El erizo, al ser sorprendido, aún se le ve la cabeza, las patas y todo el cuerpo; pero en el momento en que se le coje, se hace todo él una bola, guarda sus patas en su interior y esconde su cabeza. Y, así como antes se le veía entero, ahora desaparece en las manos del que lo sostiene.

Tal es, por tanto, el caso de las almas mentirosas cuando son sorprendidas en su transgresión. Se ve la cabeza del erizo porque uno percibe desde el principio al pecador que se acerca a su delito. También se ven las patas del erizo, porque por las huellas se conoce el mal cometido; y, además, al exponer de repente sus excusas, recoge dentro sus patas, porque esconde todas las huellas de su pecado. Guarda la cabeza, porque muestra, mediante admirables excusas, que no ha intentado cometer nada malo. Y permanece como una bola en las manos de quien lo sostiene, porque quien le corrige, pierde de vista todo lo que sabía de él y sostiene al

71. Jr 9, 5. 72. Is 34, 15.

pecador, envuelto en su propia conciencia. Así, el que había visto el erizo entero, en el momento de cogerlo, engañado con la tergiversación de una falsa defensa, se queda igual que si lo desconociese totalmente. Por consiguiente, el erizo tiene su cueva en los mentirosos, porque la doblez de un alma maliciosa, que se mete dentro de sí, se esconde en las tinieblas de sus excusas.

Oigan los mentirosos lo que está escrito: *Quien anda con sinceridad, anda seguro*[73]. En la sinceridad de la acción está la confianza de una gran seguridad. Digan lo que dice el sabio: *Pues el Espíritu Santo que nos educa, huye del engaño*[74]. De nuevo oigan lo que la Escritura les dice: *El Señor tiene su conversación íntima con los sencillos*[75]. La conversación íntima de Dios consiste en revelar sus secretos a las almas humanas, ilustrándolas con su presencia. Se dice que tiene su conversación íntima con los sencillos, porque con la luz de su visita revela los misterios divinos a las almas de aquellos que no están ensombrecidos con ninguna doblez.

Es un mal particular el de los falsos, porque, mientras engañan a otros con su perversa y torcida acción, se glorían de ser más prudentes que nadie; y, al no tener en cuenta lo riguroso del juicio, estos pobres desgraciados se regocijan en sus propios daños.

Por eso, oigan cómo el profeta Sofonías carga sobre ellos la fuerza de la indignación divina, diciendo: *He aquí el día del Señor que llega grande y horrible,... día de ira el día aquel,... día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y de intensa niebla, día de trompeta y de clamor, sobre todas las ciudades fortificadas y las excelsas torres de los ángulos*[76].

73. Pr 10, 9.

74. Sb 1, 5.

75. Pr 3, 32.

76. So 1, 14-16. Gregorio omite algunas expresiones que habrían hecho más terrible la reprensión del profeta. El presente pasaje es el que serviría a Tomás de Celano para iniciar su inmortal *Dies irae, dies illa.*

¿Qué se entiende por las ciudades fortificadas, sino las almas suspicaces y cercadas siempre por una defensa falsa que, cuando se reprende su culpa, no se dejan alcanzar por los dardos de la verdad? ¿Qué se entiende por las torres de los ángulos, sino la doblez del alma mentirosa, ya que la pared es siempre doble en los ángulos? Y ¿qué se entiende por los ángulos de la pared, sino los corazones impuros que, al huir de la sinceridad de la verdad, en cierto modo, se repliegan dentro de sí por la perversidad de la doblez y, lo que es peor, se enorgullecen en sus conciencias de este mismo pecado de doblez, apareciendo como prudentes?

Por tanto, viene el día del Señor, día lleno de venganza y de ira contra las ciudades fortificadas y contra las torres de los ángulos, porque la ira del juicio final destruye los corazones humanos que se han cerrado a la verdad, y pone al descubierto a los que están envueltos en dobleces. Entonces, caen las ciudades fortificadas, porque Dios condena a las almas suspicaces; y se desploman las torres de los ángulos, porque los corazones que se ensoberbecen por la prudencia de la mentira caen a tierra por sentencia de la justicia.

12. *A los fuertes y a los débiles*

De un modo hay que exhortar a los fuertes y de otro a los débiles. A los primeros, para que empleen la salud corporal en beneficio de la salud espiritual. No sea que se hagan peores, si utilizan la gracia de la salud que han recibido en provecho de la maldad; pues, entonces, se harán merecedores de los castigos más graves, por no haber temido hacer mal uso de los bienes que Dios las había dado abundantemente.

Hay que exhortarles para que no desprecien la oportunidad de la salud de que gozan, a fin de que sean dignos de ella en la eternidad. Pues, está escrito: *He aquí ahora el*

tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación[77]. Hay que aconsejarles que si no quieren agradar a Dios ahora que pueden, más tarde, cuando quieran hacerlo, no podrán. La sabiduría abandona a los que había llamado antes durante mucho tiempo y no quisieron prestarle atención, cuando dice: *Os he llamado y no habéis querido; he tendido mi mano, y nadie ha prestado atención; habéis despreciado todos mis consejos, no habéis hecho caso de mis reprensiones; también yo me reiré de vuestra destrucción, me burlaré cuando llegue vuestro espanto*[78]. Y, de nuevo: *Entonces me llamarán, y no responderé; se levantarán temprano y no me hallarán*[79].

Al despreciar la salud corporal recibida para hacer el bien, una vez perdida es cuando se da uno cuenta de su valor. Y, al final, se la busca en vano, cuando no se emplea con provecho el don que se ha recibido en tiempo oportuno. Por eso, bien dijo Salomón: *No des tu honra a extraños, ni tus años a los crueles; no se harten de tus bienes los extraños, ni estén tus trabajos en casa del extranjero; no sea que gimas a la postre cuando tu cuerpo y tu carne se consuman*[80]. ¿Qué hay que entender por extraños a nosotros, sino los malos espíritus, que han sido separados de la patria celestial? ¿Qué, por nuestra honra, sino que, aunque creados con cuerpos de barro, sin embargo, hemos sido hechos a imagen y semejanza de nuestro Creador? Y ¿quién es el cruel, sino aquel ángel apóstata que, por soberbia, se buscó para sí mismo la muerte y, aun perdido, no cesa de buscar la muerte para el género humano? Así pues, da su honra a gente extraña quien, creado a imagen y semejanza de Dios, emplea los años de su vida en complacer a los espíritus malignos. Además, entrega sus años a alguien cruel,

77. 2 Co 6, 2.
78. Pr 1, 24-26.
79. Pr 1, 28.
80. Pr 5, 9-11.

quien hace uso del tiempo que ha recibido, para vivir según la voluntad del enemigo que le domina para su mal.

En el mismo lugar se añade con razón: *No se harten de tus bienes los extraños, ni estén tus trabajos en casa del extranjero*[81]. Todo el que, haciendo uso de su salud corporal y de la sabiduría asignada a su inteligencia, no trabaja por ejercitar las virtudes, sino por cometer el mal obrando lujuriosamente o por soberbia, enriquece con el fruto de sus sudores, no su casa, sino la de extraños. Es decir, acrecienta las obras de los espíritus malignos, porque, al asociarse a ellos, aumenta el número de los que se pierden.

También añade con acierto: *No sea que gimas a la postre, cuando tu cuerpo y tu carne se consuman*[82]. Y es que, normalmente, los vicios gastan la salud de la carne; pero cuando ésta se pierde de pronto, cuando la carne se desgasta a causa de ciertas molestias, cuando el alma está a punto de salir del cuerpo, entonces se busca la salud, perdida y por tanto tiempo mal empleada, para vivir bien. Entonces los hombres gimen por no haber querido servir a Dios, cuando les es totalmente imposible servirle, ni pueden reparar los daños de su negligencia. Por lo que también se dice en otra parte: *Cuando los castigaba, entonces le requerían*[83].

Por otro lado, hay que exhortar a los débiles, a que se den cuenta de que son hijos de Dios, por el hecho de que los flagela con el azote de la corrección. No se entretendría en enseñarles por medio de sufrimientos, a menos que tenga dispuesto en sus planes darles su heredad a los corregidos. Por eso le dice el Señor a Juan, por medio del ángel: *Yo a los que amo, los reprendo y corrijo*[84]. Y también está escrito: *Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor; ni te desanimes al ser reprendido por Él. Pues, a quien el Señor ama,*

81. Pr 5, 10-11.
82. Pr 5, 12.
83. Sal 77, 34.
84. Ap 3, 19.

le corrige; y azota a todos los hijos que recibe[85]. Y el salmista: *Muchas son las desgracias del justo, pero de todas le libra el Señor*[86]. El santo Job, exclamando en su dolor, dice: *Si soy justo, no levantaré mi cabeza, saturado de aflicción y de miseria*[87]. Hay que decirles que, si creen que su patria es la del cielo, es necesario que padezcan trabajos en ésta, como si fuese extraña. Por eso, las piedras para la construcción del Templo de Dios fueron martilleadas fuera, para que pudieran ser colocadas sin ruido de martillo; y así nosotros, ahora somos martilleados fuera con el azote, para que después, seamos colocados dentro del Templo de Dios, sin martillazos de corrección. Todo lo que en nosotros es superfluo se quita a base de golpes; y así, sólo la concordia de la caridad une el edificio.

Además, hay que decirles, que tengan en cuenta cómo se castiga a los hijos con el azote de la disciplina, para que alcancen la herencia terrena. ¿Qué dolores de corrección divina nos son duros, si por ellos evitamos el castigo eterno? Dice Pablo: *Teníamos a nuestros padres según la carne, que nos instruían, y les respetábamos. ¿No nos someteremos mejor al Padre de los espíritus para vivir? Y eso que ellos nos corregían según su voluntad y por poco tiempo; y esto para el que es provechoso recibir la santificación*[88].

Se les debe aconsejar que consideren qué importante es para la salud del alma, la molestia del cuerpo. Pues, llama al alma, con insistencia, al conocimiento de sí misma. Y además, actualiza la memoria de la propia debilidad; lo cual se descuida, generalmente, cuando se goza de buena salud. Así, el espíritu que es llevado fuera de sí mismo hacia la soberbia, viene a acordarse de la condición a la que está sujeto, por las molestias que soporta en su carne.

85. Hb 12, 5-6.
86. Sal 33, 20.
87. Jb 10, 15.
88. Hb 12, 9-10.

Esto fue indicado correctamente por Balaam en el mismo retraso de su viaje (¡si hubiese tenido ganas de seguir obedientemente la voz de Dios[89]!). Vemos que Balaam intenta llevar a cabo su propósito, pero se lo impide la bestia que llevaba como ofrenda. El asno se para por un mandato y ve a un ángel que el alma de hombre no ve; porque, por lo general, la carne detenida por sus molestias, hace con su dolor que el alma conozca a Dios a quien no veía el espíritu que la rige; y así, impide los deseos del espíritu que, como de paso, quiere el provecho de este mundo, hasta que llega a conocer al que invisiblemente le sale al paso del camino. Por lo que muy bien dice Pedro: *Fue corregido por su locura. Una bestia de carga muda, hablando con voz humana, prohibió la insensatez del profeta*[90]. Un hombre loco es corregido por una bestia muda, cuando la carne afligida recuerda al alma ensoberbecida la virtud de la humildad que debía tener. Pero Balaam no recibió el don de la corrección; porque, maldiciendo, cambió sus palabras, pero no su intención.

También hay que aconsejar a los enfermos que consideren lo grande que es el don de la molestia corporal: limpia los pecados y evita los que se podrían cometer; y, arrancando las molestias de las heridas exteriores, clava en el alma afligida las heridas de la penitencia. Está escrito: *Las cicatrices de las heridas son remedio contra los males, los golpes curan hasta el fondo de las entrañas*[91]. Las cicatrices de las heridas remedian los males; es decir, que el dolor de los castigos limpia los males, tanto del pensamiento como de las obras. Y por entrañas suele entenderse el alma; porque así como el vientre consume los alimentos, del mismo modo el alma, al valorar las molestias, las purifica. Esto de que el

89. Cf. Nm 22, 23ss.
90. 2 P 2, 15-16.
91. Pr 20, 30.

vientre significa el alma se enseña por la sentencia que dice: *Lámpara del Señor es el espíritu del hombre que investiga todos los secretos del vientre*[92]. Como si dijera: «cuando el espíritu divino ilumina el alma del hombre, hace que se conozca a sí misma; ella que antes de la venida del Espíritu Santo podía tener malos pensamientos, pero no sabía expiarlos».

Las penas de las heridas remedian los males con incisiones que llegan hasta las entrañas; porque cuando somos heridos exteriormente, callando y sufriendo, recordamos nuestros pecados y ponemos delante de nuestros ojos todo lo malo que hemos hecho. Y así, porque sufrimos por fuera, nos dolemos por dentro más de lo que hemos pecado. Con lo cual, sucede que, por medio de las heridas externas del cuerpo, nos purifica más la herida escondida del corazón; porque ésta sana el mal de la obra perversa.

Además, hay que exhortarles a que conserven la virtud de la paciencia, de modo que tengan en cuenta, constantemente, cuántos sufrimientos soportó nuestro Redentor por aquellos que había creado; ¡cómo aguantó tantas injurias y reproches; cómo, Aquel que rescata cada día las almas cautivas de las manos del antiguo enemigo, recibió las bofetadas de los que le insultaban; cómo Él, que nos lava con el agua de la salvación, no escondió su rostro a los salivazos de los malvados; cómo Él, que nos libera del castigo eterno, toleró en silencio los latigazos; cómo Él, que nos concede honores permanentes entre los coros de los ángeles, soportó los puñetazos; cómo Él, que nos salva de las punzadas de los pecados, no rechazó la corona de espinas; cómo Él, que nos embriaga de eterna dulzura, aceptó en su sed la amargura de la hiel; cómo Él, que adoró al Padre por nosotros, aún siendo igual a Él en su divinidad, se calló cuan-

92. Pr 20, 27.

do fue adorado con burla; cómo Él, que es la misma Vida y prepara la vida a los muertos, llegó hasta la muerte!

¿Por qué, pues, se cree que es algo muy duro, que el hombre tolere de Dios los azotes por los males, si de los hombres soportó Dios tantos males en vez de bienes? O ¿quién, en su sano juicio, se mostrará ingrato por sus castigos, cuando Él, que vivió aquí sin pecado, no salió de aquí sin ser azotado?

13. *A los que viven inocentemente porque temen los castigos y a los que no se corrigen ni con castigos*

De un modo hay que exhortar a los que temen los castigos y por eso viven inocentemente, y de otro a los que se han endurecido en la maldad y ni con castigos se corrigen. Hay que decirles a los temerosos, que nunca deseen, como algo grande, los bienes temporales que ven poseer a los malvados. Y que nunca huyan de los males temporales, como algo intolerable, con los que saben que también son afligidos los justos.

Hay que decirles que si de veras desean no tener males, teman mucho los suplicios eternos; pero no se queden en ellos, sino que crezcan con el alimento de la caridad hasta la gracia del amor. Pues, en verdad, está escrito: *La caridad perfecta expulsa el temor*[93]. Y también, en otro lugar: *Pues, no recibisteis un espíritu de servidumbre para recaer en el temor; sino un espíritu de hijos adoptivos, en el que exclamamos: ¡Abbá, Padre!*[94]. Por eso, el mismo maestro dice de nuevo: *Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad*[95]. Por tanto, si todavía es el temor del castigo lo que le aparta de hacer el

93. 1 Jn 4, 18.
94. Rm 8, 15.
95. 2 Co 3, 17.

mal, verdaderamente no goza de libertad de espíritu este alma que está tan dominada por el temor. Pues, si no temiera el castigo, sin duda, cometería el pecado. El alma ignora la gracia de la libertad, cuando se somete a la esclavitud del temor. El bien tiene que ser amado por sí mismo, y no se debe practicar a impulsos del temor al castigo. El que hace el bien sólo porque teme los daños de los castigos, desea que no haya nada que temer para, así, poder cometer audazmente obras ilícitas. Por lo que se ve más claro que la luz, que se peca con el deseo, ante Dios, en cuya presencia se pierde la inocencia.

Por otro lado, a los que se han endurecido en la maldad y ni con castigos se corrigen, hay que reprenderles con fuerza, tanto más aguda, cuanto mayor es la insensibilidad en la que han caído. Por lo general, hay que mostrarles desdén, pero sin despreciarlos; y también desconfianza, pero sin desesperanza, sino de tal manera que esta desconfianza los haga temer, y la exhortación que se les añada los haga volver a la esperanza. Hay que poner de manifiesto lo que las sentencias divinas dicen contra ellos, para que se reconozcan en ellas, al considerar la eterna maldición. Oigan que en ellos se ha cumplido lo que está escrito: *Aunque machaques al necio en el mortero, como se machaca la cebada con el mazo, no se apartará de él su necedad*[96]. También el Señor se queja contra ellos, diciendo por el profeta: *Les trituraste a ellos, pero rechazaron la enseñanza*[97]. Y en otra parte: *Hice estragos y muertes en este pueblo y, sin embargo, no han retrocedido de sus caminos*[98]. Y de nuevo: *El pueblo no se ha convertido hacia quien le hiere*[99].

Se queja el profeta con la voz de los que castigan, diciendo: *Dimos medicinas a Babilonia y no ha sanado*[100]. A

96. Pr 27, 22.
97. Jr 5, 3.
98. Jr 15, 7.
99. Is 9, 13.
100. Jr 51, 9.

Babilonia se le dan medicinas y, sin embargo, no llega a estar sana, cuando el alma, confundida por el mal obrar, oye las palabras y recibe los castigos de corrección y, no obstante, desprecia volver a los rectos caminos de la salvación. Por eso, el Señor reprende al pueblo de Israel, cautivo y no convertido aún de su iniquidad, diciendo: *Para mí, la casa de Israel se ha convertido en escoria; todos éstos son cobre, estaño, hierro, plomo en medio de un horno*[101]. Como si dijera claramente: «he querido purificaros por el fuego de la tribulación y he intentado haceros como plata o como oro, pero en el crisol os habéis convertido en cobre, estaño, hierro y plomo, porque en medio de la tribulación os entregasteis a los vicios y no a la virtud».

Cuando se golpea el cobre suena más que los demás metales; por eso, quien al ser golpeado produce el sonido de la murmuración, se ha convertido en cobre. En cambio, el estaño, cuando se elabora con arte, parece igual que la plata; por eso, el que no se desprende del vicio de la disimulación, en su tribulación, se ha convertido en estaño. El hierro se usa para acechar la vida del prójimo; por eso, quien no se desprende de la malicia de hacer daño, en su tribulación, se ha convertido en hierro. El plomo, por su parte, es más pesado que los otros metales; por eso, quien se encuentra muy oprimido por el peso de su pecado, e incluso en su tribulación no se despega de los deseos terrenos, se ha convertido en plomo. Por lo que está escrito: *Con mucho trabajo ha sudado, pero no ha podido quitar su mucha herrumbre, ni siquiera con el fuego*[102]. El fuego de la tribulación nos remueve para limpiar en nosotros la herrumbre de los vicios; pero, ni por el fuego perdemos la herrumbre, cuando aun en medio de los castigos no nos libramos de nuestros vicios. Por eso, el profeta dice una vez

101. Ez 22, 18.

102. Ez 24, 12.

más: *En vano derritió el fundidor, pues no han sido consumidas sus maldades*[103].

Pero hay que saber que, alguna vez, cuando permanecen incorregidos en medio de la dureza de las pruebas, tienen que ser amonestados con una exhortación suave. Pues, a los que los sufrimientos no corrigen, a veces, la amabilidad los aparta de sus malas acciones. Porque a la mayoría de los enfermos a los que no pudo curar la poción de hierbas, antes le devolvió la salud el agua templada. Y las heridas que no se pudieron curar por incisión, se curan con fomentos de aceite. El duro diamante de ningún modo se puede cortar con un cuchillo, pero se reblandece con la suave sangre de los machos cabríos[104].

14. *A los muy callados y a los muy charlatanes*

De un modo hay que exhortar a los que son muy callados, y de otro a los que están vacíos en su mucho hablar. Hay que decir a los primeros que, mientras huyen imprudentemente de ciertos vicios, se ven envueltos interiormente en otros peores. Pues, con frecuencia, por reprimir inmoderadamente su lengua, hablan mucho y peor en su corazón; de modo que estos pensamientos fluyen en la mente, en proporción a la represión que ellos se hacen por un violento e indiscreto silencio. Generalmente, estos pensamientos fluyen con mayor abundancia, en la medida en que se creen más seguros de que no los ven quienes podrían re-

103. Jr 6, 29.

104. Este extraño uso lo encontramos atestiguado también en otros Padres: cf. AGUSTÍN, *De Civitate Dei*, 21, 4 (CCL 48, 763); ISIDORO DE SEVILLA, *Etymologiae*, 12, 1, 14 (PL 82, 426). Estos autores, uno anterior (†430) y otro poco posterior (†636) a Gregorio, parecen depender directa o indirectamente de PLINIO, *Historia natural* 20, proemio; 37, 55.

prenderlos. Por lo que, algunas veces, el alma llevada por la soberbia desprecia, como a gente más endeble, a los que oye hablar. Al cerrar la boca de su cuerpo, no se da cuenta de cuántos vicios pone de manifiesto por ensoberbecerse. Reprimen su lengua, se ensoberbece su alma y, sin considerar su maldad, acusan tanto más libremente a los demás en su propio corazón, cuanto más secretamente se quejan de ellos.

Por tanto, hay que amonestar a los que son demasiado callados, para que procuren saber con todo cuidado, no sólo cómo deben monstrarse al exterior, sino también cómo deben comportarse interiormente. De tal modo, que teman más el secreto juicio acerca de sus pensamientos, que la reprensión a sus palabras por parte de los demás. Puesto que está escrito: *Atiende hijo mío, a mi sabiduría, aplica tu oído a mi prudencia, para que guardes la reflexión*[105]. No hay en nosotros nada más fugaz que el corazón; porque se aleja de nosotros tantas veces como se desliza por malos pensamientos. Por eso, dice el salmista: *Mi corazón me ha abandonado*[106]. Y, volviéndose a sí mismo, dice: *Tu siervo ha encontrado su corazón para orar a ti*[107]. Se encuentra el corazón acostumbrado a huir, cuando se domina el pensamiento vigilantemente.

Con frecuencia, los que son demasiado callados, cuando sufren algunas injusticias, llegan a soportar un dolor más agudo; puesto que no hablan de lo que les hace sufrir. Si su lengua hablase tranquilamente de las molestias que están pasando, el dolor saldría de sus conciencias; pues, las heridas cerradas atormentas más. En cambio, cuando se expulsa la infección interna, el dolor abre paso a la salud. Deben saber esto los que más callan, para que no aumenten el grado de dolor, callando las molestias que sufren.

105. Pr 5, 1-2.
106. Sal 39, 13.
107. 2 S 7, 27.

Hay que decirles que, si aman a sus prójimos como a sí mismos, nunca les deben ocultar lo que justamente les deberían corregir. Así, con la medicina de la palabra concurren ambas partes en la promoción de la salud; puesto que se corrige la mala acción en quien la lleva a cabo, y se modera el ardor del dolor que soporta el que tiene abierta la herida.

Por consiguiente, los que ven las malas acciones de los demás y, no obstante, en silencio reprimen su lengua, actúan como el que, viendo las heridas, no aplica el medicamento. Y se hacen autores de esa muerte, porque, pudiendo curar el virus, no quisieron hacerlo. Por tanto, la lengua debe ser prudentemente moderada, sin dejarla totalmente amarrada. Pues, está escrito: *El sabio guarda silencio hasta su hora*[108]. De modo que, cuando lo considere oportuno, dejando a un lado la censura del silencio, se ocupa provechosamente, hablando aquello que sea conveniente. También está escrito en otro lugar: *Hay tiempo de callar y tiempo de hablar*[109]. Es decir, que hay que juzgar prudentemente las distintas ocasiones, de manera que cuando la lengua deba moderarse, no se deslice por palabras inútiles; ni cuando pueda hablar constructivamente, deje de hacerlo por pereza. El salmista, teniendo esto bien en cuenta, dice: *Pon, Señor, en mi boca un centinela, y un vigía a la puerta de mis labios*[110]. No pide que se le ponga a su boca una pared, sino una puerta que, evidentemente, abra y cierre. Por tanto, tenemos que aprender cuándo la palabra debe abrir la boca discretamente y en tiempo oportuno y, también, cuándo la debe mantener cerrada en un oportuno silencio.

Por otro lado, hay que exhortar a los que son muy charlatanes, a que miren con atención, cuántas veces se disper-

108. Si 20, 7.
109. Qo 3, 7.
110. Sal 140, 3.

san, cuando se apartan de la rectitud por la multiplicidad de las palabras. El alma humana se comporta como el agua: cuando está encerrada, se concentra hasta el nivel más alto, porque busca de nuevo la altura de la que había descendido; y cuando está suelta, se pierde, porque se desparrama inútilmente por lo más bajo. Por tanto, todas las palabras superfluas disipan la censura de su silencio, como si se saliese de madre por diversos riachuelos. Por esto mismo, es incapaz de recogerse interiormente hacia el conocimiento de sí misma, porque, disipada por su mucho hablar, no ahonda en lo profundo de una íntima consideración. En cambio, queda toda al descubierto a las heridas del enemigo que la acecha, porque no estaba rodeada por ninguna fortificación ni vigilancia. Está escrito: *Como una ciudad abierta y sin murallas, es el hombre que, puesto a hablar, no puede contener su verborrea*[111]. En efecto, la ciudad del alma sin las murallas del silencio, está expuesta a los dardos del enemigo; y cuando ella misma sale afuera por sus palabras, se encuentra indefensa ante el adversario. Y éste la vence con muy pocos problemas, ya que el alma también lucha contra sí misma, debido a su mucho hablar.

Como, normalmente, el alma es empujada paso a paso a la caída, cuando no evitamos las palabras ociosas, caemos en las nocivas. De tal modo que, en primer lugar, le gusta hablar de cosas ajenas, después, morder con detracciones la vida de los que se habla y, finalmente, la lengua se precipita en claras injurias. Por eso, se siembran los celos, nacen las riñas, se encienden las pasiones del odio, se apaga la paz de los corazones. Por lo que, bien dice Salomón: *El que suelta el agua es cabeza de pleitos*[112]. Soltar el agua significa soltar la lengua en un torrente de palabras. Y, al contrario, se dice en otra parte: *Las palabras en la boca del hom-*

111. Pr 25, 28. 112. Pr 17, 14.

bre son agua profunda[113]. Por tanto, el que suelta el agua es causa de disputas, porque quien no modera su lengua, rompe la concordia. También está escrito de otra manera: *El que impone silencio al necio, mitiga las iras*[114]. Cuando el charlatán no quiere moderar su lengua, tampoco puede mantenerse en la rectitud de la justicia, como atestigua el profeta: *No ande más sobre la tierra el hombre deslenguado*[115]. Y también Salomón: *En la multiplicidad de palabras, no faltará pecado*[116]. Además, dice Isaías: *El silencio guarda la justicia*[117]. Es decir, que la justicia del alma es desolada cuando no se priva de hablar sin moderarse. Por lo que dice Santiago: *Si alguno se cree religioso, pero no refrena su lengua, sino que engaña su propio corazón, su religión es vana*[118]. Y en otra parte: *Sea todo hombre rápido para escuchar y tardo para hablar*[119]. Y, definiendo el poder de la lengua, añade: *Es la lengua un mal turbulento, lleno de veneno mortífero*[120]. Por lo que la Verdad misma nos advierte, diciendo: *De toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta en el día del juicio*[121]. Es palabra ociosa la que no es justamente necesaria, o la que no tiene religiosa utilidad. Por tanto, si se ha de dar cuenta hasta de una palabra ociosa, consideremos qué pena tan grande tendrá el mucho hablar, por donde llegamos a pecar con palabras nocivas.

15. *A los perezosos y a los precipitados*

De un modo hay que exhortar a los perezosos y de otro a los precipitados. A los primeros hay que decirles que no

113. Pr 18, 4.
114. Pr 26, 10.
115. Sal 139, 12.
116. Pr 10, 19.
117. Is 32, 17.
118. St 1, 26.
119. St 1, 19.
120. St 3, 8.
121. Mt 12, 36.

dejen pasar las buenas acciones, aplazándolas para otro momento. En cambio, a los otros hay que decirles, que no rebajen el mérito de las buenas acciones, cuando se adelantan al momento oportuno, anticipándose imprudentemente. A los perezosos, hay que hacerles caer en la cuenta de que, muchas veces, cuando no queremos hacer oportunamente lo que podemos, poco después, si queremos, ya no podemos. Ciertamente, el alma perezosa, cuando no se enciende con un fervor conveniente, le crece imperceptiblemente la desidia, por la que pierde todo sentido de deseo del bien. Por eso, dice claramente Salomón: *La pereza hunde en el sopor*[122]. El perezoso, cuando piensa correctamente, está como despierto; pero, cuando no hace nada, se adormece. Se dice que la pereza hunde en el sopor, porque, cuando cesa el afán por hacer el bien, poco a poco se pierde incluso el cuidado de pensar bien. Por lo que se añade acertadamente: *Y el alma descuidada pasará hambre*[123]. El alma, cuando por negligencia no aspira a las cosas superiores, se dispersa en bajos deseos. Mientras no se someta con fuerza a sí misma al deseo de lo más sublime, es herida por los deseos de las bajas pasiones. Consecuentemente, como rechaza someterse a disciplina, está descuidada, hambrienta de placeres. Por lo cual, escribe el mismo Salomón: *Todo ocioso es codicioso*[124].

La misma Verdad predica que la casa quedó limpia, cuando salió un sólo espíritu; pero que, cuando está vacía, vuelve con otros muchos que la ocupan[125]. Normalmente, el perezoso se niega a hacer lo que le corresponde; algunas cosas porque las ve difíciles, y otras, porque las teme imprudentemente. Así, cuando encuentra alguna razón aparente para temer, declara que no actuó tan mal por mante-

122. Pr 19, 15.
123. Pr 19, 15.
124. Pr 21, 26.
125. Cf. Mt 12, 44ss.

nerse inactivo. Sobre él, dice Salomón con razón: *Por el frío, no quiso arar el perezoso; por tanto, en verano mendigará, y no le darán nada*[126]. El perezoso no ara a causa del frío, cuando dejándose dominar por la desidia y la pereza, al pensar lo que debe hacer, se excusa o no lo hace. También deja de arar por el frío, cuando teme males pequeños del adversario y tolera que se cometan males mayores. Bien se dice: *En verano mendigará, y no le darán nada*; pues, quien no suda ahora por hacer el bien, cuando aparezca más ardiente el sol del juicio, en verano mendigará, y no le darán nada, puesto que en vano pedirá entrar en el reino.

Dice en otro lugar Salomón: *El que observa al viento, no siembra; el que mira a las nubes, nunca siega*[127]. ¿Qué se entiende por el viento, sino la tentación de los espíritus malignos?, y ¿qué, por las nubes que mueve el viento, sino las adversidades de los malvados? En efecto, los vientos empujan a las nubes, como el soplo de los espíritus malignos mueve a los malvados. Por tanto, el que vigila al viento, no siembra; y el que mira a las nubes, no siega. Todo el que teme la tentación de los espíritus malignos y todo el que teme la persecución de los malvados, ni ahora siembra los granos del buen obrar, ni después cosechará las gavillas de la santa retribución.

Por otra parte, a los precipitados hay que aconsejarles que, cuando se adelantan al momento oportuno de hacer una obra buena, echan a perder su valor; y, con frecuencia, llegan a caer en el mal, por no discernir de ningún modo el bien. Nunca consideran qué y cuándo actuar; pero, normalmente, reconocen que no debieron haber actuado así. A éstos, como si fueran sus oyentes, les dice Salomón: *Hijo, sin consejo no hagas nada, y después de hecho, no te causa-*

126. Pr 20, 4; cf. Mor 27, 15 (CCL 143B, 1340).

127. Qo 11, 4.

rá arrepentimiento[128]. Y de nuevo: *Que tu vista se adelante a tus pasos*[129]. Tu vista precede a tus pasos, cuando los rectos consejos preceden a tu actuación. El que rechaza mirar, considerando lo que va a hacer, camina con los ojos cerrados y, continuando su camino, no ve delante de sí y, por eso mismo, cae antes, porque no atiende con la mirada del consejo donde debía poner el pie de su acción.

16. *A los mansos y a los coléricos*

De un modo hay que exhortar a los mansos y de otro a los coléricos. A veces, cuando los mansos están al frente de la comunidad, padecen algo parecido a la pereza que engendra la desidia. Y, normalmente, por una resolución excesiva de mansedumbre, suavizan más de lo necesario el vigor de la severidad.

Por el contrario, los coléricos, cuando desempeñan un cargo de gobierno, empujados por la ira, se precipitan al frenesí de su mente; y así, introducen la turbación en la vida de sus fieles, disipando su paz. Éstos, cuando son arrebatados por la ira, no se dan cuenta de todo lo que los airados hacen, ni todo lo que ellos sufren. En cambio, y esto sí que es más grave, algunas veces creen que el arrebato de su ira es celo por la justicia. Y, cuando al vicio se le considera virtud, la culpa crece sin ningún miedo.

Por tanto, con frecuencia, los mansos se muestran débiles, porque les repugna reprender; y los coléricos se engañan en el celo por la rectitud. Así pues, a la virtud de los primeros, se añade latente el vicio; y a los otros, el vicio les parece ferviente virtud. Por consiguiente, hay que exhortar a los mansos a que huyan de lo que está junto a ellos mismo; y a los coléricos, a

128. Si 32, 24. 129. Pr 4, 25.

que huyan de lo que tienen. Aquéllos, disciernan lo que no tienen; éstos, lo que tienen. Los mansos, que se hagan más solícitos; los coléricos, que condenen su irritabilidad.

Hay que exhortar a los mansos a que deseen tener también celo por la justicia; y a los coléricos, que añadan la mansedumbre al celo que creen tener. Por esto mismo, el Espíritu Santo se nos ha mostrado en forma de paloma y también de fuego. Porque, evidentemente, a todo aquel a quien Él llena, le produce tanto la sencillez de la paloma, como el fervor del fuego. No está de ningún modo lleno del Espíritu Santo, quien, en la tranquilidad de la mansedumbre, no tiene el fervor del celo; ni quien, con el ardor del celo, pierde la virtud de la mansedumbre.

Quizás podamos explicar mejor esta cuestión si presentamos el magisterio de Pablo que a dos discípulos dotados de igual caridad les da diferentes consejos para la predicación. Exhortando a Timoteo, le dice: *Reprende, conjura, increpa con toda paciencia y doctrina*[130]. Y a Tito: *Así has de hablar, exhortar y reprender con toda autoridad*[131]. ¿Cómo es que el gran maestro en el arte de la enseñanza propone, en esta exhortación, la paciencia a uno y la autoridad al otro, si no es porque ve que Timoteo es de espíritu más colérico y Tito es algo más manso? A Timoteo le modera con la suavidad de la paciencia; a Tito le estimula con el deseo del celo. A éste le añade lo que le falta, y al otro le quita lo que le sobra. A Tito, procura estimularlo como con una espuela; a Timoteo, moderarlo como con un freno.

De este modo, el gran cultivador de la Iglesia que ha tomado a su cargo, riega a los sarmientos que deben crecer, y poda a los que ve crecer más de lo justo; a fin de que ni dejen de dar fruto por no crecer, ni se pierdan los frutos producidos por crecer desmesuradamente.

130. 2 Tm 4, 2. 131. Tt 2, 15.

Es muy diferente la ira que brota bajo apariencia de celo, de la ira que arrebata el corazón turbado, incluso sin ningún pretexto de justicia. La primera se muestra desordenada en lo que debe; pero la segunda, se enardece siempre en lo que no debe. Hay que saber que, a este respecto, los coléricos se diferencian de los impacientes: aquéllos, causan incluso la imposición que hay que soportar; éstos, no soportan la imposición de los demás.

De hecho, los coléricos persiguen incluso a los que se les doblegan, promueven la ocasión para reñir, se divierten con el esfuerzo de una polémica. A los otros, sin embargo, mejor les corregimos si nos doblegamos ante su misma irritación; pues, una vez irritados, no se dan cuenta de lo que oyen, pero, cuando vuelven en sí, aceptan de muy buena gana las palabras del consejo, en la misma medida en que se avergüenzan de haber sido aguantados tan pacíficamente. Y es que, al alma embriagada de furor, todo lo bueno que se le dice le parece malo. Por eso, Abigail, admirablemente se mantuvo en silencio ante la culpa de Nabal, cuando éste estaba borracho; pero bien se la echó en cara cuando se le pasó el efecto del vino[132]. Así pudo reconocer la culpa que cometió, de la que no escuchó nada mientras estuvo borracho.

Cuando los coléricos arremeten contra los demás, de tal modo que es imposible doblegarles, se les debe llamar la atención, no con un reproche por las claras, sino tratándoles con cierta cortesía. Esto lo aclararemos mejor con el ejemplo de Abner[133]. Cuando Asahel le perseguía con im-

132. Cf. 1 S 25, 36ss.

133. Abner, hijo de Ner, sobrino de Saúl (cf. 1 S 14, 50ss.) y capitán de su ejército. Tras la muerte de Saúl es quien dirige a las tribus del Norte y proclama rey a Isbaal (cf. 2 S 2, 8-11), hijo de Saúl. Suscitó la desconfianza de éste por casarse con Rispá, concubina de Saúl, y pretendió llevar las tribus del Norte a David; pero fue asesinado por el general de David,

prudente prisa, dice la Escritura: *Habló Abner a Asahel, diciendo: «Aparta, no quieras perseguirme, ni me pongas en trance de coserte con la lanza a la tierra». Éste se negó a escuchar y no quiso apartarse. Y Abner le hirió en el vientre con la lanza del revés, le atravesó y murió*[134]. ¿A quién representa Asahel, sino a los que se dejan llevar precipitadamente en un arrebato de ira? Éstos, cuando se hallan bajo el ímpetu de la ira, deben ser doblegados, tanto más cuidadosamente, cuanto más locamente hayan sido arrebatados. Por eso, Abner, que en nuestra lengua significa «luz del padre»[135], huyó. Es decir, que si la lengua de los maestros, que da a conocer la suprema luz de Dios, cuando se da cuenta que el alma de alguno se deja llevar por los precipicios de la ira, y no le lanza los dardos de su palabra, actúa como quien no quiere herir al que le persigue.

Pero, cuando los coléricos no se tranquilizan con ninguna consideración, les pesa como a Asahel, que no cesan de perseguir y ensañarse, entonces, es necesario que los que intentan calmarles, nunca se muestren furiosos, sino tranqui-

Joab. David le dedicó una hermosa lamentación (2 S 2, 31-34). Pero fue Salomón quien condenó a muerte al asesino. Asahel, hermano menor de Joab, persiguió en la batalla a Abner y murió a manos de éste. Antes de matarlo, Abner, con actitud noble –que contrasta con la de Joab al vengar a su hermano, cf. 2 S 3,7– amonesta a Asahel; pero, al final, se ve empujado a darle muerte clavándole la punta de la lanza atravesándole el vientre. Gregorio resalta con este ejemplo la actitud noble, caballeresca de Abner que significa el que trata con un colérico, y debe hacerlo así, como con respeto al principio, pero sin doblegarse hasta hacerle bajar de su ira. El que se deja llevar de la ira (Asahel), sufre las consecuencias de haberse precipitado y debe recibir las correcciones del pastor.

134. 2 S 2, 22-23.

135. Cf. JERÓNIMO, *De nominibus hebraicis*, 34, 16 (CCL 72, 102). «Ab-ner», del hebreo *'abnêr* o *'âbînêr*, significa: «el padre (Dios) es antorcha»; cf. HAAG-VAN DEN BORN-AUSEJO, *Diccionario de la Biblia*, Barcelona, 1987.

los. Sin embargo, no dejen de decir sutilmente algunas cosas que rebajen indirectamente el ánimo del colérico. Por eso, Abner, al enfrentarse a su perseguidor, no le traspasó directamente, sino con la lanza del revés. Amenazar con la lanza es oponerse con el ataque de un claro reproche; y herir al que te persigue con la lanza del revés, significa tocar de alguna manera y con tranquilidad al colérico y vencerle como con respeto. No obstante, Asahel murió enseguida, como las almas irascibles; cuando sienten que se les tiene en consideración y se les toca el corazón tranquila y razonablemente, inmediatamente se bajan de la ira con que se habían exaltado. Por consiguiente, quienes se vuelven atrás en el ímpetu de su ira con un toque suave, mueren como a golpe de lanza.

17. *A los humildes y a los soberbios*

De un modo hay que hablar a los humildes y de otro a los soberbios. A los primeros hay que darles a conocer cuánto vale la excelencia que esperando han conseguido. En cambio, a los otros, hay que hacerles saber qué vana es la gloria de este mundo que ambicionan y no tienen.

Oigan los humildes qué eternos son los bienes que desean y qué pasajeros los que desprecian; oigan los soberbios qué pasajeros son los bienes que ambicionan y qué eternos los que pierden.

Oigan los humildes la palabra del maestro: *Todo el que se humilla, será ensalzado*[136]; y los soberbios: *Todo el que se exalta, será humillado*[137].

Oigan los humildes: *La humildad precede a la gloria*[138]; y los soberbios: *Ante la ruina se exalta el espíritu*[139].

136. Lc 18, 14.
137. Ibid.
138. Pr 15, 33.
139. Pr 16, 18.

Oigan los humildes: *¿A quién voy a mirar, sino al humilde y pacífico, y al que tiembla a mis palabras?*[140] y los soberbios: *¿Por qué se ensoberbece el que es tierra y ceniza?*[141].

Oigan los humildes: *Dios mira a los humildes*[142]; y los soberbios: *Y a los soberbios los conoce de lejos*[143].

Oigan los humildes: *Porque el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir*[144]; y los soberbios: *Porque el inicio de todo pecado es la soberbia*[145].

Oigan los humildes, que *Nuestro Redentor se humilló a sí mismo, se hizo obediente hasta la muerte*[146]. Y los soberbios, lo que está escrito acerca de su jefe: *Él mismo es el rey sobre todos los hijos de la soberbia*[147]. La soberbia del diablo se convirtió en ocasión de perdición nuestra, y la humildad de Dios demostró ser la señal de nuestra redención. Nuestro enemigo, creado como las demás criaturas, deseó aparecer como superior a todas; en cambio, nuestro Redentor, que es mayor que todos, se dignó hacerse pequeño entre nosotros.

Hay que decir, pues, a los humildes que mientras se abajan, ascienden a semejanza de Dios; y a los soberbios, que mientras se enaltecen, descienden a imitación del ángel apóstata. Así pues, ¿qué hay que sea más rastrero que la soberbia, que cuanto más se eleva, más se aleja del camino de la verdadera cima?, y ¿qué hay que sea más sublime que la humildad, que cuanto más se abaja, más se acerca al Creador, que vive en lo más alto?

En esto hay algo que debemos meditar con atención. Muchas veces, a unos los engaña una apariencia de humil-

140. Is 66, 2.
141. Si 10, 9.
142. Sal 137, 6.
143. Ibid.
144. Mt 20, 28.
145. Si 10, 15.
146. Flp 2, 8.
147. Jb 41, 25.

dad, y a otros, la ignorancia de su soberbia. Por lo general, algunos que se creen humildes tienen un temor que no debieran; mientras que a los soberbios les suele caracterizar un gran atrevimiento en el hablar. Cuando se les llama para la corrección de ciertas faltas, los primeros, callan por temor y, no obstante creen que lo hacen por humildad; mientras que los otros, hablan debido a la impaciencia de su soberbia y, no obstante, se creen que lo hacen por el valor de defender la rectitud. El temor, bajo apariencia de humildad, reprime a los primeros para que reprendan lo que está mal, en cambio, la fuerte perturbación, bajo apariencia de valentía, les empuja a reprender lo que no deben o a reprender excesivamente.

Por eso, hay que exhortar a los soberbios a que no sean más atrevidos de lo conveniente; y a los humildes, a que no se abajen más de lo debido. Con el fin de que no suceda que aquéllos conviertan la defensa de la justicia en ejercicio de soberbia, ni los otros, al desear someterse a los demás más de lo conveniente, se vean en el compromiso de tener que respetar incluso sus vicios.

Hay que tener en cuenta que, normalmente, podemos corregir con más provecho a los soberbios, si mezclamos con las correcciones algunas alabanzas conciliadoras[148]. Pues, hay que ponerles ante sus ojos algunas cualidades buenas que tengan o decirles que ciertamente podían tenerlas si no las tienen; y sólo entonces hay que reprender lo malo que nos disgusta de ellos, una vez que lo bueno –que se les ha dicho y que les agrada– les ha dejado bien dispuestos para escucharnos. También así, a los caballos indómitos los tocamos primero con la mano suavemente, para después sujetarlos mejor con el látigo. Y al mal sabor de la medicina se le añade el dulzor de la miel, con el fin de que, gustan-

148. Idea repetida cuando habla de los fuertes, cf. Reg Past III, 12.

do lo que ha de aprovechar a la salud, no sienta su desagradable amargura. De este modo, engañado el gusto con el dulzor, se expulsa mediante lo que amarga la infección mortífera.

Por tanto, a los soberbios, en los comienzos de la corrección, se les debe incluir una parte proporcionada de alabanza, para que mientras aceptan los honores que aman, también reciban la corrección que les disgusta. Generalmente, podemos persuadir mejor a los soberbios, para su propio provecho, si les decimos que sus progresos probablemente son más beneficiosos para nosotros que para ellos mismos, y si les pedimos que se enmienden como un favor para nosotros antes que para ellos. A tales personas se les conduce más fácilmente al bien, si creen que su cambio aprovechará a los demás.

Moisés, que, siguiendo el mandato de Dios, caminaba por el desierto conducido por una columna de nube, cuando quiso sacar de entre los gentiles a su pariente Jobab y ponerle bajo la obediencia del Señor Dios todopoderoso, le dijo: *«Partiremos para el lugar que el Señor nos dará; ven con nosotros y te trataremos bien, porque el señor ha prometido bienes a Israel». Como aquél le respondió: «no iré contigo, sino que volveré a mi tierra en la que he nacido»; el otro añadió: «no quieras dejarnos, pues tú conoces en qué lugares del desierto debemos poner el campamento, tú serás nuestro guía»*[149]. Y no es que a Moisés le preocupase desconocer el camino, puesto que el conocimiento de la divinidad le había dotado de la ciencia de profecía, y llevaba delante la nube que le guiaba, además su trato familiar y su conversación íntima con Dios le iba instruyendo interiormente acerca de cualquier asunto. Pero, el varón verdaderamente prudente, que habló al oyente soberbio, le pidió

149. Nm 10, 29-31.

ayuda, para dársela él; lo requería como guía para el camino con el fin de guiarle a él en su vida. Y de este modo, consiguió que aquel oyente soberbio se rindiese ante la voz que le aconsejaba, porque pensaba aventajar a su consejero.

18. *A los testarudos y a los inconstantes*

De un modo hay que exhortar a los testarudos, y de otro a los inconstantes. A los primeros hay que decirles que presumen de sí mismos más de lo que son y, por tanto, no acogen los consejos que les dan los demás. En cambio a los otros, hay que decirles que se estiman por debajo de su propia dignidad, al desconfiar excesivamente de sí mismos y, debido a la inseguridad de sus pensamientos, cambian de parecer a cada momento.

Hay que decirles a los testarudos que, si no es porque se creen mejores que los demás, ciertamente, no pospondrían jamás los consejos de todos en favor de su propio juicio. Y a los inconstantes que, si tuviesen en cuenta lo que realmente son, nunca les agitarían los vientos de la mutabilidad por tantos sitios diferentes. A los primeros, les dice Pablo: *No queráis ser prudentes para con vosotros mismos*[150]. Por el contrario, oigan los otros: *No seamos zarandeados por todo viento de doctrina*[151].

Salomón dice de unos: *Comerán el fruto de su camino, y se saturarán de sus propios consejos*[152]; y de otros: *El corazón de los necios será inconstante*[153]. En verdad, el corazón del sabio es siempre constante, porque al estar inquieto por los rectos consejos, constantemente se dirige a obrar el bien. En cambio, el corazón de los necios es inconstan-

150. Rm 12, 16.
151. Ef 4, 14.
152. Pr 1, 31.
153. Pr 15, 7.

te, porque al mostrarse variable y cambiante, nunca permanece tal cual era. Puesto que ciertos vicios engendran espontáneamente otros, es muy importante tener en cuenta que podemos hacerlos desaparecer mejor, si con la corrección secamos la misma fuente de sus amarguras. Así, la testarudez nace de la soberbia, y la inconstancia de la ligereza de carácter.

Hay que aconsejar a los testarudos que reconozcan la soberbia de su pensamiento y que procuren vencerse a sí mismos; para que no suceda que, rechazando someterse externamente a los buenos consejos de los demás, se queden internamente prisioneros de la soberbia. Hay que decirles que consideren diligentemente que el Hijo del hombre, cuya voluntad era siempre una con la del Padre, nos dice, para darnos ejemplo en el dominio de nuestra voluntad: *No busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me ha enviado*[154]. Para recomendar más el valor de esta virtud, declara que mantendrá lo mismo en el juicio final, cuando dice: *Yo por mí mismo no puedo hacer nada, sino que juzgo según lo que oigo*[155]. ¿Con qué conciencia puede un hombre despreciar el consentimiento a la voluntad ajena, mientras que el Hijo de Dios y del hombre, cuando viene a manifestar la gloria de su poder, afirma que no puede juzgar por su cuenta?

Por otro lado, hay que decir a los inconstantes, que fortalezcan su juicio con seriedad; pues, si arrancan de sus corazones las raíces de su ligereza, en ese mismo momento se secan en ellos los brotes de la variabilidad. Es lo mismo que cuando se dispone de un lugar sólido en el que poner los cimientos, entonces se construye un edificio firme. Por tanto, mientras no se corrija la ligereza del juicio, no se vence la inconstancia de los inconstantes. Pablo, muy bien

154. Jn 5, 30. 155. Ibid.

se muestra libre de todo esto, cuando dice: *¿Acaso obré con ligereza o lo que pienso lo pienso según la carne, de modo que haya en mí el sí y el no?*[156]. Como si dijera claramente: «no me dejo llevar por el viento de la inconstancia, porque no me domina el vicio de la ligereza».

19. *A los golosos y a los abstinentes*

De un modo hay que exhortar a los golosos y de otro a los abstinentes. A los golosos acompaña la charlatanería superflua, la ligereza en la conducta y la lujuria. En cambio a los abstinentes, muchas veces, les acompaña el vicio de la impaciencia y, otras muchas, el de la soberbia. Si a los golosos no los dominara la charlatanería superflua, aquel rico que a diario banqueteaba espléndidamente, no hubiera sentido arder su lengua con una fuerza tal, que le llevó a exclamar: *Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro que moje la punta de su dedo en agua, para que refresque mi lengua, me atormentan estas llamas*[157]. Con estas palabras se demuestra que, al banquetear diariamente, había pecado más a menudo con su lengua; por lo que, aun quemándose entero, pidió que le refrescara especialmente la lengua.

Además, a los golosos acompaña siempre la ligereza en la conducta, como afirma la autoridad sagrada: *Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantaron para divertirse*[158].

Por lo general, su glotonería les lleva a la lujuria; porque cuando el vientre aumenta por la saciedad, se excitan los estimulantes de la lujuria. Por eso, la voz de Dios dijo al astuto enemigo, que despertó la concupiscencia del hombre para que apeteciera aquella fruta, sujetándole por el lazo

156. 2 Co 1, 17.
157. Lc 16, 24.
158. Ex 32, 6.

del pecado: *Reptarás sobre tu pecho y tu vientre*[159]. Como si le dijera con toda claridad: «dominarás los corazones humanos por medio del pensamiento y de la glotonería»[160]. También el profeta afirma que la lujuria acompaña a los golosos, cuando narrando cosas claras, da a entender otras más ocultas, diciendo: *El príncipe de los cocineros destruyó los muros de Jerusalén*[161]. El príncipe de los cocineros es el vientre, al que los cocineros hacen regalos con gran diligencia para que se llene agradablemente de manjares. En cambio, los muros de Jerusalén son las virtudes del alma, elevada para el deseo de la paz que viene de lo alto. Por tanto, el jefe de los cocineros destruye los muros de Jerusalén, porque, cuando aumenta el vientre por la glotonería, se echan abajo las virtudes del alma por la lujuria.

Por otro lado, si las almas de los abstinentes, normalmente, no perdieran la serenidad interior, a causa de la impaciencia, Pedro, cuando dijo: *Añadid a vuestra fe la virtud, a la virtud la ciencia, a la ciencia la abstinencia*[162], no hubiese agregado: *A la abstinencia la paciencia*[163]. Se dio cuenta, pues, de que a los abstinentes les solía faltar la paciencia; por eso se la recomendó para que la tuviesen.

Además, si el vicio de la soberbia no se introdujese alguna vez en los pensamientos de los abstinentes Pablo tampoco hubiera dicho: *El que no come, no juzgue al que come*[164]. En otra ocasión, criticando las disposiciones de los que se gloriaban de su virtud de abstinencia, les dijo: *Estas*

159. Gn 3, 14.

160. Cf. Mor 21, 5 (CCL 143A, 1067).

161. 2 R 25, 8-10. El texto hebreo original y la *Vulgata* hablan del «jefe de la escolta». Gregorio se sirve aquí de la *Vetus latina*, que traduce de la *Septuaginta*, donde se interpreta mal la locución hebrea y traduce «jefe de los cocineros». Cf. también Mor 30, 59 (CCL 143B, 1530).

162. 2 P 1, 5-6.

163. 2 P 1, 6.

164. Rm 14, 3.

cosas tienen apariencia de sabiduría en superstición y humildad, pero no para abstenerse del cuerpo, ni para otro honor que la satisfacción de la carne[165].

De este pasaje hay que destacar que en su discusión, el gran predicador equipara la apariencia de humildad con la superstición; porque, cuando se mortifica la carne por la abstinencia más de lo necesario, externamente se muestra humildad, pero internamente se ensoberbece más gravemente a causa de esa humildad. Y, a no ser que el alma se hubiera ensoberbecido por esta abstinencia, el fariseo arrogante no hubiera incluido esto entre sus grandes méritos, al decir: *Ayuno dos veces en semana*[166].

Por consiguiente, hay que recomendar a los golosos, que no se traspasen a sí mismos con la espada de la lujuria, entregándose al placer de la comida. Deberían considerar cuánta charlatanería y ligereza de juicio les acecha por medio de la comida; de manera que no se dejen amarrar cruelmente por los lazos de los vicios, por servir tiernamente al vientre. Y es que, tanto más nos alejamos de nuestro segundo Padre, cuanto más repetimos la caída de nuestros primeros padres, por el hábito inmoderado de extender las manos hacia la comida.

Por el contrario, a los abstinentes hay que exhortarlos a que vigilen siempre con mucha atención, para no caer en vicios peores, con apariencia de virtud, cuando huyen de la gula. Y de este modo, al mortificar la carne, no vayan a parar a un espíritu de impaciencia. Pues, si la ira vence al espíritu, entonces ya no hay ninguna virtud en dominar la carne. Sin embargo, algunas veces, cuando el alma de los abstinentes reprime la ira, surge cierto regocijo extraño, que echa a perder y desvanece el mérito de la abstinencia; puesto que no se guarda en absoluto de los vicios del espíritu.

165. Col 2, 23. 166. Lc 18, 12.

Por eso, bien dice el profeta: *En los días de vuestros ayunos, buscabais vuestro antojo*[167]; y poco más abajo: *Ayunáis en juicios y riñas, y os dais puñetazos*[168]. El antojo se refiere al regocijo, el pleito a la ira. Por tanto, en vano se mortifica el cuerpo con la abstinencia, si el alma se disipa en los vicios, guiada por movimientos desordenados.

También hay que amonestarles para que se mantengan siempre en la abstinencia, sin disminuirla, y nunca crean que ésta es la virtud más extraordinaria ante el Juez invisible; de modo que si, tal vez, se creen tener grandes méritos, no se les eleve el corazón en soberbia. Por eso, dice el profeta: *¿Acaso es éste el ayuno que yo he elegido? Más bien, parte tu pan al hambriento, y lleva a tu casa a los pobres y vagabundos*[169]. En donde hay que descubrir qué pequeña es la virtud de la abstinencia si no va acompañada de las demás virtudes. Por eso, dice Joel: *Santificad el ayuno*[170]. Santificar el ayuno significa mostrar una abstinencia de la carne digna de Dios, acompañada de las demás virtudes.

Hay que exhortarles a los abstinentes a que sepan ofrecer un ayuno agradable a Dios, privándose ellos del alimento y dándolo generosamente a los pobres. Pues, entendiéndolo bien, tienen que oír lo que el Señor reprende por el profeta: *Cuando ayunasteis y os golpeasteis el pecho en el quinto y séptimo mes, durante estos setenta años, ¿acaso ese ayuno fue por mí? y cuando comisteis y bebisteis ¿acaso no comisteis y bebisteis por vosotros mismos?*[171]. Un hombre ayuna por sí mismo y no por Dios, cuando no da a los pobres lo que quita a su estómago, sino que lo guarda para tomarlo después.

Por tanto, para que ni el apetito de la gula haga en unos decaer la firmeza de su juicio, ni la carne mortificada pro-

167. Is 58, 3.
168. Is 58, 4.
169. Is 58, 5.
170. Jl 2, 15.
171. Za 7, 5-6.

voque en los otros la soberbia, oigan los primeros lo que dice la misma Verdad: *Atended vosotros, para que no se hagan muy pesados vuestros corazones en borrachera, en embriaguez y en preocupaciones de este mundo*[172]. Y ahí añade un provechoso temor: *Y venga aquel día de improviso sobre vosotros. Como un lazo vendrá sobre todos los que se asientan sobre la faz de la tierra*[173].

Pero oigan los otros: *No es lo que entra en la boca, lo que contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, contamina al hombre*[174]. Y oigan los golosos: *Pero lo uno y las otras destruirá Dios*[175]. Y de nuevo: *Nada de comilonas y borracheras*[176]. Y también: *La comida no nos acerca a Dios*[177].

Oigan los abstinentes: *Porque todo es limpio para los limpios; pero para los contaminados e incrédulos, nada hay limpio*[178]. Oigan los otros: cuyo dios es el vientre y cuya gloria está en su vergüenza[179]. Y oigan éstos: *Algunos apostatarán de la fe*[180]; y dice de ellos poco después: *Hacen prohibición del matrimonio, abstinencia de los alimentos que Dios creó para que fueran comidos con acción de gracias, por los creyentes y los que han conocido la verdad*[181].

Oigan otra vez los golosos: *Es bueno no comer carne, ni beber vino, ni hacer algo que sea escándalo para tu hermano*[182]. Y oigan los abstinentes: *Toma un poco de vino a causa de tu estómago y de tus frecuentes indisposiciones*[183].

Y así, los golosos aprendan a no apetecer desordenadamente la comida para el cuerpo; y, los abstinentes, a no atreverse a condenar a las criaturas de Dios que ellos no apetecen.

172. Lc 21, 34.
173. Lc 21, 34-35.
174. Mt 15, 11.
175. 1 Co 6, 13.
176. Rm 13, 13.
177. 1 Co 8, 8.
178. Tt 1, 15.
179. Flp 3, 19.
180. 1 Tm 4, 1.
181. 1 Tm 4, 3.
182. Rm 14, 21.
183. 1 Tm 5, 23.

20. *A los que reparten lo suyo misericordiosamente, y a los que intentan robar lo ajeno*

De un modo hay que exhortar a los que reparten lo suyo misericordiosamente, y de otro a los que intentan robar lo ajeno. A los primeros hay que decirles que engreídos en su pensamiento no se crean más que aquellos a quienes dan de lo suyo; y, que no se tengan por mejores, porque ven que mantienen a otros. El dueño de una casa aquí en la tierra, al distribuir los cargos y servicios entre los criados, a unos los pone para que manden, y a otros para que sean mandados; a unos, les manda que provean lo necesario para los demás, y a otros, que tomen lo que han recibido de aquellos. No obstante, muchas veces, los que mandan desagradan al padre de familia, mientras que los que son mandados le permanecen agradecidos. Luego, los administradores merecen la ira, y los que están bajo el mando de otros se mantienen sin caer en desagrado.

Por tanto, a los que ya reparten lo suyo misericordiosamente hay que exhortarles a que se reconozcan como administradores, puestos por el Señor del cielo, de los bienes temporales. Y provean con más humildad, en la medida en que saben que lo que administran son cosas ajenas[184]. Al considerar que están puestos al servicio de aquellos a los que dan generosamente lo que han recibido, jamás se debe ensalzar la soberbia en sus almas; antes bien, que el temor la contenga. Por eso, es necesario que reflexionen atenta-

184. Pensamiento éste frecuente en los escritos patrísticos: Dios ha otorgado bienes a ciertos hombres para que los custodien y dispensen a los pobres y necesitados. En Gregorio se encuentran recogidas, fundamentalmente, las ideas más destacadas de los Padres sobre las riquezas y la propiedad. Para una selección de textos patrísticos sobre este tema cf. R. SIERRA, *El mensaje social de los Padres de la Iglesia*, Ciudad Nueva, Madrid, 1989.

mente, de manera que no repartan indignamente lo que han recibido; no sea que den algunas cosas a quienes no debieron dar nada, ni dejen de dar a quienes debieron dar algunas cosas; ni den mucho a quienes deben dar poco, ni den poco a los que deben dar mucho; a fin de que no desperdicien inútilmente lo que reparten, debido a su precipitación, ni hagan sufrir a los que piden, debido al retraso en darles.

No los asalte la intención de recibir recompensa, para que el apetito de la alabanza pasajera no apague la luz de la limosna, ni tengan tristeza que anule el don ofrecido. Así como tampoco se regocije el alma, más de lo debido, por el don ofrecido con justicia; ni se atribuya a sí misma ninguna cosa, cuando lo haya realizado todo correctamente, no sea que después de haberlo hecho, al momento, lo eche a perder.

Con el fin de que no se atribuyan a sí mismos la virtud de la generosidad, oigan lo que está escrito: *Si alguno sirve, sirva como en virtud de Dios*[185]. Para que no se regocijen desmesuradamente por sus buenas acciones, oigan lo que está escrito: *Cuando hayáis hecho lo que os fue mandado, decid: «somos siervos inútiles, hicimos lo que debíamos hacer»*[186]. Para que la tristeza no eche a perder su generosidad, oigan lo que también está escrito: *Dios ama al que da con alegría*[187]. Para que no busquen la alabanza pasajera por el favor realizado, oigan lo que está escrito: *No sepa tu mano izquierda, lo que hace tu derecha*[188]. Es decir, que con tu generosa limosna jamás se mezcle el deseo de gloria mundana, sino que la buena obra ignore el deseo de recompensa. Para que no busquen la vuelta del don dispensado, oigan lo que está escrito: *Cuando des un almuerzo o una cena, no*

185. 1 P 4, 11.
186. Lc 17, 10.
187. 2 Co 9, 7.
188. Mt 6, 3.

llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos, no sea que ellos te devuelvan la invitación, y alcances recompensa; sino que cuando des un banquete, llama a los pobres, a los débiles, a los cojos, a los ciegos; y serás feliz, porque no tienen para recompensarte[189]. Para que no den tarde lo que deben dar pronto, oigan lo que está escrito: *No digas a tu amigo: «vete y vuelve, mañana te daré», si inmediatamente puedes darle*[190]. Para que lo que poseen no lo desperdicien inútilmente, bajo apariencia de grandeza, oigan lo que está escrito: *Chorree la limosna en tu mano*[191]. Para que cuando sea necesario dar mucho, no den poco, oigan lo que está escrito: *Quien siembra parcamente, parcamente cosechará*[192]. Para no dar mucho cuando sea necesario dar poco y, después, no se impacienten por tener que soportar la escasez, oigan lo que está escrito: *No para que sea remedio de otros, sea apuro para vosotros, sino con igualdad, vuestra abundancia supla su pobreza, para que la abundancia de ellos sea suplemento a vuestra pobreza*[193].

Cuando el alma del que da no sabe soportar la escasez, si se priva de mucho, da pie a la impaciencia en sí mismo. Primero hay que preparar el alma para la paciencia y, después, ya se puede dar todo o mucho; no sea que al tener que soportar con poca ecuanimidad la escasez que le invade, se echen a perder los méritos de la limosna que se acaba de dar, o, lo que es peor, salga perdiendo el alma por la queja subsiguiente. Así, para que no dejen de dar algo a

189. Lc 14, 12-14.

190. Pr 3, 28.

191. Es extraño que los Padres citen este apotegma, tomándolo como si fuera bíblico, cuando de hecho no lo encontramos en la Sagrada Escritura. Se cita como texto bíblico en la *Didaché* 1, 6 (FuP 3, 85; BPa 50, 41) y en AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos* 146, 17 (CCL 40, 2135).

192. 2 Co 9, 6.

193. 2 Co 8, 13-14.

los que deben, oigan lo que está escrito: *A todo el que te pida da*[194].

Para que no den ni siquiera algo a los que no deben dar nada en absoluto, oigan lo que está escrito: *Da al bueno, y no aceptes al pecador; haz bien al humilde, y no te des al impío*[195]. Y también: *Coloca tu pan y tu vino sobre las sepulturas de los justos, y de ello no comas y bebas con los pecadores*[196]. Da su pan y vino a los pecadores quien reparte sus auxilios a los inicuos, precisamente porque son inicuos. Por eso, algunos ricos de este mundo, mientras el hambre atormenta a los pobres de Cristo, alimentan a comediantes[197], dándoles con abundancia. Sin embargo, quien da su pan al pecador indigente, no por ser pecador, sino por ser hombre, en verdad, no alimenta al pecador, sino a un pobre justo; ya que en él, no ama el pecado, sino su naturaleza.

También hay que exhortar a los que dan de lo suyo misericordiosamente a que, cuando por la limosna redimen los pecados cometidos, se esfuercen con vigilancia para no cometerlos más; y no consideren sobornable la justicia de Dios, creyendo que se puede pecar impunemente si ya han dado dinero por sus pecados. *Pues, es más el alma que los alimentos, el cuerpo que el vestido*[198]. Por tanto, quien da a los pobres alimento o vestido y, no obstante, se mancha el alma o el cuerpo con la maldad, ofrece a la justicia lo que es menos, y al pecado lo que es más; pues, dio cosas a Dios, pero se entregó a sí mismo al diablo.

Por otro lado, hay que aconsejar a los que intentan robar lo ajeno, que oigan atentamente lo que el señor les dirá cuando llegue el día del juicio: *Estuve hambriento, y no me dis-*

194. Lc 6, 30.

195. Si 12, 4.

196. Tb 4, 18.

197. El ejemplo de los comediantes, tomado por Gregorio, es característico del desprecio que la antigua Roma sentía por la gente que se dedicaba a las representaciones callejeras.

198. Lc 12, 23; Mt 6, 25.

teis de comer; sediento, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me acogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis[199]. A éstos los rechaza, diciendo: *Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles*[200]. Hay que destacar que no se dice que comentan robos u otras acciones violentas y, sin embargo, son entregados a los fuegos eternos del infierno. Por eso, hay que considerar a qué gran castigo serán condenados los que se quedan con lo ajeno, si con tanta severidad son amonestados los que indiscretamente retuvieron lo propio. Piensen a qué los ata lo que han robado por su pecado, si lo que no han dado les somete a tal castigo. Reflexionen qué merecerá la injusticia cometida, si la piedad no ejercida es digna de un castigo tan grande.

Oigan lo que está escrito, cuando pretenden apropiarse de lo ajeno: *¡Ay del que multiplica lo ajeno! ¿hasta cuándo hará más pesado, contra sí mismo, el denso lodo?*[201]. En verdad, hacer más pesado el denso lodo, contra el avaro, significa acumular riquezas terrenas a costa del pecado.

Cuando quieran ampliar el espacio de su casa, oigan lo que está escrito: *¡Ay del que une casa con casa y campo con campo, hasta ocupar todo el lugar! ¿Acaso habitaréis sólo vosotros en la tierra?*[202]. Como si dijera claramente: «¿hasta dónde os extenderéis, los que no podéis tener en común la misma suerte que el mundo? Oprimís a los cercanos y siempre encontráis a otros contra quienes os podéis extender».

Cuando deseen ávidamente aumentar sus dineros, oigan lo que está escrito: *El avaro no se harta de dinero; y el que ama las riquezas, no cogerá fruto apenas*[203]. Ciertamente, sacaría fruto de ellas, si quisiera distribuirlas bien, sin apegarse

199. Mt 25, 35-36.
200. Mt 25, 41.
201. Ha 2, 6.
202. Is 5, 8.
203. Qo 5, 9.

a ellas. Pero quien las retiene con apego, peca sin excepción y no saca ningún provecho.

Cuando, al mismo tiempo, se enardecen por estar repletos de toda clase de riquezas, oigan lo que está escrito: *Quien se apresura por ser rico, no será inocente*[204]. En verdad, el que ambiciona poseer más riquezas, no se interesa por evitar el pecado, y cautivado por esta mala costumbre, se preocupa de las cosas terrenas y no se da cuenta que el lazo del pecado les estrangula.

Cuando deseen cualquier ganancia del mundo presente, y se olviden de las pérdidas que sufrirán en el futuro, oigan lo que está escrito: *Herencia a la que uno se apresura desde el principio, a la postre carecerá de bendición*[205]. Y es que, en esta vida iniciamos un camino que nos ha de llevar en el último día a heredar una bendición. Por tanto, los que se apresuran desde el principio por heredar, apartan de sí la herencia de bendición del último día; porque, cuando desean enriquecerse aquí por el pecado de avaricia, se hacen allí desheredados del patrimonio eterno.

Cuando ambicionan mucho, o pueden conseguir todo lo que ambicionan, oigan lo que está escrito: *¿qué aprovecha al hombre si gana todo el mundo, pero hace detrimento a su alma?*[206]. Como si la misma Verdad dijera claramente: «¿qué aprovecha al hombre juntar todo lo que hay fuera de él mismo, si se condena lo que él mismo es?».

Sin embargo, por lo general, se corrige antes la avaricia de los rateros si, en las palabras del que les exhorta, se le muestra lo pasajera que es esta vida y, si les recuerda que los que han intentado enriquecerse en este mundo durante mucho tiempo no han podido permanecer adheridos por siempre a sus riquezas, pues una muerte repentina les ha

204. Pr 28, 20.
205. Pr 20, 21.
206. Mt 16, 26.

quitado de una vez todo lo que su maldad había acumulado poco a poco; de forma que no sólo dejan aquí lo que han arrebatado, sino que se llevan consigo para el juicio las causas de sus robos.

Así pues, oigan estos ejemplos, quienes sin duda condenan con sus palabras, para que, cuando las palabras lleguen al corazón, al menos se avergüencen de imitar a los que condenan.

21. *A los que ni se quedan con lo ajeno ni reparten de lo suyo, y a los que reparten de lo suyo sin renunciar a quedarse con lo ajeno*

De un modo hay que exhortar a los que ni se quedan con lo ajeno, ni reparten de lo suyo, y de otro a los que reparten de lo suyo sin renunciar a quedarse con lo ajeno. A los primeros hay que amonestarles para que aprendan con interés que lo que han tomado es tierra común para todos los hombres y, que, por los mismo, también produce alimentos para todos. Por lo tanto, inútilmente se creen inocentes los que reclaman para sí el don de Dios para todos. Los que, al no dar de lo que han recibido, llevan adelante la matanza de sus prójimos, porque matan casi diariamente a tantas personas como son los que mueren en pobreza, debido a que se guardan para sí los alimentos de los pobres.

Pues, cuando repartimos cualquier cosa necesaria a los pobres, no damos generosamente de lo nuestro, sino que les devolvemos lo que es suyo: realizamos un deber de justicia, más que una obra de misericordia. Por eso, la misma Verdad, cuando habla de que hay que practicar prudentemente la misericordia, dice: *Fijaos que vuestra justicia no la hagáis delante de los hombres*[207]. De acuerdo con esta senten-

207. Mt 6, 1.

cia, también dice el salmista: *Con largueza da a los pobres, su justicia permanece por siempre*[208]. Al hablar aquí de esta largueza dispensada a los pobres, prefiere no llamarla misericordia, sino justicia; porque es una cuestión de justicia que lo que se ha recibido del Señor de todas las cosas, debería usarse para el bien común. Por eso, dice Salomón: *El que es justo, da y no cesará*[209].

También hay que decirles que mediten con atención que, el severo agricultor se queja contra la higuera que no da fruto de que ocupa una parte de la tierra[210]. La higuera que no da fruto ocupa la tierra, cuando el alma del avaro guarda inútilmente lo que podría aprovechar a otros muchos. La higuera que no da fruto ocupa la tierra, cuando el lugar que otro podía ocupar para ser cultivado bajo el sol del bien obrar, lo cubre el necio con la sombra de su desidia.

Sin embargo, se suele decir algunas veces: «usamos de lo que se nos ha dado, no buscamos lo ajeno y, si no hacemos nada digno de recompensa, no obstante, no hacemos nada malo». Piensan esto, porque cierran el oído de su corazón a las palabras del cielo. Y es que, el rico del evangelio, el que se vestía de púrpura y lino, que banqueteaba espléndidamente cada día[211], no quitó nada a los demás, pero tampoco empleó fructuosamente lo suyo. Y, después de esta vida, llegó al infierno; no porque hubiese hecho positivamente el mal, sino porque se entregó del todo a obras lícitas, pero usándolas sin moderación.

Hay que aconsejar a éstos que se den cuenta de que su injuria, ante todo, se la hacen a Dios; porque mientras se dan a todos los placeres, no le ofrecen ninguna víctima expiatoria de misericordia. Por lo que el Salmista dice: *Nadie dará a Dios su propia propiciación, ni el precio de la reden-*

208. Sal 111, 9.
209. Pr 21, 26.
210. Cf. Lc 13, 7.
211. Cf. Lc 16, 19.

ción de su alma[212]. Pagar el precio de la redención es devolver una obra buena por la gracia que nos anticipó lo que tenemos. Por eso, Juan exclama, diciendo: *Ya está el hacha puesta a la raíz del árbol. Todo árbol que no dé buen fruto, será cortado y echado al fuego*[213]. Por tanto, los que se creen inocentes porque no roban lo ajeno, que se prevengan ante el golpe del hacha que está ya cercana, y pierdan la torpeza de una seguridad desprevenida; no sea que por no producir frutos de buenas obras, sean cortados de raíz, los que están plantados en la vida presente.

Por otro lado, hay que exhortar a los que reparten lo suyo, sin renunciar a robar lo ajeno, a que no deseen que les tengan por muy generosos, haciéndose peores bajo apariencia de buenos. Tales personas, al dar de lo suyo sin discreción, no sólo caen –como dijimos antes– en la impaciencia de murmurar, sino que, forzados por la escasez, llegan a caer también en la avaricia. Y entonces, ¿quién puede ser más infeliz que el alma de aquellos en quienes la generosidad engendra avaricia y la virtud les produce una cosecha de pecados? Por tanto, hay que aconsejarles que, primero, sepan usar lo suyo razonablemente y, después, no deseen poseer lo ajeno. Y es que, si no se destruye la raíz de la culpa en su mismo brote, nunca se cortará la espina de la avaricia por las ramas exuberantes.

Consecuentemente, se evita la ocasión de robar, si, en primer lugar, se ordena bien el derecho a poseer y se aprende, después, a no mezclar las obras de misericordia con el vicio de la avaricia que se le une. Pues, reclaman con violencia, lo que dieron con largueza. Una cosa es hacer misericordia por los pecados, y otra, pecar. Y ésta, nunca puede llamarse misericordia, porque no puede producir fruto dulce lo que amarga, debido a un virus maligno en su raíz. Por

212. Sal 48, 8. 213. Lc 3, 9.

eso, el Señor reprueba hasta los mismos sacrificios, diciendo por el profeta: *Yo, el Señor, amo el derecho y odio la rapiña en el holocausto*[214]. Y en otro lugar de las Escrituras se dice: *Las víctimas expiatorias de los impíos son abominables, las que se ofrecen desde la maldad*[215]. Éstos también quitan frecuentemente a los pobres lo que ofrecen a Dios. Pero como dijo cierto sabio, el Señor los rechaza con mucha indignación: *El que ofrece sacrificio de la hacienda del pobre, es como el que degüella a un hijo a la vista de su padre*[216]. ¿Qué puede ser más intolerable que la muerte de un hijo ante los ojos de su padre? Con esto, pues, se muestra con qué enfado contempla este sacrificio, que se compara con el dolor de un padre afligido por su hijo.

Generalmente, ellos consideran cuánto dan, pero evitan pensar en lo que roban. Llevan cuentas de los favores que hacen, pero no de sus culpas. Así pues, oigan lo que está escrito: *El que juntó los salarios, los metió en saco agujereado*[217]. Cuando el dinero se mete en saco agujereado, se ve. Pero, cuando se pierde, no se ve. Por tanto, los que están pendientes de cuánto dan, pero no de cuánto quitan, echan sus limosnas en saco agujereado; porque las echan con la esperanza de que estarán seguras, pero las pierden por no fijarse.

22. *A los que viven en discordia y a los que viven en paz*

De un modo hay que exhortar a los que viven en discordia, y de otro a los que viven en paz. A los primeros hay que amonestarles para que sepan con toda certeza que, por más que quieran tener virtudes, no podrán de ningún

214. Is 61, 8.
215. Pr 21, 27.
216. Si 34, 24.
217. Ag 1, 6.

modo hacerse espirituales, si rechazan vivir unidos a los demás en concordia. Está escrito: *Pues el fruto del espíritu es la caridad, el gozo, la paz*[218]. El que no se preocupa por mantener la paz, rechaza producir los frutos del espíritu. Por eso, dice Pablo: *Mientras haya entre vosotros competencia y discordia, ¿no sois aún carnales?*[219]. Y en otra parte: *Procurad la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor*[220]. Y amonesta de nuevo, diciendo: *Estad solícitos para conservar la unidad en el vínculo de la paz: Un cuerpo, un espíritu, como una es la esperanza en la que habéis sido llamados a vuestra vocación*[221]. Por tanto, no se llega a la esperanza única a la que hemos sido llamados, si no se corre hacia ella con el alma unida a los demás.

Con frecuencia, algunos que reciben ciertos dones especiales, se ensoberbecen y pierden el don de la concordia, que es más valioso. Así, por ejemplo, hay quien domina su carne refrenando la gula, pero tiene en menos vivir en concordia con los que supera en abstinencia. No obstante, el que separa la concordia de la abstinencia debería atender al salmista que dice: *Alabadle con el tamboril y a coro*[222]. En el tamboril resuena la piel seca al ser golpeada. En cambio, en el coro, las voces son reunidas en concordia. Por tanto, todo el que mortifica su cuerpo y carece de concordia, alaba ciertamente a Dios con el tamboril, pero no a coro.

Muchas veces, algunos dotados de mayor inteligencia, se ensoberbecen distanciándose del resto de la sociedad; y, teniéndose por los que más saben, se equivocan en cuanto a la virtud de la concordia. Por eso, oigan lo que dice la misma Verdad: *Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros*[223].

218. Ga 5, 22.
219. 1 Co 3, 3.
220. Hb 12, 14.
221. Ef 4, 3-4.
222. Sal 150, 4.
223. Mc 9, 49.

La sal sin paz no es un don de virtud, sino causa de condenación. De hecho, peca más gravemente quien más sabe; y, por eso mismo, merecerá el castigo sin excusa, porque si prudentemente hubiese querido, hubiese podido evitar el pecado. Bien les dice Santiago a éstos: *Si tenéis amarga envidia y contiendas en vuestro corazón, no os queráis gloriar, ni mintáis contra la verdad. Esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino que es terrena, animal, diabólica. En cambio, la sabiduría de lo alto es primero pura y después pacífica*[224]. Evidentemente es pura, porque piensa castamente; y es pacífica, porque de ningún modo se desune de la sociedad de sus prójimos, a causa de la soberbia.

También hay que amonestarles para que sepan que, mientras no vivan concordes en caridad con los demás, no ofrecen ningún sacrificio de buenas obras a Dios. Está escrito: *Si llevas tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a llevar tu ofrenda*[225]. Debemos darnos cuenta, por esta enseñanza, qué intolerable se ve su falta, cuando se rechazan sus sacrificios. Y, sabiendo que todas las obras malas se borran con las buenas siguientes, consideremos qué malas son las faltas de discordia; pues, no permiten que siga el bien, si no han sido totalmente extinguidas.

Hay que decirles también, que si cierran sus oídos a los mandatos del cielo, deberían abrir sus almas para ver lo que ocurre en los seres más inferiores. A menudo, las aves de un mismo género no se separan unas de otras, sino que vuelan juntas; y las bestias también pacen juntas. Si consideramos bien el caso, la naturaleza irracional de acuerdo consigo misma indica cuánto mal comete la criatura racional por

224. St 3, 14-15. 17. 225. Mt 5, 23-24.

medio de la discordia, cuando pierde, movida por la razón[226], lo que su instinto natural le lleva a conservar.

Por otro lado, hay que exhortar a los que viven en paz, a que no amen más de lo necesario esa paz que poseen; no sea que no quieran alcanzar la perpetua. Y es que, generalmente, la tranquilidad de la vida tienta más gravemente las aspiraciones del alma. Es decir, que cuando la vida que se tiene resulta poco molesta, se ama menos la que no se tiene; pues, cuanto más deleita lo temporal, menos se procura lo eterno. Por eso, la Verdad misma, distinguió entre la paz terrena y la celeste, para estimular a sus discípulos desde la paz presente a la futura, diciéndoles: *La paz os dejo, mi paz os doy*[227]. Es decir, *dejo* la paz transitoria y os *doy* la eterna[228]. Si el corazón se apega a la que deja, nunca llegará a la que da. Por eso, la paz que se tiene aquí se debe tener de tal manera que se ame, y a la vez, se menosprecie; a fin de que el alma que la ama, no se deje coger por la culpa, si la ama sin moderación.

226. El texto latino dice *a rationis intentione perdidit*. Ch. Morel, entiende la preposición «a» con un valor privativo y traduce «se soustrayant à la tendance de la raison» (cf. SC 382, 407; n. 1). Creemos, sin embargo, que es más exacto conceder a la preposición su valor habitual. Gregorio, en efecto, subraya la paradoja de la condición humana, que siendo racional, puede utilizar su razón en contra del impulso natural que le lleva a la sociabilidad y a la concordia.

227. Jn 14, 27.

228. Gregorio interpreta *dejar* (en la Vulgata *relinquo*) en el sentido de «abandonar», «desechar». En *Libros Morales* (Mor 6, 53: CCL 143, 322), se explica que la paz *dejada* por el Salvador es sólo una paz inicial, consistente en la tranquilidad terrena del hombre con su Creador; mientras que la paz *dada* es una paz perfecta, consistente en la visión beatífica en el Cielo: «Nuestra paz se inicia con el deseo del Creador, se completa con la visión manifiesta. Será plena cuando nuestra mente no esté cegada por la ignorancia ni se vea afligida con los combates de la carne».

También hay que amonestar a los aplacados, para que no dejen de reprender la mala conducta de los hombres, por desear demasiado la paz humana; ni se aparten de la paz del Creador, por consentir con los perversos; ni anulen la paz interior, por miedo exterior a las disputas humanas. Pues, ¿qué es la paz transitoria, sino un vestigio de la eterna? Por consiguiente, ¿qué puede haber más demencial que amar las huellas impresas en el polvo, y no amar a quien las dejó impresas?

Por eso David, cuando lo restringía todo a los pactos de la paz interior, afirmó que no tenía concordia con los malvados, diciendo: *¿Acaso no odio, Dios, a los que te odian y me consumían tus enemigos?*[229]. Haber odiado a los enemigos de Dios significa amarlos como criaturas suyas, pero increpar lo que hacen. Y es que, reprobar la conducta de los malvados es provechoso para sus vidas.

Por tanto, cuando dejamos de reprender a los malvados, debemos tener en cuenta qué gran culpa es mantenerse en paz con ellos, puesto que un profeta tan importante ofreció a Dios como sacrificio el haber excitado contra sí la enemistad de los malvados en nombre de Dios. Por esto, la tribu de Leví, cuando tomó las espadas y pasó por en medio del campamento, no quiso perdonar a los pecadores que debían ser castigados; pues, sus manos habían sido consagradas a Dios[230]. Así, Pinjás, desdeñando el favor de sus conciudadanos, castigó al que se juntó con la madianita; y por medio de su ira, aplacó la ira de Dios[231]. La misma Verdad dice: *No penséis que he venido a enviar la paz a la tierra. No vine a enviar la paz, sino la espada*[232]. Y es que, cuan-

229. Sal 138, 21-22.

230. Cf. Ex 32, 27ss.

231. Cf. Nm 25, 7ss. Pinjás, hijo de Eleazar, sacerdote israelita contemporáneo de Moisés, participante en la lucha contra los madianitas (cf. Nm 31, 6-12). Debido a su celo por Yahveh le fue garantizado un sacerdocio vitalicio (cf. Nm 25, 6-13; 1 M 2, 26).

232. Mt 10, 34.

do imprudentemente hacemos amistad con los malvados, nos enredamos en sus culpas. Por eso, a Josafat, que es recomendado por el testimonio de su vida pasada, se le echa en cara su amistad con el rey Acab, como si estuviese dispuesto a perecer. El Señor le dice por el profeta: *Prestas auxilio al impío, y con éstos que odian al Señor tienes amistad; por tanto, mereces la ira del Señor, pero se han hallado en ti obras buenas, pues arrancaste los bosques sagrados de la tierra de Judá*[233]. Evidentemente, nuestra vida discrepa ya de una armonía con Él, que es sumamente justo, a causa de nuestras amistades con los malvados.

También hay que decirles, que no tengan miedo de perturbar su paz temporal, por lanzarse a corregir de palabra. Deben guardar interiormente esa paz que exteriormente se turba por la corrección verbal. David declara haber guardado prudentemente las dos, cuando dice: *Con estos que odian la paz, era pacífico, cuando les hablaba, me contrariaban graciosamente*[234].

He aquí que cuando él hablaba, se le oponían y, no obstante, era pacífico; porque ni dejaba de reprender a los equivocados, ni de amar a los reprendidos. Por eso, también dice Pablo: *Si fuera posible, en lo que dependa de vosotros, tened paz con todos los hombres*[235]. Con el fin de exhortar a sus discípulos a que tuvieran paz con todos los hombres, les dijo previamente: *Si fuera posible*, y además: *En lo que dependa de vosotros*. Pues, ciertamente, era difícil que pudieran tener paz con todos, si corregían sus malas acciones. No obstante, cuando la paz temporal se vea confundida en los corazones de los malvados por nuestra corrección, es necesario que en los nuestros se mantenga intacta. Por eso, dejó bien claro: *En lo que dependa de vosotros*. Como si dijera:

233. 2 Cro 19, 2-3.
234. Sal 119, 7.
235. Rm 12, 18.

«la paz subsiste por el acuerdo de dos partes, si la rechazan los que son corregidos, que se mantenga, sin embargo, en las almas de los que hacen la corrección». Por eso, aconseja lo mismo a otros discípulos, diciéndoles: *Si alguno no obedece a nuestra palabra, escrita en esta carta; señaladle y no tratéis con él, para que se avergüence*[236]. Y en seguida añade: *Y no le estiméis como enemigo, sino corregidle como a hermano*[237]. Como si diese a entender: «romped la paz exterior con él, pero conservad la interior cordialmente para con él; de modo que vuestra discordia golpee el alma del pecador y la paz no se aparte de vuestros corazones, aun cuando sea rechazada».

23. *A los sembradores de discordias y a los pacificadores*

De un modo hay que exhortar a los sembradores de paz, y de otro a los pacificadores. A los primeros hay que decirles que se den cuenta de a quién siguen; pues, está escrito –cuando se halló cizaña mezclada con el trigo– acerca del ángel rebelde: *Algún enemigo ha hecho esto*[238]. Y Salomón dice de uno de sus cómplices: *Un hombre apóstata, varón inútil, anda con la boca torcida, guiña el ojo, arrastra los pies, habla con los dedos, en su corazón malvado maquina el mal, y en toda ocasión siembra pleitos*[239]. He ahí que, primero, quiso llamar apóstata a quien siembra discordias; porque si no hubiese caído interiormente como el ángel soberbio ante la presencia del Creador, después no habría llegado a sembrar discordias exteriormente. Bien se le describe como hombre que guiña el ojo, arrastra los pies, habla con los dedos. Puesto que es lo interior lo que mantiene en

236. 2 Ts 3, 14.
237. 2 Ts 3, 15.
238. Mt 13, 28.
239. Pr 6, 12-14.

orden los miembros externos, por tanto, el que ha perdido la estabilidad del alma, consiguientemente, se desparrama hacia fuera, movido por la inconstancia; y con su movilidad exterior da a entender que, interiormente, no se mantiene en pie desde la raíz de la estabilidad.

Oigan, pues, los sembradores de discordias, lo que está escrito: *Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios*[240]. Deduzcan que, si los que trabajan por la paz son llamados hijos de Dios, los que la perturban, sin duda serán confundidos con hijos de Satanás. De hecho, todos los que se separan por la discordia de la savia del amor, se secan. Aunque en su conducta produzcan frutos buenos, sin embargo, no valen nada; porque no nacen de la unidad de la caridad. Y, por eso, tengan éstos en cuenta que pecan de modo múltiple; pues, al cometer una maldad, al mismo tiempo, erradican del corazón humano todas las demás virtudes. Con un solo mal hacen muchos, porque al sembrar la discordia apagan la caridad que, de hecho, es la madre de todas las virtudes. Nada es más precioso para Dios que la virtud de la caridad; ni nada es más deseable para el diablo que extinguir la caridad. Por consiguiente, todo el que sembrando discordias destruye el amor al prójimo, sirve al enemigo de Dios, como si fuera su amigo íntimo. Y es que, por la pérdida de aquella virtud cayó el diablo; y, por eso, trata de quitarla de los corazones de aquellos a los que ha herido, cortándoles el camino de su ascensión.

Por otro lado, hay que aconsejarles a los pacificadores, que no rebajen el valor de su misión, si no saben entre quiénes deberían establecer la paz. Pues, lo mismo que hace mucho daño la falta de unidad entre los buenos, también lo hace si esta unidad no falta entre los malvados. Por tanto,

240. Mt 5, 9.

si la paz se asienta en la maldad de los perversos, con toda seguridad, aumenta el poder de sus malas acciones; porque al estar de acuerdo en la maldad, acometen más eficazmente, afligiendo a los buenos.

Por esto, la palabra divina dice del bienaventurado Job, contra los predicadores de aquel vaso de perdición, es decir, del anticristo: *Los miembros de su cuerpo están bien unidos entre sí*[241]. Y dice con el símbolo de las escamas, acerca de sus acompañantes: *La una a la otra se une, que ni un soplo pasa entre ellas*[242]. Sus secuaces, por no estar divididos entre sí –por eso mismo– se unen con más fuerza, en perjuicio de los buenos. Por tanto, un hombre que se asocia con los malvados en paz, añade gravedad a su maldad; porque empeora a los buenos, a quienes persigue unánimemente.

El gran predicador, sorprendido por una grave persecución entre fariseos y saduceos, viéndoles firmemente unidos contra él, intentó provocar una división entre ellos, diciendo: *Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos, se me juzga por esperar la resurrección de los muertos*[243]. Como los saduceos negaban la esperanza de la resurrección de los muertos y los fariseos creían en ella según las enseñanzas de la Sagrada Escritura, se introdujo la discordia en la unanimidad de los perseguidores; y, dividida la multitud que le detuvo cuando estaba unida, Pablo logró salir ileso.

Así pues, hay que exhortar a los que se dedican a procurar la paz, a que infundan antes el amor de la paz interior en las almas de los malvados; a fin de que, después, les pueda ser provechosa la paz exterior. Mientras sus corazones aún están inseguros en la apreciación de la paz interior, de ningún modo deberían apresurarse a la maldad, adoptando la paz exterior; y mientras están preparándose para la

241. Jb 41, 14.
242. Jb 41, 7.
243. Hch 23, 6.

paz del cielo, tampoco deberían poner la paz terrena al servicio de su perversión.

Ahora bien, a algunos perversos, que son incapaces de hacer daño a los buenos, aunque quisiesen, se les debe ofrecer primero la paz terrena, aun antes de que puedan conocer la paz del cielo. De modo que, los que exasperan su malvada impiedad contra el amor de Dios, puedan -al menos- disponerse por medio del amor al prójimo. Y así, como pasando de lo peor a lo mejor, puedan alcanzar la paz que aún está tan lejos de ellos, la paz de su Creador.

24. *A los que no comprenden bien la Ley santa, y a los que la entienden pero la enseñan sin humildad*

De un modo hay que exhortar a los que no comprenden bien la Ley santa, y de otro a los que la entienden bien, pero no la enseñan con humildad. Hay que exhortar a los primeros a que tengan en cuenta que convierten un vaso de vino sanísimo en copa de veneno para ellos, y se hacen una herida mortal con un arma medicinal, cuando destruyen las cosa sanas de por sí, por mantener lo que debieron cortar en atención a su salud. Hay que aconsejarles que consideren que la Sagrada Escritura está puesta como lámpara para nosotros en la noche de la vida presente; cuyas palabras, cuando no se entienden correctamente, se oscurecen en medio de la luz. Es decir, a éstos, una mala intención no les hubiese arrastrado a una mala comprensión, si no fuera porque se han inflado previamente de soberbia. Al creerse más sabios que los demás, desprecian seguir a otros hacia una mejor inteligencia. Como quieren obtener para sí –a la fuerza– el nombre de sabios ante el pueblo ignorante, procuran por todos los medios desacreditar lo que correctamente han entendido otros, y sostener sus perversos puntos de vista.

Bien dijo el profeta: *Desgarraron a las preñadas de Galaad, para ensanchar su territorio*[244]. Galaad significa «montón del testimonio»[245]. Y como toda la comunión de la Iglesia al mismo tiempo, sirve por su confesión como testimonio de la verdad, no es forzado entender por Galaad a la Iglesia, que por boca de todos sus fieles atestigua acerca de Dios lo que hay de verdad[246]. En cambio, por preñadas se entienden las almas que, por amor divino, conciben la comprensión de la palabra. Estas almas, si llegan a tiempo a su perfección, han de dar a luz la palabra concebida, poniéndola de manifiesto en sus obras. Ensanchar sus territorios significa extender la fama de su propia opinión. Por tanto, desgarraron a las preñadas de Galaad para ensanchar sus territorios, porque, efectivamente, los herejes hacen perecer, por su perversa predicación, las almas de los fieles que habían concebido algo de la verdad. Y así, extienden su fama de sabios. Además, con la espada del error cortan los corazones de los niños fecundados por la concepción de la palabra, convirtiendo su opinión en doctrina.

Por consiguiente, cuando intentamos enseñarles que no piensen equivocadamente, primero es necesario que les aconsejemos que no busquen la vanagloria. Pues, si cortamos la raíz de su soberbia, consecuentemente se secarán las ramas de sus falsas afirmaciones. También hay que decirles que tengan cuidado de no convertir, engendrando errores y discordias, la misma ley de Dios en sacrificio a Satanás; pues se dio para prohibir, precisamente, los sacrificios a Satanás. Por

244. Am 1, 13.

245. Cf. Gn 31, 47ss. *Acervus testimonii* significa literalmente el «montón del testimonio». Se entiende el montón de piedras sobre el que comieron Labán, Jacob y sus hermanos. Ese montón sirvió de testigo en el pacto realizado entre Labán y Jacob.

246 Para Gregorio, la Iglesia, en cuanto comunión, es depositaria de la fe, testigo de la revelación, lugar de la presencia del que es la Verdad.

eso, se queja el Señor, diciendo por el profeta: *Les di trigo, vino y aceite, les multipliqué la plata y el oro, que ofrecieron a Baal*[247]. Recibimos el trigo de Dios, cuando, en los más oscuros pasajes, sustituimos la cáscara de la letra y percibimos, a través de la fuerza interior del Espíritu, el más profundo significado de la Ley. El Señor nos da su vino, cuando nos embriaga con la sublime predicación de su Escritura. Nos da su aceite, cuando ordena nuestra vida con suave ternura por sus preceptos más llanos. Multiplica la plata, cuando nos suministra su palabra llena del resplandor de la verdad. Y nos enriquece con oro, cuando irradia a nuestros corazones la comprensión de su supremo esplendor.

Los herejes ofrecen todo esto a Baal, porque pervierten los corazones de sus oyentes con todas estas materias, que han entendido completamente al revés. Y tanto el trigo de Dios, como su vino y su aceite, así como su plata y su oro ofrecen en sacrificio a Satanás; porque las palabras de paz las desvían hacia el error de la discordia. Hay que amonestarles para que se den cuenta de que, mientras la perversidad de sus mentes engendre discordia a partir de los preceptos de la paz, ellos mismos, ante el justo juicio de Dios, encontrarán la muerte por las palabras de vida.

Por otro lado, hay que exhortar a los que entienden correctamente la Ley de Dios, pero no la enseñan con humildad, a que antes de que ellos expliquen a otros la palabra de Dios, se examinen a sí mismos; no sea que, pendientes de las acciones de los demás, se abandonen ellos mismos y, aunque entiendan correctamente toda la Escritura, se olviden sólo de lo que ella dice a los soberbios. En verdad, les ocurre como a un ímprobo e ignorante médico que desea curar a alguien, pero desconoce su propia enfermedad. Por tanto, a los que no expresan la palabra de Dios con humil-

247. Os 2, 8.

dad, hay que amonestarles para que, al aplicar remedios a un enfermo, cuiden el virus de su propia infección; no sea que, mientras intentan curar a otros, mueran ellos.

También hay que decirles, que se fijen si está en desacuerdo su modo de expresarse y aquello que dicen. No sea que prediquen una cosa con sus palabras y otra con sus obras. Por eso, oigan lo que dice la Escritura: *Si alguno habla, que lo haga como predicaciones de Dios*[248]. Por tanto, los que no tienen como propias las palabras que predican, ¿por qué se enorgullecen como si fueran suyas? Oigan lo que está escrito: *Como de parte de Dios y en presencia de Dios, hablamos en Cristo*[249]. Como de parte de Dios y en su presencia, habla el que entiende la palabra de predicación que recibe de Dios y, con ella, busca agradar a Dios y no a los hombres. Oigan lo que está escrito: *Abominación del Señor es todo arrogante*[250]. Pues, está claro que, mientras se busca la propia gloria en la palabra de Dios, se usurpa el derecho del Dador, y no se teme preferir los elogios para sí, antes que para Él, de quien se ha recibido todo aquello por lo que los demás le alaban.

Oigan lo que dice Salomón a los predicadores: *Bebe el agua de tu cisterna, la que fluye de tu pozo. Rebosen por fuera tus fuentes, y se esparzan las aguas por las plazas. Tenlas para ti sólo, no participen contigo los extraños*[251]. El predicador bebe el agua de su cisterna cuando, al examinar su corazón, se escucha antes a sí mismo. Bebe el agua que fluye de su pozo, cuando se inunda con el riesgo de su propia palabra. Donde bien se añade: *Rebosen por fuera tus fuentes, y se esparzan las aguas por las plazas*. Pues, es justo que él beba primero y, después, dé a los demás de beber en la predicación. Rebosar por fuera las fuentes significa infundir

248. 1 P 4, 11.
249. 2 Co 2, 17.
250. Pr 16, 5.
251. Pr 5, 15-17.

exteriormente en los otros la eficacia de su predicación. En cambio, espacir las aguas por las plazas significa repartir la palabra divina entre la gran muchedumbre de oyentes, adaptándose a la condición de cada uno. Y, porque, normalmente, asalta el deseo de vanagloria, cuando la palabra de Dios está corriendo como buena noticia para muchos, después que se ha dicho: *Y se esparzan las aguas por las plazas*, bien se sigue: *Tenlas para ti sólo, no participen contigo los extraños*. Llama extraños especialmente a los espíritus malignos, a aquellos de quienes dice el profeta, por las palabras de un hombre tentado: *Se levantaron contra mí los extraños, buscaron con rabia mi alma*[252]. Por eso, dijo: *y se esparzan las aguas por las plazas*, pero *tenlas para ti sólo*. Como si dijera claramente: «es necesario que salgas a realizar el servicio de la predicación, pero de tal modo que no te unas a los espíritus inmundos por medio de la soberbia, ni admitas a tus enemigos a participar en el ministerio de la palabra de Dios». Por tanto, esparcimos las aguas por las plazas, y no obstante, las guardamos sólo para nosotros, cuando difundimos abundantemente la predicación al exterior y, sin embargo, por nada del mundo ambicionamos alcanzar las alabanzas de los hombres.

25. *A los que no predican por humildad y a los que se precipitan para predicar*

De un modo hay que exhortar a los que pueden predicar dignamente pero no lo hacen por excesiva humildad, y de otro a los que la precipitación les empuja a predicar, aunque se lo impida su imperfección o su edad. A los primeros hay que exhortarles a que se den cuenta de cuánto pier-

252. Sal 53, 5.

den en cuestiones más importantes, por preocuparse más de las de menos importancia. Si éstos mismos escondieran el dinero que tuvieran ante los prójimos necesitados, se harían –sin ninguna duda– cómplices de su calamidad. Por tanto, consideren de qué delito se hacen culpables los que esconden los remedios vitales para las almas que se mueren, cuando no les dan la palabra de la predicación a esos hermanos pecadores. Por eso, cierto sabio dice con razón: *Sabiduría escondida y tesoro invisible, ¿qué utilidad hay en ambos?*[253]. Si el hambre acosara a los pueblos[254] y ellos mismos conservaran los trigos escondidos, indudablemente actuarían como autores de su muerte. Consecuentemente, consideren con qué pena deben ser castigados los que, mientras las almas se mueren a causa del hambre de la palabra, no administran el pan de la gracia que han recibido. Por eso, bien dice Salomón: *Quien esconde el trigo, es maldecido en el pueblo*[255]. Esconder el trigo significa retener uno mismo las palabras de predicación. Y esto, lo maldice el pueblo, porque por la sola falta de su silencio es reo del castigo de todos aquellos a los que pudo haber corregido.

Los que conocen perfectamente la ciencia de la medicina y reconocen la herida que hay que curar, pero rechazan sanarla, sin duda alguna, cometen pecado de homicidio por omisión. Por tanto, vean que se enredan en una gran culpa, quienes, conociendo las heridas de las almas, se niegan a curarlas con el filo de la palabra. Bien dice el profeta: *Maldi-*

253. Si 20, 30 según LXX.

254. A Gregorio, siendo Papa, le tocó proveer de alimentos a la población romana, afectada por el hambre que siguió a la peste; así como los problemas que acarrearon las inmigraciones de pueblos del norte de Roma, que huían de los lombardos. En alguna ocasión pidió provisión de trigo a Sicilia para paliar estos males. Este desvivirse por su pueblo le mereció el sobrenombre de «Papa de la caridad».

255. Pr 11, 26.

to el que prive a su espada de sangre[256]. Privar la espada de sangre significa prohibir, a la palabra de la predicación, matar la vida carnal. Además, se dice de esta espada: *Y mi espada comerá carne*[257].

Así pues, éstos, cuando escondan en sí mismos la palabra de la predicación, oigan las divinas sentencias en contra suya, a fin de que el temor de Dios arroje de sus corazones el temor de predicar[258]. Oigan, por ejemplo, que el que no quiso negociar su talento lo perdió, y además recibió su condena[259]. Oigan cómo Pablo no se creyó responsable de la sangre de sus prójimos y, por eso, no cesó de hablar contra los vicios de los que tenían que ser reprendidos, diciéndoles: *Os testifico en el día de hoy, que limpio estoy de toda sangre; pues no me acobardé para impedir que os anunciara todo consejo de Dios*[260]. Oigan cómo una voz angélica amonesta a Juan: *El que oiga, diga: «ven»*[261]. Es decir, que el que haya oído la voz interior, eleve su propia voz y llame a otro allí adonde él mismo es llevado. No sea que acercándose al que le llamó, le encuentre con las manos vacías.

También oigan cómo Isaías, que interrumpió el ministerio de la palabra iluminado por una luz de lo alto, se reprende a sí mismo con un gran grito de arrepentimiento, exclamando: *¡Ay de mí, porque callé!*[262]. Oigan las palabras

256. Jr 48, 10.

257. Dt 32, 42.

258. En siete sentencias precedidas de *audiant*, se reprende a los pastores negligentes. Al respecto comenta G. CREMASCOLI: «En siete sentencias, con frases bíblicas, se describe la culpa de los que se cierran en el silencio en lugar de proclamar la palabra de Dios. La estructura de cada sentencia sigue esquemas prácticamente idénticos, en un discurso que tiene toda la fuerza del estilo profético»: *La Bibbia nella Regola Pastorale di San Gregorio Magno*, en «Vetera Christianorum» 6 (1969), 49.

259. Cf. Mt 25, 24ss.

260. Hch 20, 26-27.

261. Ap 22, 17.

262. Is 6, 5.

de Salomón, cómo le promete multiplicar la ciencia de la predicación en aquel que no tenga el vicio de la pereza en aquello que ya consiguió, pues dice: *Alma que bendice será colmada, y el que sacia la sed, también él será saciado*[263]. Y es que, el que bendice por su predicación, recibe un aumento total de bienes interiores; y, mientras no cesa de saciar el alma de sus oyentes con la bebida de la palabra, él mismo es saciado con la bebida de una gracia multiplicada.

Oigan cómo David ofreció esto a Dios como don. Es decir, que no escondió el don de la predicación que había recibido, diciendo: *He aquí que no he contenido mis labios; Señor, tú lo sabes; no escondí tu justicia en mi corazón, he proclamado tu verdad y tu salvación*[264]. Oigan cómo en el diálogo del esposo con la esposa, se dice: *Tú que habitas en los huertos, te oyen mis amigos; hazme oír tu voz*[265]. En verdad, la Iglesia habita en los huertos; pues, conserva en verdor interno las plantas frescas de las virtudes que ha cultivado. Que los amigos oyen su voz significa que todos los elegidos desean oír las palabras de su predicación. También el esposo desea oír su voz, pues anhela predicar a las almas de sus elegidos.

Oigan cómo Moisés, cuando vio a Dios airado con el pueblo y que le mandó tomar la espada para castigarlo, advirtió que se pusieran de parte de Dios los que castigasen, sin vacilar, los crímenes de los malvados, diciendo: *Si alguno es del Señor, se una a mí; cíñase el varón su espada sobre su pierna; id y repasad de puerta en puerta, por medio del campamento, y mate cada uno a su hermano, a su amigo y a su vecino*[266]. Ceñirse la espada a la pierna significa preferir el celo por la predicación que los placeres de la carne; de manera que quien quiera hablar de cuestiones santas,

263. Pr 11, 25.
264. Sal 39, 10-11.
265. Ct 8, 13.
266. Ex 32, 26-27.

tiene que vencer las tentaciones ilícitas. Pasar de puerta en puerta significa pasar de un vicio a otro, por los que la muerte penetra en el alma. Pasar por medio del campamento significa vivir en la Iglesia con una ecuanimidad tal, que sea capaz de reprochar las faltas de los pecadores, y no dejarse llevar en favor de ninguno. Por eso, añade con razón: *Mate cada uno a su hermano, a su amigo, a su vecino.* Es decir, mata a su hermano, a su amigo, a su vecino, el que descubriendo en ellos algo que debiera ser corregido, no usa la espada de la reprensión con aquellos que ama debido al parentesco. Por tanto, si se dice que pertenece a Dios quien, por el celo del amor de Dios se mueve a combatir los vicios; verdaderamente, niega ser de Dios quien, siendo capaz de decirlo, rehusa reprender la vida de los carnales.

Por el contrario, deben ser amonestados los que se precipitan a predicar a pesar del cargo, torpeza o edad; para que al cargar precipitadamente sobre sí el peso de tan gran ministerio, no se cierren en lo sucesivo a una posible mejora. No sea que, por lanzarse inoportunamente a hacer algo para lo que no valen, echen a perder incluso lo que podían haber hecho a su tiempo y pongan de manifiesto su ignorancia en lo que intentan exponer a destiempo.

Hay que amonestarles para que tengan en cuenta que los polluelos de aves, si quieren volar antes de que sus alas estén preparadas, por querer alcanzar lo alto, caen precipitadamente al suelo. Y que con las construcciones recién hechas y aún no consolidadas, si no se les pone encima los techos, no se fabrica una casa, sino ruinas. Además, que si las hembras dan a luz los hijos que han concebido, antes de que estén plenamente formados, no llenan las casas, sino las sepulturas.

Por esto, la misma Verdad, que había podido perfeccionar en un momento a los que hubiese querido, una vez instruidos los discípulos acerca de la eficacia de la predicación, con el fin de que los imperfectos no se atrevieran a predi-

car, dijo a continuación: *Vosotros, asentaos en la ciudad hasta que seáis investidos con la virtud de lo alto*[267]. Ciertamente, nos asentamos en la ciudad, cuando nos quedamos en el interior de nuestras almas y no divagamos hablando al pueblo, para que, cuando seamos investidos perfectamente con la virtud de lo alto, entonces salgamos fuera de nosotros mismos, incluso para instruir a los demás. Por eso, dice cierto sabio: *Adolescente, apenas hables en tu causa; si dos veces se te pregunta, tenga sentido tu respuesta*[268]. Por eso, nuestro Redentor, aunque sea el Creador y esté en el cielo, es siempre el maestro de ángeles por la manifestación de su poder; y, sin embargo, no quiso ser maestro de nadie en la tierra, hasta los treinta años. Evidentemente, para infundir a los precipitados un sanísimo temor; ya que quien no podía perder la gracia de la vida perfecta, no predicó hasta tener una edad madura. Pues, está escrito: *Cuando tenía doce años, se quedó el niño Jesús en Jerusalén*[269]. Y poco después se añade que, buscado por sus padres: *Lo encontraron en el templo sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles*[270].

Así pues, hay que considerar con aguda reflexión que, cuando Jesús tenía doce años, sentado en medio de los maestros, no enseñaba, sino que estaba haciendo preguntas. Este ejemplo muestra que nadie debe atreverse a enseñar; puesto que aquel niño, que por su divinidad administró palabra de ciencia a los mismos doctores, quiso ser enseñado haciendo preguntas. Pues, como dice Pablo a su discípulo: *Predica y enseña estas cosas; nadie menosprecie tu adolescencia*[271]. También hay que tener en cuenta que en la Sagrada Escritura alguna vez se llama a la juventud adoles-

267. Lc 24, 49.
268. Si 32, 10-11.
269. Lc 2, 42-43.
270. Lc 2, 46.
271. 1 Tm 4, 11-12.

cencia. Esto se demuestra en seguida, si se traen a colación las palabras de Salomón, que dice: *Gózate joven en tu adolescencia*[272]. Si no juzgase que ambas cosas son la misma, no hubiera llamado joven al que aconsejaba en su adolescencia.

26. *A los que prosperan y a los que fracasan*

De un modo hay que exhortar a los que prosperan en aquello que desean según el mundo, y de otro a los que, deseando lo que es del mundo, se cansan por la contrariedad de sus esfuerzos. Hay que amonestar a los que prosperan en lo que apetecen mundanamente, para que no descuiden buscar al Dador, una vez que tengan todo lo que desean, ni fijen su mente en aquello que se les da. No sea que, en lugar de la patria, amen el peregrinar, cambien lo que son ayudas para el camino en obstáculos para llegar, o rehuyan contemplar la claridad del sol deleitados por la luz nocturna de la luna. Por tanto, se les debe aconsejar que consideren todo lo que consiguen en este mundo, como un consuelo para la fatiga y no como un premio de recompensa[273]. Alcen, pues, sus mentes frente a los halagos del mundo para que no sucumban en ellos por la complacencia del corazón.

272. Qo 11, 9. En la cultura romana se distinguían cinco edades o períodos de la vida humana: 1) *Pueritia*, infancia: comprendía hasta los 15 (17) años; 2) *Adolescentia*, primera juventud: comprendía hasta los 20 o incluso 30 años; 3) *Iuventus*, juventud: comprendía desde los 20 (30) años hasta los 40 (45); 4) *Aetas seniorum*, madurez: se consideraba la mejor edad, comprendía desde los 40 (45) a los 60; 5) *Senectus*, vejez: comenzaba con los 61 años. En el presente pasaje Gregorio sugiere que en la *Vulgata* no siempre se hace distinción entre *adolescentia* y *iuventus*; por eso, se pueden alternar los términos. Cf. Hm Ez 1, 2, 3 (CCL 142, 19).

273. Gregorio no cree que los bienes conseguidos en este mundo sean señal de predestinación.

Todo el que en el juicio de su corazón no pone freno a la prosperidad de que disfruta, en favor del amor a la vida mejor, convierte el halago de la vida pasajera en ocasión de muerte perpetua.

De ahí que, figurados en los idumeos, se increpe a los que, vencidos por su propia prosperidad, se alegran de su mundana fortuna, diciendo: *Se han atribuido mi tierra en heredad, con gozo, y con todo el corazón y toda el alma*[274]. De estas palabras se deduce que son heridos con severa reprensión, no sólo porque se alegran, sino además, porque lo hacen con todo el alma y el corazón. Por eso, dijo Salomón: *Su aversión a los pequeños los matará, y la prosperidad de los necios les perderá*[275]. También Pablo amonesta diciendo: *Los que compran, como si no poseyesen, y los que se sirven de este mundo, como si no se sirviesen de él*[276]. Está claro que esto se dice para que aquello que tenemos en abundancia lo pongamos a nuestro servicio, en la medida en que no nos aparte, por el afán de placer, de los bienes supremos. No ocurra que, aliviando la fatiga de la peregrinación interior, se presenten tales bienes como un refugio para los que estamos en el destierro, y nos alegremos en lo que es transitorio como si fuéramos felices; nosotros, que mientras estamos separados de los bienes eternos, nos reconocemos miserables.

De ahí que la Iglesia diga por boca de los elegidos: *Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abraza*[277]. La prosperidad de la vida presente es como si Dios pusiera su mano izquierda bajo la cabeza, apremiando al deseo del amor supremo. Y la diestra de Dios la abraza, porque con toda entrega conserva a la Iglesia bajo la dicha eterna. Por eso, dice Salomón en otro sitio: *Largos días en su derecha,*

274. Ez 36, 5.
275. Pr 1, 32.
276. 1 Co 7, 29-30.
277. Ct 2, 6.

y en su izquierda riqueza y gloria[278]. De esta forma enseñó cómo se deben tener las riquezas y la gloria, recordando que están a la izquierda. Por lo mismo, dijo el salmista: *Sálvame con tu diestra*[279]. No dijo *mano*, sino *diestra*; sin duda, para indicar que al decir *diestra* buscaba la salvación eterna[280]. Por eso, también está escrito en otro sitio: *Tu mano diestra, Señor aparta a los enemigos*[281]. Los enemigos de Dios, aunque avancen en su izquierda, son aplastados en su derecha; porque a menudo la vida presente eleva a los perversos, pero la venida de la dicha eterna los condena.

Hay que exhortar a los que prosperan en este mundo a que consideren profundamente que, a veces, la prosperidad de la vida presente se da para provocar una vida mejor, o para una mayor condena en la eternidad. Por eso, se prometió la tierra de Canaán al pueblo de Israel: para provocar que esperaran siempre en la patria eterna. Aquel pueblo terco no hubiera creído en las promesas que Dios le hacía para el futuro, si no hubiera percibido en el presente algo de su Prometedor. Es decir, para que el pueblo se consolidara con mayor certeza en la fe de los bienes eternos, no lo atrajo a dichos bienes sólo con la esperanza, sino con los bienes que le dio a la esperanza. Claramente lo atestigua el salmista diciendo: *Les dio las regiones de los gentiles, y poseyeron los trabajos de pueblos; para que guarden sus preceptos y observen su ley*[282].

Cuando la mente humana no corresponde a Dios –que da en abundancia– con buenas obras, creyéndose piadosamente nutrida de ellas, precisamente por eso, se condena más. De ahí que el salmista diga en otro lugar: *Los derribaste, mientras se elevaban*[283]. Porque, evidentemente,

278. Pr 3, 16.
279. Sal 107, 7.
280. Es el sentido que tiene *diestra* en Mt 25, 33.
281. Ex 15, 6.
282. Sal 104, 44-45.
283. Sal 72, 18.

los réprobos decaen en lo interior, cuando no corresponden con obras buenas a los favores divinos y se abandonan totalmente aquí, dispersándose en las prosperidades que les aprovechan exteriormente. Por eso, al rico atormentado en el infierno se le dice: *Recibiste bienes en tu vida*[284]. El malvado recibe aquí bienes para recibir allí –más plenamente– males, ya que aquí, ni por sus bienes se convirtió.

Contrariamente deben ser amonestados los que desean los bienes del mundo, pero la adversidad los fatiga; para que valoren con solícita consideración con cuánta gracia vela sobre ellos el Creador y Ordenador de todo, que no les abandona en sus necesidades. El médico que desahucia a un enfermo, le permite tomar todo lo que le apetece. Sin embargo, al que juzga que puede sanar, lo aparta de muchas cosas que apetece. Por otra parte, también apartamos dinero para los hijos, para quienes, al mismo tiempo, reservamos como herederos todo el patrimonio.

Por tanto, aquellos a los que la adversidad de la vida temporal humilla, llénense de gozo con la esperanza de la herencia eterna; ya que la divina Providencia no refrenaría a los que instruye bajo régimen de disciplina, si no supiera que iban a ser salvados para siempre[285].

En definitiva, a los que se fatigan en estas cosas que desean según el mundo, por el esfuerzo que supone la adversidad, se les debe aconsejar que consideren que también la culpa atrapa en muchas ocasiones –como en un lazo– a los justos, cuando el poder temporal los eleva. Pues, como ya dijimos en la primera parte de este libro[286], David fue más rectamente amable con Dios cuando era siervo, que cuan-

284. Lc 16, 25.

285. El pensamiento de Gregorio en cuanto a la predestinación es, como en otros problemas teológicos, agustiniano.

286. Cf. Reg Past I, 3.

do llegó al reino[287]. El siervo, por amor a la justicia, temió herir a su adversario ya capturado: sin embargo, el rey, por la persuasión de la lujuria, mató al fiel soldado incluso bajo deseo de fraude[288].

Por consiguiente, ¿quién buscará, sin perjuicio, riquezas, poder o gloria, si incluso se hicieron dañinas para aquel que las tuvo sin buscarlas? ¿Quién, sin gran discernimiento, se salvará entre tales cosas, si aquel que, elegido por Dios y preparado para ellas, se vio abrumado por las mismas, cuando intervino el pecado?

En conclusión, hay que amonestarles para que consideren que no se recuerda que Salomón, antes de caer, tuviera alguna adversidad; y, sin embargo, después de tanta sabiduría, se dice que cayó incluso en la idolatría. La sabiduría concedida abandonó su corazón, porque no la custodió ni con la más mínima disciplina de tribulación[289].

27. *A los esposos y a los célibes*

De un modo hay que exhortar a los unidos en matrimonio, y de otro a los que están libres de tal lazo. Hay que amonestar a los unidos en matrimonio para que, al pensar cada uno que es del otro, procure agradar a su cónyuge de tal manera que no ofenda al Creador; para que traten las cosas de este mundo de tal manera que no olviden desear las que son de Dios; para que se alegren de los bienes presentes, de tal manera que tengan, con solícita intención, gran temor de los males eternos; para que lamenten los males temporales, de tal manera que fijen su esperanza, con íntegra consolación, en los bienes perennes; y así, reconozcan

287. Cf. 1 S 24, 18.
288. Cf. 2 S 11, 17.
289. Cf. 1 R 11, 4.

que, mientras lo que hacen es transitorio, lo que desean es eterno; que los males del mundo no desalientan el corazón cuando está fortalecido por la esperanza de los bienes eternos; que los bienes de la vida presente no defraudan, cuando los sospechados males del juicio futuro entristecen.

De este modo, el ánimo débil y fiel de los cónyuges cristianos, que no puede menospreciar totalmente los bienes temporales, podrá unirse, sin embargo, por el deseo de los eternos. Y, aunque permanezca entretanto en el goce de la carne, se restablecerá con el alimento de la esperanza suprema. Si posee las cosas que son del mundo como ayuda en el camino, esperará las que son de Dios como fruto en la llegada. Y, para no decaer por completo en lo que debió esperar robustamente, no se entregará del todo a lo que hace. Acertada y brevemente lo expresó Pablo, diciendo: *Los que tengan mujer, vivan como si no la tuviesen; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen*[290]. Tiene mujer como si no la tuviese, el que, para consuelo de la carne, vive con ella de tal modo que con su amor nunca se aparta de la mejor rectitud de intención buscando obras perversas. No estar llorando y, sin embargo, llorar, es lamentarse de las adversidades externas, de tal modo que se sepa gozar con la consolación de la esperanza eterna. Estar alegre sin alegrarse es elevar el ánimo desde las cosas más bajas, de tal modo que nunca deje de temer las más altas.

Allí mismo, añadió poco después: *Pues la apariencia de este mundo pasará*[291]. Como si dijera claramente: «No queráis amar constantemente el mundo, pues ni el mismo mundo que amáis puede permanecer. En vano fijáis vuestro corazón como si fuerais a permanecer, porque lo mismo que amáis pasa».

290. 1 Co 7, 29-30. 291. 1 Co 7, 31.

También hay que exhortar a los cónyuges para que toleren mutua y pacientemente aquellas cosas en las que, a veces, se sienten descontentos; de modo que, animándose el uno al otro, las superen. Pues, está escrito: *LLevad mutuamente vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo*[292]. La ley de Cristo es, en efecto, la caridad; ya que no sólo nos entregó en abundancia sus bienes desde sí mismo, sino que además cargó serenamente con nuestros males. Por tanto, al imitarla, cumplimos la ley de Cristo; cuando entregamos benignamente nuestros bienes y soportamos fielmente nuestros males. Hay que amonestarles además, a que cada uno atienda, no tanto a lo que tiene que aguantar del otro, sino a lo que el otro tiene que aguantar de él. Si considera las cosas propias que el otro soporta, podrá soportar con mayor suavidad las que aguanta el otro.

A los cónyuges hay que aconsejarles que recuerden que se han unido en matrimonio para engendrar hijos, y que transforman la ocasión de procreación en ejercicio de la voluptuosidad, cuando se hacen esclavos de una unión inmoderada. Han de considerar que transgreden los derechos del matrimonio en la misma unión conyugal, aunque no se salgan fuera de lo permitido. Por eso, es necesario que, con reiteradas súplicas, limpien la pura imagen de la unión conyugal que manchan al añadir voluptuosidades. De ahí que el Apóstol, conociendo por experiencia la medicina celestial, diga, no tanto para instruir a los sanos, como para enseñar la medicina a los enfermos: *De lo que me habéis escrito: Bueno le es al hombre abstenerse de mujer; No obstante, a causa de la fornicación, cada uno tenga su mujer, y cada una tenga su marido*[293]. Al dirigir el precepto a los que no están firmes, avisó del peligro de la fornicación. Ahora, para que, quizás, no se estrellen contra el suelo,

292. Ga 6, 2. 293. 1 Co 7, 1-2.

ofrece el lecho a los que caen. Por eso, añadió además a los débiles: *El marido dé lo debido a la mujer y de igual modo la mujer al marido*[294]. Al conceder algo de voluptuosidad dentro de la gran honestidad de la unión conyugal, añadió: *Pero esto os lo digo como indulgencia, no como mandato*[295]. Se indica que lo concedido es pecado; pero que se perdona más fácilmente, ya que no consiste tanto en hacer algo ilícito, como en no tener bajo control lo que lícitamente se hace.

Acertadamente lo expresa Lot en sí mismo: huyó de Sodoma que ardía, pero al llegar a Soar, no subió en seguida al monte[296]. Huir de Sodoma ardiendo es apartarse del ardor ilícito de la carne. La altitud del monte es, por otro lado, la pureza de los que se abstienen. O si se quiere, están como en un monte los unidos en matrimonio que, salvo para asumir la admisión obligada de la prole, no dejan libre pasión alguna de la carne. Permanecer firme en el monte es no entregarse a la carne, sino buscar el fruto de la procreación. Permanecer firme en el monte es no adherirse carnalmente a la carne.

Lot salió de Sodoma porque son muchos los que abandonan los desórdenes de la carne y, sin embargo, al casarse, no observan los derechos del trato debido. No subió en seguida a la montaña porque, aunque ya dejaba la ida vergonzosa, todavía no poseía con delicadeza la altura de la continencia conyugal. La ciudad de Soar está en medio y salva al débil que arde, porque cuando los cónyuges se unen por la incontinencia, además de ahuyentar la caída desordenada, se salvan también por el perdón. Y es que, en tal caso, el matrimonio es como si llegaran a una pequeña ciudad en la que se defienden de las llamas, ya que tal vida

294. 1 Co 7, 3.
295. 1 Co 7, 6.
296. Cf. Gn 19, 30.

conyugal, aunque no sea admirable en sus virtudes, al menos está exenta de suplicios. Por eso, el mismo Lot dice al ángel: *Ahí cerca está la ciudad, a la que puedo huir. Es pequeña. Me salvaré en ella. ¿Acaso no es modesta y mi alma vivirá en ella?*[297]. Se dice, en efecto, que está cerca, y sin embargo, se presenta a la vista como segura para salvarse. Y es que, la vida conyugal ni está separada a gran distancia del mundo, ni es ajena al gozo de la salvación. Los cónyuges custodian su vida como si estuvieran en una pequeña ciudad, cuando interceden con asiduas súplicas por ellos mismos. De ahí que rectamente se diga por medio del ángel al mismo Lot: *He aquí que también en esto admití tus preces, para no destruir la ciudad de la que hablas*[298]. Es decir, cuando se profiere la súplica a Dios, tal vida conyugal no se condena. Pablo amonesta también sobre esta súplica al decir: *No os defraudéis el uno al otro, a no ser de mutuo acuerdo, por un cierto tiempo, para daros a la oración*[299].

Al contrario hay que aconsejar, a los que no están unidos en matrimonio, que se pongan más rectamente al servicio de los preceptos celestiales, ya que el yugo de la unión carnal no les hace tender a los cuidados del mundo. De modo que el peso ilícito de la solicitud terrenal no oprima a los que la carga lícita de la unión conyugal no incomoda, sino que el último día los sorprenda tanto más preparados cuanto más libres están ahora. Y así, no merezcan un suplicio peor, por su negligencia, estando libres para poderse dedicar a lo mejor. Escuchen que el apóstol, cuando instruía a unos sobre la gracia del celibato, no menospreció el matrimonio, sino que rechazó los cuidados del mundo que de él nacen, diciendo: *Esto os digo para*

297. Gn 19, 20.
298. Gn 19, 21.
299. 1 Co 7, 5.

vuestro provecho, no para tenderos un lazo; sino para moveros a lo que es honesto y a lo que es abundante y a poner vuestra atención sin impedimento en el Señor[300]. Las solicitudes terrenas nacen, ciertamente, de los matrimonios. Por eso, el maestro de los gentiles persuade a sus oyentes a que tiendan a los bienes mejores, para que no se aten con la solicitud terrena. Por eso, el célibe, para quien los cuidados seculares son un estorbo, aunque no esté sujeto al matrimonio, sin embargo, no ha escapado aún de sus cargas.

Los célibes deben ser amonestados para que no piensen que pueden unirse a mujeres no casadas, sin un juicio de condenación. Pues, cuando Pablo unió el vicio de la fornicación a tantos crímenes execrables, indicó que era pecado, diciendo: *Ni fornicadores, ni los que sirven a los ídolos, ni adúlteros, ni afeminados, ni homosexuales, ni ladrones, ni avaros, ni borrachos, ni blasfemos, ni rapaces poseerán el reino de Dios*[301]. Y en otro sitio: *En cambio, a los fornicadores y adúlteros los juzgará Dios*[302].

Por tanto, hay que exhortarles a solicitar el refugio del matrimonio, si reciben la tormenta de las tentaciones con peligro para su salvación. Está escrito: *Mejor es casarse que quemarse*[303]. Así, si aún no se consagraron a algo mejor, llegarán sin pecado al matrimonio. Ya que, quien se propuso subir a un bien mejor, hizo ilícito el bien menor permitido. En efecto, está escrito: *Nadie que pone su mano en el arado, y mira hacia atrás, es apto para el reino de los cielos*[304]. Por tanto, quien se haya determinado hacia un empeño más valiente, queda convicto de volver la vista atrás si, dejados los bienes mayores, regresa a los menores.

300. 1 Co 7, 35.
301. 1 Co 6, 9-10.
302. Hb 13, 4.
303. 1 Co 7, 9.
304. Lc 9, 62.

28. *A los que tienen experiencia de pecados carnales y a los que no la tienen*

De un modo hay que exhortar a los que tienen experiencia de pecados de la carne, y de otro a los que los ignoran. Hay que amonestar a los primeros para que al menos teman al mar después del naufragio, y aborrezcan los peligros de su perdición una vez conocidos. De modo que los que se han mantenido fieles después de perpetrar el mal, no mueran improbamente al repetirlos.

Al alma que peca y nunca deja de pecar se le dice: *Rostro de mujer meretriz tenías, no quisiste avergonzarte*[305]. Deben ser amonestados para que procuren resarcir las rasgaduras, ya que no quisieron conservar íntegros los bienes de la naturaleza recibidos. Es necesario además, que consideren cuántos hay, entre tan gran número de fieles, que se conservan intactos y convierten a muchos de su error. Pues, ¿qué han de decir, si estando otros firmes en su integridad, ellos mismos no se arrepienten después de cometer sus daños? ¿Qué han de decir, si ni siquiera se someten al Señor que los espera, habiendo muchos que llevan consigo a otros al reino? Se les debe aconsejar que consideren las faltas pasadas y eviten las inminentes. Por eso, el Señor trae de nuevo a la memoria de las mentes corruptas en este mundo las culpas pasadas; para que se avergüencen de mancharlas en el futuro, diciendo por el profeta: *Fornicaron en Egipto, en su adolescencia fornicaron; allí fueron sobados sus pechos y quebrantados sus senos en su mocedad*[306]. Son sobados sus pechos en Egipto, cuando la voluntad de la mente humana se somete al infame deseo de este mundo. En Egipto se quebrantan sus senos en su mocedad, cuando los sentidos naturales, hasta entonces ínte-

305. Jr 3, 3. 306. Ez 23, 3.

gros en sí mismos, se corrompen por la perversión de la concupiscencia incitadora.

Hay que amonestar a los que tienen experiencia de pecados de carne, para que consideren con vigilante atención con cuánta benevolencia nos abre Dios las entrañas de su piedad, haciéndonos volver a Él después de nuestros delitos, cuando dice por el profeta: *Si un hombre despide a su mujer, y ella alejándose se va con otro hombre, ¿acaso se vuelve a ella después? ¿Acaso no será aquella mujer impura y contaminada? Tú, en cambio, has fornicado con muchos amantes y, sin embargo, vuelves a mí, dice el Señor*[307]. He aquí que se propone un argumento de justicia sobre la mujer despedida que fornica, y, sin embargo, a nosotros que volveremos después de la caída se nos ofrece, no justicia, sino piedad. Concluyamos de aquí, principalmente, que si a nosotros que pecamos se nos perdona con tanta piedad, qué grave es nuestro pecado si después del delito no volvemos a Él, o cuál será el perdón que dará a los ímprobos, Él que no cesa de llamarnos después del pecado. Tan misericordiosa llamada se expresa acertadamente por el profeta, cuando dice al hombre hostil: *Y tus ojos verán al que te enseña, y con tus oídos oirás al que te aconseja tras tu espalda*[308].

El Señor amonestó al género humano cara a cara cuando indicó al hombre, creado en el Paraíso y teniendo el libre albedrío, lo que debía y no debía hacer. Pero, como era soberbio, menospreció sus mandatos. Sin embargo, Dios no abandonó al soberbio, sino que entregó la ley al hombre para que se retractase, envió ángeles exhortándole y Él mismo apareció en la carne de nuestra mortalidad. Luego, permaneciendo a nuestras espaldas, nos amonestó. ¡Él, que habiendo sido despreciado, nos llamó para que recuperásemos la gracia!

307. Jr 3, 1. 308. Is 30, 20-21.

Esto que a un tiempo se puede decir de todos en general, es necesario que sea sentido por cada uno en particular. Cada uno recibe las palabras de su amonestación como si estuviera ante el rostro de Dios, cuando antes de cometer los pecados considera los preceptos de su Voluntad; ya que estar aún ante su rostro es no menospreciarle pecando. Cuando se ha abandonado el bien de la inocencia, el que escoge la iniquidad apeteciéndola, ya dio la espalda a su Rostro. Pero Dios, que sigue aún a su espalda, lo amonesta e incluso lo persuade para que, una vez que ha pecado, vuelva a Él. Llama al hostil, no mira lo cometido, y al que regresa, le abre sus entrañas de piedad. Por consiguiente, escuchamos detrás de nosotros la voz que amonesta si, después de pecar, al menos nos volvemos al Señor que nos invita. Debemos respetar la piedad del que nos llama, si no queremos temer la justicia; porque tanto más grave es la maldad con que se le desprecia, cuanto que Él, aun despreciado, no para de llamar.

Por otro lado, se debe exhortar a los que desconocen los pecados de la carne, a que teman caer en la ruina tanto más solícitamente, cuanto más alto se encuentran. Hay que amonestarles para que entiendan que por permanecer en lugar más elevado, el tentador los ataca con sus flechas más frecuentemente. Y es que, el tentador suele erigirse con más ardor cuando considera que se le vence con más fuerza, y rehusa ser vencido con más intolerancia cuando ve que se lucha contra él con la fortaleza de la débil carne íntegra.

También hay que decirles que, aceptando ininterrumpidamente las gracias, desprecien las fatigas de las tentaciones que sufren. Pues, si se atiende a la felicidad sin fin que alcanza, se hace suave lo que transitoriamente fatiga. Oigan lo que se dice por el profeta: *Esto dice el Señor a los eunucos, que guardaron mi sábado, y eligieron lo que yo quise, y mantienen mi alianza: les daré en mi casa y en mis muros*

un lugar y mejor nombre que el de hijos e hijas[309]. Son eunucos los que, conteniendo las mociones de la carne, cortan en sí la tendencia a la obra perversa. Y se indica qué lugar ocuparán junto al Padre, porque en la casa del Padre, esto es, en la mansión eterna, también se prefiere a los hijos. Oigan lo que se dice por Juan: *Estos son los que no se mancharon con mujeres; pues son vírgenes, y siguen al Cordero a dondequiera que vaya*[310]. Además, cantan un cántico que nadie, salvo aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, puede pronunciar. Cantar un canto singular al Cordero es alegrarse con Él para siempre, delante de todos los fieles, por la incorrupción de la carne. Cántico, sin embargo, que pueden escuchar ciertos elegidos, aunque no lo puedan pronunciar; ya que por su caridad se alegran del privilegio de los otros, aunque no alcancen sus premios.

Los que ignoran los pecados de la carne oigan lo que la Verdad, por sí misma, dice sobre esta integridad: *No todos captan este lenguaje*[311]. Al negar que fuera de todos, daba a conocer que era algo sumo, y al decir que se capta difícilmente, daba a entender a sus oyentes la cautela con que se ha de conservar cuando se tiene.

Por tanto, los que desconocen los pecados de la carne han de ser amonestados para que sepan preferir la virginidad al matrimonio; y, sin embargo, no se ensoberbezcan por encima de los cónyuges. Hay que aconsejarles que, al preferir la virginidad, deben colocarse en un segundo plano, de forma que no se descuide lo que tienen en mayor estima, y puedan perseverar en lo que no es motivo de vanagloria.

También hay que invitarles a considerar que, muchas veces, la vida de los célibes se confunde con la acción de los mundanos, cuando asumen tareas que exceden su condición

309. Is 56, 4-5.
310. Ap 14, 4.
311. Mt 19, 11.

y no mantienen ardiente su corazón, precisamente, con lo que es propio de su estado. Por eso, se dice con razón por el profeta: *Avergüenzate Sidón, dijo el mar*[312]. Y es que, cuando se compara la vida de los mundanos y la de los que fluctúan en este mundo, con la de quien se presenta como protegido y perseverante, ésta última queda reprobada como si Sidón fuera avergonzada por la voz del mar. Pues, a menudo sucede que, algunos que vuelven al Señor después de pecar, se muestran tanto más ardientes en obras buenas, cuanto más merecedores de condena se ven por sus malas obras. Y, por el contrario, algunos que perseveran en la integridad de la carne, al considerar que tienen menos que llorar, juzgan que la inocencia de su vida es ya más que suficiente para ellos, y no se inflaman de un ardoroso estímulo con un espíritu de fervor[313]. En consecuencia, más grata se hace a Dios la vida que arde en amor, tras el pecado, que la inocencia que se entumece en su seguridad. Por eso, también se dice por boca del Juez: *Quedan perdonados sus muchos pecados, porque mucho amó*[314]. Y: *Más se alegrarán en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento*[315]. Verdad a la que llegamos en seguida desde la misma experiencia, si sopesamos los juicios de nuestra mente. Y es que, amamos más la tierra que produce frutos abundantes, después de haberle sacado los abrojos, que aquella que no ha tenido abrojos y da frutos vanos, a pesar de ser cultivada con esmero.

Hay que decirles a los que desconocen los pecados de la carne, que no se consideren superiores a los demás, por el privilegio de su situación superior; ya que desconocen

312. Is 23, 4.

313. «En vano se hace el bien si se abandona antes de terminar la vida, pues de nada sirve correr velozmente si antes de llegar a la meta se abandona la carrera»: Mor 1, 56 (CCL 143, 57; BPa 42, 124).

314. Lc 7, 47.

315. Lc 15, 7.

cuántas obras hacen mejor los que están en una situación inferior. Porque en el examen del recto Juez, la calidad de las acciones cambia los méritos de la situación. ¿Quién, que considere las imágenes mismas de las cosas, desconoce que en la naturaleza de las piedras preciosas el rubí se prefiere al jacinto? Sin embargo, el jacinto de color azul oscuro se prefiere al rubí amarillento, porque lo que la naturaleza le resta a aquél, se lo añade su bello aspecto; y a éste, que el orden natural pone por encima, lo afea la cualidad del color. Pues, así ocurre en el género humano: algunos son peores estando en situación superior, y otros son mejores estando en situación inferior; porque éstos, al vivir bien, trascienden la condición de su estado inferior, y aquéllos rebajan el mérito del puesto superior al no corresponder con su vida.

29. *A los que detestan los pecados de obra y a los que detestan sólo los de pensamiento*

De un modo hay que exhortar a los que detestan los pecados de obra, y de otro a los que detestan los de pensamiento. Los que detestan los pecados de obra deben ser amonestados para que con llanto perfecto borren los pecados cometidos, de forma que no se fijen tanto en la deuda ocasionada por la obra perpetrada, como en expiarlos con lágrimas de reparación. Pues, está escrito: *Nos das a beber lágrimas sin medida*[316]. Es decir, el alma de cada uno, al hacer penitencia, bebe sus lágrimas de compunción, en la medida en que recuerda haber estado sedienta de Dios a causa de sus pecados.

Se les debe aconsejar que traigan constantemente ante sus ojos los pecados cometidos y que actúen en su vida, de ma-

316. Sal 79, 6.

nera que tales pecados no sean vistos por el estricto Juez. Por eso, David, al orar, decía: *Aparta tus ojos de mis pecados*[317], habiendo dicho antes: *Tengo siempre presente mi pecado*[318]. Como si dijera: «Te pido que no tengas en cuenta mi pecado, porque yo mismo no dejo de considerarlo». De ahí que también el Señor diga por el profeta: *Y yo no hago memoria de tus pecados, tú, en cambio, haz memoria de ellos*[319].

Hay que exhortarles a que consideren en particular los pecados cometidos, de modo que, al llorar por cada uno de ellos, detesten la mancha de su error y se purifiquen con sus lágrimas ellos mismos y sus pecados. Por eso, al sopesar cada uno de los delitos de Judea, se dice acertadamente por Jeremías: *Divisiones de aguas derraman mis ojos*[320]. Derramamos divisiones de aguas por los ojos, cuando damos equitativas lágrimas a cada pecado. Y es que, el alma no siente el mismo dolor por todos ellos en un momento o en otro. Sin embargo, cuando con mayor dolor se conmueve ahora de éste, luego de aquél, por el recuerdo de cada pecado, conmovida por cada uno de ellos, se purifica a un tiempo de todos.

Hay que aconsejarles que confíen en la misericordia que imploran y no se hundan por la fuerza de una inmoderada aflicción. El Señor, si hubiera querido castigar severamente a los pecadores, no hubiera puesto con dulzura ante sus ojos sus deplorables pecados. Consta que quiso apartar de su juicio a los que hizo jueces de sí mismo, previniéndoles con su misericordia. Por eso, está escrito: *Adelantémonos en confesión ante el rostro del Señor*[321]. Por lo mismo, dice Pablo: *Si nosotros mismos nos juzgásemos, ciertamente no seríamos sentenciados*[322].

317. Sal 50, 11.
318. Sal 50, 5.
319. Is 43, 25.
320. Lm 3, 48.
321. Sal 94, 2.
322. 1 Co 11, 31.

Por tanto, se les debe decir, una vez más, que confíen en su esperanza para que no se entumezcan con una incauta seguridad. Sucede con frecuencia que el temerario enemigo seduce al alma con el engaño de una pestífera seguridad, cuando, afligida, considera su ruina, haciéndola caer en el pecado. Esto mismo se expresa, figuradamente, cuando se recuerda el suceso de Dina[323]. Está escrito: *Salió Dina para ver a las mujeres de aquella región; quien al ser vista por Siquem, hijo de Jamor el jivita, príncipe de aquella tierra, la amó, se la llevó y se acostó con ella, violando a la virgen; y su alma se apegó a ella, y con palabras lisonjeras sedujo a la afligida*[324]. Dina sale para ver a las mujeres de aquella región, cuando un alma, negligente en sus ocupaciones, anda de un lado para otro fuera de su condición y estado propios, metiéndose en las tareas ajenas. Siquem, el príncipe de aquella tierra, la viola, porque, claro está, el diablo pervierte a la que anda volcada en ocupaciones exteriores. Y: *Su alma se apegó a ella*[325], porque la considera unida a sí por la iniquidad.

Ahora bien, cuando el alma se arrepiente de su culpa, se entrega con esfuerzo al llanto del pecado cometido. Sin embargo, el corruptor coloca ante sus ojos esperanzas y seguridades que restan eficacia a su aflicción; por eso, añade con razón: *Y con palabras lisonjeras sedujo a la afligida*[326]. Y así,

323. Dina (forma abreviada de Adinam, «señora») aparece sólo en dos de las listas de los hijos de Jacob, como hija única, porque desempeña un papel en Gn 34. Siquem, hijo del «príncipe del país», viola a Dina y pretende hacerla su mujer. Los hermanos de ésta traman una venganza desaprobada por Jacob. En el libro de Judit, se dice que Judit (judía también) se anima con el recuerdo de Dina para acometer su empresa de engañar y matar al asesino pagano (Jdt 9, 2-4). Se muestra que la presunción de los paganos fue siempre, orgullosos de su potencia militar, para Israel un escándalo y un motivo para confiar en la ayuda de Dios.

324. Gn 34, 1-3.

325. Gn 34, 3.

326. Ibid.

le dice que las acciones de los demás son más graves, que no es nada lo que ha cometido, que Dios es misericordioso, e incluso, le promete que en adelante se podrá dedicar a la penitencia. De esta forma, al atraer la mente con tales engaños, la aparta de la penitencia, logrando que en el futuro no reciba ningún bien, la que ahora no se duele de ningún mal, y que la que se alegra ahora incluso en los pecados, se abrume después con mayores suplicios.

Por el contrario, a los que detestan los pecados de pensamiento, se les debe exhortar a que consideren solícitamente si en lo escondido de sus almas pecaron sólo con la complacencia, o si lo hicieron también con el consentimiento[327].

Sucede, muchas veces, que el corazón es tentado complaciéndose en la disipación de la carne y, sin embargo, se opone con la razón a esa misma disipación; de modo que lo que agrada, contrista y lo que contrista, agrada. Otras veces, en cambio, el alma es absorbida por el abismo de la tentación, de tal manera que en absoluto la resiste, sino que, impulsada por la complacencia, la sigue deliberadamente; y si encuentra a mano ocasión externa, consuma en seguida los deseos interiores realizando el pecado. Entonces, claro está, si tiene en cuenta el justo castigo del recto Juez, no es ya pecado de pensamiento, sino de obra; porque si la lentitud del proceso difirió el pecado exterior, interiormente lo colmó la voluntad con ese acto de consentimiento.

En el primer padre aprendimos que cometemos la maldad de toda culpa de tres modos, a saber: sugestión, complacencia y consentimiento[328]. El primero se comete por el

327. Gregorio expone aquí la doctrina de la concupiscencia, señalando los pasos que se dan hasta que se consuma el pecado. Cf. también Mor 4, 49-54 (CCL 143, 193-199; BPa 42, 273-279) y Hm Ev 16, 1 (CCL 141, 110-111).

328. Hay tres etapas en el desarrollo de un pecado, llamadas *sugestión (suggestio)* o tentación

enemigo, el segundo por la carne y el tercero por el espíritu. Pues, el instigador sugiere lo perverso, la carne se entrega a la complacencia y, por último, el espíritu, vencido por ésta, consiente. Por eso, la serpiente sugirió lo perverso; Eva, como si fuera la carne, se entregó a la complacencia; y Adán, vencido por ésta, de la misma forma que el espíritu por la sugestión, asintió. Reconocemos el pecado en la sugestión, somos vencidos por la complacencia y encadenados por el consentimiento.

Por tanto, los que detestan las maldades del pensamiento deben ser amonestados para que consideren, con toda solicitud, en qué grado de pecado cayeron; de modo que se alcen con un lamento proporcionado al grado de ruina que interiormente sienten en sí mismos. No sea que, al ser menos atormentados por los malos pensamientos, cometan el acto.

Junto con esto, se les debe infundir un temor que, sin embargo, no los desaliente. A menudo, Dios misericordioso absuelve los pecados del corazón, no permitiendo que se conviertan en obras, al absolver las maldades pensadas tanto más pronto, cuanto con mayor rigor no se ligan a la ejecución de la obra. Por eso, se dice con razón por el salmista: *Dije: «pronunciaré ante el Señor, contra mí, mis injusticias», y tú absolviste la impiedad de mi corazón*[329]. En efecto, quien sometió la impiedad del corazón, indicó que quería confesar las injusticias de sus pensamientos. Por eso, dijo: *Dije: «pronunciaré»*, y añadió: *Y tú absolviste*. Demostrando así, lo fácil que es el perdón sobre esto. Quien prome-

del demonio, *complacencia (delectatio)* o concupiscencia de la carne, y *consentimiento (consensus)*. Gregorio añade un cuarto elemento: la *audacia defensionis per elationem*, el atrevimiento a excusarse provocado por la soberbia, por el cual, el pecador tiende a justificar su pecado (cf. Mor 4, 49: CCL 143, 193; BPa 42, 273).

329. Sal 31, 5.

tió implorar, obtuvo eso mismo que había prometido pedir. Y es que, de la misma forma que el pecado no llegó a la obra, así tampoco la penitencia llegará al castigo, sino que la aflicción del pensamiento purificará la mente, manchada sólo por la iniquidad pensada.

30. *A los que no se abstienen de los pecados que detestan y a los que no los detestan cuando se abstienen*

De un modo hay que exhortar a los que lloran los pecados cometidos, pero no los dejan, y de otro a los que los dejan, pero no los lloran. Hay que amonestar a los que lloran los pecados cometidos pero no los dejan, a que consideren solícitamente que los que se manchan viviendo en el vicio, inútilmente cambiarán de vida si se lavan con lágrimas para volver a las ruindades del mundo. Por eso, está escrito: *Como el perro que vuelve a su vómito, y se lava en el cenagal de lodo*[330]. El perro, al vomitar, expulsa el alimento que le oprimía su pecho; pero, al volver a su vómito, se carga de nuevo de lo que se había aliviado. También los que lloran los pecados cometidos expulsan, al confesarlos, la maldad en la que se habían saciado y que oprimía lo íntimo de sus conciencias; maldad que vuelven a tragar cuando, después de confesar, la repiten. Por otro lado, el cerdo, al lavarse, vuelve al cenagal de lodo, con más suciedad. Así también, el que llora los pecados cometidos, pero no los abandona, se somete a una pena de mayor culpa; porque, no sólo menosprecia el mismo perdón que, al llorar,

330. 2 P 2, 22; cf. Pr 26, 11. El ejemplo del perro que vuelve a su vómito es citado repetidas veces por los Padres para explicar la reiteración en el pecado: cf. AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos* 83, 3 (CCL 39, 1148).

pudo impetrar, sino que además, se revuelca por su cuenta como en agua fangosa. Pues, convierte en despreciables, ante los ojos de Dios, las mismas lágrimas con las que eliminaba la suciedad de su vida.

Por eso, está escrito en otro lugar: *No repitas palabra en tu oración*[331]. Repetir palabras en la oración es cometer, después de haber llorado, lo que es necesario volver a llorar. De ahí que se diga por Isaías: *Lavaos, estad limpios*[332]. Y es que, todo el que, una vez que se ha lavado, no se preocupa por estar limpio, no custodia la inocencia de vida después de haber llorado. Se lavan sin quedar limpios los que no dejan de llorar los pecados cometidos y, sin embargo, cometen de nuevo lo que han de llorar. De ahí que se diga por cierto sabio: *Quien se purifica de tocar a un muerto, y le vuelve a tocar, ¿de qué le aprovecha su purificación?*[333]. Se purifica de tocar a un muerto quien con sus lágrimas se limpia de pecado; y, una vez purificado, toca al muerto, quien después de llorar, repite el pecado.

Hay que amonestar a los que lloran los pecados, pero no los dejan, para que reconozcan, ante los ojos del justo Juez, que son semejantes a esos que, cuando están en la presencia de ciertos hombres, los halagan con gran sumisión, pero al revolverse, los atacan atrozmente con todo el odio y perjuicio posible. ¿Qué es, pues, llorar la culpa, sino mostrar a Dios la humildad que nace de consagrarse a Él? Y ¿qué es cometer lo perverso, sino ensañarse con soberbio odio, después de haber llorado, contra aquel a quien se había rogado? Ya lo atestiguó Santiago al decir: *Quienquiera ser amigo de este siglo, se constituye enemigo de Dios*[334].

También hay que decirles que consideren solícitamente, que así como los malvados, muchas veces se apenan inútil-

331. Si 7, 15.
332. Is 1, 16.
333. Si 34, 30.
334. St 4, 4.

mente para obtener justicia, así también los buenos muchas veces son tentados para la culpa. En efecto, se produce una admirable proporción entre la disposición interior y los méritos que se exigen. De modo que, los que hacen algo bueno sin concluirlo, se sienten soberbiamente confiados, a pesar del mal que sí cometen plenamente; mientras que los que son tentados y no consienten con el mal, afianzan con mayor certeza la marcha de su corazón hacia la justicia, gracias a su humildad, ya que su debilidad les hace titubear.

Balaam, despreciando los tabernáculos de los justos, dijo: *Muera mi alma con la muerte de los justos, sea mi última hora como la suya*[335]. Sin embargo, pasado el tiempo del arrepentimiento, maquinó contra sus vidas, a pesar de que había pedido tener una muerte similar a la de ellos; y cuando encontró ocasión de ejercer la avaricia, al punto se olvidó de la inocencia que había pedido para sí[336]. De ahí que el doctor y predicador de los gentiles dijera: *Veo otra ley en mis miembros, que repugna a la ley de mi alma, y me lleva cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros*[337]. Sí, para eso es tentado: para que, al conocer su debilidad, se consolide con más fuerza en el bien. ¿Qué significa, por tanto, que Balaam se apene, pero no se acerque a la justicia y que Pablo sea tentado y no se manche con el pecado, sino esto que claramente se expresa: que ni las buenas obras sin concluir ayudan a los malos, ni las malas sin consumar condenan a los buenos?

Por otro lado, hay que exhortar a los que abandonaron los pecados cometidos sin llorarlos, para que no crean que ya los han superado; pues, aunque no los multipliquen cometiéndolos, tampoco los han limpiado con lágrimas. De igual forma, un escritor que haya terminado de escribir, no

335. Nm 23, 10.
336. Cf. Nm 24, 14.
337. Rm 7, 23.

por añadir otras cosas borra lo ya escrito. Ni uno que profiere ultrajes, queda perdonado con sólo callar, cuando hubiese sido necesario contrarrestar las palabras precedentes, fruto de su soberbia, con otras de sumisa humildad. Ni al deudor se le perdona una deuda, porque no adquiera otras nuevas, sino porque paga aquellas que le tienen atado. Pues bien, así también sucede cuando ofendemos a Dios: no reparamos las ofensas con sólo apartarnos de la iniquidad, sino que es necesario, además, que detestemos las voluptuosidades que amamos, añadiendo el llanto[338]. Y es que, incluso si ningún pecado de obra nos hubiere manchado en esta vida, no sería aún suficiente para estar seguros, viviendo todavía aquí, que muchas cosas ilícitas incitan al alma. Por tanto, ¿con qué mente estará seguro quien, habiendo cometido iniquidades, es él mismo testigo para sí de no ser inocente?

Dios no se goza con nuestros tormentos, sino que sana las enfermedades de nuestros pecados con medicamentos proporcionados, a fin de que los que nos apartamos de Él seducidos por las voluptuosidades volvamos afligidos por las lágrimas; quienes caímos precipitándonos en lo ilícito, nos levantemos apartándonos incluso de lo que es lícito; el corazón que se había enfriado en sana alegría, se abrase en una saludable sobriedad; y, lo que la arrogancia de la soberbia había herido, lo cure el abatimiento de una vida humilde. Por eso, está escrito: *Dije a los inicuos: «no hagáis*

338. Gregorio anticipó la respuesta que tiempo después se dio a los herejes que sostenían que el mero hecho de dejar de pecar o la mera determinación de no volver a pecar, eran suficientes para borrar un pecado cometido. A finales del s. IV, en uno de sus primeros sermones, ya había afirmado Agustín: «Pues no es suficiente para la conducta, el volverse mejor y abandonar las malas obras realizadas, si a esto no se añade el dolor de penitencia, el llanto humilde, el sacrificio de un corazón contrito y la limosna, todo ello, que satisfaga a Dios»: *Sermo* 351, 12 (PL 39, 1549; BAC 461, 201).

iniquidad»; y a los impíos: «no exaltéis el cuerno»[339]. Los impíos exaltan el cuerno si, conociendo su iniquidad, no se humillan para hacer penitencia. De ahí que se diga en otra parte: *Un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias*[340]. Todo el que llora sus pecados y no los deja, ciertamente, constriñe su corazón, pero desprecia el humillarse. Y, por el contrario, el que ya ha dejado los pecados, pero no los llora, ciertamente se humilla, pero rechaza constreñirse. Por eso, dijo Pablo: *Y tales fuisteis algunos; pero habéis sido lavados, habéis sido santificados*[341]. Porque una vida más enmendada santifica a los que la aflicción purificadora de las lágrimas limpia por la penitencia. De ahí que Pedro, al observar a algunos que estaban aterrados por la consideración de sus maldades, les ordenó: *Haced penitencia y bautizaos cada uno de vosotros*[342]. Y así, antes de mandar el bautismo, anuncia el llanto de la penitencia, para que primero se introduzcan en el agua de su aflicción y, luego, se laven en el sacramento del bautismo.

Por consiguiente, los que no se preocupan de llorar las culpas que permitieron ¿con qué mente viven seguros de obtener el perdón, si el mismo Sumo Pastor de la Iglesia creyó que a este sacramento, que borra los pecados, se ha de añadir también la penitencia?

31. *A los que aprueban lo ilícito deliberadamente y a los que lo condenan pero no lo evitan*

De un modo hay que exhortar a los que aprueban lo ilícito que hacen, y de otro a los que reprochan lo que es perverso pero no lo evitan. A los que aprueban lo ilícito que,

339. Sal 74, 5.
340. Sal 50, 19.
341. 1 Co 6, 11.
342. Hch 2, 38.

además, hacen, hay que exhortarles para que consideren que, muchas veces, pecan más con la palabra que con la obra. Por sí solos, cometen perversidades al obrar, pero alabando la iniquidad, la muestran y enseñan a todos los que le escuchan. Por tanto, se les debe amonestar para que, si no se preocupan por erradicar los males, al menos, teman mucho propagarlos. Hay que decirles también que cosideren suficiente su propia perdición; de modo que si no temen ser malvados, al menos se avergüencen de ser tenidos por tales. Y es que, sucede a menudo, que el pecado, al ocultarse, se ahuyenta, porque cuando el alma se avergüenza de aparecer como lo que no teme ser, siente vergüenza de ser lo que rehuye parecer.

Sin embargo, cuando un perverso se da a conocer descaradamente, comete las maldades más libertinamente en la medida en que las considera lícitas; y, en consecuencia, se hunde de forma más reiterada en aquello que juzga lícito. Por eso, está escrito: *Predicaron su pecado como Sodoma, y no se escondieron*[343]. Sodoma escondería su pecado si, al menos, pecara con temor. Pero ésta, que ni siquiera buscaba las tinieblas para pecar, había renunciado totalmente a los frenos del temor. Por eso, está escrito en otro lugar: *Se ha multiplicado el clamor de los de Sodoma y Gomorra*[344]. En verdad, pecar con clamor es pecar de obra, haciéndolo deliberadamente.

Por otro lado, hay que amonestar a los que reprochan lo perverso pero no lo evitan, para que sopesen con prudencia qué dirán en su defensa en el justo juicio de Dios; ellos que ni siquiera pueden excusarse de la pena de sus crímenes, mientras son jueces de sí mismos. ¿Qué otra cosa son éstos, sino pregoneros de sí mismos? Profieren palabras contra los pecados, pero ellos mismos, con sus obras, se declaran reos.

343. Is 3, 9.

344. Gn 18, 20.

Se les debe exhortar a que descubran que ya es indicativo de la retribución secreta del juicio, el que sus almas posean luz para ver el mal que cometen y no procuren vencerlo. Justamente porque ven mejor, más gravemente pecan; ya que, además de percibir la luz de la inteligencia, no abandonan las tinieblas de la obra perversa. Y es que, al no tomar en consideración la ciencia recibida para ayudarse, convierten esta misma ciencia en testimonio contra sí, y aumentan sus suplicios con la luz de la inteligencia que habían recibido para borrar sus pecados.

Al discernir el mal que realizan, anticipan ya aquí, con sus maldades, el juicio venidero. Y así, mientras aquí, al examinarse, no se considera absuelta, se sabe sujeta a los suplicios eternos. El tormento que recibirá allí será tanto mayor cuanto que aquí no abandonó el mal que ella misma condenó. Por eso, dice la Verdad: *El siervo que conoció la voluntad de su Señor, y no preparó nada, ni actuó según Su voluntad, recibirá muchos azotes*[345]. También se dice por el salmista: *Vivos desciendan al infierno*[346]. Los vivos saben y sienten lo que se hace a su alrededor; los muertos, en cambio, no pueden sentir nada. Pues bien, descenderán al infierno como muertos, si cometen maldades ignorándolo; pero, si éstos que viven y sienten, conociendo el mal, lo cometen, se precipitarán al infierno como miserables.

32. *A los que pecan impulsivamente y a los que lo hacen deliberadamente*

De un modo hay que exhortar a los que son vencidos por una repentina moción de la concupiscencia, y de otro a los que se enredan en el pecado deliberadamente. A los

345. Lc 12, 47. 346. Sal 54, 16.

primeros se les debe exhortar a que se den cuenta del presente, y que, por ello, deben proteger su corazón con el escudo de un solícito temor, ya que no se pueden prever qué heridas se producirán. De esta forma temerán mucho los dardos ocultos del enemigo instigador y se resguardarán con perseverante intención, ante tan sombría lucha, en la fortaleza del alma. Y es que, si se deja el corazón sin un atento cuidado, se arriesga a ser herido, porque el astuto enemigo hiere el corazón con mayor libertad, cuando más al descubierto de la coraza de la Providencia lo encuentra.

A los que vence una repentina moción se les debe aconsejar que dejen la costumbre de cuidar tan en exceso los asuntos terrenos; pues, al implicarse sin moderación en estas materias pasajeras, no se dan cuenta de los dardos del pecado que atraviesan su intención. Por eso, también por Salomón se expresa la voz del herido y dormido, al decir: *Me han golpeado, pero no me ha dolido; me han arrastrado, pero no lo he sentido, ¿cuándo me despertaré y hallaré vinos de nuevo?*[347]. El alma, cuando se duerme en el cuidado de su propia solicitud, es golpeada y no le duele, porque como no presta atención a los males inminentes, tampoco reconoce los que ha cometido. Y es arrastrada a palos y no lo siente, porque, llevada por la seducción de los vicios, no se despierta para su custodia. Prefiere, además, vigilar sin descanso para encontrar vinos de nuevo, porque, aunque su cuidado esté dominado por el sueño de la disipación, se afana en atender los cuidados del siglo, a fin de embriagarse siempre de voluptuosidades. Y así, al dormir en aquello que atentamente debiera vigilar, desea fijarse en esto otro, para lo que no hubiera podido dormir loablemente. Por eso, estaba escrito de antes: *Estarás como durmiendo en medio del mar y como amodorrado timonel en un punto perdido*[348]. Duer-

347. Pr 23, 35.

348. Pr 23, 34.

me en medio del mar quien, entre las tentaciones de este mundo, descuida prever la insinuación de los vicios que atacan como si fueran cúmulos inminentes de olas. De modo que el alma, puesta para regir la nave del cuerpo, al abandonar el esfuerzo de la solicitud, se convierte en piloto que deja el timón. Dejar el timón, cuando se está en medio del mar, es no tener la intención precavida ante las tormentas de este siglo. Y es que, cuando el timonel agarra diligentemente el timón, dirige la nave entre movimientos adversos y rompe oblicuamente el ímpetu de los vientos. De la misma forma, cuando el alma dirige con vigilancia el ánimo, aplasta unas tentaciones venciéndolas y debilita otras previéndolas. No sólo somete con su esfuerzo las tentaciones presentes, sino que, además, se crece ante futuros enfrentamientos, al preverlas. De ahí que en otro sitio se diga, a propósito de los fuertes guerreros de la patria celestial: *Cada uno se ciñe su espada sobre su pierna, por los temores nocturnos*[349]. En verdad, uno se ciñe la espada sobre su pierna, cuando se somete a la perversa sugestión de la carne con la espada de una santa predicación. Con *noche* se expresa, la ceguera de nuestra flaqueza, pues, una adversidad que acecha en la noche no se ve. Por consiguiente, cada uno lleva la espada ceñida por los temores nocturnos, porque, claro está, los santos varones, al temer aquello que no ven, están siempre en pie, preparados ante cualquier enfrentamiento. Por esto, se dice en otra parte a la esposa: *Tu nariz como la torre que está en el Líbano*[350]. Claro, porque lo que no percibimos por los ojos, muchas veces, lo advertimos por el olor. Además, por la nariz distinguimos los buenos olores de los fétidos. ¿Qué se quiere decir por «nariz de la Iglesia», sino la discreción prudente de los santos? También se dice de ella que es semejante a la torre del Líbano, ya que la discreta pru-

349. Ct 3, 8.

350. Ct 7, 4.

dencia de los santos está puesta en alto, para ver las asechanzas de las tentaciones, antes de que vengan y aguantar protegida cuando lleguen. Y es que, cuando se prevén las tentaciones futuras, hacen menos fuerza; pues, al volvernos contra el golpe más preparados, el enemigo, que se creía inesperado, justamente por haber sido previsto, se debilita.

Por el contrario, a los que se enredan en el pecado deliberadamente, hay que amonestarles para que sopesen con prudente consideración que, al hacer el mal sabiéndolo, atraen contra sí un juicio más severo; y, que la sentencia les herirá con mayor dureza cuanto más estrechamente se enreden en el pecado con los lazos de la deliberación. Y es que, si sólo hubiesen pecado por una moción repentina, quizás hubieran podido borrar sus pecados más rápidamente haciendo penitencia; ya que se absuelve más tardíamente el pecado que se ha consolidado por la reflexión previa.

Por tanto, los que pecan sabiéndolo se diferencian de los que lo hacen por una moción repentina en que los primeros, al abandonar por su pecado el estado de justicia, muchas veces, caen –al mismo tiempo– en los lazos de la desesperación. De ahí que el Señor, reprendiendo no tanto las perversidades de los precipitados, como las confabulaciones de los pecadores, diga por el profeta: *No sea que se encienda el fuego de mi indignación, y se inflame, y no haya quien lo apague, por la maldad de vuestros afanes*[351]. Y, por lo mismo, dice indignado en otro lugar: *Os visitaré a vosotros juntamente con el fruto de vuestros afanes*[352]. Efectivamente, los pecados cometidos deliberadamente se diferencian de los otros; pues, el Señor no reprocha tanto los pecados que se realizan perversamente, cuanto las confabulaciones de tales maldades. Y es que, en las acciones se peca a menudo por debilidad o por negligencia, sin embargo, en la confabula-

351. Jr 4, 4. 352. Jr 23, 2.

ción se peca con maliciosa intención. Frente a esto, con razón se dice por el profeta, describiendo al hombre santo: *No se sienta en la cátedra de pestilencia*[353]. La cátedra suele ser del juez o del que preside; sentarse, en cambio, en cátedra de pestilencia es cometer maldades deliberadamente; sentarse en cátedra de pestilencia es distinguir con el juicio las obras malas y, sin embargo, cometerlas. El que se erige con tanta arrogancia, fruto de la iniquidad, que se esfuerza en cometer el mal, incluso sabiéndolo, es como si se sentara en la cátedra de un perverso consejo; de modo que, afianzándose en el honor de dicha cátedra, se convierte en prelado que asiste a los desórdenes. Por eso, los pecados cometidos deliberadamente superan a los que son fruto de la precipitación.

33. *A los que caen repetidas veces en pequeños pecados y a los que librándose de éstos alguna vez caen en los graves*

De un modo hay que exhortar a los que repetidas veces caen en pequeños pecados, y de otro a los que se libran de los pequeños, pero caen alguna vez en los graves. Los que con frecuencia se exceden, aunque sea en cuestiones mínimas, deben ser exhortados para que no consideren la calidad, sino la cantidad de pecados que cometen. Pues, si no temen sus obras al valorarlas, deben espantarse al contarlas. Pequeñas, pero innumerables gotas de la lluvia llenan las profundas simas de los ríos; y el pozo, creciendo en lo oculto, hace lo mismo que la tormenta que se desencadena manifiestamente; y pequeñísimas son las heridas que brotan en los miembros por la sarna, pero cuando se cubren de una multitud de ellas, hacen perecer la vida del cuerpo lo mismo que lo haría una grave herida en el pecho. Por eso, está escrito: *Quien des-*

353. Sal 1, 1.

precia lo pequeño, poco a poco sucumbirá[354]. En efecto, quien descuida llorar y evitar los pequeños pecados, pierde el estado de justicia, no de repente, pero sí progresivamente.

Quienes se exceden, con frecuencia, en los pequeños detalles deben ser amonestados para que caigan con solicitud en la cuenta de que no es verdad que se peque menos en lo pequeño que en lo grave. Pues, al reconocer más rápidamente la mayor gravedad de un pecado, lo enmendamos también con mayor prontitud; sin embargo, el pecado menor, justamente porque lo consideramos como si no fuera nada, se convierte en peor, pues lo mantenemos en uso con mayor tranquilidad. Por eso, sucede a menudo que, el alma habituada a males leves, no tiene miedo a los graves y, llega nutrida de culpas a cierta justificación de su maldad; de modo que, en la medida que aprendió a pecar, no temiendo a los menores, menosprecia el temor a caer en los mayores.

Por el contrario, hay que advertir a los que se protegen frente a los pecados pequeños, pero alguna vez se precipitan en los graves, que se entreguen con solicitud al propio conocimiento; ya que, al engreírse por haberse protegido de lo pequeño, el mismo abismo de su arrogancia los devora, llevándolos a cometer lo grave y, al dominar por fuera lo pequeño pero estar entumecidos por dentro a causa de su vanagloria, echan por tierra al alma, vencida interiormente por la debilidad que produce la soberbia y exteriormente por las maldades mayores.

Por tanto, hay que amonestarles a éstos para que no sucumban por dentro, en lo que por fuera juzgan que están firmes; no sea que, ante la retribución del justo Juez, la arrogancia de una justicia menor se convierta en camino para caer en una culpa mayor. Y es que, los que se engríen en vano, poniendo todas sus fuerzas en custodiar los bienes pequeños,

354. Si 19, 1.

se sobrecargan precisamente por estar abandonados de pecados graves y, al caer, aprenden que aquello en que se mantuvieron firmes no ha servido para evitar que males inmensos opriman sus corazones, engreídos por bienes pequeños.

Se les debe aconsejar que consideren que, por los pecados graves, no sólo se atan a una profunda pena, sino que, además, al protegerse de los pequeños, pecan muchas veces de forma peor; ya que, por aquéllos se convierten en inicuos, pero, por éstos, ocultan a los hombres su iniquidad. Al cometer grandes males, manifiestan ante Dios que son inicuos y, al proteger los bienes pequeños, simulan ante los hombres su santidad. De ahí que se diga a los fariseos: *Filtráis un mosquito y os tragáis un camello*[355]. Como si dijera claramente: «distinguís los males menores y os tragáis los mayores». Por eso, en otro lugar, se increpa por la voz de la Verdad: *Dais el diezmo de la menta, del aneto y del comino; pero descuidáis lo más importante de la ley, el juicio, la misericordia y la fe*[356]. No se nos pase que, al decir que pagaban el diezmo de cosas pequeñas, no nombró las peores, sino que prefirió mencionar las de buen olor; dando a entender, efectivamente, que los falsantes, al custodiar lo pequeño, buscan propagar sobre sí el olor de ser tenidos en santa consideración. De modo que, aunque menosprecien cumplir lo mayor, observan, en cambio, lo menor, que, según el juicio humano, despide un perfume por todos lados.

34. *A los que ni siquiera comienzan obras buenas y a los que, empezándolas, no las terminan*

De un modo hay que exhortar a los que ni siquiera comienzan obras buenas, y de otro a los que, empezán-

355. Mt 23, 24.

356. Mt 23, 23.

dolas, no las terminan. A los primeros hay que decirles que no se deben poner a realizar lo que en buenas condiciones hubieran querido hacer, sino que primero deben destruir aquello en lo que ellos mismos se enredan viciosamente. Ya que no desearán hacer lo que oyen, pues no tienen experiencia de ello, si antes no descubren lo pernicioso que es aquello en lo que sí están experimentados. El que no sabe que ha caído, justamente por no saberlo, ni siquiera desea ser levantado; lo mismo que el que no siente dolor en una herida, no pide los remedios para sanarla.

Por tanto, primero hay que poner de manifiesto lo vano que es aquello que desean y, luego, se debe insinuar con interés lo provechoso que es aquello que pasan por alto. Es decir, hay que hacerles descubrir que antes deben ahuyentar lo que aman y, luego, ya sin dificultad, amar lo que rehuyen. Pues, aceptan mejor aquello de lo que no tienen experiencia si conocen la verdad de lo que sí han experimentado. Claro, porque al comprender con certeza que era vana la falsedad mantenida, aprenden a buscar los verdaderos bienes, deseándolos plenamente.

Oigan, por tanto, que el placer de los bienes presentes pasa pronto, pero la cuenta que de ellos deben rendir para su retribución, persiste y durará hasta el fin. Porque ahora, se quita incluso lo permitido a los que no quieren, y lo que duele se reservará luego para el suplicio a los que no quieran. Y así, deben temer, para su provecho, aquello mismo en lo que perjudicialmente se complacen; de modo que, al abatir su mente considerando los profundos daños a los que lleva su ruina y viéndose ya caídos en el precipicio, les den la espalda y, aterrorizado por lo que habían amado, aprendan a amar lo que despreciaban.

Por eso, a Jeremías, enviado a predicar, se le dijo: *He aquí que desde hoy te pongo sobre las gentes y los reinos, para que extirpes y destruyas, para que pierdas y disipes, y*

para que edifiques y plantes[357]. Claro, porque no se puede edificar con provecho rectamente, sin destruir antes lo perverso. En efecto, en vano se sembrarían las palabras de una predicación muy santa, si antes no se hubiesen arrancado los espinos del amor vano, de los corazones de los oyentes. Por eso, Pedro, cuando no advirtió a los judíos de lo que iban a hacer, sino que los increpó por lo que habían hecho, primero destruye y luego edifica, diciendo: *A Jesús Nazareno, hombre acreditado por Dios entre vosotros, con poderes, prodigios y signos que Dios hizo por medio de Él en medio de vosotros, como sabéis; a éste, que fue entregado por determinado designio y previo conocimiento de Dios, lo matasteis clavándolo por manos de unos inicuos, a éste, Dios lo resucitó librándolo de los dolores del infierno*[358]. Sin duda, para que, destruidos por el conocimiento de su maldad, buscaran ser edificados por la santa predicación, con un deseo proporcional al provecho con que la escuchaban. Por eso, le respondieron allí mismo: *Luego, ¿qué hemos de hacer, hermanos?* E inmediatamente se le dice: *Haced penitencia, y bautizaos cada uno de vosotros*[359]. Palabras edificantes que, ciertamente, hubieran despreciado si antes, no hubiesen descubierto con provecho la ruina de su perdición.

De ahí que Saulo, al resplandecer sobre él la luz enviada del cielo, escuchara, no lo que a partir de entonces debía hacer con rectitud, sino lo que había hecho perversamente. Cuando postrado preguntó: *¿Quién eres, Señor?*, se le respondió en seguida: *Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues*[360]. Y al añadir de repente: *Señor, ¿qué debo hacer?*[361], allí mismo se le contesta: *Levántate y entra en la ciudad, allí se te dirá lo que debes hacer*[362]. He ahí al Señor

357. Jr 1, 10.
358. Hch 2, 22-24.
359. Hch 2, 37-38.
360. Hch 22, 8; 9, 4-5.
361. Hch 22, 10.
362. Hch 9, 7.

que, hablando desde el cielo, reprendió los hechos de su perseguidor y, sin embargo, no le mostró en el acto lo que debía hacer. He ahí que ya se había derrumbado todo el montaje de su arrogancia y pedía humilde, tras su ruina, ser edificado; y, sin embargo, destruida ya la soberbia, aún se guardaban las palabras de edificación. Sin duda, con el fin de que el cruel perseguidor yaciera postrado largo tiempo, y se levantase luego tanto más robustecido en el bien, cuanto más plenamente derribado se encontrara de su error anterior.

Por el contrario, hay que amonestar a los que no culminan las buenas obras comenzadas, para que consideren con cauta circunspección que al no llevar a término sus propósitos, destruyen también lo que han empezado. Pues, como se ve, al no crecer con intención solícita lo que se debe hacer, también decrece lo que hasta entonces se hubiera hecho correctamente. Y es que, el alma humana es como la nave que va corriente arriba: en ningún lugar le está permitido pararse, porque si no se esfuerza en ir hacia arriba, regresa aguas abajo. Por tanto, si la mano del que hace una obra no levanta con fuerza hacia la perfección las obras buenas comenzadas, la misma dejadez del que debiera actuar se enfrenta contra lo que ya ha sido hecho. Por eso, se dice por Salomón: *Quien es perezoso y descuidado en su trabajo, es hermano del que destruye su obra*[363]. Porque, evidentemente, el que no termina con rigor las buenas obras comenzadas, imita, con la languidez de su negligencia, la mano del que destruye. De ahí que se diga al ángel de la Iglesia de Sardes: *Sé vigilante, fortalece a los restantes que estaban para morir, pues no encuentro tus obras plenas en la presencia de mi Dios*[364]. Así anunciaba que las obras restantes que ya habían sido hechas iban a morir, porque sus

363. Pr 18, 9.

364. Ap 3, 2.

obras no habían sido encontradas plenas en la presencia de Dios. Y es que, si lo que hay muerto en nosotros no se despierta a la vida, también se extingue lo que aún se conserva vivo.

También hay que amonestarles para que piensen que hubiera sido más soportable no tomar precipitadamente el camino de lo recto, que volver luego la espalda a lo emprendido; pues, no hubieran sentido pereza respecto al esfuerzo iniciado, si no hubieran mirado hacia atrás. Oigan lo que está escrito: *Mejor les sería no conocer el camino de la justicia, que, después de conocerlo, volverse atrás*[365]. Y además: *¡Ojalá fueses frío o caliente!; pero porque eres tibio, ni frío, ni caliente, voy a vomitarte de mi boca*[366]. Es caliente el que culmina los buenos trabajos que emprende, y frío el que ni siquiera empieza lo que ha de culminarse. Del mismo modo que se pasa del frío al calor por la tibieza, así también, se regresa del calor al frío por ella. Por tanto, todo el que, habiendo abandonado el frío de la infidelidad, vive sin crecer hasta arder superando la tibieza, actúa enfriándose, al no buscar el calor y demorarse perjudicialmente en la tibieza. Lo mismo que antes de la tibieza hay esperanza en el frío, así también en la tibieza, al llegar el frío, hay desesperación. Y es que, quien anda todavía entre pecados no abandona la esperanza de la conversión; pero quien, después de la conversión permanece tibio, elimina incluso la esperanza que pudo tener siendo pecador. Se busca que todos sean fríos o calientes, a fin de no ser vomitados como tibios, para que quien aún no se ha convertido conserve la esperanza de la conversión y, para que quien ya se ha convertido arda en virtudes; no sea que, volviendo por pereza al perjudicial frío desde el calor que prometió, sea vomitado como tibio.

365. 2 P 2, 21. 366. Ap 3, 15-16.

35. *A los que hacen el mal ocultamente y el bien a la vista de todos y a los que actúan al contrario*

De un modo hay que exhortar a los que hacen el mal a escondidas y el bien públicamente, y de otro a los que ocultan el bien que hacen y permiten que se opine mal de ellos públicamente en ciertos hechos. A los primeros hay que exhortarles para que piensen cuánta es la velocidad con la que vuelan los juicios humanos, y cuánta la inmutabilidad con la que perduran los divinos. Hay que amonestarles para que pongan los ojos del alma en el fin de las cosas, porque no sólo pasa el testimonio humano de alabanza, sino que, además, la suprema sentencia, que penetra incluso lo escondido, recobra fuerza para la retribución perpetua. De modo que, al poner ante el Juez divino los males ocultos y el bien que hacen públicamente, éste queda sin testigo, pero no quedan sin el Testigo eterno sus ocultos pecados. Y así, escondiendo sus pecados a los hombres y manifestándoles sus virtudes, declaran, al ocultarlos, por qué han de ser castigados; y esconden, al manifestarlas, aquello por lo que podrían ser remunerados. La Verdad les llama a éstos *sepulcros blanqueados*, de buen aspecto por fuera, pero llenos de los huesos de los muertos por dentro[367]; porque ocultan dentro los males de los vicios, pero ante los ojos humanos se lisonjean mostrando ciertas obras que sólo por fuera tienen color de justicia.

También hay que amonestarles para que, sin menospreciar lo que hacen con rectitud, consideren sus obras aún dignas de mayor mérito. En balde aprecian sus obras buenas los que juzgan que, para ellas, son suficientes los aplausos humanos. Y es que, cuando a cambio de una obra buena se busca la alabanza pasajera, se vende a un vil precio lo que

367. Cf. Mt 23, 27.

es digno de retribución eterna. La Verdad dice acerca de tal precio: *En verdad os digo, recibieron su recompensa*[368]. Hay que aconsejarles que reflexionen en que, al mostrarse perversos en lo oculto y presentarse como ejemplo de obras buenas, declaran que se ha de seguir lo que tratan de evitar y proclaman que se debe amar lo que odian. Viven, en fin, para los otros y mueren para sí.

Por el contrario, hay que amonestar a los que hacen buenas obras a escondidas, pero permiten que públicamente se piense mal de ellos en ciertos hechos, para que, al vivificarse rectamente en virtud de la obra buena, no causen la muerte a otros por el ejemplo de una perversa estimación; no sea que amen menos a los prójimos que a sí mismo y, bebiendo ellos la saludable bebida del vino, viertan un pestífero brebaje envenenado a las almas que están atentas a su consideración. Al procurar hacer a escondidas lo que es recto, y esparcir en ciertos hechos una mala opinión sobre sí que sirve de ejemplo, ayudan, con lo primero, bien poco a la vida de sus prójimos, y, con lo segundo, ciertamente les producen gran daño. Todo el que ofrece al desprecio de los demás la complacencia de ser alabado, si oculta el bien que hace, está cometiendo un fraude a la edificación de sus prójimos. Quien no da a conocer la obra que ha de ser imitada es como aquel que quita raíces, después de echar la semilla que ha de germinar. Por eso, dijo la Verdad en el Evangelio: *Vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo*[369].

En el mismo Evangelio se ofrece otra sentencia que parece decir lo contrario: *Cuidad de no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para que seáis vistos por ellos*[370]. Se dice que nuestra obra debe hacerse de modo que no sea vista

368. Mt 6, 2. 5.
369. Mt 5, 16.
370. Mt 6, 1.

y, por otro lado, se prescribe que debe ser vista. ¿Qué significa esto, sino que tenemos que hacer las obras, ocultándolas, para no alabarnos a nosotros mismos, y manifestándolas, para acrecentar la alabanza al Padre celestial? Cuando el Señor nos prohibe practicar la justicia delante de los hombres, allí mismo añade: *Para que seáis vistos por ellos*[371]. Y, cuando manda en otra parte que nuestras buenas obras deben ser vistas por los hombres, en seguida añade: *Y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo*[372]. Por tanto, cómo han de ser vistas y cómo no han de serlo, lo expresó al final de las sentencias; de modo que, el alma del que actúa, no obrara para ser visto, y, a un tiempo, no ocultara su obra para dar, por medio de ella, gloria al Padre.

Sucede muchas veces que, la obra buena, cuando se hace públicamente, queda en lo oculto y, al revés, cuando se hace a escondidas, se hace pública. Pues, quien habiendo obrado bien en público, no busca su gloria sino la del Padre Supremo, oculta aquello que hizo, ya que sólo tuvo como testigo a Aquel a quien procuró agradar. Y, por el contrario, quien habiendo realizado su obra buena en secreto y deseó ser descubierto y alabado, actuó delante de los hombres, aun cuando nadie viera lo que manifestaba, ya que atrajo hacia sí tantos testigos como alabanzas humanas buscó en su corazón.

Cuando la mala reputación, en cuanto que prevalece sin que se cometa pecado, no se elimina de la mente de los que observan, se ofrece la copa del pecado, por ejemplo, a todos los que piensan que sus obras son malas. De ahí que ocurra a menudo, que los que permiten que se opine mal de ellos, nada inicuo hacen por sí mismo, pero, por su medio, los que les hubieran imitado pecan más gravemente. Por eso, Pablo dice a los que comen ciertas cosas inmundas sin con-

371. Ibid. 372. Mt 5, 6.

taminarse, pero incitan por ellas a los que aún son imperfectos, al escándalo de la tentación: *Mirad que vuestra licencia no sea tropiezo para el débil*[373]. Y también: *Por tu conocimiento se pierde el débil, hermano, por quien Cristo ha muerto. Y pecando así contra los hermanos, hiriendo su débil conciencia, pecáis contra Cristo*[374]. Por eso también, cuando dijo Moisés: *No maldecirás a un sordo*, añadió en seguida: *Ni pondrás tropiezo delante de un ciego*[375]. Maldecir a un sordo es menospreciar al que está ausente y no oye. Y, poner un tropiezo delante de un ciego significa hacer algo discreto, pero ofreciendo la ocasión de escándalo al que no tiene la luz de la discreción.

36. *Cómo exhortar a la virtud sin provocar los vicios contrarios*

Todo lo que hemos dicho es lo que el director de almas debe atender en su predicación, con el fin de presentar el remedio oportuno a la herida de cada uno. Es cierto que es trabajoso instruir a cada uno acerca de su propio problema y distribuirle la consideración adecuada, y que es aún más trabajoso acomodar dicha consideración a cada uno de los exhortandos; sin embargo, mucho más trabajoso es todavía instruir a innumerables oyentes, entregados a diversos afanes, a un mismo tiempo y con un mismo sermón.

En efecto, se ha de hacer, además, con tal arte, que se diga lo que es conveniente a cada uno con el mismo sermón, aun cuando los vicios de los oyentes sean diversos. Es decir, que se ataquen las pasiones en una sola dirección, pero cortando el tumor de los pensamientos carnales a un lado

373. 1 Co 8, 9.
374. 1 Co 8, 11-12.
375. Lv 19, 14.

y a otro, como con espada de doble filo. Y así, se predique a los soberbios de tal modo la humildad que no crezca el miedo en los tímidos. Se infunda de tal modo la autoridad en los tímidos que no crezca el desenfreno en los soberbios. A los ociosos y disipados se predique la solicitud por las buenas obras, de tal forma que no aumente la licencia para obrar inmoderadamente en los precipitados. Se ofrezca mesura a los precipitados, de tal forma que el ocioso y disipado no se sientan satisfechos. Se elimine la ira de los impacientes, de tal modo que no crezca la negligencia en los tranquilones y remisos. Se encienda el celo en los tranquilones y remisos, de tal modo que no avive el fuego en los iracundos. Se infunda generosidad para dar en lo avaros, de tal manera que no cedan los frenos de la efusión en los pródigos. Se predique la parquedad en los pródigos, de tal manera que no aumente el deseo de conservar las cosas perecederas en los avaros. Se alabe el matrimonio para los incontinentes, de tal modo que los ya continentes no se precipiten en la lujuria. Se alabe la virginidad del cuerpo, de tal modo que no haga despreciable la fecundidad de la carne en los casados. Predíquense los bienes, de tal forma que no se fomenten, de paso, los males. Se elogien los bienes mayores, de tal modo que no se desprecien los menores. Y cuídense los menores, de tal modo que, por considerarlos suficientes, no se tienda a los mayores.

37. *Cómo predicar al fatigado por pasiones contrarias*

Es también arduo trabajo para el predicador atender en el mismo sermón a las mociones y causa ocultas en cada uno, y volverse, como luchador en la palestra, de un lado a otro. Sin embargo, se fatiga con más doloroso trabajo, cuando se ve obligado a predicar a uno que anda esclavizado por vicios diversos.

Y así, sucede a menudo, que uno se manifiesta con un carácter alegre en exceso y, en cambio, interiormente le oprime una tristeza surgida de repente. Por ello, el predicador debe protegerle de la repentina tristeza, de tal modo que la alegría, abundante por su carácter, no crezca en exceso; y, debe frenarle dicha alegría de carácter, de tal modo que no aumente la tristeza repentina.

Éste se cansa de actuar con inmoderada precipitación, y, sin embargo, encuentra una fuerza que se le opone, fruto de un temor repentino, en aquello que debiera hacer con prontitud. Aquél se cansa de actuar con un temor inmoderado, y, sin embargo, alguna vez se precipita a actuar temerariamente. Pues bien, en éste se debe reprimir la precipitación surgida de repente, de tal manera que no domine el temor que lleva impreso por su carácter; y en aquél, se debe reprimir el temor repentino, de tal manera que no crezca la precipitación durante largo tiempo cultivada.

¿Qué tiene de admirable que los médicos de almas atiendan estas cosas, cuando los médicos se aplican a curar con tanto arte de discreción, no los corazones sino los cuerpos? Sucede a menudo que una debilidad desmesurada oprime a un cuerpo ya débil de por sí. Se aplican fuertes remedios para su sanción y el cuerpo débil no los resiste. El que cura debe aplicarlos para eliminar la enfermedad persistente, de tal modo que no aumente la debilidad reinante en el cuerpo; no sea que ésta termine con su vida. Es decir, debe aplicar el remedio con tal discreción, que a un tiempo se remedien la enfermedad y la debilidad.

Por tanto, si una medicina para el cuerpo, aplicada indivisiblemente puede servir divisiblemente (pues decimos que es verdadera medicina si al aplicarse, puede sanar a la enfermedad y lo que es propio del carácter), ¿por qué la medicina del alma, aplicada en la misma y única predicación, que actúa con mayor eficacia cuando se administra a

algo más invisible, no va servir para sanar enfermedades de orden diverso en las costumbres?

38. *Omítanse los vicios leves para arrancar los más graves*

Hay veces en que dos vicios debilitan y angustian a un tiempo, uno de forma más grave y otro más levemente. Lo correcto en estos casos es aplicar el remedio con más urgencia al vicio que puede conducir más rápidamente a la muerte. Cuando, por otro lado, no puede reprimirse el que lleva a la muerte, sin que crezca el vicio contrario ya existente, se debe permitir al predicador que, con su predicación y arte de moderación, consienta que éste crezca de modo que pueda retener que el otro le lleva a una muerte inmediata. Haciendo esto no aumenta la enfermedad, sino que salva la vida de su enfermo, ya que aplica tal medicamento mientras encuentra la ocasión oportuna para alcanzar su salud.

Y es que, sucede a menudo, que el que no modera su glotonería con los alimentos y se siente, además, oprimido por los estímulos de la lujuria que casi le supera, aterrado con el miedo que le produce tal lucha, cuando procura contenerse con la abstinencia, se siente atacado por la tentación de vanagloria; y así, no sólo no extingue un vicio, sino que crece otro. ¿Qué vicio se debe perseguir con mayor ardor, sino el que angustia con mayor peligro? Por tanto, se debe tolerar que, por la virtud de la abstinencia, crezca entretanto la arrogancia, aun a riesgo de su vida, no sea que la lujuria, a causa de la glotonería, acabe totalmente con su vida.

Por eso, Pablo, sopesando en su débil oyente, por un lado, el querer todavía el mal, y, por otro, el alegrarse de la acción recta por la retribución de la alabanza humana, dijo: *¿Quieres no temer a la autoridad? Haz el bien y obtendrás*

de ella alabanza[376]. Es decir, que no se ha de hacer el bien por temor a la autoridad de este mundo, ni por recibir como recompensa la gloria de una alabanza transitoria. Como pensaba que el alma enferma no podría alcanzar una fortaleza tal que le permitiera evitar a un tiempo la maldad y la alabanza, el predicador egregio, con su amonestación, ofreció y quitó algo: le concedió lo leve y le arrancó lo más grave, para así, poder quitar sin esfuerzo al alma algo suyo, dejando que se abandonara familiarmente en un vicio también suyo, ya que no podían ser arrancados todos al mismo tiempo.

39. *No se deben predicar exclusivamente los bienes eternos a las almas enfermas*

El predicador ha de saber que no debe arrastrar el alma de su oyente más allá de sus fuerzas, no sea que, por así decir, al estirar más de lo que se puede, se rompa la cuerda del alma. A muchos oyentes habrá que ocultarles ciertos bienes eternos, mientras que sólo a unos pocos habrá que descubrírselos. Por eso, la Verdad dice por sí misma: *¿Quién piensas que es el administrador fiel y prudente a quien pondrá como señor de su familia, para que les dé a su tiempo la ración de trigo?*[377]. Con ración de trigo se expresa la moderación en el hablar, para que al ofrecer algo al corazón sin capacidad, no se le derrame por fuera. De ahí que Pablo dijera: *No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como niños en Cristo, os pude dar leche, no alimentos*[378]. Por lo mismo, Moisés, cuando salió de la intimidad con Dios, se tapó ante el pueblo el rostro radiante[379], pues, no quería mostrar los secretos de la íntima caridad a

376. Rm 13, 3.
377. Lc 12, 42.
378. 1 Co 3, 1-2.
379. Cf. Ex 34, 33.

las multitudes. Y, por eso, la Palabra divina, ordenó por su medio que si uno, al cavar un pozo se olvidaba cubrirlo y caía en él un buey o un asno, debía pagar su precio como restitución[380].

Porque, evidentemente, al llegar a las profundas fuentes de la ciencia y no ocultarlas a los corazones embrutecidos de los oyentes, uno se hace reo de castigo, si por sus palabras la mente, pura o impura, cae prisionera en el escándalo. Por eso, se dice al bienaventurado Job: *¿Quién dio al gallo inteligencia?*[381]. El santo predicador, cuando clama en este tiempo de tinieblas, es como el gallo que canta en la noche, al decir: *Ya es hora de levantaros del sueño*[382]. Y en otro sitio: *Despertaos justos y no pequéis*[383]. Ahora bien, el gallo emite un canto profundo en las horas más profundas; pero, cuando se aproxima la hora matinal, emite pequeños y tenues sonidos. Y es que, quien predica rectamente, proclama a los corazones entenebrecidos, lo que es manifiesto; no indicándoles nada sobre los misterios ocultos, de modo que, al acercarse a la luz de la Verdad, puedan escuchar palabras más sutiles.

40. *Predicar con palabras y obras*

Después de todo lo que hemos dicho, debemos volver a centrarnos en la caridad, a fin de que todo predicador resuene más por sus hechos que por sus palabras; de modo que, mejor que mostrar con su palabra por dónde avanza, deje, viviendo santamente, las huellas para que le sigan.

También el gallo, tomado por el Señor para expresar la figura del buen predicador, al preparase a cantar, sacude pri-

380. Cf. Ex 21, 33.
381. Jb 38, 36.
382. Rm 13, 11.
383. 1 Co 15, 34.

mero sus alas, y, golpeándose a sí mismo, se pone más vigilante. Claro, porque es necesario que los que mueven las palabras de la santa predicación trabajen primero sin descanso, deseando hacer buenas obras; no sea que, estando ellos entumecidos para actuar, muevan a otros con su palabra. Por tanto, dedíquense primero a vivir, con solicitud, santamente. Golpéense primero a sí mismos con las alas de los pensamientos; descubran con atenta indagación todo lo que les entumece inútilmente; corríjanlo con severa animadversión y, sólo entonces, pongan en orden con su palabra la vida de los demás.

Procuren castigar primero con sus lágrimas los defectos propios, y denuncien luego, lo que se ha de corregir en los otros. Y, antes de que suenen las palabras de la predicación, proclamen con sus obras todo lo que vayan a decir.

Cuarta Parte
HUMILDAD DEL PASTOR

Es necesario que el pastor procure cuidadosamente herirse con la laceración del temor. Pues, sucede a menudo, que el alma del predicador, cuando la predicación se esparce abundante y convenientemente, se engríe consigo misma de la propia ostentación con una oculta alegría. No ocurra que el mismo que devuelve la salud a otros, curando las heridas, se entumezca al descuidar la propia salud, y se abandone a sí mismo el que ayuda a los prójimos, o caiga el que levanta a otros.

Muchas veces, la grandeza de virtud fue para algunos ocasión de perdición: sintiéndose desordenadamente seguros al confiar en sus fuerzas, perecieron inesperadamente por su negligencia. Y es que, cuando la virtud se opone a los vicios, hace que el alma se lisonjee con cierta complacencia de sí; de modo que el alma del que obra correctamente, perdiendo el temor que produce la prudencia, descansa segura en su propia confianza. Entonces, entumecida ya la mente, el astuto seductor le enumera todo lo que hizo con rectitud y la exalta con el pensamiento de ser mejor que los demás.

El resultado de esto es que ante los ojos del Juez justo, el recuerdo de la virtud se convierte en trampa para el alma, porque recordando lo que hizo al enaltecerse ante sí, se rebaja ante el Autor de la humildad. Por eso, se dice al soberbio espíritu: *Porque eres más bello, desciende y duerme*

con los incircuncisos[1]. Como si dijera claramente: «porque te engríes por la belleza de tus virtudes, por tu mismo encanto eres empujado para que caigas».

De ahí que se repruebe con fuerza al alma soberbia, figurada en Jerusalén, cuando se dice: *Eras perfecta en belleza para mí, tú a quien yo había revestido, dice el Señor; y habiéndote fiado de tu hermosura, fornicaste en tu nombre*[2]. El alma, fiada de su hermosura, se engríe, cuando se gloría contenta de los méritos de sus virtudes, sintiéndose segura ante sí. Pero por esta misma confianza es guiada a la fornicación, porque cuando tales pensamientos engañan al alma arrebatándola, los espíritus malignos la corrompen seduciéndola con innumerables vicios.

Hay que notar que se dice: *Habiéndote fiado de tu hermosura, fornicaste*; y es que, cuando el alma abandona el respeto al supremo Pastor, busca sin cesar la propia alabanza y comienza a arrogarse para sí todo lo bueno que recibió, para emplearlo en anunciar a su Dador. Y así, preocupándose por aparecer admirable ante todos, el alma desearía extender la gloria de su fama. En definitiva, se fía de su hermosura para fornicar, el alma que, abandonando la unión legítima de su matrimonio, se entrega miserablemente al espíritu del corruptor por deseo de alabanza.

Por eso, dijo David: *Entregó al cautiverio su fuerza y su hermosura en manos del enemigo*[3]. Se entrega la fuerza al cautiverio y la hermosura en manos del enemigo, cuando el viejo adversario domina la mente que ha sido engañada por la arrogancia de la obra buena. Tal arrogancia de la virtud, a menudo, tienta incluso al alma elegida, aunque no la vence totalmente. Por eso, dijo David en otro lugar: *Yo decía en mi abundancia: no vacilaré nunca*[4]. Pero, dado que se enor-

1. Ez 32, 19.
2. Ez 16, 14-15.
3. Sal 77, 61.
4. Sal 29, 7.

gulleció confiando en su virtud, después de lo dicho añadió: *Retiraste tu rostro de mí, y me dejaste desconcertado*[5]. Como si dijera claramente: «Me creí fuerte entre las virtudes, pero, abandonado, reconocí cuánta es mi debilidad». De ahí que dijera en otro lugar: *He jurado y he de guardar los juicios de tu justicia*[6]. Ahora bien, como no estaba en sus fuerzas el mantener la custodia de lo que juraba, turbado, cayó en seguida en la cuenta de su debilidad. Por eso, al instante, se refugió en la fuerza de la súplica, diciendo: *Estoy humillado por todas partes, Señor; vivifícame según tu palabra*[7].

A veces, la suprema moderación hace volver a la mente el recuerdo de la debilidad, antes de otorgar favores, para que no se entumezca por las virtudes recibidas. Por esto, cada vez que se lleva al profeta Ezequiel a contemplar los bienes celestiales es previamente llamado *hijo de hombre*[8]; como si el Señor le amonestara claramente: «a fin de que tu corazón no se engría en arrogancia por lo que ves, sopesa prudentemente lo que eres, para que al penetrar en lo sublime, reconozcas que eres hombre y, al ser arrebatado más allá de lo que eres, vuelvas a ti solícito por el freno de tu debilidad».

Por consiguiente, es necesario que cuando nos lisonjeen la abundancia de virtudes, el alma vuelva su mirada a la propia debilidad, rebajándose saludablemente a lo más bajo. Considere así, no lo que hizo correctamente, sino lo que descuidó hacer; para que, al humillarse el corazón por el recuerdo de su debilidad, se consolide más robustamente en la virtud ante el Autor de la humildad.

Y es que, sucede también muchas veces que, Dios Omnipotente, a la vez que perfecciona el alma de los pastores

5. Sal 29, 8.
6. Sal 118, 106.
7. Sal 118, 107.
8. Cf. Ez 2.

en gran medida, las deja también imperfectas en otra pequeña parte; para que al brillar con virtudes admirables, se humillen con el hastío de su imperfección, y no se erijan como grandes quienes aún han de luchar con insistencia contra mínimos defectos. Así, puesto que no pueden vencer hasta el final, no se atreverán a engreírse por sus actos más destacados.

He aquí, buen hombre, que al intentar mostrar cuidadosamente cuál ha de ser la calidad del pastor, obligado por tu reprensión, yo, pintor feo, he delineado al hombre bello, dirigiendo a otros a las costas de la perfección; yo, que aún navego en las mareas del pecado. Ruego que en el naufragio de esta vida me sostengas con la balsa de tu oración, para que la mano de tu mérito me eleve, ya que mi propio peso me sumerge[9].

9. No es ésta la primera vez que Gregorio emplea una metáfora marítima para expresar la condición del hombre en la tierra, cf. por ejemplo, Mor, *Carta dedicatoria* 1 (CCL 143, 1; BPa 42, 67), en la que emplea incluso la misma fórmula *huius vitae naufragio*. Por lo demás, la imagen marítima es frecuente en esta época para referirse a la vida: cf. FAUSTINO DE RIEZ, *Sermón* 24 (CSEL 21, 319): el mar es el mundo; el monasterio, es el puerto en el que el monje deberá fijar para siempre su ancla.

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis
3, 14: 172.
4, 4-5: 141.
9, 1: 87.
9, 2: 87.
18, 20: 229.
19, 20: 212.
19, 21: 212.
19, 30: 211.
28, 11-18: 83.
31, 47: 195.
34, 1-3: 221.

Éxodo
15, 6: 206.
16, 8: 125.
21, 33: 249.
25, 12-15: 112.
28, 15: 72.
28, 30: 73.
28, 33: 79.
28, 35: 80.
29, 5: 75.
29, 22: 75.
32, 6: 171.
32, 26-27: 201.
32, 27: 189.
34, 33: 248.

Levítico
15, 2: 81.
19, 14: 244.
21, 17: 66.
21, 18-20: 66.

Números
10, 29-31: 168.
22, 23ss.: 149.
23, 10: 226.
24, 14: 226.
25, 7ss.: 189.
25, 6-13: 189.
31, 6-12: 189.

Deuteronomio
19, 5-6: 111.
25, 5: 57.
32, 42: 200.

Rut
4, 1-11: 57.

1 Samuel
2, 9: 66.
2, 29: 92.
4, 17-18: 92.
10, 1: 53.
14, 50: 133.
15, 17: 89.
15, 30-35: 53.
18, 10ss.: 119.
24, 4ss.: 124.
24, 6: 125.
24, 18: 208.
25, 36ss.: 163.

2 Samuel
2, 8-11: 163.
2, 22-23: 164.
2, 31-34: 164.
3, 7: 164.
7, 27: 155.
11, 2s.: 53.
11, 15: 53.
11, 17: 208.
12, 1ss.: 119.
12, 7: 103.

1 Reyes
7, 23: 85.
11, 4: 208.

2 Reyes
20, 13: 55.
25, 8-10: 172.

2 Crónicas
19, 2-3: 190.

Tobías
4, 18: 179.

1 Macabeos
2, 26: 189.

Salmos
1, 1: 234.
23, 4: 94.
27, 8: 18.
29, 7: 252.
29, 8: 253.
31, 5: 223.
33, 20: 148.
37, 7: 67.
39, 10-11: 201.
39, 13: 155.
48, 8: 184.
50, 5: 220.
50, 11: 220.
50, 19: 228.
53, 5: 198.
54, 16: 230.
68, 24: 49.
72, 18: 206.
74, 5: 228.
77, 34: 147.
77, 61: 252.
79, 6: 219.
94, 2: 220.
104, 44-45: 206.
107, 7: 206.
111, 9: 183.
118, 97: 112.
118, 106: 253.
118, 107: 253.
119, 7: 190.
129, 3: 105.
132, 9: 80.
137, 6: 166.
138, 17: 77.
138, 21-22: 189.
139, 10: 142.
139, 12: 158.
140, 3: 156.
150, 4: 186.

Cantar de los Cantares
2, 6: 205.
3, 8: 232.
7, 4: 232.
7, 5: 67.
8, 13: 201.

Lamentaciones
2, 14: 79.
3, 48: 220.
4, 1: 97.

Job
10, 15: 148.

38, 36: 249.
41, 7: 193.
41, 14: 193.
41, 25: 88, 166.

Proverbios
1, 24-26: 146.
1, 28: 146.
1, 31: 169.
1, 32: 205.
3, 16: 206.
3, 28: 178.
3, 32: 144.
4, 25: 161.
5, 1-2: 155.
5, 9-11: 146, 147.
5, 12: 147.
5, 15-17: 197.
6, 1-2: 122.
6, 3-4: 123.
6, 6: 122.
6, 12-14: 191.
10, 9: 144.
10, 19: 158.
11, 25: 201.
11, 26: 199.
14, 30: 141.
15, 7: 169.
15, 33: 165.
16, 5: 197.
16, 18: 165.
16, 32: 134.
17, 14: 157.
18, 4: 158.
18, 9: 239.
19, 11: 132.
19, 15: 159.
20, 4: 160.
20, 21: 181.
20, 27: 150.
20, 30: 149.
21, 26: 159, 183.
21, 27: 185.
23, 34: 231.
23, 35: 231.
25, 28: 157.
26, 10: 158.
26, 11: 224.
27, 22: 152.
28, 20: 181.
29, 11: 134.

Eclesiatés (Qo)
3, 7: 156.
5, 9: 180.
7, 8: 132.
11, 4: 160.
11, 9: 204.

Sabiduría
1, 5: 144.
2, 24: 140.

Eclesiástico (Si)
7, 15: 225.
10, 9: 166.
10, 15: 166.
11, 10: 54.
12, 4: 179.
19, 1: 235.
20, 7: 156.
20, 30: 199.
32, 1: 92.
32, 10-11: 203.
32, 24: 161.
34, 24: 185.
34, 30: 225.

Isaías
1, 16: 225.
3, 9: 229.
5, 8: 180.
6, 5: 200.
6, 8: 59.

9, 13: 152.
14, 13-14: 88.
23, 4: 218.
30, 20-21: 215.
32, 17: 158.
34, 15: 143.
39, 4: 55.
40, 9: 75.
43, 25: 220.
48, 10: 117.
52, 11: 72.
54, 4: 117, 128.
54, 11: 117.
56, 4-5: 217.
56, 10: 78.
56, 11: 48.
57, 11: 105.
58, 1: 79.
58, 3: 174.
58, 4: 174.
58, 5: 174.
58, 9: 65.
61, 8: 185.
66, 2: 166.

Jeremías
1, 6: 59.
1, 10: 238.
2, 8: 48.
3, 1: 215.
3, 3: 128, 214.
4, 4: 233.
5, 3: 152.
6, 29: 154.
9, 5: 143.
15, 7: 152.
23, 2: 233.
48, 10: 200.
51, 9: 152.

Ezequiel
1, 18: 123.
2: 253.
4, 1: 108.
4, 2-3: 108.
8, 8: 106.
8, 9-10: 106, 107.
10, 12: 123.
13, 5: 78.
13, 18: 102.
16, 14-15: 252.
22, 18: 153.
23, 3: 214.
24, 12: 153.
32, 19.21: 252.
34, 4: 92, 102.
34, 18-19: 49.
36, 5: 205.
43, 13: 133.
43, 14: 133.
44, 12: 50.
44, 20: 100, 101.
44, 22: 33.

Daniel
4, 16ss.: 55.
4, 27: 55.

Oseas
2, 8: 196.
4, 9: 97.
5, 1: 50.
8, 4: 47.
9, 8: 50.

Joel
2, 15: 174.

Amós
1, 13: 195.

Habacuc
2, 6: 180.

Sofonías
1, 14-16: 144.

Ageo
1, 6: 185.

Zacarías
7, 5-6: 174.

Malaquías
2, 7: 79.

Mateo
5, 6: 243.
5, 9: 192.
5, 14-15: 56.
5, 16: 242.
5, 23-24: 187.
6, 1: 182, 242, 243.
6, 3: 177.
6, 25: 179, 242.
7, 3: 136.
7, 5: 136.
7, 13: 97.
10, 16: 142.
10, 34: 189.
12, 44ss.: 159.
13, 28: 191.
15, 11: 175.
15, 14: 49.
16, 26: 181.
18, 6: 50.
19, 11: 217.
20, 25-28: 92.
20, 28: 166.
23, 6-7: 47.
23, 23: 236.
23, 24: 236.
23, 27: 241.
24, 48-51: 92.
25, 12: 47.
25, 13: 64.
25, 18ss.: 63.
25, 24s.: 200.
25, 33: 206.
25, 35-36: 180.
25, 41: 180.
28, 10: 57.

Marcos
9, 49: 80, 81, 186.

Lucas
2, 42-43: 203.
3, 9: 184.
6, 12: 84.
6, 24: 118.
6, 25: 120.
6, 27-28: 135.
6, 30: 179.
6, 41: 136.
7, 47: 218.
8, 14: 68.
9, 62: 213.
10, 33: 93.
12, 23: 179.
12, 42: 248.
12, 47: 230.
13, 7: 183.
13, 27: 47, 48.
14, 12-14: 178.
15, 7: 218.
16, 13: 96.
16, 19: 183.
16, 24: 171.
16, 25: 207.
17, 10: 177.
18, 12: 173.
18, 14: 165.
21, 19: 134.
21, 34: 95, 175.
21, 35: 95.
24, 49: 203.

Juan
1, 12: 77.
5, 30: 170.
6, 15: 52.
10, 12: 78.
14, 27: 188.
16, 12: 142.
16, 22: 120.
21, 16: 56, 57.

Hechos de los Apóstoles
2, 3: 79.
2, 22-24: 238.
2, 37-38: 238.
2, 38: 228.
5, 3-5: 90.
9, 4-5: 238.
9, 7: 238.
10, 26: 90.
13, 20-22: 53.
17, 18: 81.
20, 26-27: 200.
22, 8: 238.
23, 6: 193.

Romanos
1, 14: 127.
1, 22: 68.
7, 23: 226.
8, 15: 151.
12, 3: 80.
12, 16: 169.
12, 18: 190.
13, 3: 248.
13, 11: 249.
13, 13: 175.
14, 3: 172.
14, 21: 175.
16, 19: 149.

1 Corintios
1, 12: 130.
1, 26: 127.
3, 1-2: 248.
3, 3: 186.
3, 4: 130.
3, 18: 127.
3, 27: 127.
4, 21: 90.
5, 1-2: 130.
6, 4: 96.
6, 9-10: 213.
6, 11: 228.
6, 13: 175.
7, 1-2: 210.
7, 2-3: 82.
7, 3: 211.
7, 5: 82, 212.
7, 6: 211.
7, 9: 213.
7, 29-30: 205, 209.
7, 31: 209.
7, 35: 213.
8, 8: 175.
8, 9: 244.
8, 11-12: 244.
9, 9: 85.
9, 20: 83.
10, 13: 69.
10, 33: 104.
11, 31: 220.
13, 4: 132, 135.
14, 38: 48.
15, 34: 249.

2 Corintios
1, 17: 171.
1, 24: 90.
2, 17: 197.
3, 17: 151.
4, 5: 90.
5, 13: 83.
5, 14-15: 57.
6, 2: 146.

6, 7: 76.
8, 13-14: 178.
9, 6: 178.
9, 7: 177.
11, 29: 83, 110.
12, 1-6: 82.

Gálatas
1, 10: 104.
2, 11: 103.
3, 1: 128.
3, 3: 129.
5, 22: 186.
6, 1: 108.
6, 2: 134, 210.

Efesios
4, 3-4: 186.
4, 14: 169.
4, 31: 135.
6, 9: 126.
6, 15: 58.

Filipenses
2, 8: 166.
3, 19: 175.
4, 10: 129.

Colosenses
2, 23: 173.
3, 5: 107.
3, 20: 121.
3, 21: 121.
3, 22: 126.

1 Tesalonicenses
2, 7: 90.

2 Tesalonicenses
1, 3-4: 131.
2, 1-2: 131.
3, 14: 191.
3, 15: 191.

1 Timoteo
3, 1: 61.
3, 2: 61.
4, 1: 175.
4, 3: 175.
4, 11-12: 203.
4, 13: 112.
5, 1: 117.
5, 8: 100.
5, 23: 175.
6, 1: 126.
6, 10: 69.
6, 13: 118.

2 Timoteo
2, 4: 96.
4, 1-2: 82.
4, 2: 162.

Tito
1, 9: 79.
1, 15: 175.
2, 15: 162.

Hebreos
8, 13: 127.
9, 4: 94.
11, 36-37: 128.
12, 5-6: 148.
12, 9-10: 148.
12, 12-13: 66.
12, 14: 186.
13, 4: 213.
13, 7: 128.

Santiago
1, 19: 158.
1, 26: 158.
3, 1: 52.
3, 8: 158.
3, 14-17: 187.
4, 4: 225.

1 Pedro
2, 9: 76.
3, 15: 113.
4, 11: 177, 197.
5, 1-2: 99.
5, 2: 100.
5, 3: 92.

2 Pedro
1, 5-6: 172.
1, 6: 172.
2, 15-16: 149.
2, 21: 240.
2, 22: 224.

1 Juan
4, 18: 151.

Apocalipsis
3, 2: 239.
3, 15-16: 240.
3, 18: 68.
3, 19: 147.
4, 6: 123.
14, 4: 217.
22, 17: 200.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Aarón: 66, 72, 73, 125.
abatimiento: 227.
Abel: 140, 141.
Abigail: 163.
abismo: 222, 235.
Abner: 163-165.
abominación: 197.
Abraham: 171.
absolución: 110.
abstinencia: 56, 77, 172-175, 186, 247.
abundancia: 57, 62, 65, 69, 118, 154, 178-179, 205-206, 210, 252-253.
Acab: 190
actitud/es: 16, 31, 38, 66, 67, 102, 118.
actividad externa: 31, 33.
acusación: 119, 120.
Adán: 223.
administración: 16.
administrador: 248.
admiración: 36.
adolescencia: 203-204, 214.
adversario: 157, 160, 208, 252.
adversidad: 64, 75, 136, 207-208, 232.
afán: 18, 95-97, 99, 104, 111, 136, 139, 159, 205, 233, 244.
afeminados: 213.
aflicción: 138, 148, 220-221, 224, 228.
África: 13.
Agapito, papa: 12, 17.
agitación: 95.
agricultor: 183.
agua: 49, 86, 150, 154, 157, 158, 171, 197, 225, 228.
aguijón: 100.
Aguilulfo: 28.
Agustín de Canterbury: 36.
Agustín de Hipona: 48, 50-52, 54, 58, 68-69, 73-74, 78, 87, 89, 154, 178, 224, 227.
ajetreo: 51, 112.
alabanza: 62, 66, 168, 177, 241, 243, 247-248, 252.
albedrío: 215.
Alfredo el Grande: 36.
alegría: 120, 177, 227, 246, 251.
alianza: 32, 84, 113, 216.
alimento: 75, 99, 151, 174, 179, 209, 224.
alivio: 117.
alma: 28, 45, 52, 55, 62-63, 67, 69-70, 74, 89, 91, 119, 122, 132-134, 136, 138, 142-145, 147-150, 152-153, 155, 157-159, 163-164, 172-174, 177-179, 181, 183-184, 186, 188, 191-192, 198, 201-202, 205, 212, 214, 219-222, 226-227, 229, 231-232, 235, 239, 241, 243, 246, 248, 251-253.

almohada: 102.
Altaner, B.: 27.
altanería: 118.
altar: 60, 133, 136, 187.
altitud: 211.
amabilidad: 154.
amargura: 135, 150, 168.
ambición: 100, 107.
Ambrosio de Milán: 53.
amistad: 23, 65, 190.
amonestación: 32, 95, 112, 216, 248.
amor: 12, 24, 45, 57, 59-60, 76-78, 94, 98, 100-104, 111-112, 135, 151, 192-195, 202, 205, 208-209, 218, 238.
amor propio: 60, 101, 102, 103.
Ana: 66.
Ananías: 90.
Anastasio, patriarca: 35.
Andrés, M. de: 27, 40.
aneto: 236.
ángel/es: 68, 83, 88, 146-147, 149-150, 166, 180, 191, 203, 212, 215, 239.
anglos: 25.
anglosajón: 21, 36.
angustia: 247.
anicios: 11-12.
animadversión: 250.
ánimo: 30, 44, 66, 86, 88, 91, 99, 165, 209, 232.
ansias: 24.
Anticristo: 193.
Antioquía: 35.
aparición: 39.
apariencia: 45, 60, 62, 163, 166-167, 173, 178, 184, 209.
apego: 181.
apelación: 104.
apetito: 45, 63, 174, 177.
aplauso: 78.
Apolo: 130.
apostasía: 88.
apóstata: 146, 166, 191.
apóstol/es: 37-38, 61, 142, 210, 212.
aprendizaje: 34.
arca: 32, 84, 94, 112-113.
arcediano: 36.
Arconada, R.: 36-37, 40.
argumentación: 31, 127.
arma/s: 76, 194.
armonía: 190.
arpa: 114, 119.
arrebato: 161, 164.
arrepentimiento: 161, 200, 218, 226.
arrogancia: 68, 132, 227, 234-235, 239, 247, 252-253.
arte: 34, 39, 45, 61, 103, 114, 153, 162, 244, 246-247.
arte de las artes: 34, 45.
artista: 114.
arzobispo: 16.
Asahel: 163-165.
ascensión: 192.
asechanzas: 109, 233.
asedio: 12, 28, 108-109.
asentimiento: 22.
asno: 50, 149, 249.
aspereza: 94, 102, 108, 111.
astucia: 142.
atrevimiento: 167.
auriga: 139.
autoridad: 48, 56, 88, 91, 162, 171, 245, 247-248.
auxilio: 190.
avaricia: 63, 69, 104, 107, 181, 184, 226.
aversión: 205.
ayuno: 36-37, 173-174.
azote: 147-148.

Baal: 196.
Babilonia: 55, 152-153.

Balthasar, H.U. von: 51.
bañera: 85-86.
banquete: 178.
bárbaros: 12, 26.
Barmby, J.: 40.
batalla: 69, 78, 138.
Batiffol, P.: 12.
bautismo: 228.
bebida: 201, 242.
Beda el Venerable: 11.
belleza: 69, 76-77, 252.
bendición: 181.
beneficio: 58, 145.
benevolencia: 215.
benignidad: 84, 94, 135.
Benito, abad: 17, 19-20, 27, 87.
Berito: 15.
bestia: 149.
bienes eternos: 82, 84, 118, 165, 205-206, 209, 248.
bienes pasajeros: 118, 165.
Bizancio: 16, 20, 35.
blasfemia: 135.
boca: 55, 79, 85, 108, 119, 122, 140, 155-157, 175, 191, 195, 205, 218, 240.
Boecio: 12.
borrachera: 95, 175.
bosque: 111.
Boz: 57.
Braulio de Zaragoza: 36.
brebaje: 242.
buena intención: 64, 124-125.
buey: 85, 249.
burla: 151.

Caín: 140.
calzado: 57-58.
Canaán: 206.
Candelarasi, A.: 40.
canon: 26.
carga pastoral: 45, 122.
caridad: 59, 77, 83-84, 111, 115, 131-132, 134-136, 140, 148, 151, 162, 186-187, 192, 210, 217, 248-249.
Carlomagno: 36.
carnal/es: 68, 74, 82-84, 97, 101, 116, 186, 200, 202, 212, 214, 244, 248.
carne: 33, 45, 52, 54, 68-69, 77, 108, 127, 129, 146-149, 171, 173-175, 186, 200-201, 209, 211, 214-218, 222-223, 232, 245.
Cartagena: 35.
Casiodoro: 17.
castidad: 56, 77.
castigo: 50-51, 55, 91, 93-94, 110, 115, 120, 142, 148, 150-152, 180, 187, 199, 222, 224, 249.
cátedra de humildad: 47.
Cefas: 130.
ceguera: 139, 232.
celibato, célibe: 212-213.
celo: 24, 32, 56, 71, 73, 78, 86, 89-90, 94, 101, 104, 108, 110-112, 130, 161-163, 201-202, 245.
charlatanería: 171, 173.
Chazottes, Ch.: 12, 30.
cielo/s: 67, 75-76, 82-83, 123, 140, 148, 176, 183, 187, 194, 203, 218, 238-239, 242-243.
ciencia: 48-49, 79, 94, 168, 172, 199, 201, 203, 230, 249.
Cipriano de Cartago: 96.
clemencia: 94, 102, 105.
Clement, R. W.: 39.
clérigos/ clero: 21-22, 36, 37, 115, 121, 122.
Colgrave, B.: 11, 43.
Columbus: 35.
compasión: 24, 32, 71, 82, 98, 118.

complacencia: 98, 139, 204, 222-223, 242, 251.
comprensión: 52, 76, 194-196.
compromiso: 72, 167.
compunción: 112, 219.
comunidad: 19, 27, 55, 114, 161.
comunión: 90, 195.
conciencia: 90, 122, 144, 170, 244.
concordia: 148, 158, 186, 189.
concupiscencia: 116, 171, 215, 230.
condena/ción: 16, 21, 140, 145, 181, 187, 200, 206, 212, 213, 218.
confesión: 119, 195, 220.
confianza: 144, 251, 252.
conocimiento: 8, 31, 52, 61, 68, 148, 157, 168, 235, 238, 244.
consagrado: 23, 28, 37.
consejero: 21, 22, 169.
consejo/s: 24, 33, 96, 122, 146, 160-163, 169-170, 200, 234.
consentimiento: 170, 222-223.
consideración: 45, 67, 94, 112, 157, 164-165, 207, 228, 230, 233, 236, 242, 244.
consolación: 208-209.
Constancio: 17.
Constantina: 20.
Constantino: 13.
Constantinopla: 15, 16, 19-21, 23.
consuelo: 85, 94, 117-118, 204, 209.
contemplación: 17-18, 24, 28, 32-34, 60, 66, 71, 82-84.
continencia: 211.
conversión: 12, 13, 17, 19, 21, 128, 240.
cónyuge/s: 208-212, 217.
corazón: 12, 18, 23, 34, 50, 52-56, 62-64, 69-70, 72, 74, 76, 83, 91-92, 94, 97, 99, 101, 104-107, 109, 112-113, 120, 124-125, 131, 136, 138-142, 150, 154-155, 158, 163, 165, 169, 174, 182-183, 187-188, 191-192, 197, 201, 204-205, 208-209, 218, 222-223, 226-228, 231, 243, 248, 253.
cordero: 217.
Cornelio: 90.
corrección: 61, 68, 73, 79, 93, 102-103, 107-108, 110-111, 147-149, 153, 167-168, 170, 190-191,
costumbre: 53, 64, 66.
Creador: 53, 60, 75, 77, 102-103, 146, 166, 189, 191, 194, 203, 207-208.
Cremascoli, G.: 200.
criatura/s: 166, 175, 187, 189.
crímenes: 201, 213, 229.
Cristo: 25, 57, 82, 90, 99, 104, 130, 134, 179, 197, 210, 244, 248.
crueldad: 53.
cruz: 52.
cualidades: 24, 31, 44, 56, 70, 71, 132, 167.
cuerpo: 24, 56, 64, 66, 69, 97, 99, 107, 134, 140, 141, 143, 146-148, 150, 155, 173-175, 179, 186, 193, 232, 234, 245-246.
culmen regiminis: 44.
culpa/s: 48, 50-52, 54-55, 60, 66-67, 86, 108, 111, 116, 120, 126, 129, 134, 145, 161, 163, 184, 188-189, 199, 207, 221-222, 224-226, 235.
cumbre: 34, 56, 61, 88, 94.
curiosidad: 49, 54.
custodia: 78, 95, 110, 225, 231, 253.

Dagens, C.: 12, 27.
daños: 54, 138, 140, 144, 147, 152, 214, 237.
dardos: 138, 145, 157, 164, 231.
David: 53, 94, 103, 112, 119, 124, 125, 189, 190, 201, 207, 220, 252.
Davis, H.: 40.
debilidad/es: 53, 64, 66, 82, 107-108, 118, 131, 148, 226, 233, 235, 246, 253.
defecto/s: 70, 124, 250, 254.
defensa: 78, 108, 119, 144-145, 167, 229.
delito/s: 108, 119, 143, 199, 215.
descanso: 91, 231, 250.
desconfianza: 152.
deseo: 18, 29, 52-53, 59, 61, 64, 66, 70, 74, 82, 98, 102, 107, 112, 152, 159, 162, 172, 177, 198, 205, 208-209, 214, 238, 245, 252.
desesperación: 24, 76, 111, 233, 240.
desidia: 63, 123, 159-161, 183.
desierto: 26, 168.
designio: 238.
deuda: 219, 227.
deudor: 127, 227.
Diablo: 140, 166, 179, 180, 192, 221.
diezmo: 236.
Digesto: 15.
dignidad: 32, 52-53, 56, 59, 62, 75, 77, 86, 91, 98, 125, 169.
dinero: 179-180, 185, 199, 207.
Dios: 12, 17-19, 24-25, 29, 32-33, 47, 52, 55, 57-61, 65-67, 72-73, 75, 77, 82-84, 86-87, 89-90, 96, 99, 101, 110, 124, 126-129, 131, 133, 135, 140-141, 144-149, 151-152, 164, 166, 168, 170-171, 174-175, 177, 179, 182-183, 185-187, 189, 192, 194-198, 200-202, 205-209, 212-213, 215-216, 218-219, 222-223, 225, 227-229, 236, 238-240, 248, 253.
dirección: 16, 19, 38, 100, 244.
discernimiento: 67, 208.
disciplina: 16, 53, 91-93, 134, 148, 159, 207-208.
discípulo: 82, 112, 118, 203.
discordia: 116, 185-188, 191-193, 196.
discreción: 184, 232, 244, 246.
disipación: 222, 231.
divinidad: 150, 168, 203.
doblez: 142-145.
doctor/es: 47, 79, 109-110, 113, 203, 226.
doctrina: 38, 56, 65, 73, 79, 99, 115, 132, 162, 169, 195.
dolor: 23, 52, 69, 73, 93, 97, 111, 136, 148-149, 155-156, 185, 220, 237.
don/es: 26, 28, 146, 149, 177, 182, 186-187, 201.
duda/s: 19-20, 58, 61, 76-77, 79, 112, 120, 152, 182, 192, 199, 206, 238-239.
Dudden, H.: 11.
dulzura: 75, 93-94, 103, 117, 119, 150, 220.
dureza: 102, 106, 108, 111, 154, 233.

edad: 26, 37-38, 102, 198, 202-203.
edificación: 114, 239, 242.
eficacia: 105, 198, 202, 221, 246.
efod: 72.
Egeo: 35.
Egipto: 214.

ejemplo: 12, 25, 27, 50-52, 64, 73-74, 84, 95, 123, 163, 170, 186, 200, 203, 242-243.
elección: 23.
elegido/s: 19, 54, 57, 60, 64, 76, 133-134, 142, 174, 201, 205, 208, 217.
elevación: 23, 38.
elogio/s: 61, 63, 130-131, 197.
Emiliana: 12.
enemigo: 24, 95, 101, 108-110, 136, 138, 140, 147, 150, 157, 166, 171, 191-192, 221, 223, 225, 231, 233, 252.
enfermedad: 64, 114, 119, 135, 138, 196, 246-247.
enseñanza: 37, 45, 113, 122, 132, 152, 162, 187.
entendimiento: 49, 68-69.
entrañas: 64, 82-83, 93, 149-150, 215-216.
entrega: 17, 54, 146, 205, 221, 223, 252.
envidia: 74, 140-141, 187.
episcopado: 43, 61.
error/es: 78, 80, 102, 122, 128, 195-196, 214, 220, 239.
escándalo: 175, 244, 249.
esclavitud: 107, 152.
esclavo/s: 21, 92, 210.
Escritura: 10, 32, 38, 79, 84, 94, 112-113, 132, 144, 164, 193-194, 196-197, 203.
espada: 74, 124-125, 128, 173, 189, 195, 200-202, 232, 245.
esperanza: 22, 111, 113, 118, 152, 185-186, 193, 206-209, 221, 240.
espíritu/s: 21, 24, 45, 49, 52, 64, 74, 76, 79, 83, 90, 108, 110-112, 119, 129, 131, 134, 144, 146-152, 159-160, 162, 165, 173, 186, 196, 198, 218, 223, 251-252.
Espíritu Santo: 74, 144, 150, 162.
esplendor: 20, 38, 68, 196.
esposa: 20, 66, 102, 201, 232.
esposo: 101, 201.
eternidad: 18, 24, 52, 72, 85, 110, 145, 206.
Eugenio de Toledo: 36.
eunucos: 216-217.
Eutiquio: 20.
Eva: 223.
Evangelio: 37-39, 49, 113, 118, 183, 242.
Evans, G.R.: 12.
exhortación: 32, 95, 114-116, 118, 123, 128, 130-131, 152, 154, 162.
experiencia: 39, 65, 116, 136, 210, 214-215, 218, 237.
exposición: 9, 21, 29.
Ezequías: 54.
Ezequiel: 9, 21, 28, 33, 100, 106, 108, 109, 133, 253.

falsedad: 142-143, 237.
fama: 14, 18, 135, 195, 252.
familia: 11, 27, 176, 248.
fariseo/s: 64, 173, 193, 236.
fatiga/s: 84, 216.
Faustino de Riez: 254.
favor/es: 56, 65, 100, 103, 168-169, 177, 189, 202, 205.
fe: 25-26, 48, 72, 80-81, 83, 90, 100, 111, 128, 131, 140, 172, 175, 206, 236.
felicidad: 139, 216.
fervor: 110, 159, 162, 218.
Fischer, B.: 30.
flaqueza: 44-45, 56, 124, 129, 232.
Fontaine, J.: 14.
fornicación: 82, 210, 213, 252.

fortaleza: 29, 56, 77, 110, 130, 216, 231, 248.
futuro: 12, 39, 85, 99, 181, 206, 209, 214, 222.

Galaad: 195.
Galla Placidia: 20.
Gallardo, P.: 40.
Gandolfo, E.: 12.
Gasquet, A.: 11.
generosidad: 104, 177, 184, 245.
gloria: 46, 52-53, 55, 57, 61-62, 88, 98-99, 102, 108-109, 118, 129, 165, 170, 177, 197, 206, 208, 243, 248, 252.
glotonería: 95, 171-172, 247.
gobierno: 16, 34, 44, 47, 53-54, 56, 59-65, 161.
Godding, R.: 12.
Goeller, E.: 85.
Gordiano: 12, 97.
Gordiano, presbítero: 12.
gozo: 23, 90, 139, 186, 205, 207, 212.
gracia: 12, 29, 56, 60, 65, 145, 151-152, 184, 199, 201, 203, 207, 212, 215.
Gregorio de Alfaro: 40.
Gregorio de Tours: 11, 17, 23.
Gregorio Nacianceno: 23, 25, 34, 46, 114.
grey: 25, 71, 74, 78, 95, 99, 112.
Grisar, H.: 11.
Guerra, M.: 26.
gula: 107, 173-174, 186.

hábito/s: 67-68, 76, 81, 173.
halago/s: 52, 102, 107, 118, 204-205.
hambre: 22, 24, 159, 179, 199.
Hemplemann, L. D.: 30.
herejes: 195-196.
herejías: 14.
herencia: 24, 148, 181, 207.
herida/s: 24, 53, 64, 93, 105, 118, 120, 149-150, 154-157, 159, 194, 199, 231, 234, 237, 244, 251.
hermosura: 252.
Hernando, J.: 30.
Hincmaro de Reims: 37.
hipocresía: 136.
hombre: 33, 37, 52, 56, 63, 65, 68-69, 81, 87-88, 90, 92, 106, 108, 132, 134, 138, 140, 142, 149-151, 157-158, 166, 170-171, 174-175, 179, 181, 191, 193, 198, 210, 215, 234, 238, 253-254.
homicidio: 111, 199.
homosexuales: 213.
honestidad: 211.
honor: 46, 53, 60-62, 90, 97, 126, 173, 234.
honra: 50, 146.
Howorth, H. H.: 11.
humildad: 24, 31-33, 45, 47, 58-60, 62-63, 71, 86, 89, 91, 103, 116, 118, 121, 125, 149, 165-167, 173, 176, 194, 196, 198, 225-227, 245, 251, 253.

ídolos: 106-107, 213.
idoneidad: 31, 64-65.
idumeos: 205.
Iglesia: 12, 22, 24-26, 36-37, 50, 57, 67, 80, 83, 90, 95-96, 98, 101, 113, 162, 195, 201-202, 205, 228, 232, 239.
ignorancia: 48, 107, 167, 202.
Ildefonso de Toledo: 11, 43.
imagen: 97, 146, 210.
impaciencia: 132-134, 136, 167, 171-173, 178, 184.

imperfección: 124, 198, 254.
ímpetu: 164-165, 232.
impiedad: 194, 223.
impío/s: 179, 185, 190, 228.
imprudencia: 81, 128.
impureza: 72.
inconstancia: 170-171, 192.
incontinencia: 211.
incorrupción: 217.
indignación: 144, 185, 233.
infierno: 51, 180, 183, 207, 230, 238.
iniquidad: 48, 79, 107, 153, 216, 221, 224, 227-229, 234, 236.
injuria/s: 136, 138, 150, 157, 183.
injusticia: 180.
inocencia: 136, 141, 152, 216, 218, 225-226.
insolencia: 129-130.
inteligencia: 15, 48, 76, 147, 186, 194, 230, 249.
intención: 29, 43, 62, 64, 73, 76, 81, 109, 111, 124-125, 149, 177, 194, 208-209, 231-232, 234, 239.
intimidad: 82, 248.
ira divina: 55, 65, 80, 97, 144-145, 176, 189-190.
ira humana: 55, 74, 104, 121, 135, 161, 163-165, 173-174, 189, 245.
Isaías: 59, 79, 158, 200, 225.
Isidoro de Sevilla: 11, 36, 43, 154.
Israel: 50, 73, 78, 89, 106-107, 153, 168, 206.
Italia: 13, 14, 16.
iusio: 23.

jacinto: 76-77, 219.
Jacob: 83.
Jamor: 221.
Jedin, H.: 126.
Jenal, G.: 19.
jerarquía: 50.
Jeremías: 59-60, 97, 143, 220, 237.
Jerónimo: 100, 112, 164.
Jerusalén: 108-109, 172, 203, 252.
Jesucristo: 12, 131.
Jesús: 52, 82, 203, 238.
Jetró: 96.
Job: 148, 193, 249.
Jobab: 168.
Joel: 174.
Josafat: 190.
Juan Ayunador: 43.
Juan Crisóstomo: 26, 35, 45.
Juan diácono: 11, 15, 19-20.
Juan, obispo de Rávena: 25, 43.
Juan Pablo I: 38.
Juan Pablo II: 38.
Juan XXIII: 38.
Judá: 190.
Judea: 105, 143, 220.
Judic, B.: 27, 29-30, 35, 40, 71.
Justiniano I: 13-16, 21, 23.
Justino II: 16.
judío/s: 83, 128, 238.
jueces: 96, 220, 229.
Juez: 55, 79, 218, 241; estricto: 92, 111, 220; invisible: 45, 174; interior: 47, 73-74, 77, 121, 124; justo: 65, 122, 225, 235, 251; oculto: 77, 80; recto: 219, 222; severo: 55, 85.
juicio: 24, 29, 38, 47, 53-55, 59, 66, 72-74, 79, 83, 86, 91, 103, 119, 125, 135, 144-145, 151, 155, 158, 160, 169, 170, 173-174, 179, 182, 196, 205, 209, 213, 220, 229, 230, 233-234, 236.
justicia: 24, 32, 56, 62, 68, 71, 76, 78, 80, 86, 93, 94, 100, 145,

158, 161-163, 167, 177, 179, 182-183, 201, 208, 215-216, 226, 233, 235, 240-243, 253.
justificación: 235.
juzgar: 82, 108, 124, 156, 170.

kabod: 51.
Kubis, G.: 31, 40.

La Piana, L.: 30.
lágrimas: 85, 219-220, 224-228, 250.
Lázaro: 171.
Leandro: 20, 24, 35-36.
ley/es: 14, 16, 31, 48-49, 75, 79, 85-86, 112, 116, 133-134, 144, 196, 206, 210, 215, 226, 236.
Líbano: 67, 232.
libertad: 78, 103, 151-152, 231.
Liciniano de Cartagena: 35.
limosna: 177-179.
llanto: 111, 219, 221, 227-228.
locuacidad: 81.
Lorenzo: 16.
Lovato, M. T.: 40.
Lot: 211-212.
Lucifer: 88.
Luis el Bondadoso: 37.
lujuria: 69-70, 121, 171-173, 208, 245, 247.
luz: 18, 48-49, 66, 68, 95, 144, 152, 164, 177, 194-195, 200, 202, 204, 230, 238, 244, 249.

madianita: 189.
Madoz, J.: 36.
madre: 18, 85, 93, 132, 135, 157, 192.
Madrid: 13.
maestro: 61, 64, 110, 114-115, 118, 120, 127-128, 131, 135, 151, 162, 165, 203, 213.
magisterio: 33, 45, 47, 162.
mal/es: 24, 50, 81, 88, 103, 108, 116, 119, 121, 123-124, 128-129, 132, 142-145, 147, 150, 152-153, 158-160, 167, 183, 187, 191-192, 214, 222, 226, 230, 233-234, 241-243, 247.
Malaquías: 79.
maldad: 124, 131, 135-136, 139, 140, 142, 145, 151-152, 155, 179, 182, 185, 192-193, 216, 222, 224, 233, 235, 238, 248.
malicia: 107, 135, 153.
maligno: 184.
maná: 94.
mandato/s: 36, 60, 149, 168, 187, 211, 215.
mansedumbre: 102, 108, 136, 161-162.
mar: 50, 51, 63, 85, 214, 218, 231-232.
Marin, E. M.: 12.
Mariniano: 19.
martirio: 61.
matrimonio: 175, 208, 210-213, 217, 245, 252.
Mauricio, emperador: 20, 23, 35.
Maximiano, abad: 19.
mediación: 16.
Mediador: 52.
medicamento: 156, 247.
medicina: 114, 156, 167, 199, 210, 246.
meditación: 21, 32, 36, 49, 58, 62, 112.
memoria: 114, 148, 214, 220.
mente: 33, 54, 62, 74, 76-77, 81-82, 84-85, 89, 91, 95-96, 99-100, 102, 106-107, 109-111, 132, 154, 161, 177, 204, 206, 214, 218, 222, 224, 226-228, 237, 243, 249, 251-253.

mentira: 142, 143, 145.
mérito: 75, 77, 89, 98, 159, 173, 219, 241, 254.
miedo: 59, 78, 87-88, 117, 161, 189-190, 235, 245, 247.
milagros: 48, 84.
ministerio: 29, 31-32, 47, 49, 51, 59-62, 65-66, 70, 92, 94, 98, 114, 198, 200, 202.
mirada: 14, 83, 96, 121, 161, 253.
misericordia: 83, 93, 108, 171, 182-184, 220, 236.
misión: 24, 31, 35, 100, 192.
misterios: 74, 84, 96, 98, 144, 249.
moción: 230, 231, 233.
moderación: 90-91, 94, 104, 107, 110, 121, 183, 188, 231, 247-248, 253.
Moisés: 57, 60, 66, 79, 81, 83-84, 96, 111-112, 125, 168, 201, 244, 248.
molestia/s: 69, 147-149, 155.
Montecasino: 17-18.
monte: 24, 52, 56, 75, 84, 211.
Monte Celio: 18.
Morel, Ch.: 40.
mortificación: 18.
Moya de Contreras: 40.
muerte: 24, 36, 51-53, 93, 114, 122, 140, 146, 151, 156, 166, 181, 185, 196, 199, 202, 205, 226, 242, 247.
mujer: 53, 57, 82, 128, 130, 209-211, 214-215.
mundo: 23-24, 34, 47, 52, 56, 64, 75, 78, 81, 96, 101-102, 112-113, 115, 118, 119, 126-127, 130, 132, 149, 165, 175, 179-181, 198, 204-209, 212, 214, 218, 224, 232, 248.
murmuración: 124, 153.
Nabal: 163.
nariz: 66-67, 232.
Narsés: 23.
Natán: 119.
naturaleza: 68, 86-88, 111, 125-126, 134, 179, 187, 214, 219.
naufragio: 214, 254.
necedad: 127, 152.
necesidad: 44, 74.
negligencia: 119, 123, 129-130, 147, 159, 212, 233, 239, 245, 251.
noche: 95, 194, 232, 249.
Noé: 87.
Noemí: 57.
nombre: 21, 50, 57, 96-97, 104, 143, 189, 194, 217, 252.
norma/s: 23, 27-28.

obedecer: 59-60.
obediencia: 168.
obispo: 19, 24-25, 28-30, 35-37, 43, 61, 64.
ocupaciones externas: 33, 94-95, 99, 112, 221.
odio: 111, 135, 157, 185, 189, 225.
oficio: 72, 79, 95, 97, 104, 113.
ofrenda: 133, 140, 149, 187.
óleo: 93.
olor: 124, 232, 236.
opinión: 195, 242.
oración: 17, 28, 65, 82, 84-85, 212, 225, 254.
orden: 16, 27-29, 31, 73, 85-87, 97-98, 119, 121, 192, 219, 247, 250.
orgullo: 45, 47.
oro: 76-77, 97-98, 112-113, 153, 196.
ostentación: 132-133, 251.
ovejas: 49, 57.

oyente/s: 38, 61, 75, 80-83, 99, 103, 109-111, 114-115, 118, 160, 168-169, 196, 198, 201, 213, 217, 238, 244, 247-249.

Pablo diácono: 11, 15, 21-22, 23.
paciencia: 56, 85, 105, 120, 131-136, 138, 150, 162, 172, 178.
Padre (Dios): 58, 148, 150-151, 164, 170-171, 173, 217, 242-243.
padre: 93, 117, 130, 176, 185, 222.
palabra: 25, 45, 51, 79-80, 85, 108-109, 114, 123, 125, 131, 156, 158, 164, 190-191, 195, 197-201, 203, 225, 229, 250.
Palabra de Dios: 50, 64, 67, 72, 74-75, 79-80, 82, 92, 99, 102, 128, 165, 193, 196-198, 249, 253.
pan: 100, 114, 174, 179, 199.
Pancracio: 17.
Pandectas: 15.
paraíso: 82, 215.
Paronetto, V.: 12, 30.
pasión: 47, 52, 76, 211.
pasiones: 18, 33, 64, 101, 132, 157, 159, 244-245.
pastor: 24-25, 27-28, 30-33, 38, 45, 49, 57, 66, 71, 74, 76, 78, 80-82, 85-86, 88-89, 91-95, 97, 99, 101-106, 108-109, 111-114, 125, 228, 251-252, 254.
patria celestial: 108-109, 146, 232.
patrimonio: 16, 26, 181, 207.
paz: 12, 18, 22, 24, 58, 80-81, 109, 116, 157, 161, 172, 185-194, 196.
pecado: 50, 55, 65, 69, 79, 85, 90, 93, 107, 109, 119, 123-124, 130, 132, 135, 143, 145, 150-153, 158, 166, 171-172, 179-181, 187, 199, 208, 211, 213, 215-216, 218, 220-227, 229-231, 233, 235, 243, 254.
pecador: 50, 68, 102, 105, 107, 119, 143-144, 179, 191, 218, 240.
Pectoral del juicio: 72-73.
pecho: 72-73, 75, 94, 99, 172, 174, 224, 234.
Pedro, apóstol: 16, 22, 26, 38, 56, 76, 90, 92, 103, 149, 172, 228, 238.
Pelagio II: 20-22.
peligro/s: 33, 210, 213-214, 247.
pelo: 100-101.
pena/s: 51-52, 118, 120, 139, 141, 150, 158, 199, 224, 229, 236.
penitencia: 79, 111, 125, 149, 219, 222, 224, 228, 233, 238.
pensamiento/s: 24, 31, 33, 55, 62-63, 67, 69-74, 81, 85, 91, 100-102, 104, 106-107, 116, 118, 123-124, 132, 137-138, 149-150, 154-155, 169-170, 172, 176, 219, 222-224, 250-252.
perdición: 52, 58, 97, 122, 166, 193, 214, 229, 238, 251.
perdón: 54, 65, 104, 111, 211, 215, 223-224, 228.
pereza: 74, 123, 156, 159-161, 201, 240.
perfección: 45, 64, 195, 239, 254.
perjuicio: 193, 208, 225.
persecución: 124, 160, 193.
perseguidor/es: 54, 124, 165, 193, 239.
perturbación: 132, 134, 136, 167.
pestilencia: 234.
piedad: 25, 53, 56, 82-83, 92-94, 99, 104, 180, 215-216.
piel: 34, 69, 101, 186.

pies: 49-50, 57, 66, 96-97, 140, 191.
Pinjás: 189.
placer/es: 68-69, 74, 91, 98, 102, 159, 173, 183, 201, 205, 237.
Plinio: 154.
pobreza: 117-118, 178, 182.
pontífice: 12, 22, 24, 28, 30, 36, 43, 98.
Porcel, O.: 19.
potestad: 56, 76-77, 86-87, 90.
praeceptio: 23.
praefectus: 16.
predicación: 52, 58-60, 75, 79-80, 82, 99, 108, 113, 130, 136, 162, 195-202, 232, 238, 244, 246-247, 250-251.
predicador: 81, 103, 109-110, 118, 131, 173, 193, 197, 226, 245-249, 251.
prelado: 20, 71, 95, 112, 234.
premio/s: 25, 104, 107, 120, 139, 204, 217.
preocupación/es: 34, 36, 67, 95, 175.
presbítero: 12.
profecía: 66, 168.
prójimo: 33, 58-59, 64, 77, 111, 122, 123, 139, 153, 192, 194.
prosperidad: 75, 139, 205-206.
providencia: 207, 231.
prudencia: 130, 142, 145, 155, 229, 251.
pueblo: 14, 21-23, 50, 53, 58, 60-61, 64-65, 71, 78, 86, 96-97, 125, 128, 152-153, 171, 194, 199, 201, 203, 206, 248.
pureza: 71-72, 77, 86, 103, 211.
purificación: 18, 225.

quietud: 58, 95.
Quirico de Barcelona: 36.

Rationale iudicii: 72.
Ratzinger, J.: 12.
razonamiento: 88, 128.
rebaño: 49, 57, 92.
Recaredo: 13.
recompensa: 177-178, 183, 204, 242, 248.
rectitud: 56, 64, 67, 86, 102, 104, 118, 157-158, 161, 167, 209, 238, 241, 251.
redención: 166, 184.
Redentor: 95, 98, 101, 150, 166, 203.
reflexión: 17-18, 91, 155, 203, 233.
regula: 26.
reino: 53, 64, 76, 82, 120, 160, 208, 213-214.
religión: 47, 97-98, 158.
remedio: 149, 178, 244, 246-247.
reprensión: 25, 28-29, 131, 155, 202, 205, 254.
responsabilidad: 24, 51, 58, 63, 111, 122.
resurrección: 20, 57, 193.
retribución: 85, 89-90, 97, 160, 230, 235, 237, 241-242, 247.
retórica: 15.
Richards, J.: 12.
rigor: 48, 91, 94, 118, 223, 239.
riqueza/s: 68, 118, 126, 180-181, 206, 208.
Roma: 8, 11-17, 19-23, 28, 38.
Rommel, F.: 40.
Rómulo Augústulo: 12.
rostro: 18, 49, 128, 141, 150, 214, 216, 220, 248, 253.
Rusticiana: 20.
Rut: 57.

sabiduría: 33, 68, 76, 80, 88, 122, 127, 134, 146-147, 155, 173, 187, 199, 208.

sabio: 54, 80, 92, 127, 134, 144, 156, 169, 185, 199, 203, 225.
sacerdocio: 10, 31, 33, 76, 79.
sacerdote: 31, 34-35, 73, 75-76, 79-81, 97-98, 101.
sacramento: 27-28, 111, 228.
sacrificio: 73, 133, 135, 141, 185, 187, 189, 195-196.
Safira: 90.
Sagrada Escritura: 10, 32, 79, 84, 94, 112-113, 193-194, 203.
sagrados ministerios: 52, 60.
Salomón: 134, 146, 157-160, 169, 183, 191, 197, 199, 201, 204-205, 208, 231, 239.
San Martín, G.: 40.
Santi, A. de: 11.
Saúl: 53, 89, 119, 124-125.
Saulo: 238.
salud: 38, 119, 141, 145-148, 154-156, 168, 194, 247, 251.
salvación: 39, 146, 150, 153, 201, 206, 212-213.
Sancta Sanctorum: 98.
sangre: 111, 154, 200.
santidad: 22, 25, 31, 50-51, 75, 88, 90, 97-98, 139, 186, 236.
santuario: 80, 97-98.
Satanás: 82, 192, 195-196.
satisfacción: 95, 113, 173.
seglar: 17, 34, 51.
seguridad: 19, 142, 144, 184, 193, 218, 221.
semen: 81-82.
semilla: 67, 99, 141, 242.
sencillez: 142, 162.
sentencia: 55, 92, 119, 145, 150, 233, 241-242.
sentimiento/s: 26, 103, 129.
Señor: 18, 25, 47-50, 59, 66, 70, 72-73, 78-80, 83-84, 87, 89, 91-92, 97, 105, 111-112, 117-118, 121, 124-126, 128-129, 131, 134, 140, 142, 144-145, 147-148, 150-153, 156, 168, 174, 179, 183, 185-186, 190, 196-197, 201, 206, 213-216, 218, 220, 223, 230, 233, 238, 243, 248, 249, 252-253.
serenidad: 28, 54, 86, 172.
servicio: 18, 39, 58, 88, 176, 194, 198, 205, 212.
servidumbre: 126, 151.
severidad: 93, 120, 161, 180.
Sicilia: 18.
Sierra, R.: 176.
siervo: 91, 104, 155, 207-208, 230.
silencio: 20, 24, 32, 71, 78-79, 142, 150, 154, 156-158, 163, 199.
Silvia: 12, 97.
Simón: 56.
Simplicio: 17.
sinceridad: 142-145.
Sión: 75.
Siquem: 221.
Siracusa: 19.
Soar: 211.
soberbia: 24, 33, 53, 55, 61, 88-89, 103, 117-119, 124, 146-148, 155, 166-167, 170-172, 174-176, 187, 194-195, 198, 227, 235, 239, 252.
Sodoma: 211, 229.
Sofonías: 144.
soledad: 58.
solicitud pastoral: 29, 44, 47, 93, 100, 112.
solicitud temporal: 33, 100, 101.
Spidlik, T.: 137.
Stuiber, A.: 27.
Stullfath, W.: 11.
suavidad: 105, 107-108, 118-119, 128, 162, 210.

sufrimiento/sufrir: 77, 110, 132-133, 155, 177.
sumisión: 63, 121, 225.
superhumeral: 75-77.
superstición: 173.
suplicio: 104, 212, 237.

Tajón: 36.
talento: 63, 200.
tareas: 18, 28, 54-55, 60, 96, 101, 117, 217, 221.
Társila: 12.
temor: 26, 45, 54, 60-61, 74-75, 80, 87-88, 91, 94-95, 100, 112, 115, 118, 124, 151-152, 167, 175-176, 200, 203, 208, 223, 229, 231, 235, 246, 248, 251.
temperamento: 38, 120-121.
templanza: 77.
templo: 72, 85, 97, 148, 203.
tentación: 69, 95, 109-110, 136, 160, 222, 244, 247.
tentador: 216.
Teoctisa: 20, 23.
Teodoro, médico: 20.
Teodosio: 13.
ternura: 64, 93, 196.
testigo: 47, 55, 99, 103, 227, 241-243.
testimonio: 15, 48, 56-57, 121, 128, 190, 195, 230, 241.
tibieza: 240.
tierra: 24, 52, 77, 87, 95, 97, 107, 125, 140, 145, 158, 164, 166, 168, 175-176, 180, 182-183, 189, 190, 203, 205-206, 218, 221, 235.
tinieblas: 66, 144, 229-230, 249.
Tirreno: 35.
Toledo: 11, 13, 36.
tormento/s: 61, 139, 227, 230.
Totila: 12.
trabajo: 25, 60, 142, 153, 239, 245.
tradición: 21, 26, 40.
tranquilidad: 22-23, 74, 79, 162, 165, 188, 235.
tribulación: 117, 153, 208.
tristeza: 177, 246.
tummîn: 72.

unidad: 13-14, 16, 80-81, 111, 113, 133, 134, 186, 192.
unión: 210-212, 252.
ûrîm: 72.

Valencio: 19.
valentía: 8, 167.
Valentiniano: 17.
Valeria: 19.
vanagloria: 52, 195, 198, 217, 235, 247.
varón: 53, 119, 168, 191, 201.
vehemencia: 50, 101, 105.
Venancio de Luni: 35.
veneración: 14, 35, 90.
venganza: 55, 145.
verdad: 47-50, 52, 55-56, 67-69, 73, 76, 78-81, 84, 88, 92-93, 95, 97, 101, 103-104, 109, 111, 132, 134-135, 141-143, 145, 151, 158-159, 169, 175, 179-182, 186-189, 195-196, 201-202, 217-218, 229-230, 232, 235-237, 241-242, 248-249.
vergüenza: 175, 229.
vestido: 80, 98, 120, 179.
vicio/s: 24, 32-33, 59, 66-67, 69, 71, 74, 76, 86, 91, 104-105, 109, 111, 121, 128-129, 132-133, 135, 141, 147, 153-155, 167, 170-174, 184, 200-202, 213, 224, 231-232, 241, 244-245, 247-248, 251-252.

vida: 11, 17-21, 24, 26-28, 30-31, 33-35, 37-38, 45, 49, 51, 53-54, 59-61, 63-66, 68, 71, 73-75, 80, 90-91, 95-101, 103, 109-112, 114, 118-119, 121-122, 124, 128, 132, 138, 141, 146, 151, 153, 157, 161, 169, 181, 183-184, 188, 190, 194, 196, 200, 202-203, 205-207, 209, 211-212, 217-219, 224-225, 227-228, 234, 240, 242, 246-247, 250, 254.
viento: 95, 133, 136, 160, 169, 171.
vientre: 95, 124, 149-150, 164, 171-173, 175.
viga: 136.
vigilancia: 16, 34, 100-101, 157, 179, 232.
vigor: 112, 161.
virginidad: 217, 245.
virtud: 47, 75, 91-92, 104, 109-110, 115, 132, 135, 142, 149-150, 153, 161-162, 170, 172-173, 177, 184, 186-187, 192, 203, 242, 244, 247, 251-253.
visión: 18, 109.
vocación: 13, 17, 31, 33, 186.
voluntad: 47, 60, 76, 132, 147-148, 170, 214, 216, 222, 230.

Walther, M.: 51.
Whitby: 11, 43.

Zabaleta, J.: 30.

ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN 7
ABREVIATURAS Y SIGLAS 9

INTRODUCCIÓN 11
I. VIDA Y ÉPOCA DE GREGORIO MAGNO 11
1. Primeros años y contexto histórico 11
2. Formación y estudios 14
3. Prefecto en Roma 16
4. Conversión. Vida monástica 17
5. Legado del Papa Pelagio II 20
6. Gregorio, Papa 22
II. LA REGLA PASTORAL 25
1. Ocasión y fecha de composición 25
2. Estructura y contenido 30
3. Influencia posterior 35
4. La presente edición 39

GREGORIO MAGNO
REGLA PASTORAL

CARTA DEDICATORIA 43

Primera parte
VOCACIÓN DEL PASTOR

1. El que no sepa que no enseñe 46
2. Para enseñar hay que vivir lo que se predica 49
3. Soportar las adversidades, temer las prosperidades 51

4. Gobierno y serenidad de juicio 54
5. No rehusar el gobierno por propia comodidad si se puede dar buen testimonio 56
6. Son humildes los que no se oponen a los juicios de Dios . 58
7. Unos desean rectamente el ministerio de la predicación, otros rectamente son obligados a él 59
8. No hay que desear este gobierno 61
9. No se ha de desar presidir, prometiéndose en su imaginación realizar buenas obras 62
10. Señales de idoneidad 64
11. Señales de no-idoneidad 65

Segunda parte
LA VIDA DEL PASTOR

1. Cualidades del pastor 71
2. Pureza de pensamiento 71
3. Sobresaliente actuar 74
4. Discreto en el silencio, útil al hablar 78
5. Cercano por la compasión, entregado a la contemplación 82
6. Compañero de los que hacen el bien, firme frente a los vicios de los pecadores 86
7. Atención a lo interior, solicitud por lo exterior 94
8. Buscando agradar a Dios y no a los hombres 101
9. Distinguiendo los vicios de las virtudes 104
10. Discreto al corregir 105
11. Atento a la Sagrada Ley 112

Tercera parte
MINISTERIO DEL PASTOR. MODO DE EXHORTAR Y ENSEÑAR A LOS FIELES

Prólogo 114
1. Diversos modos de exhortar 115
2. A los pobres y a los ricos 117
3. A los alegres y los tristes 120
4. A los fieles seglares y al clero 121
5. A los siervos y a los señores 125

6. A los sabios de este mundo y a los torpes 126
7. A los imprudentes y a los tímidos 128
8. A los insolentes y a los cobardes 129
9. A los impacientes y a los pacientes 131
10. A los bondadosos y a los envidiosos 138
11. A los sinceros y a los mentirosos 141
12. A los fuertes y a los débiles 145
13. A los que viven inocentemente porque temen los castigos y a los que no corrigen ni con castigos 151
14. A los muy callados y a los muy charlatanes 154
15. A los perezosos y a los precipitados 158
16. A los mansos y a los coléricos 161
17. A los humildes y a los soberbios 165
18. A los testarudos y a los inconstantes 169
19. A los golosos y a los abstinentes 171
20. A los que reparten lo suyo misericordiosamente, y a los que intentan robar lo ajeno 176
21. A los que ni se quedan con lo ajeno ni reparten de lo suyo, y a los que reparten de lo suyo sin renunciar a quedarse con lo ajeno 182
22. A los que viven en discordia y a los que viven en paz .. 185
23. A los sembradores de discordias y a los pacificadores ... 191
24. A los que no comprenden bien la Ley santa, y a los que la entienden pero la enseñan sin humildad 194
25. A los que no predican por humildad y a los que se precipitan para predicar 198
26. A los que prosperan y a los que fracasan 204
27. A los esposos y a los célibes 208
28. A los que tienen experiencia de pecados carnales y a los que no la tienen 214
29. A los que detestan los pecados de obra y a los que detestan sólo los de pensamiento 219
30. A los que no se abstienen de los pecados que detestan y a los que no los detestan cuando se abstienen 224
31. A los que aprueban lo ilícito deliberadamente y a los que lo condenan pero no lo evitan 228
32. A los que pecan impulsivamente y a los que lo hacen deliberadamente 230

33. A los que caen repetidas veces en pequeños pecados y a los que librándose de estos alguna vez caen en los graves 234
34. A los que ni siquiera comienzan obras buenas y a los que, empezándolas, no las terminan 236
35. A los que hacen el mal ocultamente y el bien a la vista de todos y a los que actúan al contrario 241
36. Cómo exhortar a la virtud sin provocar los vicios contrarios 244
37. Cómo predicar al fatigado por pasiones contrarias 245
38. Omítanse los vicios leves para arrancar los más graves .. 247
39. No se deben predicar exclusivamente los bienes eternos a las almas enfermas 248
40. Predicar con palabras y obras 249

Cuarta parte
HUMILDAD DEL PASTOR 251

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO 257
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 265

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

1 - **Orígenes,** COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES,
2.ª Ed., 326 págs.

2 - **Gregorio Nacianceno,** HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD,
2.ª Ed., 154 págs.

3 - **Juan Crisóstomo,** LAS CATEQUESIS BAUTISMALES,
2.ª Ed., 256 págs.

4 - **Gregorio Nacianceno,** LA PASIÓN DE CRISTO,
2.ª Ed., 208 págs.

5 - **Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS,
2.ª Ed., 136 págs.

6 - **Atanasio,** LA ENCARNACIÓN DEL VERBO,
2.ª Ed., 160 págs.

7 - **Máximo el Confesor,** MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA DE JESÚS,
2.ª Ed., 136 págs.

8 - **Epifanio el Monje,** VIDA DE MARÍA,
2.ª Ed., 192 págs.

9 - **Gregorio de Nisa,** LA GRAN CATEQUESIS,
2.ª Ed., 172 págs.

10 - **Gregorio Taumaturgo,** ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO,
2.ª Ed., 180 págs.

11 - **Cirilo de Jerusalén,** EL ESPÍRITU SANTO,
3.ª Ed., 112 págs.

12 - **Cipriano,** LA UNIDAD DE LA IGLESIA - EL PADRENUESTRO - A DONATO,
2.ª Ed., 160 págs.

13 - **Germán de Constantinopla,** HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,
2.ª Ed., 232 págs.

14 - **Cirilo de Alejandría,** ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,
2.ª Ed., 184 págs.

15 - **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN/1
2.ª Ed., 352 págs.

16 - **Nicetas de Remesiana,** CATECUMENADO DE ADULTOS,
148 págs.

17 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,
228 págs.

18 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,
132 págs.

19 - **Atanasio,** CONTRA LOS PAGANOS,
128 págs.

20 - **Hilario de Poitiers,** TRATADO DE LOS MISTERIOS,
122 págs.

21 - **Ambrosio,** LA PENITENCIA,
2.ª Ed., 152 págs.

22 - **Gregorio Magno,** REGLA PASTORAL,
2.ª Ed., 288 págs.

23 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VIDA DE MOISÉS,
252 págs.

24 - **Nilo de Ancira,** TRATADO ASCÉTICO,
252 págs.

25 - **Jerónimo,** LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA,
104 págs.

26 - **Cesáreo de Arlés,** COMENTARIO AL APOCALIPSIS,
190 págs.

27 - **Atanasio,** VIDA DE ANTONIO,
148 págs.

28 - **Evagrio Póntico,** OBRAS ESPIRITUALES,
296 págs.

29 - **Andrés de Creta,** HOMILÍAS MARIANAS
192 págs.

30 - **Gregorio Nacianceno,** LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS,
288 págs.

31 - **Gregorio de Nisa,** VIDA DE MACRINA - ELOGIO DE BASILIO,
176 págs.

32 - **Basilio de Cesarea,** EL ESPÍRITU SANTO,
280 págs.

33 - **Juan Damasceno,** HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS,
232 págs.

34 - **Juan Crisóstomo,** COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS,
200 págs.

35 - **Gregorio Nacianceno,** FUGA Y AUTOBIOGRAFÍA,
272 págs.

36 - **Dídimo el Ciego,** TRATADO SOBRE EL ESPÍRITU SANTO,
208 págs.

37 - **Máximo el Confesor,** TRATADOS ESPIRITUALES,
256 págs.

38 - **Tertuliano,** EL APOLOGÉTICO,
256 págs.

39 - **Juan Crisóstomo,** SOBRE LA VANAGLORIA, LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS Y EL MATRIMONIO,
268 págs.

40 - **Juan Crisóstomo,** LA VERDADERA CONVERSIÓN,
232 págs.

41 - **Ambrosio de Milán,** EL ESPÍRITU SANTO,
280 págs.

42 - **Gregorio Magno,** LIBROS MORALES /1,
408 págs.

43 - **Casiodoro,** INICIACIÓN A LAS SAGRADAS ESCRITURAS,
240 págs.

44 - **Pedro Crisólogo,** HOMILÍAS ESCOGIDAS,
256 págs.

45 - **Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE MATEO,
352 págs.

46 - **León Magno,** CARTAS CRISTOLÓGICAS,
288 págs.

47 - **Diadoco de Fótice,** OBRAS COMPLETAS,
208 págs.

48 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL GÉNESIS,
368 págs.

49 - **Gregorio de Nisa,** LA VIRGINIDAD,
192 págs.

50 - PADRES APOSTÓLICOS
640 págs.

51 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES,
128 págs.

52 - **Minucio Félix,** OCTAVIO,
176 págs.

53 - **Juan Crisóstomo,** SOBRE EL MATRIMONIO ÚNICO,
160 págs.

54 - **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN/2,
344 págs.

55 - **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN/3,
360 págs.

56 - **Rufino de Aquileya,** COMENTARIO AL SÍMBOLO APOSTÓLICO,
144 págs.

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente sociocultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.